



Armando Cuevas

FUBARRIUNDY
La gesta del muerto



Lectulandia

El virus «Fubarbundy» ha asolado el planeta. La civilización, tal y como la conocíamos, ha desaparecido.

El mundo está en manos de un nuevo ser, una nueva especie. Grupos de humanos sobreviven a duras penas, alimentando una esperanza de futuro. Están equivocados. El virus sigue mutando para crear un tipo de infectado más evolucionado, más letal. Un depredador implacable capaz de borrarlos de la faz de la tierra. Y ese no será el único de sus problemas.

Lectulandia

Armando Cuevas Calderón

La gesta del muerto

Fubarbundy - 2

ePub r1.0

Titivillus 20.03.2018

Armando Cuevas Calderón, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi esposa, Amaya,
por soñar mis sueños como si fuesen suyos.

*Sólo hay una guerra que puede permitirse el ser humano:
la guerra contra su extinción.*

Isaac Asimov

*Cuando bordeamos un abismo y la noche es tenebrosa, el jinete sabio suelta las
riendas y se entrega al instinto del caballo.*

Armando Palacio Valdés

ADVERTENCIA

Tienes en tus manos la segunda parte de la trilogía *Fubarbundy*. Aunque se pueden leer como libros independientes recomiendo, para la mejor comprensión de la historia y el seguimiento correcto de sus protagonistas, respetar el orden. Comenzar por: *La última pandemia*, seguir con *La gesta del muerto (este libro)* y terminar con *Isla Cuarentena*.

PRIMERA PARTE

1. EL DESPERTAR

El alba descubrió la ciudad. La luz de un nuevo día inauguró un Madrid desolado. Cada rincón de la ciudad emanaba el aroma de la decadencia más absoluta. Todas y cada una de las calles, que en otro tiempo fueron dominio del hombre, eran ahora propiedad de las malas hierbas. Las abundantes lluvias de la primavera cubrieron las grietas del suelo de un verdor incongruente. El cemento y el acero cedieron su hegemonía sin protestar. La naturaleza lo invadió todo en unos pocos meses y, llegado el verano, el asfalto y las aceras se convirtieron en jardines abandonados recorridos por paseantes espectrales.

Los primeros rayos de sol llegaron a los ojos entornados del infectado y lo despertaron del todo. Sus pupilas se adaptaron a la luz y su extraño cerebro tomó el control. Empezó a caminar movido por un instinto tan antiguo como el propio hombre: el de alimentarse, aunque apenas lo necesitaba. Su metabolismo era tan eficaz que podía pasar largos periodos de tiempo sin comer ni beber, aprovechando hasta la más mínima partícula de comida ingerida en una digestión eterna que no dejaba residuos. Su corazón, parado durante la noche, comenzaba a bombear una sangre compuesta por células extremadamente especializadas, a razón de cinco pulsaciones por minuto. Todo él era una máquina perfecta de sostenibilidad, un organismo evolucionado exclusivamente para sobrevivir. Sin conciencia, tan solo unas pocas sinapsis conectaban sus neuronas para informar a su cuerpo de un mensaje recurrente que se resumía en un objetivo: acabar con todos los humanos.

Cientos de miles de estos nuevos seres comenzaron a moverse por las calles. Ajenos los unos a los otros trazaban su propio camino en el asfalto anaranjado por la luz del amanecer. Buscaban saciar un hambre incontrolable y completar su propósito. Aquella mañana sin embargo sería distinta a otras. Un pequeño grupo de infectados detuvo su deambular errático casi al tiempo, luego acompasó su paso en una misma dirección sin un motivo aparente, un hecho que no había ocurrido nunca excepto cuando una presa se cruzaba en su camino.

A lo largo del día otros muchos hicieron lo mismo. Algo estaba cambiando en su mermado cerebro de reptil. Una mejora necesaria para conseguir su objetivo se desarrollaba en sus escasas circunvoluciones. Su pituitaria recibía retazos de olores que antes su mente no sabía interpretar.

Al caer la noche miles de infectados caminaban juntos con un arrastrar de pies hipnótico. En macabra procesión y en distintas direcciones, abandonaban la ciudad.

2. LA COSECHA

A las ocho de la mañana la actividad en el castillo era frenética. Después de muchos meses de espera, Andrés, el ingeniero agrónomo, y Sergio, el enólogo, por fin habían determinado que era tiempo de cosechar. El agua abundante, suministrada por el embalse a través de la bomba y conducida por los más de doscientos metros de manguera, unida a una primavera de temperaturas altas, habían conjugado el milagro. Desde el adarve de la barbacana aprecio perfectamente el tapiz de colores que componen los tomates rojos, las judías verdes, los pepinos, las matas de patatas, cebollas y ajos, los pimientos... No he dejado ni un solo día de recrearme la vista con el espectáculo, igual que han hecho todos y cada uno de los habitantes de la comunidad del Castillo de los Mendoza.

Hemos esperado mucho tiempo, pero por fin ha llegado el momento. Debo decir que tuve mis dudas de que la cosecha saliera adelante, parecía imposible pensar que en un terreno como aquel pudieran brotar semejantes manjares, sin embargo ahí estaban, al alcance de la mano. Julián es el encargado, junto a Anabel, de coordinar la recogida y el posterior almacenamiento, y todos esperan instrucciones para comenzar a hacerlo con el mismo entusiasmo que un niño tendría por probar una bicicleta nueva. Estamos a principios de agosto y el sol calentará de lo lindo en unas horas, sin duda será mejor trabajar con la fresca de la mañana.

No ha sido fácil ver de nuevo una sonrisa en el rostro de los habitantes del castillo. Como es normal en una mente inteligente, una vez cubiertas las primeras necesidades de seguridad y alimento, pronto se imponen otras más difíciles de atender, como el amor y la compañía de la familia. La memoria de los seres queridos muertos, o en paradero desconocido, llenan a menudo de lágrimas los ojos de los habitantes de la comunidad. En cualquier momento o lugar un llanto se oía contagiando los corazones de aquellos que lo escuchaban. Eva pasó muy malos ratos recordando a su hermano y torturada por la imagen de su padre infectado, abandonado para siempre en las escaleras de su casa. Aún se despierta por las noches empapada en sudor. Al principio le preguntaba qué le pasaba, cuando supe la razón dejé de hacerlo, su pesar es algo para lo que no existe consuelo. Luna, aunque se hace la fuerte, también sufre. En más de una ocasión la encontré con los ojos enrojecidos, en algún rincón oculta, sorbiendo mocos de tristeza por sus padres muertos a consecuencia de esta locura de infección. Si Julián extraña a su familia jamás da señales de ello. Y yo, bueno, hacía tiempo que no tenía a quién echar de menos.

Los motivos de júbilo durante los últimos meses han sido más bien pocos. El sábado, cuando Eva y yo trajimos una cabra montés y preparamos un asado en lo que fue la capilla, fue uno de ellos; otro fue el día que Anabel anunció su embarazo. Para celebrarlo organizamos una comida especial y bebimos hasta el amanecer riendo y

compartiendo con todos una alegría que bien pensado no lo era. ¿Quién desearía traer un niño a este mundo? ¿Qué persona en su sano juicio dormiría tranquila con un bebé junto a su cama sabiendo lo que hay fuera? El caso es que Julián está loco de contento y Anabel también. Eva, sutilmente, les planteó la posibilidad de poner fin al embarazo, pero ninguno de los dos quiso saber nada del tema. Yo no lo entiendo, aunque tal vez esté equivocado y sea eso lo que necesitamos ahora, algo por lo que luchar además de nuestras propias vidas, una esperanza de futuro.

El mes pasado perdimos a Fermín, el dueño de la tienda de electrodomésticos del pueblo. Justo, después del último desastre, no quería ni oír hablar de bajar al pueblo y, con Marcial y Pablo muertos, solo nos quedaban Fina, la cocinera del mesón, y Fermín como guías. Necesitábamos comida y objetos de higiene, también decidimos visitar la papelería, hacernos con libros de texto para los niños y cuadernos y lápices de dibujo para mí, pero lo más importante era conseguir cocinas a gas, televisiones y radios que, sin duda, mantendrían la moral más alta al alimentar la absurda esperanza de encontrar algún día una emisora en la que anunciaran que todo se había acabado. Esto último fue lo que determinó que viniera Fermín: su tienda de electrodomésticos. El asunto parecía ir bien, teníamos todo cargado en el coche cuando un nuevo descuido desencadenó la tragedia. Fermín se acercó demasiado a una ventana y un infectado lo agarró del pelo. Fue todo muy rápido, no hubo tiempo de avisarle, en un segundo lo atrajo hacia él y le arrancó media cara de un mordisco. No se pudo hacer nada por salvar su vida, los desgarros fueron tremendos y murió ese mismo día en la enfermería. Tampoco habría servido de nada que sobreviviera, ya estaba muerto en el mismo instante en que ese monstruo le clavó sus dientes infectos.

Nadie más ha llegado al castillo, por lo tanto ahora somos uno menos.

A menudo hago recuento y me entretengo enumerando los miembros de la comunidad. Ahora mismo, asomado al huerto, los puedo ver a todos: Lucas, el bombero, fuerte y templado como el acero; Carmen, la madre de Marcos, la profesora oficial, aunque todos aportamos nuestro granito de arena para educar a los niños; Justo, el guía del castillo, un anciano vital y entusiasta que nos alegra el día con solo verlo deambular por él como un gnomo de cuento; Miguel, el veterinario, un buen tipo, de mucha ayuda en la enfermería, pero con quien no contaría en un combate; Anabel, una Barbie con neuronas forjadas en los puestos intermedios de una multinacional, no me hubiera gustado tenerla de jefa; Fina, la cocinera, una gordita de mediana edad, bonachona, capaz de hacer un guiso con suelas de zapatos; Paco y Rafa, dos comerciales metidos en años que andan por ahí siempre con las escopetas terciadas, pero a los que no he visto disparar un solo tiro, sospecho que últimamente están un poco picados compitiendo por los favores de Carmen, suerte a los tres; Antonio, el albañil, qué puedo decir de él, un fenómeno de las habilidades manuales, un talento que, antes de la pandemia, se desperdiciaba cada día en la cola del paro, un ejemplo de lo estúpidos e injustos que llegamos a ser; Andrés, ingeniero agrónomo taciturno y enfermizo que junto a Sergio, el enólogo, han conseguido recrear el

milagro de la agricultura; Vicente, conductor de autobuses, lloraba mucho las primeras semanas por su mujer y sus hijos muertos, pero ahora busca setas por la noche con Graciela, una ama de casa de buen ver que llegó sola en coche después de ir abandonando en la carretera, uno a uno, a todos los miembros de su familia, incluida la abuela, la vida sigue; Valerio, el delincente, que con Yesica, la estudiante de periodismo, serán la nueva pareja oficial de la comunidad; Ramiro, empleado de banca que estaba a punto de conseguir una jubilación anticipada con cincuenta y cinco años y que ya nunca podrá disfrutar de su dorado retiro, no es fácil encontrarle una ocupación en que sea útil aquí; Ruth, una peluquera fundamental para todos, siempre y cuando la controles y no dejes hacerte en el pelo lo que le sale del instinto claro, con *look* alternativo, tatuajes, *piercing* y *rastas* anduvo detrás de Julián, pero en vista de los acontecimientos redirigió sus esfuerzos hacia Yago, ejecutivo que habla cinco idiomas, estirado como no he visto y de modales tan refinados que le pega lo mismo que a un santo dos pistolas; Raquel, ama de casa atractiva y de carácter fuerte, capaz de hacer cualquier cosa, un valor desaprovechado entre fogones y pañales que ahora, en el caos, brilla como un diamante, es el oscuro objeto de deseo de la mayoría de los hombres, pero ella está más interesada en entrenarse en el manejo de las armas y en aprender a luchar que en flirtear, quizá sea su manera de plantarle cara a su tragedia interna; Luna, por supuesto, la hija que todo padre querría tener, si hay futuro espero compartirlo con ella; Julián, un gran tipo con quien nunca hubiera salido de cena antes de todo esto, otro ejemplo de la cantidad de prejuicios con los que nos movíamos antes, sin embargo, en este momento, cuando están nuestras pelotas en juego, elegimos mejor las compañías, y a él lo quiero siempre a mi lado, sin duda. Además, junto con Eva (y yo mismo por qué no decirlo), Julián es un pilar fundamental para la supervivencia de la comunidad. Eva, bueno, diría que bendigo esta maldita infección porque gracias a ella la pude conocer, pero claro, sería una burrada, mejor me callo y no hablo más. Y eso es todo, total: veinticuatro habitantes en el Castillo de los Mendoza y uno por llegar. ¡Ah!, y Rosita, la vaca lechera, algunas gallinas y un par de pollos. Como familia está de sobra, para repoblar el mundo va a ser complicado.

No ha venido nadie más, nosotros fuimos los últimos. Colocamos carteles en las desviaciones de la carretera de Colmenar y en todos los accesos cercanos, pero no hubo suerte. Si hay más supervivientes, o bien no se desplazan o si lo hacen, no pasan por aquí. Aún así no perdemos la esperanza. Hemos estado tentados de acercarnos a Madrid para echar un vistazo, pero los riesgos son demasiados y la verdad es que de momento preferimos esperar. Además, ahora con la cosecha la moral está alta y mejor no arriesgar, una nueva muerte sería una tragedia. Afortunadamente no nos hemos relajado con la seguridad, al contrario. A partir de la muerte de Pablo a manos de Marcial se decidió, por unanimidad, aceptar mi propuesta de mantenernos de guardia las veinticuatro horas del día. Desde entonces dos personas armadas y con linternas en las horas de oscuridad, recorren el adarve de la barbacana en turnos de tres horas.

Todos estamos de acuerdo en que con esta medida dormimos más tranquilos. Los infectados siguen sin aparecer, esperemos que nunca lo hagan, preferiríamos ver una columna de blindados precedidos de una banda de música. De ilusiones también se vive.

En el castillo siempre hay cosas que hacer, es bueno mantenerse ocupados, y para los momentos de relax tenemos a Antonio. Es un albañil fuera de serie, aunque como monologuista es todavía mejor. Con un ingenio inagotable, hace de las horas posteriores a las cenas un espectáculo digno del mejor café teatro. Al final consigue contagiarnos su entusiasmo y simpatía, logrando que olvidemos por un rato que somos náufragos en un océano lleno de tiburones.

Estoy de guardia junto a Yesica. Siento envidia por no poder estar en la recogida y compartir ese momento. Viendo a todos trajinar entre las matas de hortalizas, bajo el sol, llenando las bolsas con tomates, judías y patatas como quien recoge pepitas de oro, entre risas y bromas, pienso que al menos algo estamos haciendo bien. Volver a lo que realmente es importante pocas veces se consigue, y es una satisfacción comprobar que lo has logrado.

Eva levanta la cabeza y me mira, lleva un pañuelo que deja entrever su intenso pelo negro. No veo sus preciosos ojos verdes ahora entornados. Me tira un beso con la mano. Hago que lo recojo al vuelo y me lo llevo a los labios.

Soy absurdamente feliz en este nuevo mundo.

3. LA SALUD DEL COBARDE

Hoy salí con Vicente y Andrés a pescar lucios y carpas a eso de las doce. Fue idea del primero el buscar unas cañas en la ferretería del pueblo y aprovechar las posibilidades que nos brindaba el embalse de Santillana. Hacía tanto tiempo que nadie pescaba que el asunto era coser y cantar. No había vez que no se capturaran entre seis o siete piezas de más de cinco kilos, una vez cogieron un lucio que pasaba de los diez. No entiendo de pesca, pero el antiguo conductor de autobuses es un artista del sedal y nos está enseñando a unos cuantos. Así es que yo, además de vigilar, amplió mis conocimientos en técnicas de pesca, y ciertos términos ya no son un misterio para mí. Ahora entiendo cuando dice: *carpas a fondo y a la inglesa*, con *maíz o boilies*, y lucios a *cucharilla* o *crankbaits*. Fina prepara el pescado de maravilla, esta noche cenaremos de lujo.

Eso será después de que entremos en el cuartel.

Hace un par de días nos decidimos a buscar más armas en el cuartel de la Guardia Civil que está junto a la M-608, frente al campo de fútbol, unos metros más allá de la gasolinera. Lo habíamos ido retrasando debido a que en su interior se encuentran seis mocetones muy alterados. Tenemos armas y munición, pero quizá no las suficientes si las cosas se ponen feas. Además de una caja de granadas, la calibre .50 del blindado, las dos pistolas de Eva, los tres subfusiles y la Franchi de Julián, disponemos de cuatro escopetas de caza de dos cañones. ¡Ah!, y el revólver Smith and Wesson de Luna. Munición para las escopetas tenemos bastante, pero para el resto de las armas andamos justos, por ese motivo hemos organizado para esta tarde el asalto a la comisaría. Iré con Eva, Lucas y Raquel, que se estrenará en esto de matar infectados. La mayoría no confía en las cualidades que pueda tener una antigua ama de casa, la ven mejor ocupada en labores domésticas o de intendencia dentro del castillo. Yo no estoy de acuerdo, y Eva opina lo mismo, Raquel nos inspira confianza, creemos que tendrá temple y coraje en el combate, aunque habrá que comprobarlo. Eso es algo que no terminan de entender los habitantes de la comunidad, el hecho de que ya no somos pacíficos ciudadanos, sino supervivientes en un mundo donde saber manejar un arma y luchar puede significar la diferencia entre vivir o morir. Aparte de Paco y Rafa nadie más que nosotros sabe disparar, y eso puede llegar a ser un problema, sobre todo cuando no muestran ningún interés por aprender.

Hay opiniones en contra en la comunidad. La mayoría no entiende para qué necesitamos más armas si hace meses que no vemos un infectado, excepto los del pueblo que están dentro de sus casas. Noto cómo el miedo, en silencio, va contagiando a todos. Las muertes de Marcial, Pablo y más recientemente de Fermín, y el saber que un mordisco de un infectado, por pequeño que sea, significa la muerte, están consiguiendo que los habitantes de la comunidad eviten las salidas del recinto y,

por supuesto, las misiones de abastecimiento. Me equivocaba, hubo un tiempo en que pensé que terminaríamos volviéndonos descuidados en las salidas y con la seguridad en general, y ha sido justo lo contrario. Aún sin un enemigo visible, poco a poco, los habitantes de la comunidad van renunciando al mundo que les pertenece. Mientras me quede sangre en las venas me niego a que sea así.

Volvimos al castillo a la hora de comer cargados con dos hermosos lucios y tres carpas impresionantes, Fina estaba loca de contenta, «las cocinaré al horno para cenar», nos dijo con una media sonrisa que generó dos hoyuelos muy profundos en sus gordos mofletes.

Después de comer se puso a jarrear, una cortina intensa de agua nubló el paisaje. Decidimos dejar el asalto al cuartel para el día siguiente.

Estuve esperando a que dejara de llover para entrenar con la Bastarda, mi espada medieval a dos manos que tantas veces me sacó de apuros. Cuando llegó el calor tuve que quitarme el forro polar que me ponía debajo de la cota de malla y sustituirlo por un chaleco militar. Aún así a veces es asfixiante, pero no estoy dispuesto a renunciar a la protección de ese entramado de anillos de acero «*antimordiscos*».

En el adarve montaban guardia Sergio y Ruth. Fue la peluquera la que me avisó. Venían por la carretera. Eran cuatro y por su andar, en un principio, los confundí con humanos. Al mirar con los prismáticos confirmé lo que más temía, eran infectados.

Estarían a unos doscientos metros de nosotros y caminaban por la carretera uno detrás de otro. Su andar no era el típico de los infectados, pero tampoco era humano del todo. Diría que se explicaba como una mezcla extraña entre el vacile de un rapero y el trote inconfundible de un gran felino.

—¿Son infectados? —me preguntó Ruth.

—Sí —contesté mientras observaba desde la almena, entre dos merlones—. Baja el tono de voz y no te muevas.

—¿Qué hacemos? —quiso saber inquieta, con el arma temblando en sus manos.

—Esperar, seguro que pasan de largo —le respondí sin creerme del todo lo que le decía—. Avisa a todos que no hagan ruido, y que metan la vaca en el castillo, rápido.

Ruth bajó de la barbacana hasta la liza por la escalera de madera que habíamos colocado, y desapareció por el zaguán como perseguida por el diablo. Sergio caminaba por la esquina noreste, le hice señas con la mano y se acercó hasta mí.

—¿Los has visto? —me instó un poco alterado. Puse mis dedos sobre sus labios antes de que hablara y su voz sonó mermada.

—Son infectados. Permanezcamos en silencio y a resguardo, quiero saber qué hacen.

Andrés tiraba de Rosita, acompañado de Luna, que no permitía que nadie la

tocara sin que ella estuviera presente. Cuando la vaca entraba por la puerta los infectados llegaron a la altura del castillo.

—¡Agáchate!

Sergio se tiró al suelo. No eran imaginaciones mías, temblaba de miedo también, y agarraba la escopeta entre sus brazos como un niño el bocadillo a la hora del recreo para que no se lo quite el matón de turno. Otro que no sería capaz de enfrentarse a una de esas cosas. Asomé parcialmente la cabeza y los vi allí parados, a unos cincuenta metros, junto al murete de piedra y la verja que reforzamos hacía unos cuantos meses, y que circunda todo el castillo. Abajo, en la liza, en un silencio modélico fueron apareciendo Yesica, Ramiro, Andrés, Justo... Todos esperaban información. Eva caminó despacio y subió la escalera, la siguieron Lucas y Raquel. Les indiqué sin hablar que no se asomaran mucho y un poco a gatas, un poco en cuclillas, miraron al exterior. Eva se colocó a mi lado, me quitó los prismáticos y estuvo unos segundos observando.

—¿Qué hacen ahí parados? Miran hacia aquí, es como si supieran que estamos dentro —dijo finalmente con un susurro.

—Eso me parece a mí. Observa el movimiento de sus cabezas, tengo la sensación de que están olfateando.

Eva, sin hablar, asintió. Estaba tan estupefacta como yo.

Eran una mujer y tres hombres, mediana edad diría yo. Debido a las inclemencias del tiempo sus ropas eran harapos sin color, y sus zapatos destrozados dejaban al aire sus pies. Caminantes infinitos hacía tiempo que desgastaron sus suelas hasta hacerlas desaparecer por completo.

Durante unos minutos interminables no pasó nada, luego un alarido salido de cuatro gargantas infectas y nauseabundas, con una intensidad sobrenatural, resonó en todo Manzanares El Real. Fue estremecedor. Abajo los compañeros se abrazaron y un leve murmullo llegó hasta mis oídos. Eva les indicó con el dedo que permanecieran en silencio.

—Ya no es necesario. No sé cómo, pero saben que estamos aquí. Mira —le dije a Eva tocando levemente su hombro.

Eva se asomó a la almena y vio lo que yo, cuatro infectados medio ocultos por las ramas y el cañizo que, sin dejar de gruñir, golpeaban la verja con frenética determinación.

—Puede que nos vieran —musitó Eva, aunque ya no era necesario hacerlo.

—No lo creo, pienso que nos han olido. Y hay algo más. Escucha bien —indicué con el dedo la dirección del pueblo.

—Son...

—Sí —no la dejé terminar—. Parece que nuestros amigos responden a la llamada.

En unos segundos todos lo oyeron, un ulular de voces lejanas, salido de miles de gargantas, un coro siniestro interpretaba una letanía escalofriante.

—¿Cómo es posible? —preguntó Raquel a nadie en particular.

—No lo sé, pero no me gusta —respondió Lucas.

Los infectados continuaban sacudiendo la verja. La golpeaban con las manos, vimos asomar sus dedos ensangrentados a través del cañizo. Bufaban y hacían chirriar sus dientes en el metal, sin importarles destrozarse hasta las encías. Estaban enloquecidos.

—Diez como estos tirarían la verja abajo —sentenció Lucas.

Julián subió también al adarve, tardó en salir porque fue a buscar su escopeta. Ahora, plantado ahí, con las piernas abiertas y el arma terciada, completaba el cuadro. Éramos bien pocos los dispuestos a luchar.

—Acabemos con ellos —nos urgió, y bajó la escalera. Le seguimos sin hablar.

Pasamos entre los habitantes de la comunidad como una procesión de mártires. Caminamos entre ellos mientras nos observaban sin hablar, con el miedo dibujado en sus rostros, paralizados por el aullido incesante de miles de gargantas.

Nos cruzamos con los dos comerciales, llevaban sus escopetas. Pensé que se unirían a nosotros, me equivocaba.

—Quizá si esperamos un poco se marchen —dijo Paco.

—Sí, mejor será no precipitarse —le apoyó Rafa.

—¡Subid a verlos! ¡No se irán nunca! —gritó Eva mirando alternativamente a los dos.

Uno tras otro, con paso dubitativo, fueron subiendo todos al adarve. Luna bajó y, sin decir nada, corrió y desapareció dentro del castillo. Cuando llegué a la puerta con Eva, después de ir a buscar nuestras armas, ella ya estaba allí, esperando junto a Julián, con el revólver en la mano. Nadie más bajó de la barbacana. Permanecían mudos, con la mirada congelada en los infectados, escuchando sus acometidas.

—Fui a por mi pistola —se apresuró a decir, como disculpándose.

Puse cara de pasmo mientras la veía levantar aquel arma brillante con su blanquecina y diminuta mano.

—Voy con vosotros —prosiguió poniendo cara de mala.

—¡Ole tú! —jaleó Julián.

—Espera princesa, tú no vas a ningún sitio —corté por lo sano.

—Carlos, quizá tenga razón... —no dejé continuar a Eva, la tomé por el brazo y la separé unos metros de Luna.

—¿Qué quieres decir? —me apresuré a preguntarle.

—Tarde o temprano tendrá que aprender a defenderse, a no depender de otros para sobrevivir —masticó estas últimas palabras mirando al adarve, donde ya algunos de los miembros de la comunidad se habían vuelto para observarnos.

—Pero aún es muy pequeña, mírala, apenas puede sostener la pistola —argumenté confiando que entrara en razón.

—Esas bestias no esperarán a que crezca para devorarla. Esta es una guerra total, Carlos. Luchamos por evitar nuestra extinción.

Me quedé sin palabras. Mientras hablábamos llegó Lucas y Raquel, con las armas

y la munición a punto. Se fueron directamente hacia Luna. Vi cómo les enseñaba su pistola poniéndose de puntillas disimuladamente para parecer más alta.

—No tiene entrenamiento —creí haber encontrado un argumento irrefutable. Me equivocaba.

—Vendrá con nosotros de observadora.

No habló más, cogió a Luna de la mano y se dirigió a la puerta. Justo abrió la pesada hoja de madera y la atravesamos los seis. No miramos atrás, sabíamos que todos nos observaban y que más de uno se estaría tragando su vergüenza al ver a Luna caminar delante, junto a Eva.

Recorrimos las zonas de cultivo y salimos por la puerta metálica, a unos cincuenta metros de los infectados. En ningún momento, durante el trayecto, tuvimos contacto visual con ellos, pero cuando estuvimos en la carretera los cuatro vinieron a por nosotros.

—Vaya —dijo Lucas—, estos no pierden el tiempo.

—En línea —ordené—, pero aún no disparéis, quiero comprobar algo.

Me separé unos metros y enseguida atraje la atención de uno de ellos, la mujer vino a por mí. Los otros tres atacaron al grupo.

—Luna, ponte detrás y cúbreme, dispara cuando yo te diga —dijo Eva mientras levantaba el subfusil.

Los otros tres infectados eran cosa de ellos que, con las armas dispuestas, apuntaban alto. Yo había sacado la Bastarda y esperaba en posición la acometida de la mía.

—¿Preparada? —oí preguntar a Eva, aunque había bajado un poco la voz.

—Claro —respondió Luna con voz de gelatina de fresa.

—Apuntad a la cabeza... ¡Ahora! —ordenó Eva gritando.

La descarga coincidió con mi golpe de filo y no pude ver lo que pasó.

La infectada salvó la distancia que nos separaba en muy poco tiempo. Era evidente que parecía más ágil y rápida que aquellos otros *comilones* con los que nos habíamos enfrentado antes. Se me echó encima igual que un rayo. Yo esperaba bien plantado y mi golpe fue perfectamente ejecutado y dirigido a su cuello, pero algo no siguió el guión. La infectada levantó su brazo izquierdo e intentó protegerse. No le sirvió de nada porque terminó en el suelo, igual que su cabeza, aunque el hecho fue inquietante. Me giré a mirar a los otros justo cuando Eva terminaba con el último de los infectados que quedaba en pie, apenas a dos metros de ella. Luna tenía el revólver levantado y apuntaba con ambas manos sin moverse ni un milímetro, a pesar de que ese puto *comilón* cayó casi a sus pies.

Mientras volvíamos al castillo nadie dijo nada. Luna caminaba delante, agarrada a la cintura de Eva. El ulular excitado de los infectados del pueblo cesó de golpe. Justo esperaba en la puerta. Los demás desde el adarve nos miraron entrar sin pronunciar palabra.

—Que Paco y Rafa cojan unas palas y entierren esa basura bien lejos —espetó

Eva sin dirigirse a Justo. Miraba directamente a los dos comerciales que sostenían las escopetas como si fuesen escobas.

Eva no bajó a cenar. Se quedó en la habitación. El ambiente en el comedor fue algo tenso al principio, pero Julián supo relajarlo componiendo un relato jocoso del enfrentamiento. Concluyó con un chiste fácil.

—Ha sido como tirar al plato. Fina, tú te los podrías haber cargado con un par de sartenazos, ¿verdad Raquel?

—O con el rodillo de aplanar la pasta —le siguió la corriente con acierto.

Casi todos rieron abiertamente. Algunos solo sonrieron. Paco y Rafa ni siquiera levantaron la vista de sus platos. Raquel, según me contó Julián, se portó muy bien en el enfrentamiento. Fue su disparo de escopeta del .12, cargada con «*posta lobera*», el que voló la cabeza del primer infectado que llegó hasta ellos. Había pasado la prueba con nota. Miró a los ojos rojos de esos espectros y logró controlar su miedo. Es verdad que no estaba sola, pero el mero hecho de bajar a la arena ya decía mucho de ella. De Luna ya no me sorprendía nada, era increíble. Cenó junto a mí, ocupando el lugar de Eva. Me moría por felicitarla, por abrazarla, llenarla de besos y expresarle lo orgulloso que estaba de su valor y su temple, pero no quería alentarla. Como hablar de banalidades no iba con ella, permanecí callado. Ella también calló, hasta el postre.

—¿Estás enfadado? —me preguntó mientras se llevaba un trozo de melocotón en almíbar a la boca.

—Claro que no, preciosa, ¿por qué iba a estar enfadado contigo?

—No conmigo, con Eva.

—Tampoco. Lo que pasa es que me importas demasiado y no soportaría que te pasara nada.

—¿Crees que a Eva no le importo?

Esa pequeña niña era un diablo con las palabras.

—Has corrido un riesgo innecesario. Creo que aún no era el momento de que te enfrentaras a infectados.

—Entiendo.

Por un instante pensé que había quedado en tablas. No fue así. Luna terminó el postre y se limpió con la servilleta, me dio un abrazo, me plantó un beso sonoro en la mejilla y se levantó de la silla.

—Me voy a dormir. Mañana Eva me va a enseñar a disparar bien, hoy no acerté ni un tiro —hizo una pausa, como si recordara algo—. Y por la tarde espero que me entrenes tú con la espada.

Desapareció por la puerta andando a saltitos como un pájaro. Y ahí me quedé yo, con un palmo de narices.

Encontré a Eva leyendo en la cama, a la luz de un candil de queroseno. No levantó la vista del libro. Me desvestí y me recosté a su lado.

—Toma, te he traído un poco de tortilla, está exquisita —le ofrecí el plato sin acercárselo demasiado.

Hizo caso omiso a mi ofrecimiento. Pasó una página mojándose el dedo antes y un cosquilleo atravesó mi nuca.

—Fuiste un poco dura con Paco y Rafa. En la cena han estado como tumbas —le solté neutro, en tono informativo.

—¡Que se jodan! —respondió como un resorte y pasó otra hoja.

—No recuerdo quién dijo: «*Un cobarde es una persona en la que el instinto de conservación aún funciona con normalidad*» —yo seguía con el plato en la mano citando a Ambrose Bierce.

—Esos dos mamones son muy valientes disparando a patos, pero cuando se trata de *bichos*... —mascó sus palabras—, se cagan en los pantalones y dejan que otros se la jueguen por ellos. Además, yo no tengo la culpa de que una niña de doce años les haya dado una lección.

Tenía razón, pero había que solucionar el asunto y relajar la tensión, por el bien de la comunidad.

—Cada uno aporta lo mejor que tiene, según sus cualidades. Todos son importantes aquí. Antonio por ejemplo no es capaz de coger un arma, pero es insustituible. Y qué me dices de Fina, sin sus dotes de cocinera esto sería un desastre. Y Sergio o Andrés...

—Vale, no sigas, ya te *copio* —se volvió y me miró por primera vez.

—¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Claro. Mañana hablaré con ese par de gallinas y haré como si aquí no hubiera pasado nada, ¿estás contento? —susurró sin apartar sus ojos de mí. Lo había entendido.

—Sí.

—Pero luego tú les vas a quitar sus armas y se las vas a dar a alguien que los tenga bien puestos. Destínalos a algún cometido apropiado a sus «cualidades».

Bueno, lo había entendido a medias.

Cansado de sujetar el plato lo dejé en la mesilla y, como quien no quiere la cosa, me giré dándole la espalda.

—Luna estuvo espectacular. Tenías razón, es necesario mirar de cerca los ojos de esas bestias para saber de qué pasta está hecho uno, y ella es una fuera de serie. Mañana entrenará con la espada conmigo. Por la tarde, por supuesto, después de que reciba tu clase magistral de tiro. Buenas noches cariño —me reí por dentro imaginando su cara.

No tardó mucho en metabolizar lo que le había dicho, en desmenuzar la frase, extraer el sarcasmo y desnudar la sutil ironía envuelta en halago.

—¡Qué *mamón*! —golpeó mi costado con un codazo—. Anda, trae para acá esa tortilla que huele que alimenta.

No quise comentarle lo que me rondaba por la cabeza. Lo dejaría para el día

siguiente, cuando estuviera también Julián, Lucas y Raquel. Entonces hablaríamos de los nuevos infectados. Esa noche preferí trocearle la tortilla y dársela como a una niña pequeña, escuchar su risa y observar sus ojos verdes desaparecer bajo unas pestañas inmensas.

Al día siguiente, después de desayunar, reuní al Equipo de Combate.

—Los infectados han cambiado —comencé sin mayores preámbulos.

Julián y Lucas estaban sentados alrededor de una pequeña mesa, Eva y Raquel permanecían de pie, junto a ellos. Elegí nuestra habitación para no llamar mucho la atención si nos veían juntos.

—¿A qué te refieres? —quiso saber de inmediato Lucas.

Eva me miraba muy atenta. No pude esperar y, nada más levantarme esa mañana, la puse al corriente de mis sospechas. Ella también las tenía según me confesó.

—Los cuatro que matamos ayer no son iguales a los que conocíamos hasta ahora. Se mueven diferente, son más rápidos, parecen más inteligentes. El mío intentó protegerse del golpe de espada levantando un brazo. Y eso no es lo peor.

Mantuve la tensión unos momentos para llamar aún más su atención.

—Creemos que ahora pueden oler nos a distancia, a mucha distancia —informó Eva sin esperarme.

—Eso sería terrible, ¿estáis seguros? —preguntó Raquel visiblemente afectada.

—No, por eso de momento es preferible no comentar el asunto con los demás —respondió Eva.

—Es evidente que sabían que estábamos dentro del castillo sin habernos visto, y puedo aseguraros que nunca vi un comportamiento como el que tuvieron. Aunque quizá solo haya sido casualidad —añadí sin mucho convencimiento.

—Vaya, entiendo —musitó Julián.

—Y también está el asunto de la reacción de los infectados del pueblo al escuchar los gruñidos, fue como si... contestaran —continuó Eva.

—¿Qué proponéis? —concretó Raquel.

—De momento mantenerlo en secreto y ratificar nuestras sospechas en cuanto podamos —respondí—. De confirmarse, las cosas podrían ponerse muy difíciles.

Acordamos no retrasar más el asunto de ir a buscar armas y munición al cuartel y hacerlo ese mismo día. Ni Julián ni Raquel vendrían con nosotros, decidimos no estar todos juntos a no ser que fuese necesario, y esa vez les tocaba a ellos quedarse en el castillo. Visto lo visto, y teniendo en cuenta que los compañeros de la comunidad no estaban por la labor de combatir, sería mejor que quedara alguien vivo en el castillo que supiera luchar en el caso de que las cosas se torcieran.

A primera hora de la tarde Eva, Lucas y yo, bajamos la pequeña pendiente hasta

la valla del perímetro y salimos por la misma puerta metálica por la que lo hiciéramos el día anterior. El sol calentaba de lo lindo y las chicharras machos llamaban a las hembras haciendo vibrar sus membranas quitinosas produciendo su hipnótico chirriar. Las manchas de sangre de la carretera nos recordaron el enfrentamiento pasado. Paco y Rafa enterraron los cuerpos de los infectados muertos. Esa tarde habría que enterrar más cadáveres, esperaba que no fuesen los nuestros.

Decidimos no correr riesgos y además de las armas habituales llevamos algunas granadas. El cuartel era un edificio de ladrillo rojo de una planta, con cubierta de teja negra, rodeado por un muro de piedra y barrotes de hierro. Al aparcamiento se accedía por una puerta metálica que estaba cerrada. Saltamos el muro y, con precaución extrema, nos acercamos. No hicimos ningún ruido, sin embargo, unos golpes tremendos comenzaron a retumbar antes de que llegáramos a la puerta. Nos miramos en silencio. Se confirmaban nuestras sospechas, su olfato se había agudizado extraordinariamente. Los cristales de las ventanas eran antibalas y hacían imposible acabar con los infectados a través de ellos. Eva colocó una granada en la puerta, sujeta con cinta americana, nos indicó que saliéramos de allí, luego tiró de la anilla y como un rayo se puso a cubierto a nuestro lado. No vimos la detonación, ocultos detrás del muro, pero el ruido fue ensordecedor y una lluvia de fragmentos de vidrio y metal voló por encima de nuestras cabezas. Eva fue la primera en asomarse, a continuación los demás. La puerta estaba reventada, una hoja había desaparecido y la otra colgaba de una bisagra. Por unos segundos del interior solo salió humo. De pronto, de la oscuridad, surgió un infectado sin un brazo y destrozado por la metralla, le siguió otro con parte de la cara colgando y una herida en la pierna que dejaba al descubierto el hueso del fémur. Tres más, aparentemente intactos, empujaron a los dos primeros, más lentos, y se lanzaron hacia nosotros. Protegidos por el muro, al otro lado de la reja de hierro, fue sencillo acabar con ellos volándoles la cabeza de un disparo a distancia.

—Solo hay cinco —dije observando los cadáveres en el suelo.

—¿Qué? —intervino Lucas recargando su escopeta.

—Justo me dijo que en el cuartel se quedaron seis. Un sargento y cinco *números*.

—Quizá al sexto se lo comieran estos otros o se largara —resolvió Eva.

—También puede que esté en alguna habitación encerrado y se lance sobre nosotros en cuanto entremos —manifesté algo irritado.

—Es posible, iremos con cuidado —resolvió Eva y saltó de nuevo el muro sin esperarnos.

El interior olía a pólvora quemada y a podredumbre. Parecía que una panda de adolescentes colgados, con bates de béisbol, se hubieran divertido una noche destrozándolo todo. Caminamos en formación de cuña, con Lucas en el vértice por llevar el arma más potente. La luz que entraba por las ventanas era suficiente para ver y no tuvimos que encender las linternas. En los cuartos que encontramos cerrados mostramos especial atención. Primero golpeábamos repetidamente y si no

escuchábamos nada reventábamos la cerradura. Registramos todo el cuartel sin encontrar nada ni a nadie, hasta que llegamos a una puerta en la que ponía armería.

—¡Bingo! —dijo Lucas.

Era gris, metálica, y estaba llena de abolladuras y restos de sangre seca. Lucas accionó el pomo, la puerta no se abrió. El bombero, un metro noventa de puro músculo, golpeó con el hombro y profirió un grito de dolor.

—No seas bestia —le recriminó Eva—, déjame a mí.

Lucas se apartó y Eva se agachó a observar la cerradura. No tardó mucho en levantarse soltando un suspiro.

—Es una cerradura de seguridad, habrá que volar la puerta —sacó otra granada de la pequeña mochila que llevaba—. Poneos a cubierto detrás de una pared y tapaos bien los oídos, aquí dentro el ruido va a ser mucho mayor.

Y vaya si lo fue. No había escuchado nada más brutal en toda mi vida. Me tembló todo el cuerpo y, a pesar de tener los dedos introducidos en mis orejas, la detonación zarandó mi cerebro como un sonajero. Tardamos en poder ver los resultados. Cuando se disipó la nube de polvo pudimos confirmar que la granada no había sido suficiente. Aunque la deflagración hizo un agujero en el metal y desprendió parte del revestimiento de la pared y del techo, la puerta se mantenía en su sitio.

—Joder, va a hacer falta otra granada —sentenció Eva, y sacó otro de esos artefactos infernales de la mochila.

—Espera. Voy fuera. Otra explosión como la anterior y tengo que aprender a leer los labios.

Cuando el eco de la segunda detonación se apagó volví a entrar. Esta vez la puerta se había combado tanto que, con un par de patadas de Lucas, se terminó de abrir. El interior estaba oscuro, pero la nariz no necesita ver, el intenso olor a putrefacción nos puso alerta. De nuevo Lucas fue delante, una descarga de postas a corta distancia pararía a un toro, le diera donde le diera. Eva enfocó su linterna y recorrió un cuarto de mediano tamaño abarrotado de estanterías y armarios metálicos. En la zona más alejada, en una esquina, había una mesa y, apoyado contra la pared, alguien sentado.

Sobrepuestos a la impresión inicial, nos acercamos bajando las armas. La habitación estaba vacía. Aquel pobre infeliz se encerró en el lugar más seguro, pensando que una puerta infranqueable le protegería mientras esperaba una ayuda que nunca llegó. Se había volado la cabeza hacía mucho tiempo y su cuerpo momificado, gracias a la falta de humedad y la temperatura estable, dormía el sueño eterno.

—Rodeado de armas y prefirió matarse antes que luchar —comentó Lucas rascándose la cabeza.

—Carlos, explícale a Lucas eso del cobarde y su instinto de conservación en perfecto funcionamiento —me apremió Eva señalando a la momia del rincón con el agujero de bala en la cabeza.

—¿El qué? —preguntó Lucas.

—Nada, que hay quien dice que los cobardes mueren con mejor aspecto —

respondí mirando a Eva, que sonrió—. Pero parece que en este caso no se ha cumplido.

Lucas frunció el ceño y calló. Era difícil entender nuestro pequeño juego particular de tira y afloja.

—Bueno, vamos a ver qué encontramos por aquí —resolvió práctico, y nos pusimos manos a la obra.

Usamos los walkies que nos llevamos del hospital para informar a Julián y pedirle que nos ayudaran a llevar las armas al castillo y deshacernos de los cuerpos. A los diez minutos aparecieron Valerio, Paco y Rafa, con unas bolsas grandes y un par de palas.

—No es necesario enterrar los cuerpos, sacad gasolina de alguno de estos coches —señaló Eva el *parking* del cuartel— y quemadlos.

Paco y Rafa se miraron, Valerio no tenía por qué entender lo que ellos tomaron como una concesión por parte de Eva. Yo me alegré de que las cosas se fueran arreglando.

Una vez registrados todos y cada uno de los armarios, cajones y estanterías de la comisaría, comprobamos que no nos había ido nada mal. Ya en el castillo hicimos recuento de material. El botín fue de: ocho pistolas (dos Berettas y seis HK Compact), tres metralletas HK MP5 calibre 9mm, dos subfusiles HK G36 de 5,56mm, dos escopetas Franchi, seiscientos cartuchos de 9mm, trescientos de 5,56mm y ciento cincuenta cartuchos del doce. También nos llevamos cuatro chalecos antibalas, esposas, ropa, calzado, cinturones, cartucheras y, por supuesto, los dos Nissan 4x4 que tuvimos que arrancar con cables de batería. Sus radios nos podrían ser de mucha utilidad en un futuro. Comida no había, pero sí una caja de botellas de Ribera del Duero, reserva del 2000, que animaría la próxima fiesta en el castillo, sin duda.

La semana posterior al asalto a la comisaría estuvo marcada por la rutina. Eva dedicó unas horas al día a entrenar a Luna en el manejo de las armas, y yo cumplí con lo prometido y también la entrené en los misterios del combate medieval. Luna se hizo con una espada corta, sin afilar, que cogió de una armadura, y cada tarde componíamos unas coreografías en la liza dignas de ser colgadas en «YouTube edición Apocalipsis». Tenía muchas cosas en la cabeza que proponer a la comunidad, pero en vista de que la moral estaba algo baja preferí no echar más leña al fuego y esperar a que se asentaran un poco las conciencias. Eva estuvo de acuerdo, al igual que el resto del Equipo de Combate.

A Julián se lo llevaban los demonios cuando veía que teníamos más armas que combatientes, cosa que Eva también soportaba muy mal. Yo, sin embargo, prefiero

mil veces rodearme de gente en la que confiar, que aventurarme por ahí con cualquiera que te deje tirado o te agujere el culo presa del pánico a la primera de cambio.

Luna recorre a diario el dial de la emisora en busca de alguien al otro lado, pero aún no ha habido suerte. Me niego a pensar que la comunidad esté formada por los últimos vestigios de la raza humana, aunque cada día tenga menos esperanzas de encontrar supervivientes. Además, me temo que con el nuevo tipo de infectado, los pocos humanos que estén escondidos lo van a tener mucho más difícil.

Estoy algo inquieto. Pienso constantemente en la seguridad. Tengo que hablar con todos de ello, es fundamental no retrasarlo más.

4. ROTORES EN TÁNDEM

El comandante Escolano barajó las cartas y comenzó un nuevo solitario. Estaban tan gastadas ya que apenas distinguía los palos de la baraja. Jugó hasta el mediodía, sentado frente al amplio ventanal de la torre de control, con vistas a las pistas de despegue del BHELTRA-V (Batallón de Helicópteros de Transporte núm. V) situado en Colmenar Viejo. Él era el único miembro vivo de los más de doscientos cincuenta profesionales que componían la unidad.

Agradeció la llegada de la primavera que dejó atrás el terrible invierno, pero ahora, a pesar de que andaba desnudo todo el día, se asfixiaba con el calor sofocante del verano madrileño que entraba con fuerza.

Hacía tiempo que no se encontraba bien. Sabía que era a causa de la alimentación a base de comida enlatada. La ausencia en su dieta de frutas, verduras y alimentos frescos durante tantos meses, le estaba pasando factura. Tenía por los suelos los niveles de vitamina A y C, zinc, magnesio y selenio, motivando una reducción drástica de sus defensas. Además, una nula ingesta de fibra y potasio le provocaron una hipertensión galopante, con dolores matutinos de cabeza centrados en la nuca. También padecía anemia, problemas intestinales y estreñimiento.

No era tonto. Sabía que, aunque aún disponía de mucho alimento enlatado y agua, su salud se deterioraba por momentos y que su organismo era una bomba de relojería a punto de estallar.

Llevaba casi diez meses encerrado en aquella torre de control, con acceso a la sala de oficiales y a la cantina, en la más absoluta soledad. Motivo este más que suficiente para que cualquier otra persona enloqueciera o se rindiera, pero el comandante Escolano era mentalmente muy fuerte y seguía aguantando. Extremadamente delgado, sucio, con el pelo y la barba muy largos, era una sombra de lo que fue: el mejor piloto de helicópteros del cuartel, número uno de su promoción, un apuesto oficial de treinta y dos años, inteligente, competente, buen compañero y con un fino sentido del humor.

Pocas horas después de que se declarara la pandemia se le ordenó salir en una misión muy delicada: recoger a la Familia Real y trasladarla a un lugar secreto en las islas Baleares. El punto exacto ya se lo indicarían en su momento. Para ello montaron depósitos de combustible adicionales y municionaron las tres ametralladoras M60 del CH-47 Chinook. Un enorme helicóptero bimotor de transporte de carga pesada, con rotores en tándem y una velocidad punta de 315 km/h, capaz de completar el trayecto en algo más de cinco horas a velocidad de crucero. Pero nunca se realizó dicha misión. Cuando aterrizó en el helipuerto del Palacio de la Zarzuela no encontró a nadie esperando para ser recogido. Sospechando lo peor no apagó los motores y ordenó a los tres tiradores de las ametralladoras que fueran a ver qué pasaba mientras

él aguardaba con los ojos muy abiertos. A pesar del tremendo ruido de los dos rotores escuchó disparos y ráfagas continuadas de armas automáticas. Minutos después vio volver corriendo a uno solo de sus hombres, con la cara desencajada y salpicaduras de sangre. Gracias a que mantuvo el aparato en marcha pudo despegar con rapidez y evitar la horda de más de treinta infectados que se les venía encima. Entre los que corrían pudo distinguir la egregia figura del rey a la cabeza, seguido de su renqueante padre. Durante el trayecto de vuelta al cuartel, el soldado superviviente le relató la pesadilla que encontraron al entrar en el palacio, y cómo fueron atacados y devorados por infectados enloquecidos. Él mismo sufrió un mordisco en el cuello y murió desangrado antes de llegar a la base.

Aterrizó en mitad de la pista y, sin perder tiempo, se dispuso a informar a su superior de lo acontecido. Pero todo lo que encontró fue locura y sangre por todas partes.

Y allí quedó el helicóptero Chinnok. Y allí continuaba esperando, proyectando una sombra inmensa bajo el sol de agosto. Sin nadie que lo llevara de vuelta al hangar se pudrirían sin remedio todos y cada uno de los más de treinta millones de euros que costó a las arcas del Estado. El comandante Escolano lo miraba todos los días cientos de veces. Una nave imponente, cargada de combustible y de víveres hasta los topes, con un sistema de comunicación vía satélite operativo, armado y con las llaves puestas..., pero inalcanzable.

Todos los pilotos salieron en distintas misiones y solo quedaba personal de tierra y algún oficial cuando él llegó del Palacio de la Zarzuela. Unas cincuenta personas que ahora eran infectados y deambulaban por todas partes sin rumbo fijo. Logró atrincherarse en el edificio de la torre de control, y después de matar al controlador aéreo y a un sargento con su arma reglamentaria, atrancó puertas y ventanas y decidió esperar. Intentó contactar por radio con algún mando con responsabilidad del que obtener algún tipo de directriz, pero no tuvo éxito. Solo recibió informaciones confusas desde algunos aparatos en vuelo o vehículos blindados situados en las salidas de las carreteras. Conversaciones absurdas con oficiales y suboficiales al mando de escuadrillas de la muerte, hombres aterrados viendo lo que se les venía encima. Luego se cortó la electricidad y todo quedó en silencio.

Desde entonces solo escucha el sonido de su conciencia desesperada dándole la replica a su «yo» superviviente, diálogos interiores sobre la necesidad de obligarse a continuar viviendo o abandonarse a una muerte liberadora.

Asomado al amplio ventanal, desnudo, mugriento y barbado, igual que un anacoreta del Apocalipsis, el comandante Escolano pierde la mirada en la lejanía y ahoga un grito de desesperación.

5. EL PLAN B

Julián fue el último en llegar. Aproveché que Eva y Raquel tenían guardia en las murallas y, después de cenar, reuní al Equipo de Combate. Lucas ya estaba en la garita noreste, esperando. Parecía nervioso.

—Bueno, ya estamos todos, ¿qué era eso tan importante que tenías que decirnos? —se apresuró a decir Julián sin saludar siquiera.

—Espera, Luna también viene —replico Eva.

—¿La niña? —murmuró Lucas. Yo tampoco contaba con ella, fue cosa de Eva.

Encendí un cigarrillo y me asomé a la noche sin hablar, hasta que apareció Luna, subiendo las escaleras de piedra, vestida toda de negro, con su pelo rubio recogido en una coleta. Caminó despacio hasta nosotros, su andar era distinto. Forzaba una madurez anticipada, jugaba a ser mayor. Saludó con la mano y se colocó junto a Eva.

—Lo que tenía que decirnos es bien sencillo: debemos pensar adónde irnos. Buscar un lugar más seguro que este. Y tenemos que hacerlo ya —lo solté a bocajarro.

El efecto fue como el de un mazazo. Excepto Eva, con quien había hablado del asunto, los demás parecieron recibir una descarga eléctrica.

—¿Marcharnos? ¿Buscar un lugar más seguro que este? —fue Julián el primero en hablar—. ¿De qué estás hablando Carlos?

No sabía por dónde empezar, todas mis sospechas y preocupaciones estaban basadas en conjeturas sin una base sólida. Eva conocía lo que iba a contar, por eso me observaba con aire de condescendencia como diciendo, «a ver ahora cómo sales de esta».

—Aquí tenemos de todo, joder. Esto es un puto castillo, con muros de cinco metros de alto y dos de ancho. Fue inexpugnable contra un ejercito de miles de hombres armados con flechas, espadas y máquinas de guerra. Carlos, ¿de verdad crees que cuatro piojosos de esos, van a tomarlo al asalto? —oyendo a Julián aún me parecían más absurdos mis temores. Para colmo intervino Raquel.

—Julián tiene razón. No creo que sea buena idea salir de aquí. Ahora estamos mejor que nunca. Hemos solucionado el problema de los alimentos frescos y puede ser un buen lugar para vivir. Nadie querrá marcharse —cuando terminó de hablar miró a Lucas buscando también su apoyo, y este no se hizo esperar.

—Vamos, Carlos, no hay nada mejor que el castillo —dijo abriendo mucho los brazos y girando en redondo.

Temía que me iba a encontrar con esto, ¡y estaba con el Equipo de Combate! ¿Qué opinaría entonces el resto de la comunidad? Estaba bloqueado, que es lo que le pasa a uno cuando pretende argumentar sobre algo que te sale de las tripas y no de la cabeza. Eva continuaba mirándome sin decir nada, sabía que ella estaba de acuerdo conmigo, que sus tripas y las mías sentían lo mismo, pero eso no mejoraría mi

retórica.

—Dejad que Carlos se explique —intervino Luna adelantándose un poco. Su vocecilla me dio alas.

—Esperad, no digo que nos marchemos ahora. Solo digo que tenemos que pensar una opción mejor y, cuando la tengamos, nos larguemos. Sé que aquí estamos muy bien, no soy gilipollas. También yo he llegado a olvidarme de la devastación que ha provocado esta pandemia viviendo aquí. Hemos estado relativamente tranquilos durante mucho tiempo, y entiendo que no podemos evitar pensar que podría ser un lugar definitivo donde poder establecerse y... no sé, formar una familia —miré a Julián—. Es difícil de explicarlo, pero presiento que esto va a cambiar pronto.

—No me jodas, Carlos, después de todo lo que hemos pasado juntos no me digas que te ha entrado el canguelo por esos cuatro infectados del otro día —dijo Julián dándome una palmada en la espalda, como se haría con el colega que se quiere ir a dormir en medio de una fiesta de camisetas mojadas.

—Esos infectados eran distintos a cuantos nos hemos enfrentado —añadí.

—¿A qué te refieres? —intervino Raquel. Parecía que había llamado su atención. Lucas también se agitó y estiró un poco el cuello en mi dirección.

—Nos huelen a distancia, a mucha distancia, y son más inteligentes. No tanto como para dejar de venir directos a un rifle que les apunta, pero sí para intentar protegerse de un golpe de espada. Yo diría que ahora están al nivel de un perro.

—¡Uf, menudo nivel! —Julián estaba negativo, era evidente.

—Además está el asunto de la comunicación. Cuando gritaron, todos los infectados del pueblo contestaron. Es algo que nunca habíamos visto —de momento había soltado los hechos. Esperé.

—¿Cuál es tu teoría? —preguntó Raquel anticipándose con inteligencia. Eva me echó una mano y yo se lo agradecí.

—Carlos y yo pensamos que el virus sigue mutando y produciendo cambios en el cuerpo. Incorporando mejoras, haciendo más capaz al nuevo ser, más rápido, más listo, mejor cazador y, sobre todo, más eficaz para acabar con su enemigo natural —Eva soltó la bomba sin pestañear.

Lucas formuló la pregunta que todos pensaban.

—¿Qué enemigo natural? —Luna se abrazó a Eva, sabía la respuesta sin duda.

—Nosotros —continué—. Pensamos que ese organismo infeccioso se especializa para aniquilar humanos. Somos la especie rival, en definitiva —concluí una teoría de saldo.

Por la cara que pusieron Lucas y Raquel parecía que al menos habíamos sembrado la duda en sus cabezas. Julián era más duro de pelar. Creo que el esperar un hijo hacía que pensara con una mente más racional, viendo nuestros atrevidos argumentos como lo que eran: meras especulaciones sin ninguna base. Insuficientes como para que alguien, con dos dedos de frente, decidiera arriesgarse por ellos y abandonar su confortable vida en un lugar seguro.

—¿Y todo eso decís que lo está haciendo un puto bicho que hay que ver con un microscopio electrónico? Me vas a tener que pasar uno de esos cigarros que fumas Carlos —dijo Julián con una sarcástica sonrisa.

—Ese bicho, como tú lo llamas, es el virus más letal que existe de largo. Es tan antiguo como el hombre, probablemente mucho más. Desconocemos qué contiene el material genético que inserta en nuestras células, qué puede llegar a hacer de nosotros —Eva intentó convencerlos con argumentos más consistentes, pero fue Luna la que definitivamente lo consiguió.

—Yo no veo problema en tener un plan B en caso de que haga falta. ¿Qué puede haber de malo en pensar en otro lugar adonde poder marcharnos y en el que estar más seguros? Yo estoy aquí genial, aunque no sé... Cuando era más pequeña pensaba que no podía existir nada mejor que Hanna Montana hasta que descubrí True Blood.

Luna se soltó de Eva y agarró a Julián de la mano. Él la miró igual que haría alguien al escuchar ladrar a un perro de escayola, luego se agachó y le dio un sonoro beso.

—¡Hay que joderse! —dijo finalmente mientras se incorporaba—. Por mí, vale. Pensamos algo, un lugar cojonudo, y lo tenemos ahí por si acaso, pero de largarnos ahora nada de nada, ¿ok?

Lucas y Raquel asintieron de inmediato, creo que ellos ya estaban convencidos antes de que hablara Luna. Iba a hablar cuando Eva se me adelantó, presintió que si yo continuaba íbamos a estar discutiendo toda la noche.

—Bien, entonces todos de acuerdo. Será mejor que de momento no comentemos nada de nuestras sospechas a los demás.

—Desde luego será mejor no divulgar las teorías del *Doctor* y la *Doctora Canguele* —apostilló Julián socarrón. A Eva le sentó mal a tenor de su expresión—. ¿Alguna cosa más? —continuó sin hacer caso a su mirada flamígera.

Tenía en la cabeza una lista de ideas para mejorar nuestra seguridad y las iba tachando mentalmente cada vez que realizábamos una. Lucas y Julián aprendieron a conducir el blindado durante la primavera, algo que consideraba absolutamente necesario para no depender de Eva siempre. Yo no quise, donde estuviera ella estaría yo. Hacíamos guardias en el adarve de la barbacana. Ahora teníamos más armas y unos vehículos junto a la Iglesia de Nuestra Señora de las Nieves, pero aún faltaban algunas cosas que consideraba necesarias. A ver qué tal las recibían.

—Me gustaría mantener encendidas durante las noches unas fogatas en un par de puntos del adarve. Podríamos utilizar los trípodes de bronce que hay en la Sala del Infantado. Sería una forma de ser vistos de lejos y desde el aire, una manera de ampliar las posibilidades de localizarnos.

—También nos verán los infectados —apostilló Julián, algo con lo que ya contaba.

Parecía claro que ahora eran capaces de olerlos antes de vernos, pero no continué con ese argumento. En su lugar no aporté ninguno.

—Sí, es un riesgo que tendremos que correr —y continué con la lista—. Últimamente hemos descuidado el mantenimiento de los vehículos que tenemos en la iglesia. Creo necesario arrancarlos todos los días y caminar unos kilómetros con ellos, además de ampliar la cantidad de víveres e incluir algunas armas y munición y, sobre todo, semillas de todo tipo —hice una pausa, no hubo preguntas. Continué—. Por último, creo imprescindible reforzar la puerta de madera con puntales y disponer de cócteles molotov preparados, tanto en el túnel de escape como en el adarve —sobre esto sí hubo objeciones. Y claro, fue Julián.

—Creo que el manual del perfecto asediado incluía aceite caliente y piedras gordas para tirar desde arriba —todos lo miramos sin hablar. Él entendió—. Vale era broma. Me parece un poco exagerado, pero estoy de acuerdo. Mañana me encargaré de organizarlo todo con Anabel. Los molotov los pondremos en las esquinas, dentro de baúles de madera para resguardarlos del sol, y le encargaré a Vicente que mantenga los vehículos a punto. Del blindado me ocupo yo.

Eva me miró durante una centésima de segundo, tiempo suficiente para que captara la satisfacción en sus ojos.

—Bueno, pues entonces todo arreglado —dijo Lucas.

—Yo creo que si toda la comunidad pensara en algún lugar mejor y más seguro que este castillo, tendríamos más posibilidades de dar con él —intervino Raquel con una idea milenaria «cuatro ojos ven mejor que dos». Tenía toda la razón.

—De acuerdo. Planteemos la idea de una manera sutil, a ver qué se nos ocurre. Del resto mejor no hablar —Eva parecía satisfecha y yo aún más.

—Si todos estamos de acuerdo, cada mochuelo a su olivo —sentenció Julián.

Me quedé con Eva un rato, acompañándola en su guardia. Apoyado en el muro de granito apuré el placer de su compañía en silencio.

6. CENA DE NEGOCIOS

Julián encontró a Anabel despierta, de pie, junto a la ventana abierta. La vela apenas iluminaba la habitación. Se acercó lentamente y la abrazó por detrás, entrelazando sus manos en torno a su cintura ensanchada por el embarazo de cuatro meses. Enterró la cara en su cuello y la besó dulcemente, ella se estremeció.

—Os he visto en la muralla. ¿De qué hablabais?

—Carlos quería darnos algunas directrices de seguridad, nada importante — contestó Julián sin retirar los labios de su carne.

—Mientes muy mal, y lo sabes. Dime, ¿algo va mal?

Julián aflojó su abrazo y la miró de frente, luego le plantó un beso en los labios y se lo contó todo. Anabel escuchó sin intervenir, esperó a que terminara de hablar. No pareció impresionada.

—¿Y tú qué piensas de todo eso? —preguntó finalmente.

—No sé qué pensar. Aquí estamos bien, pero quizá tenga razón.

Anabel se retiró de la ventana y, cogido de la mano, condujo a Julián hasta la cama.

—Túmbate a mi lado.

Julián obedeció y Anabel apoyó la cabeza en su pecho. Él le acarició el pelo y maldijo no poder ver su cara. Ella había buscado la oscuridad adrede.

—Quiero contarte una cosa. Me pasó hace cuatro años.

—No me importa tu pasado —se apresuró a decir Julián.

—A mí sí, escucha. Acababa de ascender a directora de departamento en la empresa y llevaba las inversiones de los clientes más importantes. Tenía veinticuatro años y el triunfo para mí, era lo primero. Por fin destacaba entre los demás, era el mando intermedio más joven y además mujer, estaba exultante. Una mañana me llamó mi jefe a su despacho. Me comunicó que esa misma tarde vendría un constructor extremadamente rico que quería comprobar cómo trabajábamos y, en caso de que le pareciera bien, dejar en nuestras manos la gestión de todas sus inversiones. Quería que lo convenciera. Si lo conseguía representaría varios millones en comisiones y un prestigio en el sector que traería nuevos clientes poderosos. Era una responsabilidad y una oportunidad única. Acepté sin dudar.

Anabel calló unos instantes y Julián notó como tomaba aire. Luego prosiguió.

—Quedamos para cenar en un restaurante insultantemente caro, con música muy suave y luz tenue. Enseguida me di cuenta de que el tipo era un cerdo. No me fue difícil imaginar por qué mi jefe me había elegido. Sin duda conocía las debilidades de aquel tipo y pesaron más mis *tetas* que mi talento. Pero ya no había remedio, yo estaba allí y debía obtener su firma. Dejé que me regalara el oído, me cogiera la mano y soporté estoicamente su insoportable flirteo. En unas horas todo habría pasado, era

trabajo, nada más. Eso pensé, me equivoqué.

Julián se revolvió inquieto y dejó de acariciar su pelo. Presagiaba un mal desenlace.

—Después de cenar me llevó a tomar una copa cerca del restaurante y otra en su hotel. Eso fue lo último que recuerdo. A la mañana siguiente me desperté en su habitación, en su cama, desnuda. Estaba sola, él ya se había marchado. Había una nota sobre la almohada. ¿Sabes qué me puso ese cabrón?

Julián no contestó. Apretó los dientes y negó con la cabeza. Anabel no lo vio.

—«Puedes decirle a tu jefe que he quedado satisfecho. Mañana llamaré para ultimar con él los detalles del contrato».

Anabel se incorporó y miró a Julián a los ojos, sin tocarlo. Estaba llorando.

—Ese hijo de puta me drogó y... me violó... y yo no hice nada. Recibí la felicitación de mi jefe y continué con mi vida. Al fin y al cabo se consiguió el contrato —Anabel comenzó a llorar abiertamente, Julián no sabía como consolarla—. Pero eso no fue todo. Al poco tiempo supe que estaba embarazada. Llevaba dentro un hijo de ese desgraciado. ¿Y sabes qué? En ese momento me importó más mi trabajo. Aborté sin dudar. Al día siguiente volví al trabajo con una sonrisa y la promesa en el rostro de una vida laboral llena de éxitos —escupió estas últimas palabras entre sollozos.

—Anabel —su nombre fue lo único capaz de decir Julián. Ella continuó.

—Una mañana, después de varias semanas, me levanté y el mundo de pronto se me vino encima, como una losa. Aquellos acontecimientos que creía olvidados me empaparon igual que una tormenta repentina de verano y la angustia casi me ahogó. Busqué la paz en la venganza. Contraté a un detective privado para que lo siguiera. Sabía que estaba casado con una rica heredera, que era en realidad la poseedora de toda la fortuna. Intuí que un tipo como aquel no podía ser muy fiel y acerté. Conseguí fotos muy jugosas, sobre todo unas en un parque, a la luz suave del atardecer, en las que quedó perfectamente retratado mientras se la chupaba a un chapero. Las metí todas en un sobre y se las remití a su mujer. A las pocas semanas leí en la prensa, en las páginas de sociedad, la noticia de su separación.

El pecho de Anabel subía y bajaba con una respiración entrecortada.

—¿Y encontraste la paz? —fue capaz de preguntar Julián.

—El recuerdo doloroso de ese hijo que no tuve solo lo he conseguido anular con este nuevo hijo —dijo y se acarició la tripa—. Tú y este hijo me habéis dado la paz. El trabajar para los demás como hago ahora, el ocuparme de cosas importantes, cosas reales, me ha hecho feliz de una manera que no conocía.

Julián estaba emocionado y confundido. Anabel no había terminado aún.

—Te quiero y quiero a este hijo. Y desearía que creciera junto a nosotros, sano y feliz... y seguro. Sin la amenaza constante de que todo su entorno se derrumbe en cualquier momento, sin miedo. Julián, haré lo que sea para conseguirlo, para darle lo mejor.

Julián tuvo una imagen de Anabel jugando con su hijo en un parque, paseando de la mano por una calle iluminada con luces de Navidad. Los vio disfrutar en una playa de arena blanca, saltando las olas, riendo felices, y entendió perfectamente lo que ella le quería decir.

Anabel se relajó poco a poco y, abrazada a Julián, se durmió. Él no pudo hacerlo en toda la noche.

7. UN CUARTO PARA LA LUNA

En el desayuno no vimos a Julián. De la época de Pablo como presidente de la comunidad, venía la costumbre de realizar juntos todas las comidas. Era evidente su ventaja en cuanto a orden y organización, y se siguió respetando después de su trágica muerte a manos de Marcial. A excepción de las personas que estuvieran de guardia, o casos especiales, todos nos reuníamos alrededor de la inmensa mesa de la Sala Santillana a la hora del desayuno, la comida y la cena. Pero aquella mañana, sin embargo, aunque estaba libre de servicio, la silla de Julián estaba vacía.

—¿Julián está bien? —le pregunté a Anabel en mitad de la galería porticada.

—Esta mañana se levantó temprano, dijo que bajaría a la cocina y comería algo. Según él tenía mucho trabajo que hacer —contestó.

Me pareció taciturna. Se apoyó en la balaustrada y se quedó mirando al patio. Eva estaba junto a mí, Luna se marchó nada más desayunar, quería echar de comer a Rosita, la vaca lechera.

—¿Te encuentras bien? Pareces cansada —intervino Eva.

—Sí, muy bien —se giró y acarició su incipiente tripa—. Solo estoy un poco preocupada.

—Julián te contó la conversación de anoche, ¿verdad? —adivinó con facilidad Eva.

—Sí.

—Son solo sospechas, nada más —intentó tranquilizarla Eva.

—Querría tener este hijo junto a Julián. Vivir tranquilos y que toda esta mierda terminara. ¿Me puedes asegurar que será así? —respondió neutra, igual que si hablara para ella misma.

—Claro que no.

—Lo imaginaba. Julián, aunque me dice lo contrario, piensa lo mismo que tú. No confía demasiado en el futuro —dijo Anabel perdiendo la mirada.

—Julián es un tío estupendo. Hará cualquier cosa porque todo os vaya bien. Cuidará como nadie de ti y de vuestro hijo. Es un luchador, si hay una posibilidad de futuro él la encontrará —Eva asintió a lo que yo decía. Apoyé una mano en el hombro de Anabel, temblaba ligeramente.

—Lo sé —musitó y tomó la mano de Eva—. ¿Puedo pedirte algo?

—Claro, ¿qué necesitas? —se apresuró a preguntar Eva.

—Quiero saber manejar un arma, que me enseñes a luchar —respondió con voz firme, envarándose.

Eva me miró primero a mí, luego a ella. Ganaba tiempo. Pensaba lo que iba a decirle. Seguramente dudaba entre mentirle o decirle la verdad.

—Saber luchar tampoco te garantizará que se cumplan tus deseos —le dijo la

verdad finalmente.

—Por supuesto que no, pero ¿me ayudarás?

—Dentro de una hora tengo entrenamiento con Luna, junto a la cerca. Práctica con pistola y escopeta —dijo Eva.

—Allí estaré.

Caminamos sin hablar. Recorrimos la galería, bajamos las escaleras y llegamos al patio porticado. El sol aún no calentaba y la mañana era luminosa y fresca, revitalizante. Atravesamos el zaguán y salimos a la liza, entonces Eva se detuvo.

—¿Crees que debí mentirla? —me preguntó clavando su mirada más allá de mis ojos.

—Una mentira la habría hecho menos infeliz. Decirle la verdad, sin embargo, es más probable que le salve la vida.

No me contestó, solo me ofreció un círculo de labios carnosos donde se sumergieron los míos con el deseo de no emerger jamás.

—Buenos días, pareja.

Era Julián el que nos sorprendió desde el adarve. Llevaba algo entre las manos.

—Buenos días. Te hemos echado de menos en el desayuno —dijo. Eva saludó con un gesto.

—Tenía cosas que hacer. ¿Qué te parece esto para las fogatas nocturnas? Lo he encontrado en el sótano, Justo me ayudó a buscar —me mostró una especie de cuenco de unos sesenta centímetros de diámetro, soldado a tres patas de un metro de alto. Parecía de hierro o de bronce.

—Será perfecto —le contesté.

—Hoy, al anochecer, este castillo volverá a ser el que fue —declamó con la voz afectada, como interpretando a Shakespeare.

—Buen trabajo. Quedará genial. Después de cenar subiremos al adarve a contemplarlo —dijo Eva. Yo asentí sin soltar su cintura.

—Vale, nos vemos aquí —confirmó Julián y, cargándose el pesado trípode al hombro, se alejó por la barbacana.

Eva y yo nos separamos allí. Ella tenía entrenamiento y yo necesitaba buscar semillas en el almacén de la torre del homenaje para llevar a los vehículos de la iglesia.

Estaba cargándome un saco a la espalda cuando apareció Luna.

—¿Te ayudo?

—¿No tienes entrenamiento con Eva?

—Tengo un poco de tiempo todavía —contestó moviendo en círculos la punta de su pie derecho contra el suelo.

—Bueno, coge ese saco de maíz —le dije señalando uno pequeño de unos cinco kilos. Ella agarró otro el doble de grande.

—Vamos —dijo mientras se lo echaba a la espalda.

Me siguió hasta el túnel sin hablar, caminando detrás de mí. Cuando llegamos a la sala de guardia, frente a la abertura de la pared, me giré y la miré a la luz tenue del candil de aceite.

—Venga Luna, suéltalo ya.

—¿Cómo?

—Después de desayunar sales corriendo todos los días para ver a la vaca antes de entrenar con Eva y, de pronto, hoy estás aquí. Dime qué quieres.

—Quiero dejar de vivir con Carmen y su hijo —me soltó a bocajarro—. Ella es muy buena, pero me trata como a una hija. Me cuida la ropa, me tapa por las noches en la cama, se preocupa de si he comido bien...

—Eso no tiene nada de malo.

—No quiero una madre.

Vi sus ojos cómo se entristecían y se entornaban. A la luz del candil brilló la película acuosa que se estaba formando en su superficie. No quise convencerla. Era su decisión.

—¿Quieres vivir con Eva y conmigo? Como un grupo de amigos —enseguida concreté.

—Por eso no se lo he pedido a Eva, ella me hubiera llevado con vosotros y tampoco quiero eso. Lo mejor es un cuarto para mi sola, pero no quiero que Carmen se sienta dolida ni tampoco Eva —sentenció con la voz más animada.

—Está bien, pensaré en ello, algo se me ocurrirá. Hablaré con Anabel para que te busqué una habitación.

—¡Te quiero! —soltó de pronto. Dejó caer el saco, me abrazó y me plantó un beso que resonó por todo el túnel. Luego se dio la vuelta y salió corriendo.

—¿Adónde vas? —grité mientras veía su figura alejarse.

—Si me doy prisa aun puedo estar un rato con Rosita.

Por la tarde bajé al pueblo con Lucas. Íbamos a comprobar algo y no llevamos el coche. Anduvimos muy despacio, evitando hacer el más mínimo ruido. Pronto se confirmaron mis sospechas. Nada más atravesar la primera calle, las caras de los infectados se asomaron a las ventanas. Rompieron los cristales y nos gruñeron agarrados a los barrotes, zarandeándolos, intentando arrancarlos inútilmente. Recorrimos el pueblo y en todas las calles fue igual. Los infectados sabían que estábamos allí sin vernos. En pocos minutos un coro incesante resonó en todo el pueblo.

El walkie sonó.

—¿Estáis bien? Desde la garita norte no os veo, pero aquí todos escuchamos el jaleo que están montando esos engendros.

—Estamos bien, gracias. En unos minutos volvemos —contestó Lucas a Raquel.

No encontramos un solo rincón donde nuestra presencia no fuera detectada.

—Esto es jodido, Carlos —se lamentó Lucas.

—Sí, ahora nos detectan de inmediato y esto puede ponernos las cosas muy difíciles.

—Mientras estén encerrados no hay problema —dijo sin dejar de mirar a todos lados.

—Tú lo has dicho, mientras estén encerrados.

Aproveché para entrar en la papelería, hacía tiempo que estaba limpia y necesitaba más blocs de dibujo y, sobre todo, un cuaderno cuadriculado que me había pedido Luna.

—Vamos Carlos —me apremió Lucas desde la puerta viendo que tardaba en salir. Los aullidos escalofriantes le estaban poniendo nervioso. Cogí mis blocs y elegí una pequeña libreta de pastas negras y hojas azules para Luna.

Volvimos al castillo sin decir palabra, jaleados por un público entusiasta de vecinos espectrales. Mis temores estaban confirmados al cien por cien y ahora toda la comunidad también lo sabía.

La cena transcurrió aparentemente como siempre, pero no había que ser muy listo para detectar que algo pasaba. Las conversaciones francas, en tono alto, se mezclaban con cuchicheos y murmullos. Cuando terminamos, Yago se levantó, cogió un vaso y lo golpeó con una cuchara, todos se callaron.

—Gracias —dijo cuando consiguió un silencio absoluto.

Eva me cogió la mano por debajo de la mesa.

—Querría decir unas palabras en nombre de la comunidad —prosiguió Yago mientras todos asentían con la cabeza—. Estamos al corriente de todo. Conocemos las sospechas que preocupan al Equipo de Combate y ahora a todos nosotros. Queremos que sepáis que compartimos vuestros temores y sabemos del peligro que estos nuevos infectados pueden suponer para la comunidad. Estamos de acuerdo en mejorar la seguridad y en plantearnos la posibilidad de localizar un lugar más seguro al que poder marcharnos, y deseamos que contéis con nosotros para lo que necesitéis —el asentimiento de todos fue en este caso sonoro—. También queremos agradecer todo lo que habéis hecho por nosotros hasta ahora, y deciros que sin vuestra ayuda y valor no lo habiéramos conseguido nunca. Gracias.

La sala se llenó de aplausos. El Equipo de Combate nos miramos y finalmente terminamos aplaudiendo también. Una presión en el pecho me ahogó las palabras. Eva, casi inaudible, dio las gracias repetidas veces. El silencio volvió de golpe cuando Julián se levantó y tomó la palabra.

—Quiero darte las gracias en nombre del Equipo —hizo una breve pausa para mirar a Lucas, Raquel, Eva, a mí, y por último a Luna, que se ruborizó y bajó la mirada—. A ti, y al resto. Estoy seguro de que sea donde sea siempre

permaneceremos juntos. Esta comunidad ha hecho algo muy grande que debe continuar allá donde vaya. Y aquí os prometo que no quedará nadie atrás, que todos juntos continuaremos luchando hasta lograr vivir en un lugar en el que no exista el miedo, un sitio donde podamos pasear sin el temor agarrado a las entrañas —durante esta nueva pausa bajó los ojos y miró a Anabel—. Este castillo ha sido el comienzo, una etapa, encontraremos un lugar definitivo en el que tengamos futuro.

Un nuevo estruendo de aplausos inundó la sala. Julián se sentó sin mirar a nadie, con la respiración alterada. Anabel cogió su mano y le besó.

—¡Ese es mi Julián! —musitó Eva con intención de que nadie la oyera.

La sobremesa se alargó más de lo habitual. Unos y otros intercambiaron opiniones y comentarios. Alegres conversaciones se escucharon en distintos corrillos y un aire de optimismo se respiró como nunca en el Castillo de los Mendoza.

Poco a poco todos se fueron marchando a sus habitaciones hasta que solo quedamos Eva, Julián y yo. Estábamos contagiados de entusiasmo y por un momento me olvidé del paseo por el pueblo.

—¿Vamos a ver cómo queda el castillo a la luz del fuego? —propuso de pronto Julián.

Cuatro trípodes, uno en cada esquina, junto a un saco grande de carbón y leña, ardían cuando subimos al adarve. Antonio estaba de guardia con Yesica, y ellos fueron los encargados de encender aquel primer fuego.

—Queda precioso —nos dijo Yesica al vernos subir—. Todos han pasado a verlo antes de irse a dormir.

Antonio se acercó al pequeño corro que formamos alrededor del fuego.

—Los he fijado a la piedra para que no se caigan —dijo orgulloso. Luego me miró y me puso una mano en el hombro—. Nos han contado lo que ha pasado después de la cena, lamentamos no haber podido estar.

Yesica asintió compartiendo sus palabras.

Les dimos las gracias y me abracé a Antonio. Pasaba muy buenos momentos en el Grupo de Construcciones y Mejoras, y sentía un afecto y una admiración especial por él.

—¿Sabéis qué me ha dicho Justo? —intervino de pronto Julián reclamando nuestra atención y, sin esperar respuesta, continuó—. Que durante un verano, antes de jubilarse, trabajó como vigilante en las islas Cíes.

—¿Las islas Cíes? —repitió Yesica.

—Están en Galicia, a dos kilómetros y medio de la costa de Vigo —le aclaró Julián—. Dice que sería un lugar cojonudo para irnos. Nadie vive allí permanentemente y estaríamos rodeados de agua por todos lados. Sol y playa chicos.

Sol, playa, tranquilidad y seguridad. Fueron imágenes y conceptos que se fueron agolpando en mi cabeza. Todos permanecimos callados, unidos quizá nuestros pensamientos por un fino hilo que los convertía en comunes.

Entonces fue cuando la vimos. Una luz lejana. Un vehículo se acercaba por la

carretera.

8. LA MADRIGUERA

En algún lugar de las Rocosas (EE.UU.)

El coronel O'Brien tomó la taza con el humeante café. Le gustaba amargo, sin azúcar y con unas gotas de leche. Dio un sorbo largo, luego apoyó la taza sobre el mapa extendido en su escritorio y cerró un instante los ojos. Eran las cinco de la mañana y llevaba dos días sin dormir. A su derecha tenía un tocho de quinientas páginas muy manoseado. En la primera hoja se podía leer, «*Protocolo Renovatio*», y en letras rojas, «*CLASIFICADO*». Era un manual de actuación escrito durante la guerra fría, una época en la que se pensaba en ataques nucleares o bacteriológicos y en la que se contemplaba la posible extinción humana por causa de la radiación o de algún agente infeccioso. El protocolo estaba obsoleto y no se ajustaba al desastre ocurrido (nadie podía haber predicho a lo que se enfrentaban), pero era lo único que tenía, y los últimos meses lo siguió al pie de la letra.

La Fase Uno (que a su vez se dividía en muchas otras a fin de conseguir esta primera) determinaba la necesidad de instaurar una zona segura y libre de infección, en la que establecer el puesto de mando y trasladar el gobierno, los efectivos militares y los supervivientes. Y a eso se entregó en cuerpo y alma. El protocolo recomendaba varios lugares de los EE. UU. Todos eran islas. El coronel O'Brien, después de pensarlo mucho, se decidió por una que combinaba la ventaja del aislamiento por agua de una isla, con la versatilidad de una gran urbe bien abastecida y comunicada: Manhattan. Pudo elegir una más cercana y con menos infectados, pero prefirió esa. Siempre deseó vivir allí, en «*la línea del cielo*».

Un buen lugar para empezar de nuevo, pensó.

Le costó ocho meses y doscientos hombres tomarla y limpiarla completamente. Ahora llegaba el momento de pasar a la Fase Dos.

No habían sido nada fáciles los últimos meses. Estaba agotado aunque satisfecho. Una vez dispuso de la vacuna y tuvo a todos sus hombres seguros ante el contagio, facilitó la puesta en marcha de otros tres laboratorios para la fabricación masiva de más vacunas, y restableció las comunicaciones recalibrando los satélites. Cuando le llegaron las primeras imágenes quedó tristemente sorprendido por la devastación que la pandemia había realizado en todo el mundo. De los cientos de emplazamientos militares, bases, barcos y acuartelamientos de los EE. UU., tan solo pudo contactar con el USS *George Washington*, un portaaviones nuclear, y el crucero pesado de abastecimiento USS *Wichita*., ambos pertenecientes a la 7ª flota, cuya base estaba en Yokosura, Japón; y con la Brigada Aerotransportada de Fort Richardson (Alaska), perteneciente a la 25ª División de Infantería.

Sumados los seis mil tripulantes del portaaviones, los setecientos del crucero y los

cuatro mil de Fort Richardson a sus cinco mil trescientos soldados, hacían un total de dieciséis mil efectivos. De las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos de América compuestas por quinientos sesenta mil soldados en servicio activo (trescientos sesenta mil en la Guardia Nacional y doscientos mil en la reserva), tan solo quedaban dieciséis mil. Y gracias a la bendita suerte, pensó.

La suerte fue decisiva para que el portaaviones se salvara, gracias a la visita que realizó, unos días antes de que se propagara la infección, un almirante de inteligencia del Estado Mayor. Conocido por su celo en cuanto al orden y la disciplina, no quedó satisfecho con la inspección e impuso un castigo a la tripulación del portaaviones. Canceló todos los permisos, incluidos los de los oficiales y el capitán. Nadie bajaría a tierra ni recibiría visitas hasta que el USS *George Washington* presentara el aspecto que se merecía, fue lo que les dijo. El USS *Wichita* se encontraba abasteciendo al portaaviones, y también sufrió la reprimenda del almirante y el mismo castigo. La Brigada Fort Richardson también debía su supervivencia a la suerte. Los veinticinco soldados que volvían de permiso, posiblemente infectados, sufrieron un accidente por culpa del conductor bebido del camión en el que viajaban, y no llegaron a la base, motivo por el que se cancelaron todas las salidas hasta una nueva orden que nunca llegó.

El coronel logró contactar con una fragata en España, un submarino alemán y algunos cuarteles del viejo continente, pero nada significativo. Unos pocos soldados aislados y asustados a la espera de instrucciones. El resto de Europa en silencio absoluto. De China y de Rusia recibió mensajes de civiles desde emisoras de radio y televisión, a los que no podría ayudar en mucho tiempo y a los que deseo suerte. De los países árabes conflictivos, Corea del Norte y Cuba, obtuvo comunicaciones confusas y poco fiables, y destinó un satélite a su vigilancia. África era una tumba, al igual que sus vecinos de América del Sur y el resto del mundo. En definitiva, seguían siendo el ejército más poderoso, y además poseían la vacuna contra el virus.

Aún no eran capaces de contactar con emisoras de radio de onda corta. Cuando pudiera, esperaba localizar a supervivientes a los que prestar ayuda, pero de momento debía centrarse en recuperar el control de los Estados Unidos.

Apuraba su taza de café cuando el teniente Crew golpeó su puerta y entró sin esperar a que le diera permiso.

—Señor, tengo el informe de los satélites espía —dijo cuadrándose, sosteniendo un informe de tapas azules en su mano derecha.

—¿Quiere un café?

—No, señor, gracias —contestó el teniente mientras se sentaba y abría el informe sobre la mesa del coronel.

—Lo escucho.

—Hemos realizado un barrido completo por el planeta y, al margen de unos pocos núcleos aislados de población en África, alguna isla de la Polinesia, zonas remotas del Ártico y tribus Tuareg, solo hemos encontrado algo de actividad humana

significativa en España —el teniente leía por encima, con las gafas caídas en mitad del puente de la nariz.

—De la fragata Cristóbal Colón ya tenemos conocimiento, se les envió la vacuna hace meses para sus doscientos hombres, usted me informó que estaba fondeada cerca de la isla de Menorca —replicó el coronel arrellanándose en el sillón.

—Sí, señor, así es, según las últimas comunicaciones han tomado una pequeña isla, y han situado allí el gobierno provisional y el mando militar español, pero no me refiero a ella —el teniente tomó varias fotos en blanco y negro de 30x20 y se las entregó.

El coronel O'Brien las miró unos instantes y descartó todas menos dos. Esas se las mostró al teniente.

—¿Qué significa esto? —preguntó sinceramente contrariado.

—Señor, las fotos que tiene sobre la mesa son de un cuartel, según nuestra base de datos es la Brigada Acorazada Guadarrama XII, y está situado cerca de Madrid — el coronel continuaba sosteniendo las otras dos fotos delante de su cara—. Y eso... es un castillo —concluyó en un tono más bajo, como si ni él mismo se lo creyera.

—Explíquese, porque no entiendo nada.

—En el cuartel hemos detectado actividad, militares armados y población civil. Su sistema de comunicación está cerrado, no hay manera de contactar con ellos.

—¿Y esto? —apremió el coronel moviendo las fotografías.

—Es un castillo medieval auténtico, señor. Construido hace más de quinientos años. También está cerca de Madrid y a su vez del cuartel. No hemos visto militares, parecen habitarlo civiles y, a tenor de las fotos, bien instalados —hizo una pausa para observar la expresión del coronel y continuó—. Lo detectamos por infrarrojos. En la foto nocturna se aprecian lo que parecen hogueras.

El coronel O'Brien observó la foto, luego tomó la otra, la que era de día. Cogió una lupa y se inclinó sobre la imagen.

—Parece un cultivo y esto... ¿es una vaca?

—Sí, señor, una vaca lechera —como el coronel no levantaba la cabeza de la foto ni preguntaba nada más, prosiguió—. Viven en torno a veinte o treinta individuos. ¿Qué quiere que hagamos?

El coronel estuvo unos segundos en silencio, valorando la situación. Al final se impuso el deber sobre los sentimientos.

—De momento nada, están demasiado lejos para nosotros. Informe a su mando en la fragata y rece por ellos —concluyó dejando la foto sobre la mesa—. ¿Algo más reseñable?

—Lo de siempre, pequeños grupos armados de señores de la guerra en Somalia, Liberia, República del Congo, Líbano, Afganistán, Chechenia, Irak, Sudán del Sur, Pakistán...

—Vale, vale —atajó al teniente—. Esos tipos no nos interesan para nada, nos encargaremos de ellos más adelante si no lo hace antes el *Fubarbundy*. ¿Y tropas

regulares, alguna brigada, aunque sea un pelotón?

—Negativo, señor.

—Bueno, entonces encárguese de que se disponga todo correctamente y no nos dejemos aquí ni un solo cartucho de pistola. Salimos en veinticuatro horas —ordenó el coronel.

—A la orden, señor —el teniente Crew saludó dando un taconazo y salió del despacho con el corazón en la garganta. Llegó el momento que tanto había esperado. En unos cuantos días se instalarían en lo que serían los nuevos Estados Unidos de América, la antigua isla de Manhattan, nombre en clave: la «*Madriguera*».

No fue fácil hacerse con el control de la isla.

El coronel O'Brien trazó la estrategia junto a sus oficiales de más confianza y al eficaz Cardona, de origen puertorriqueño, y capitán del USS *George Washington*. El almirante del Estado Mayor habría sido el militar de más alta graduación, oficial al mando del ejército de los EE.UU. y, por tanto, presidente provisional, pero se precipitó al mar mientras revisaba el estado del ánimo de un cañón en el portaaviones y murió ahogado, por lo que dicha responsabilidad recayó en el coronel, que la recibió como quien recibe una felicitación de Navidad, le gustó, pero no le dio mayor importancia.

La isla de Manhattan, con 21,5 Km de largo por 3,7 Km de ancho, tenía una población estimada, antes de la pandemia, de casi dos millones de habitantes, y una densidad de treinta mil por kilómetro cuadrado.

De los dos mil posibles supervivientes inmunes al virus, tan solo se recuperaron seiscientos setenta después de tomarla.

El plan de acción era sencillo en su planteamiento e imprevisible en su ejecución. Primero bloquearon los túneles de acceso a la isla y luego, con los cazas F/A-18 del portaaviones (que estaba fondeado junto al USS *Wichita* en las cercanías de Staten Island), volaron todos los puentes menos el *George Washington*, que utilizarían para acceder a la isla, y el de Brooklyn, por razones sentimentales. El coronel nació y se crió en ese barrio y amaba ese puente, por nada del mundo lo destruiría. Para cerrar la entrada a la isla tuvo una idea descabellada, pero eficaz: utilizar las inmensas puertas metálicas que protegían su cuartel excavado en las montañas Rocosas. Les costó varios días desmontarlas, y más de un mes trasladarlas por piezas en helicóptero hasta el puerto de Seattle, cargarlas en el portaaviones y llevarlas finalmente hasta Manhattan. La instalación, cerrando los arcos apuntados de la torre más cercana a la isla, fue una obra titánica para los ingenieros, pero finalmente lo consiguieron. Una vez hecho, llegó el momento de que entraran sus hombres.

Envío dos mil soldados en un convoy interminable de blindados, humvees, camiones cargados de equipamiento, víveres, munición y helicópteros, e inmensas cisternas rodantes para abastecer los vehículos y los grupos electrógenos. Atravesaron EE. UU. de costa a costa sin apenas detenerse. Más de cuatro mil kilómetros en tres días. Como una apisonadora recorrieron, día y noche, carreteras, calles, campos... Un

periplo en el que vieron un país devastado, desolación y miles, cientos de miles de infectados que, igual que espectros, salían a su paso para terminar aplastados bajo las ruedas de las moles de acero. Sus hombres nunca antes habían visto un infectado. Encerrados en su cuartel subterráneo durante meses, tan solo los pudieron imaginar. La realidad superó con creces sus peores pesadillas. Fueron entonces conscientes de que se dirigían a una guerra desigual en la que tendrían que acabar con dos millones de ellos, y eso les hizo enmudecer de pánico.

Recogieron doscientos treinta y dos supervivientes por el camino. ¡Solo doscientos treinta y dos en más de cuatro mil kilómetros! Una vez entraron en Manhattan, los F/A-18 volaron el puente George Washington y la «*Madriguera*» quedó aislada, con una sola puerta de entrada y de salida: el puente de Brooklyn.

Se dirigieron directamente a Central Park para montar allí su campamento. Lo situaron en las pistas de tenis y de baloncesto, con el lago a su espalda. Con los vehículos formaron un círculo defensivo y taponaron los espacios bajo las ruedas con sacos llenos de tierra. En el centro levantaron las tiendas de campaña donde dormirían y comerían, y una enfermería. Bajo una lona, en la zona más accesible, colocaron la munición y los víveres. El primer día fueron atacados por los infectados que deambulaban por el parque y los alrededores. Los tiradores, subidos en los vehículos, disparaban por turnos. El relevo se hacía cada cinco cargadores, o sea, cada soldado eliminaba entre cien y ciento cincuenta infectados, según su puntería. Las órdenes eran no malgastar munición, esperar a tener un tiro seguro en la cabeza. Al principio eso no se cumplió a rajatabla. El miedo jugó más de una mala pasada y algunos soldados dispararon desde demasiado lejos errando el tiro, o vaciaron el cargador con el selector puesto a ráfaga.

No hubo tregua. Durante los turnos de descanso los soldados rellenaban cargadores y no dejaban de hacerlo ni cuando comían. Dormían un par de horas por día entre un atronador e incesante tiroteo, y caían rendidos de puro agotamiento.

La enfermería se llenó de soldados con lesiones en el hombro a causa del incesante retroceso del arma, daños en los oídos por el ruido y en los ojos por el humo denso de la pólvora. No se rebajó de servicio a nadie. Se repartieron tapones para mitigar el ruido y colirio para los ojos, y aquellos soldados con lesiones en el hombro tenían dos opciones: disparar con el otro brazo o hacerlo con una pistola. De noche los reflectores instalados iluminaban un escenario de pesadilla: rostros cenicientos, cuerpos enloquecidos que se lanzaban contra ellos sin importarles las balas, bocas babeantes con dientes amarillos. Imágenes tan brutales que jamás olvidarían.

La primera baja fue un suicidio. Un soldado, durante su puesto de tirador sobre un camión, volvió su arma contra él y se voló la tapa de los sesos. No hubo tiempo de recogerlo, cayó junto a los infectados muertos. En unos minutos desapareció bajo los cientos de infectados que cayeron encima para devorarlo.

El fragor ensordecedor de miles de disparos se escuchaba a kilómetros de

distancia y los infectados acudían desde todos los rincones de Manhattan. Incluso el puente de Brooklyn se llenó y una masa inmensa se agolpó frenada por las infranqueables puertas de acero.

Al tercer día el flujo de infectados disminuyó. Comenzó un goteo que permitió relajar los turnos de disparo y dormir un poco más. El oficial al mando, un *afroamericano* de cuarenta y tres años llamado Morrison, ordenó un recuento de munición. Sin contar los disparos de las ametralladoras calibre .50 que se utilizaron al principio (cuando las hordas eran imparables), habían agotado cuatro millones de cartuchos del calibre 5,56 mm. La mitad de la munición que llevaban.

El cuarto día apenas aparecieron infectados. Para entonces el olor era insoportable y se imponía hacer limpieza con urgencia. Los helicópteros Chinook transportaron cuatro camiones de carga y dos retroexcavadoras desde el portaaviones y, ante la atenta vigilancia de millones de moscas, comenzó la tarea más desagradable.

En torno al círculo defensivo de vehículos se había formado una montaña de infectados muertos de más de tres metros. Sangre, restos de cráneos y sesos se mezclaban en un caldo nauseabundo y mal oliente. Las retroexcavadoras cargaban cuerpos y los soltaban en los camiones sin cesar. El capitán Morrison calculó a ojo que, hasta los topes, cada camión podría llevar unos doscientos cuerpos. Disponía de cuatro camiones y de dos retroexcavadoras, enseguida se dio cuenta de que no serían suficientes. Solicitó diez camiones más y otras tantas retroexcavadoras para agilizar los trabajos. Los hombres de la marina se hicieron con el trasbordador turístico que realizaba la ruta desde Battery Park hasta la Ellis Island y la Liberty Island, y lo utilizaron para cargar los cuerpos y llevarlos hasta Hart, una pequeña isla deshabitada en el canal Long Island, donde se encontraba un cementerio popular para gente sin recursos, atendido en su día por los antiguos reclusos de la Rikers Island, una isla prisión que sería muy interesante ocupar en un futuro inmediato.

Finalmente, después de diez días de trabajo sin descanso, Central Park quedó libre de cadáveres. El número de viajes que tuvo que hacer cada camión hasta el puerto fue de trescientos cincuenta. Un rápido cálculo, teniendo en cuenta que disponían de catorce camiones que cargaban una media de doscientos cuerpos cada uno, dio como resultado un total de cerca de un millón de infectados eliminados, una auténtica barbaridad. El inmenso hoyo que abrieron las excavadoras en Hart Island, del tamaño de un campo de fútbol y de dos metros de profundidad, no fue suficiente para enterrar a todos ni mucho menos. Al final optaron por quemarlos. La pira ardió durante una semana.

A pesar de todo el esfuerzo aún les quedaba la parte más dura y peligrosa. Además se añadió algo con lo que no contaban. Durante las labores de limpieza, un infectado atrapado bajo algunos cuerpos mordió a un soldado en una pierna. No fue nada grave y con unos cuantos puntos se solucionó el incidente, pero a la semana ese mismo soldado se levantó una noche de su camastro y atacó a sus compañeros dormidos. El total de bajas fue de cinco incluyéndole a él. Dos de ellos los mató el

soldado arrancándoles la garganta a mordiscos, a los otros dos el capitán Morrison en la enfermería de un tiro en la cabeza. Luego informó a sus hombres del nuevo peligro, de la ineficacia de la vacuna ante posibles mordiscos, y ordenó matar inmediatamente a todo soldado herido. Esto minó aún más la moral de la tropa, ya por entonces endeble, y añadió un elemento aterrador a sus próximas misiones.

Durante las semanas siguientes recorrieron las calles con los blindados eliminando a los infectados que todavía deambulaban por ellas. El capitán añadió a su lista otros cien mil menos cuando dio por seguras las calles. Para entonces el número de infectados agolpados en el puente de Brooklyn era enorme y, aunque nunca serían capaces de atravesar las puertas, se colocaron cargas para volarlo en caso de emergencia y se ordenó un ataque controlado con aviones que lo limpió literalmente.

El capitán Morrison calculó a groso modo que quedarían unos ochocientos mil infectados encerrados en los más de cuarenta mil edificios de Manhattan. Reunido con sus oficiales, ante un plano de la ciudad, confirmó que la labor que les quedaba era inmensa. Sería necesario ir calle por calle, edificio por edificio, casa por casa, reventando cerraduras y enfrentándose a una amenaza que estaría esperando detrás de cada puerta, deseando lanzarse sobre el cuello de sus hombres. Suponía mucho riesgo y demasiada munición. Le dieron vueltas al asunto durante horas y lo único que acordaron fue utilizar los rifles calibre .50 para volar las cerraduras. Un solo disparo de esa potente arma sería suficiente en la mayoría de los casos, en los otros, cuando la puerta fuera blindada, emplearían una pequeña carga explosiva.

Una vez abiertas las puertas, el resto quedaba en manos del buen hacer de los soldados, de Dios y de la suerte.

La media de tiempo para limpiar un edificio era de un día, pero en algunas ocasiones necesitaron más de una semana, como fue el caso del Empire State o del Rockefeller Center. Algunos lugares fueron especialmente complicados y peligrosos, como el Madison Square Garden, la Sede de las Naciones Unidas o la Gran Central Terminal.

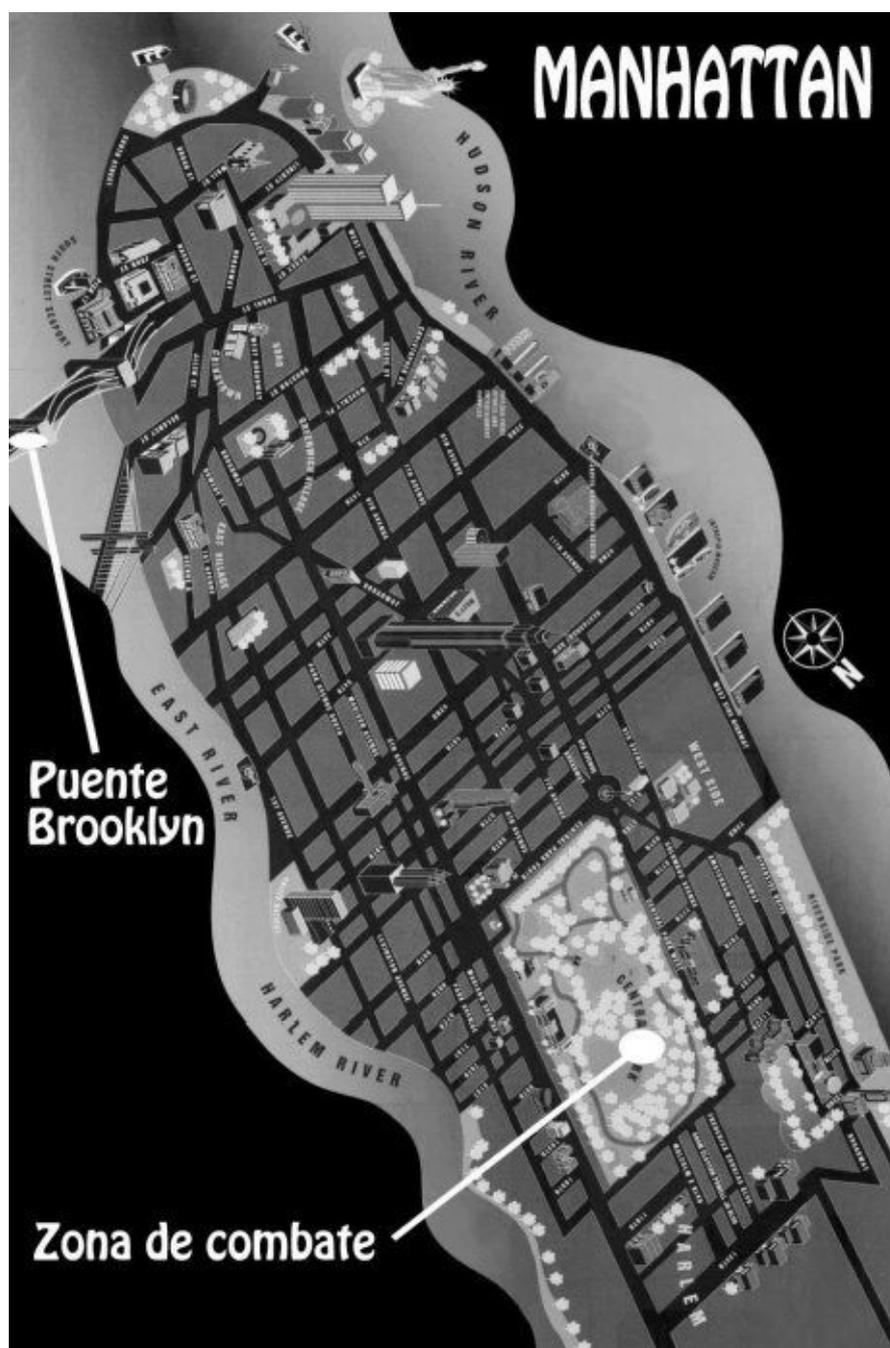
A los tres meses recibieron más munición y hombres de refresco. En ese momento ya habían sufrido cincuenta y dos bajas. Casi todos heridos que tuvieron que ser sacrificados antes de que se convirtieran en bestias sedientas de sangre. También hubo más suicidios, ocho en concreto. Casi siempre de noche. Tumbados en los camastros, a solas con sus visiones, algunos soldados no lo soportaron y acabaron con sus terrores de un tiro en la cabeza.

De los seiscientos setenta supervivientes que encontraron, trescientos ochenta fueron hombres y el resto mujeres, ningún niño. Desnutridos y en estado de *shock*, aquellas personas afrontaban el reto de recuperarse de un drama inimaginable. Hubieran necesitado ser atendidos por profesionales sanitarios, recibir asistencia médica adecuada y apoyo psicológico, pero no existían los medios ni el tiempo para hacerlo bien y cada uno lo superó como pudo, o no lo hizo nunca.

A los ocho meses el capitán Morrison dio por finalizada la toma de Manhattan.

Distribuyó a sus hombres por los hoteles más elegantes de la ciudad y les dio dos días de descanso para que salieran de compras. La Quinta Avenida se llenó entonces de soldados sonrientes que entraban en los comercios y se probaban sin prisa ropa cara, o elegían meticulosamente cámaras de fotos, ordenadores y equipos de música. No fue un saqueo con rotura de cristales y robo apresurado de mercancías, fue como una tarde cualquiera de compras de las de antes, tranquila y animada, solo que gratis claro. Tuvo muchas visitas *Tiffany's*, cuyas vitrinas y expositores quedaron vacíos. El capitán, acompañado de sus oficiales, también la visitó. Entró en la tienda de joyas de lujo y eligió, sin pensárselo dos veces, un reloj Cartier de oro.

Más tarde, ya en la calle, bajo el sol de agosto, vio brillar los diamantes del reloj y se olvidó por un momento de dónde estaba.



Fue una empresa titánica, una misión que no tenía igual en la historia del mundo. Les costó ocho meses y doscientos hombres, pero al final tenían un lugar seguro donde vivir, una pequeña nación. Y eso alegró un poco el compungido corazón del coronel O'Brien.

Se levantó del sillón y se sirvió otro café. Luego se encendió un puro cubano y lo saboreó lentamente. ¡Al diablo con el reglamento que prohibía fumar!, se dijo en voz baja. Tomó una carpeta roja y ojeó unos informes. De las trescientas mujeres de la base, doscientas ochenta y cinco estaban embarazadas. La directriz del *Protocolo Renovatio*, que se refería a perpetuar la especie como elemento prioritario, iba viento en popa. No le fue difícil convencerlas de la necesidad de concebir hijos de inmediato, del inmenso valor que tenían ahora sus vientres para la humanidad en general y para la nueva Nación Americana en particular. Algunas, madres y esposas antes de la pandemia, encontraron en ello un consuelo a la pérdida de sus seres queridos, y todas, sin excepción, dejaron de ser soldados para convertirse exclusivamente en gestantes a tiempo completo.

Tras cenar, y algo cansado después de un día de preparativos para la marcha, el coronel se retiró a su habitación. Se estaba desvistiendo cuando sonaron unos golpes en la puerta. Era el teniente Crew de nuevo.

—Señor, disculpe que le moleste, pero hay algo que tiene que ver.

El coronel siguió al teniente por los inmensos pasadizos del complejo hasta la sala de control, en la que varios soldados, sentados ante monitores, se levantaron como un resorte cuando lo vieron entrar.

—Descansen, descansen —se apresuró a ordenar el coronel.

—Miré aquí, señor —le pidió el teniente señalando una pantalla de veinticinco pulgadas.

El coronel observó unos segundos y lo que vio, no le gustó.

—¿Dónde es? —preguntó al soldado que controlaba la imagen del satélite.

—España, señor. Madrid.

—¿Han comprobado otras ciudades? —dijo esta vez dirigiéndose al teniente.

—En las zonas horarias en las que ahora es de noche no, debido a que los cuerpos de los infectados no emiten calor y no son detectados por los infrarrojos, pero en el resto sí. Parece un fenómeno general.

—Dios mío, ¿y qué cree usted que puede significar? —urgió el coronel temiendo recibir la respuesta que sospechaba.

—Los infectados se desplazan en grupos masivos y salen de las ciudades desiertas, señor. Parece que... se dirigen a otras zonas —contestó el teniente con la voz entrecortada.

—¿A otras zonas? ¿A qué zonas?

—Ya que los grupos se desplazan casi en línea recta, hemos trazado unas trayectorias posibles y llegado a la conclusión de que...

—¡Continué por Dios! ¿Adónde van esos monstruos?

—Todas las trayectorias conducen a asentamientos humanos.

—¿Qué?

—No puede ser casualidad, señor.

—¿Está diciéndome que esas bestias sin cerebro se están organizando para acabar con los pocos humanos que quedamos?

—No estoy seguro, señor, pero todos los indicios conducen a esa conclusión —musitó el teniente mientras se enjugaba la frente.

El coronel recapacitó unos instantes y de pronto recordó algo.

—Introduzca las coordenadas de aquel castillo cerca de Madrid, donde había supervivientes —le indicó al soldado que atendía la pantalla. Este miró al coronel sin entender.

—Camelot —dijo finalmente el teniente Crew.

—¡Ah, sí! Enseguida mi coronel —se apresuró a decir el soldado y tecleó veloz unas coordenadas concretas.

El satélite tardó unos segundos en calibrar la cámara y luego unas imágenes mostraron un paisaje naranja, con una gran zona azul.

—Esto es un embalse —señaló el soldado en la pantalla—. El castillo está aquí.

—Aléjese un poco más. Un poco más. Así, pare ahí —indicó el coronel. Se puso las gafas y se acercó a la pantalla—. Esta masa oscura de aquí, son...

—Sí, señor, infectados —contestó el soldado completando la frase.

El coronel trazó una línea imaginaria con el dedo a través de la pantalla. Unos pocos centímetros que suponían muchos kilómetros.

—¡Van directos al castillo!

—Correcto, señor. Pero antes de llegar arrasarán el cuartel.

—¿A qué distancia están?

—A cincuenta kilómetros. Se desplazan a dos kilómetros por hora, señor. Según los cálculos que ha realizado el ordenador, son cerca de doscientos mil infectados.

—¡Santo Dios! Mañana a esta hora los tendrán encima —exclamó el coronel.

—Así es, señor, en veinticinco horas, —informó preciso el soldado.

El coronel se enderezó y sacó el cigarro puro a medio fumar del bolsillo de su camisa, lo encendió y dio dos largas caladas. Todas las caras de los soldados se giraron cuando el intenso aroma del tabaco cubano llegó a sus narices. El teniente fue el primero en hablar.

—¿Qué ordena, señor?

—Avisé a aquellos supervivientes con los que tengamos comunicación del peligro que corren y disponga todo para salir mañana por la mañana a primera hora. Adelantamos la partida. Si esto se confirma, esas abominaciones vendrán a por nosotros también. Hay que estar en un lugar seguro lo antes posible. Informe sin falta al Dr. Widman.

—A la orden, señor, inmediatamente —contestó el teniente y salió precipitadamente después de cuadrarse ante el coronel, dispuesto a cumplir sus

órdenes sin demora.

El coronel también se retiró, pero antes echó un último vistazo a la pantalla. Observó aterrado la masa oscura que avanzaba palpitando irregular, como haría un órgano enfermo. «Buena suerte chicos», dijo en voz inaudible, pensando en los héroes del castillo.

SEGUNDA PARTE

9. UNA VISITA INESPERADA

Eva reconoció el sonido de inmediato, antes de que la luz de un solo faro nos diera la pista.

—Es una moto —dijo con la voz alterada mientras se apresuraba a mirar por los prismáticos.

Venía como un rayo, derrapó y se detuvo junto a la verja.

—Carlos, Eva, coged un arma. Vamos a ver quién es —dijo Julián y comenzó a bajar la escalera de mano a la carrera.

Cuando abrimos la puerta de la reja que rodeaba el perímetro, nos encontramos con una silueta sobre una moto. Aún mantenía el motor en marcha y la luz del faro nos impedía verle bien.

—Apaga el motor y la luz —ordenó Julián.

El faro se apagó y tres linternas enfocaron al tiempo. Julián estaba delante, apuntando con su escopeta Franchi. Eva y yo a cada lado, un poco más retrasados, con las armas a punto.

Un soldado bajó de la moto. De *motu proprio* levantó las manos y se quedó esperando, sin decir nada. Julián se acercó despacio y le quitó la pistola que llevaba en la cartuchera.

—¿Estás solo? —le preguntó Eva.

—Sí —contestó lacónico. Parecía asustado.

—¿De dónde vienes? —intervine.

—Del cuartel de «El Goloso» —respondió sin titubeos.

No me pareció desnutrido ni con mala pinta. El pelo un poco largo para ser un soldado, pero por lo demás no presentaba el aspecto de alguien que hubiera vivido en soledad escondido en un agujero perdido.

—Entremos y que nos cuente su historia —resolvió Eva con buen criterio.

Caminamos hasta el castillo sin decir palabra. Atravesamos el patio y recorrimos las estancias palaciegas iluminados por las linternas. El joven soldado miraba en derredor sin creerse lo que veía. Lo llevamos a la parte no restaurada, la capilla. Le faltaba el techo y estaba en ruinas, pero hacía tiempo que la habíamos acondicionado y convertido en el lugar para las cenas especiales, colocando mesas y sillas, e incluso una barbacoa de piedra para asar carne. En aquel momento, sin nadie, era un lugar tranquilo donde poder hablar.

Sentados alrededor de una de las mesas escuchamos su historia.

Se llamaba Luis, soldado Luis Aranda, conductor de blindados. Pertenecía a la Brigada de Infantería Acorazada «Guadarrama» XII (BRIAC). Sobrevivió escondiéndose en una alcantarilla hasta que todo pasó. Cuando salió, a la mañana siguiente, comprobó que no estaba solo, también sobrevivieron un cabo y otro

soldado de transmisiones. Los primeros días los pasaron organizando la comida y limpiando el cuartel de cadáveres e infectados. El cabo furrier, un tal Ortega, enseguida tomó el mando y les ordenó cortar toda comunicación con el exterior, argumentando que evitar órdenes del exterior les ahorraría ponerse en situaciones de peligro, que era lo mejor. Estuvieron de acuerdo, después de lo que habían pasado y visto no se fiaban de sus mandos. Todo el acuartelamiento estaba rodeado de una valla muy sólida rematada con alambre de espino, y dentro se sintieron seguros y decidieron tomárselo con calma, dejar pasar un tiempo prudencial antes de decidir qué hacían. El cabo Ortega, apoyado ciegamente por el soldado Muriel, comenzó a mostrar comportamientos despóticos que él atribuyó a la situación del momento y a los terribles acontecimientos que vivieron el día en que el cuartel se convirtió en una locura y un baño de sangre.

—Pero el auténtico cambio lo sufrió cuando llegaron al cuartel los primeros supervivientes —continuó relatando el soldado Aranda—. Fue entonces cuando comenzó su verdadera locura. A los diez días apareció un coche con tres hombres y una mujer, venían de Colmenar Viejo. Eran vecinos de un complejo de edificios, decidieron buscar un lugar más seguro y pensaron en el cuartel. Traían comida y agua, y fueron bien recibidos en un primer momento. Pero a los pocos días el cabo Ortega dispuso que los civiles durmieran separados de nosotros y habilitó un hangar de blindados para que se trasladaran allí. No les sentó muy bien, ni a mí me pareció lo correcto, pero órdenes son órdenes y obedecemos. A la semana siguiente llegó una furgoneta repleta de supervivientes. Tres mujeres, cuatro hombres y una niña.

—¿Una niña? —preguntó Eva.

—Sí —prosiguió Aranda—, de unos doce o trece años. También venían de Colmenar Viejo. Esta vez se trataba de un buen samaritano. El conductor había recorrido el pueblo buscando supervivientes. Armado con una vieja escopeta de caza y una barra de hierro, luchó por las calles y fue montando en su furgoneta a todo aquel que le pidió auxilio desde cualquier ventana. Perdió a dos supervivientes, devorados en los portales de sus casas sin que tuvieran tiempo de subir al vehículo. Un tipo admirable.

—Desde luego —apostilló Julián—. ¿Y qué hicisteis con ellos? ¿También los metisteis en el hangar?

—Así es. Ortega se dio cuenta del carisma y potencial de líder que desprendía aquel hombre y no le perdió ojo.

Vi a Eva revolverse en su banco de madera. Tenía ganas de decir algo, pero se contenía. La miré para intentar frenarla. De momento lo conseguía. La voz del soldado continuó resonando en aquel espacio en su día destinado a la oración y el recogimiento, ideal para la confesión.

—Un día, el cabo Ortega bebió más de la cuenta, salió de su despacho y llamó al soldado Muriel. Le ordenó que se llevara a dos de los civiles y buscara víveres entre las casas y chalets de los alrededores. Le dijo que él no se bajara del vehículo, que

fuesen ellos los que corrieran todos los riesgos. Hubo quejas por parte de los civiles, pero cuando el cabo sacó la pistola y disparó al aire, quedó bien claro quién mandaba. A partir de aquel día todo fue a peor.

—¿Y el otro soldado y tú? —Eva no pudo callarse por más tiempo.

—Eva, esperemos a que termine —le sugerí. Me miró entornando los ojos y se arrellanó en la silla.

—El soldado Muriel estaba de acuerdo con él y yo obedecía. Era una situación anómala y el cabo era el mando superior. Me sentía confundido e impotente —continuó Aranda con la voz un poco temblona.

—Tranquilo —intervino Julián—. Continúa.

—La cosa fue a peor, como digo. Cada vez el trato a los civiles fue más vejatorio, hasta llevar la situación al límite. Un día, uno de los hombres fue atacado por un infectado al entrar en una casa a buscar comida y murió devorado. Entonces, aquel hombre que los había traído en la furgoneta, Fabián, no aguantó más e increpó al cabo. Se negó a seguir sus instrucciones y consiguió que el resto tampoco lo hiciera.

El soldado comenzó a ralentizar sus palabras. Parecía que el recuerdo le doliera como si le oprimieran el pecho con una plancha de acero.

—El cabo Ortega resolvió el asunto sacando su machete y cortándole, uno a uno, tres dedos de su mano derecha —relató mientras su respiración se agitaba.

—¡Dios mío! —acertó a decir Eva. Julián lo miraba sin quitar ojo, con los dientes apretados.

—Ni siquiera le curó después. Sobrevivió de milagro, pero nunca más le dejó salir del hangar. Lo exhibió como ejemplo, encadenado a un poste. Dijo que si los otros lo veían todos los días así, les recordaría quién mandaba. Y surtió efecto. No hubo más protestas. Durante los meses siguientes los civiles hicieron todo aquello que se les pidió sin rechistar. Se convirtieron en fantasmas harapientos, desnutridos y silenciosos. El cabo nos decía que en tiempos de guerra los civiles estaban para servir a los soldados, que eran prescindibles, que la vida de un militar valía más que la de mil civiles. Ahora están como en una cárcel, peor, es un campo de concentración. Solo les deja salir del hangar por turnos, para realizar tareas de limpieza y bajar a los pueblos de alrededor en busca de víveres y artículos de necesidad. Los alimenta con las sobras y ni siquiera pueden hacer sus necesidades fuera. Comen y duermen en una pocilga.

—¡Qué hijo de puta! Y tú, ¿también vivías a cuerpo de rey mientras aquellas pobres personas lo hacían peor que cerdos? —le espetó Eva sin poder aguantar más.

Julián y yo nos volvimos a mirarla. No era el momento de presionar a ese pobre desgraciado, pero eso a ella no le importó. Eva siempre decía lo que los demás pensábamos y por prudencia callábamos.

—Sufría cada día por ellos, pero también le tenía miedo al cabo Ortega y a Muriel. Trataba de seguirles la corriente para no llamar su atención y, cuando no me veían, me escabullía hasta el hangar y les llevaba comida y medicinas. Le di vueltas

durante meses al asunto de organizar una fuga, pero necesitaba encontrar la oportunidad. El cabo guardaba en su despacho las llaves de todos los vehículos y, sin una furgoneta o un camión, no sería posible. Además, tenía que acumular víveres sin que se notara y eso llevaba tiempo. No podía precipitarme, con todas esas cosas deambulando por ahí era imprescindible tener un destino seguro antes de huir.

—Cualquier destino sería mejor que el que tenían —replicó Eva—. ¿Y qué pasó con la niña?

—A las mujeres las destinó a labores de limpieza y a la cocina. A ellas las tiene dentro del cuartel. Están algo mejor que los hombres.

Hizo una pausa y se restregó la cara con las manos, parecía muy cansado.

—Continúa —le conminé a seguir.

—Al final, el robo de comida llamó la atención del cabo y, esta misma tarde, descubrió su falta. Ordenó que registráramos el hangar, donde sospechaba que estaría, y diéramos un escarmiento ejemplar: fusilaría al responsable. Me ofrecí voluntario para buscar y llevar al responsable a su presencia. Había llegado el momento, no podía esperar más. Aproveché que el cabo Ortega y el soldado Muriel estaban bebiendo en la cantina y dispuse la huida. Dejé la puerta principal abierta y las barreras subidas. Entré en el despacho del cabo, cogí las llaves de la furgoneta y las de mi moto, saqué a las mujeres del edificio y me fui para el hangar. No había tiempo para cargar toda la comida, solo cogimos lo que pudimos llevar encima. Desencadené a Fabián y, escondidos por las sombras de la noche, los subí a la furgoneta. Casi lo habíamos logrado. Sabía que en el momento en que pusiéramos en marcha los vehículos, tendríamos pocos minutos para cobrar ventaja y desaparecer.

—¿No te preocupaba que os pudieran seguir? —apostilló Eva.

—El cabo Ortega jamás abandonaría el cuartel, teme a esos engendros más que a nada en el mundo. Ni mandaría a Muriel en nuestra persecución, teme más aún la soledad —tomó aire y continuó—. El caso es que ya estábamos todos preparados, yo delante montado en la moto y los demás en la furgoneta, cuando algo falló. Mi moto arrancó, pero la furgoneta tosió y tosió y finalmente no lo hizo. Con la precipitación olvidamos comprobar la gasolina y el depósito estaba seco. No había vuelta atrás. Un intento de huida habría acarreado unas represalias impredecibles y no estábamos dispuestos a sufrirlas. Saldríamos corriendo. Estaba bajando de la moto cuando unos disparos llenaron el suelo de salpicaduras de tierra. No sabía de dónde venían. Sentí miedo, lo confieso. Subí de nuevo en la moto y salí a toda prisa, sin volver la cabeza mientras las balas silbaban a mi lado. Continué oyendo disparos durante unos segundos. Probablemente los civiles, desesperados, intentaron correr hacia la salida y fueron abatidos.

El soldado calló de pronto y enterró la cara entre sus manos. Sollozaba.

—¿Huiste y los dejaste allí? —le recriminó Eva—. Tenías un arma. ¿Por qué no la usaste? ¿Por qué no acabaste con esos cabrones mucho antes? —continuó machacando, inmisericorde, al pobre chaval.

—Tuve miedo, tuve miedo, lo siento, lo siento... Aún escucho sus gritos, los disparos... —el soldado se derrumbó y lloró abiertamente.

Miré a Eva, también lo hizo Julián. Ambos pensamos que ya era suficiente por esa noche. Eva no.

—¿A dónde pensabas ir? —le preguntó ajena a nuestros gestos.

—No lo sé. No tenía nada pensado, aceleré y aceleré. Conduje hasta que vi un cartel en la carretera que indicaba que había supervivientes en el castillo —hablaba sorbiendo mocos. La luz del candil de queroseno ocultaba en parte sus ojos llenos de lágrimas—. No le di demasiada credibilidad hasta que observé el fuego en la muralla. No me lo podía creer.

—Pues créetelo, ahora estás a salvo —intervine intentando tranquilizarlo.

Levantó entonces la cabeza y miró la capilla como si sus ojos registraran imágenes por primera vez. Dimos por concluido el interrogatorio y lo llevamos a una habitación para que durmiera. No dijo nada más, solo nos dio las gracias antes de cerrar la puerta. Eva quería hablar, pero no la dejé, era tarde y la convencí de dejarlo para el día siguiente. En la cama la noté inquieta. Daba vueltas sin parar y se levantó un par de veces. Yo me hice el dormido, sospechaba qué le rondaba por la cabeza.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, pusimos al corriente al resto de la comunidad. Hablé yo. Les conté todo lo que nos relató el soldado Aranda sobre lo acontecido en el cuartel de «El Goloso». Traté de suavizar los detalles y dejarlo como a un héroe. Eva no estuvo de acuerdo con mi generosidad, con eso ya contaba. Cuando él apareció en el comedor todo el mundo conocía la historia y el recibimiento que le dieron no pudo ser más afectuoso. Aranda parecía repuesto y, a medida que transcurría la mañana y gracias a la hospitalidad de todos, lo vi mucho más tranquilo e integrado. Se ofreció para ayudar a Antonio con el asunto de reforzar el perímetro y quiso aprender a ordeñar la vaca. Pasó mucho tiempo con Luna, parecía tener mano con los niños. Alucinaba con lo que habíamos conseguido en nuestra pequeña comunidad y, aunque evitaba hablar del cuartel, en más de una ocasión dijo frases como: «esta habría sido la forma correcta de actuar», o «es increíble lo que se puede conseguir con buena voluntad». A la hora de comer ya se había ganado a todos. Era un joven de buenos modales, educado, atento, y agradecía cada detalle que teníamos con él.

Yo evité a Eva cuanto pude. Al caer la tarde me cogió en el patio porticado.

—Tenemos que hablar —dijo clavándome sus intensos ojos verdes. Yo ya sabía de qué.

Me tomó de la mano y me condujo hasta un banco de madera del patio. La tarde era calurosa y el sudor brillaba en la piel morena de sus brazos bien torneados. Llevaba el pelo recogido en una coleta de circunstancias y su rostro denotaba una noche en vela. Aún así destilaba la extrema belleza de un incendio, de un maremoto o

de un hongo nuclear. Una compañía peligrosa. Sabes que permanecer cerca de ellos te matará, pero no puedes dejar de hacerlo. Apoyé la cabeza contra la pared de piedra y dejé que el sol calentara mi rostro. Con los ojos cerrados y aferrado a su mano, me preparé para escucharla.

—Carlos, voy a ir a rescatar a esa pobre gente y quiero que me acompañes.

Conocer tu destino te prepara para él. Recibí su propuesta igual que el agricultor la tormenta tras contemplar un cielo lleno de nubes negras: como algo lógico e inevitable. No me sorprendí. Aquella propuesta suicida venía de alguien que había escapado de unos sádicos militares en un hospital rodeado de infectados, recorrido medio Madrid en moto para estar junto a su padre, arriesgado la vida por ir a buscar a un amigo ante la más mínima posibilidad de que estuviera vivo, y rescatado a una niña de unas garras más siniestras que la propia muerte, la locura. Había elegido estar con ella, quería estar con ella. Una mujer indómita, nacida para arreglar el mundo o morir en el intento, y ello acarrearía seguirla hasta el fin. Tenía mi «sí» antes de que me lo pidiera.

—De acuerdo, pero lo haremos a mi manera —le dije.

—Vamos ahora, nos presentamos en la puerta, encañonamos al puto cabo y a su mastín, y nos traemos a esos pobres desgraciados. Será fácil. Imagina a Luna cuando vea a una niña de su edad. Solo por ver su cara merece la pena.

—Si aún vive.

—Vivirá —sentenció.

—Bien, pero iremos mañana, al anochecer. Hablaré con Aranda, confeccionaré un mapa, un plan A detallado y un plan B, por supuesto. Cuando lo tenga todo organizado pediré tu opinión, aunque sospecho que cualquier cosa te parecerá bien —esperé su reacción.

Yo todavía seguía recostado, con los ojos cerrados, tratando de evaluar el efecto de mis palabras en ella.

—Recuerda, «*la victoria ama a la preparación*» —concluí.

—De acuerdo —musitó y me plantó un beso que incendió mis labios—. Te quiero.

Cuando abrí los ojos se había ido. Estuve un tiempo sentado sobre aquel banco de madera, haciendo compañía a aquel «te quiero» que flotaba a mi alrededor. Muy quieto, para evitar agitar el aire y que se disipara como el humo de un cigarro.

No volvimos a hablar del asunto hasta el día siguiente. Después de comer la llevé a la antigua sala de exposiciones del castillo y, sobre una vitrina baja, abrí mi cuaderno de dibujo. Había hablado con Aranda y tenía dibujado un mapa algo rudimentario del cuartel de «El Goloso». En él había marcado los lugares clave: la entrada, la garita de guardia donde probablemente estaría el tal Muriel, el edificio del comandante general en el que se hospedaba el cabo Ortega y las mujeres, y el hangar de los hombres.

—Antes de empezar quiero que entiendas que quizá vayamos hasta allí y ya no

quede ningún civil con vida. Recuerda lo que contó Aranda, los disparos y los gritos que oyó mientras huía en la moto —le advertí poniendo una mano sobre el plano para que dejara de mirarlo y se fijara en mis ojos.

—No me fío de los oídos de un cobarde —me contestó sin titubeos.

—Eva...

—Bueno, Carlos, quizá no quede nadie, lo sé. Y ahora, ¿me puedes explicar el plan? —admitió a regañadientes mientras expulsaba el aire de los pulmones.

—«Esta noche, nos presentamos en la puerta, encañonamos al puto cabo y a su mastín, y liberamos a esos pobres desgraciados». Sencillo.

—Vaya, me suena de algo ese plan —se apresuró a decir Eva en tono jocoso.

—Sí. Fundamentalmente es igual al tuyo, pero con matices. Iremos con alguien que nos esperará a cierta distancia, escondido, con un vehículo a punto. Lo mejor será ir con el minibús. Llevaremos los walkies y estaremos en comunicación permanente. Si la cosa se pone fea y no puede echarnos una mano, volverá al castillo e informará. Julián tomará la decisión en ese caso, ya he hablado con él, quería venir, le he convencido de que no lo hiciera, te confieso que me ha costado. El plan B será ese, tener a un tercer hombre, un observador de confianza.

—Me gusta. Sencillo. No puede fallar.

—Fallará —una voz resonó en el espacio casi vacío de la sala.

Nos volvimos al tiempo. Entrando por la puerta vimos al soldado Aranda. No dijo nada más hasta que estuvo cerca de nosotros.

—Lo siento, no he podido evitar oír lo que decíais. Fallará —repitió abriendo los brazos.

—¿A qué te refieres? —le pregunté sabiendo perfectamente que se trataba de nuestro plan.

—Cuando esta mañana me pediste todos esos detalles del cuartel sospeché vuestras intenciones. Luego hablé con... Julián, creo que se llama el tipo guapo que se encarga de la intendencia —asentimos—. He observado que os lleváis bien, andáis siempre juntos, si alguien sabía algo sería él. Le pregunté, negó que supiera nada. Veo que hice bien en no fiarme. He recorrido todo el castillo buscándoos, temía que ya os hubierais ido —Eva tenía la boca abierta, yo también.

—¿Por qué fallará el plan? —decidí ir al grano.

—¿Me permites? —el soldado se acercó aún más y tomó el mapa que yo había dibujado.

Parecía nervioso y sudaba copiosamente. Le observamos sin decir nada, orientándose en mi dibujo. Finalmente pareció ubicarse.

—Si me hubieses dicho lo que pretendías, te hubiera advertido de «un par de detalles sin importancia» —remarcó estas últimas palabras especialmente.

—Explícate —le instó Eva.

—El cabo Ortega es un paranoico. Aunque mantiene las comunicaciones cortadas, nunca ha descartado la posibilidad de recibir la visita de algún mando del

ejército y siempre está alerta. No abrirá la puerta a nadie armado. Teníamos instrucciones muy claras de avisarle si detectábamos la llegada de alguien y esperar a que tomara posiciones.

—¿A que tomara posiciones? —pregunté confundido.

—Frente a la puerta hay aparcado un camión. En la zona de carga tiene montada una ametralladora calibre .50, lanzagranadas y varias armas ligeras. Decía que si el ejército volvía a tomar el mando y decidía hacer una visita al cuartel, la forma de ganar tiempo sería eliminar a los que vinieran, después «limpiar» y largarse de allí. La cuestión era que no nos pillaran con las manos en la masa.

—Joder —dijo Eva.

—Hace muchos meses que nadie llega al cuartel, pero el camión con las armas sigue allí. Estoy seguro de que no abrirá las puertas sin estar preparado. Podrís acabar con Muriel, pero Ortega os freirá antes de que podáis mover un dedo.

—Bien, entonces iremos por detrás. Cortaremos la alambrada y los asaltaremos por sorpresa —intervino Eva, derrochando ese valor seco y sereno de siempre.

—Quizá podáis llevaros a los hombres, nunca a las mujeres. El edificio donde están está cerrado y Ortega lo ha convertido en un fortín —continuó Aranda.

—Parece que el asunto es más difícil de lo que pensábamos —apostillé un poco desanimado. Eva parecía nerviosa, buscaba una solución que no encontraba.

—Habría un modo de hacerlo —dijo finalmente Aranda. E hizo una pausa.

—Te escuchamos —le invité a continuar.

—Vosotros llegareis desarmados, simulando ser unos supervivientes en busca de refugio. Ortega querrá interrogaros y os llevará a su despacho, en el edificio. Ese será el momento en el que el tercer hombre actúe.

Hizo una pausa y esperó nuestra reacción.

—Continúa —dijimos al tiempo.

—Antes habrá cortado la alambrada e introducido vuestras armas. En el momento oportuno intervendrá y se hará con el control.

Durante unos segundos reflexionamos. Yo no lo veía claro. Eva sin embargo se agarró a un clavo ardiendo.

—Bueno, lo más que puede pasar es que si algo se tuerce estemos como al principio, con ese puto cabo encerrado en su fortín, pero de esta manera existe la posibilidad de tener a los dos a tiro —resumió Eva sin darle mayor importancia—. Me parece bien, hagámoslo así.

—¿Y el plan B? —intervine con mi obsesión favorita.

—Tendremos una verja abierta. Si hay problemas saldremos por patas y volveremos con la caballería. Se trata de intentar hacerlo de una manera sutil, evitando que los civiles sufran daño. Si no hay más remedio lo asaltaremos con el blindado y caeremos con todo el equipo —fue Eva la que me respondió.

—¿El blindado? —preguntó intrigado Aranda.

—Ya te lo explicaremos luego —contestó Eva—. Bueno, ¿entonces de acuerdo?

Bien —no esperó mi respuesta—. Resumiendo: llevaremos un coche y el minibús. En el coche iremos tú y yo —dijo dirigiéndose a mí—. En el minibús irá por ejemplo... Lucas. Mientras nosotros entretenemos a esos cabrones con el cuento de caperucita, él se acerca por detrás con las armas, corta la alambrada y los coge por sorpresa. El resto será coser y cantar, en un par de horas todo habrá terminado y estaremos de vuelta en el castillo celebrándolo —hablaba para ella, se lo explicaba a sí misma, y por extensión a los demás—. ¿Alguna duda?

Visto de esa manera parecía sencillo, aunque se me planteaban muchas variables que podían hacer que fallara. En el fondo me gustaba más el plan inicial. Entrar allí desarmados no me hacía ninguna gracia.

—Dispongámoslo todo —concluí finalmente.

—Una cosa más —dijo Aranda. Observamos atentos. ¿Habría algún problema? No dijimos nada y continuó—. Me gustaría ir con vosotros, ser ese tercer hombre. Conozco el cuartel como la palma de mi mano y además siento que se lo debo a esa gente, fallé y necesito enmendar mi error.

Eva se le quedó mirando con mucha intensidad. Dudaba. Aranda tenía en los ojos dibujada una súplica.

—Tiene razón. Con él allí todo será más sencillo —intervine finalmente.

Al anochecer teníamos todo dispuesto. Un viejo Ford Escort (que tuvimos que arrancar con cables de batería) en el que viajaríamos Eva y yo, y el minibús (con la bolsa de armas en el maletero, incluida mi cota de malla y mi espada) en el que iría Aranda. Para entonces ya toda la comunidad conocía nuestro plan y, aunque estaban ilusionados ante la posibilidad de que llegaran nuevos habitantes, no podían ocultar su preocupación. Y eso que no conocían todos los detalles de en dónde estábamos a punto de meternos. El Equipo de Combate sí, por eso cuando nos quedamos solos, junto a los vehículos, sus abrazos de despedida fueron mucho más sentidos.

—Vamos —dije sin más. Y nos montamos en los coches.

Por el retrovisor vi cómo Raquel se subía en el minibús, con Aranda.

—Raquel ha subido...

—Se quedará junto al minibús observando con los prismáticos. Nos dará cobertura y si algo sale mal volverá al castillo para avisar. ¿No querías un plan B? —se apresuró a explicarme Eva. Luego arrancó el motor y esperó a que Aranda nos adelantara para seguirle. La suerte estaba echada.

Durante el corto trayecto de treinta y siete kilómetros que nos separaban de «El Goloso», la noche se nos vino encima definitivamente. Nos cruzamos con un par de infectados por la M-607, nada más. Seguíamos al minibús con las luces apagadas. Dentro del coche la oscuridad era casi absoluta. Nunca nos habíamos alejado tanto del castillo desde que llegamos y no dejó de sorprenderme el hecho de no encontrar infectados en grandes cantidades. Eva conducía concentrada, algo rumiaba. Creía

saber qué.

—¿Qué haremos con ellos cuando liberemos a los civiles? —le pregunté de golpe. Eva meditó unos instantes.

—No sé, ya veremos.

—Si se rinden no podemos matarlos a sangre fría.

No contestó. Siguió conduciendo con la mirada fija en los pilotos traseros del minibús. Sus manos apretaban el volante en exceso.

—Eva...

—Ya te he oído. He dicho que ya veremos.

Un intermitente se encendió y luego las luces de freno. Habíamos llegado. Aparcamos los vehículos juntos y bajamos. Estábamos en un recodo de la carretera, a unos doscientos metros del cuartel, ocultos por unos árboles. El sonido de los grillos llenaba la noche.

—Aquí estamos a cubierto —dijo Aranda—. Yo iré primero, echaré un vistazo por detrás y cortaré la alambrada.

No dijo más. Cogió la cizalla y desapareció. Raquel tomó los prismáticos y lo siguió con la mirada.

—Ya no se le ve —nos informó. Comprobó el cargador de su subfusil y se apoyó en el capó del coche—. Tened mucho cuidado chicos, os vais a meter en la boca del lobo —dijo mirando al cielo.

—Si algo sale mal no intentes nada por tu cuenta. Vuelve al castillo zumbando —dijo Eva poniendo una mano en el hombro de Raquel. Como no contestó, insistió—. Zumbando, ¿me oyes?

—Claro —contestó finalmente y volvió a comprobar el arma.

Según me contó Eva, habían querido venir todos, incluso Luna, y tuvo que convencerles de la conveniencia de no dejar el castillo desprotegido. Eligió a Raquel porque había demostrado más temple que Lucas, era más inteligente, y además parecía capaz de tomar decisiones importantes sin dudar un segundo. Tenerla allí era un seguro de vida. A los veinte minutos volvió Aranda. Oímos unos pasos entre la maleza y cuando apareció con la cizalla en la mano, se encontró con el arma de Raquel apuntándole a la cara.

—¡Eh, soy yo! —dijo asustado—. La alambrada está abierta y, por lo que he podido observar, todo parece tranquilo. He visto a Muriel sentado junto a la garita, fumando y bebiendo, como siempre.

—Bien, entonces vamos —resolvió Eva.

Aranda abrió el capó del minibús, soltó la cizaña y cogió la bolsa de las armas. Eva y yo nos montamos en el coche.

—Dadme cinco minutos —dijo Aranda y desapareció por donde había venido.

Eva tamborileaba los dedos sobre el salpicadero del coche. Miró el reloj.

—Bueno, ¿preparado? —sin esperar a que contestara arrancó el coche—. Recuerda que debemos ser creíbles con la historia que hemos inventado, al menos

hasta que aparezca Aranda.

Encendió las luces. El coche dobló la curva y enfiló hacia la entrada al cuartel. El viejo motor diésel sonaba como una tartana y Eva aceleraba en vacío para que rugiera aún más. Era la hora de llamar la atención. Frenó chirriando ruedas a escasos centímetros de la barrera. La puerta de entrada estaba cerrada. Parecía sólida, una mezcla de verja y portón rematada de alambre de espino, infranqueable si alguien no la abría del otro lado. Eva, impaciente, comenzó a tocar el claxon. No lo esperaba y me sobresalté. Miré en derredor, buscando la silueta de algún infectado. Estábamos haciendo tanto ruido que de haber alguno por los alrededores no tardaría en llegar, y estábamos desarmados. Eva solo paró de golpear el volante para hacer sonar el claxon cuando una figura apareció junto a la puerta, con una linterna y un arma. Debía ser el tal Muriel.

—Apaguen el motor y las luces y bajen del coche —ordenó sin mostrarse del todo, acodado junto a la garita, protegido parcialmente.

Obedecemos sin rechistar y salimos. Caminamos juntos hasta ponernos a unos cinco metros de él.

—Levanten las manos. ¿Van armados?

—No —contestó Eva. La luz de la potente linterna recorrió su cuerpo durante bastante tiempo. Luego me iluminó a mí mucho menos.

—¿Hay alguien más con vosotros?

—Venimos solos, desde Madrid —contesté yo.

—¿De Madrid? —preguntó en voz baja, como si se lo dijera a sí mismo—. Esperad ahí un momento, y no os mováis.

Esperamos durante más de cinco minutos. Yo no dejaba de mirar a todos lados y Eva parecía inquieta. No hablamos, no estábamos seguros de que alguien nos estuviera vigilando.

—Bueno, bueno —oímos una voz y luego una figura que se acercaba a la puerta acompañada del soldado con el que habíamos hablado—. Según me han informado vienen ustedes de Madrid —tenía un fuerte acento sudamericano.

—Así es —contestó Eva.

Esta vez dos haces de linternas la iluminaron por completo.

—Soldado, abra la puerta y deje entrar a nuestros amigos. Sin duda vendrán cansados y querrán comer algo.

La puerta se deslizó sobre sus ruedas y nos encontramos frente a frente con aquellos dos hombres. Avanzamos hasta ellos.

—Quietos un momento —dijo el soldado. Se echó el arma a la espalda y nos cacheó, tomándose su tiempo con Eva. La noté molesta. Luego se retiró unos metros y tomó su arma sin apuntarnos, pero sin dejar de vigilar—. No llevan armas, señor.

—Ya se lo dijimos —contestó Eva molesta.

Los dos soldados se miraron y sonrieron. Habló el sudamericano.

—Bienvenidos a la Base Militar de «El Goloso». Yo soy el oficial al mando, cabo

Ortega, y él es el soldado Muriel —se presentó educadamente ofreciéndonos su mano.

—Carlos y Eva —dijimos al tiempo que se la estrechábamos. Imaginé a Eva tragándose un saco lleno de sapos.

—Sígannos —ordenó finalmente.

Los seguimos. No dejamos de mirarnos, esperando ver aparecer en cualquier momento a Aranda. La situación era ideal, los dos estaban juntos y confiados, si ahora aparecía y los encañonaba la cosa estaba hecha. Caminamos hasta la entrada de un edificio de ladrillo rojo, de tres plantas. El cabo Ortega abrió la puerta que daba acceso al edificio y nos invitó a pasar. Eva dudó, yo tampoco me movía. ¿Dónde estaba Aranda? El soldado me clavó el cañón del arma en los riñones suavemente y me invitó a moverme.

—¡Vamos dentro, güevones! —exclamó el cabo.

Raquel miraba por los prismáticos. Distinguió a Carlos y a Eva entrar en el cuartel y seguir a los militares, después desaparecieron de su vista. La noche estaba despejada y la temperatura, calurosa por el día, comenzaba a descender rápidamente. Los grillos habían enmudecido de golpe. Una suave brisa se levantó de repente y sintió un escalofrío. Se agarró los brazos desnudos y se encaminó al vehículo para buscar algo que echarse por los hombros.

Escuchó un ruido a su espalda. No tuvo tiempo de girarse. Un fuerte golpe la dejó sin aliento. Sintió cómo algo se abría camino a través de sus entrañas. Intentó gritar, pero no pudo, se ahogaba en su propia sangre.

10. UNA DE CAL Y OTRA DE ARENA

Seguimos en silencio al cabo Ortega por el interior del edificio. Iluminados por las linternas subimos unas escaleras hasta el tercer piso, siempre seguidos del soldado. Finalmente nos paramos ante una puerta que él abrió con una llave.

—Pasen —dijo echándose a un lado.

Entramos en un despacho amplio, alumbrado con lámparas de aceite. Olía muy fuerte, una mezcla de humo, sudor y alcohol. Estaba lleno de cajas de munición y, sobre la mesa, varias armas dispuestas en perfecto orden: pistolas, subfusiles, rifles con mira telescópica, incluso un lanzagranadas. Eva miró golosa las armas, yo me interpose entre ella y la mesa para evitarle la tentación de hacer una estupidez.

El cabo se sentó en un amplio sillón de cuero, al otro lado de la mesa, y nosotros permanecemos de pie. El soldado se quedó detrás, vigilando.

—Así que vienen de Madrid, ¿verdad? —preguntó finalmente el tal Ortega.

—Sí —contesté con brevedad.

—Y se puede saber cómo hicieron ustedes para sobrevivir ocho meses. Tienen pero que muy buen aspecto —continuó irónico mientras miraba con descaro a Eva.

—Yo era dueño de una pequeña tienda de alimentación y me encerré allí. Ella vivía en el piso de arriba. Nos encontramos a los pocos días de que todo sucediera. Decidimos salir esta tarde a buscar ayuda, cuando observamos que el número de infectados había descendido en las calles —interpreté del tirón un guión bien aprendido.

—Vaya, ocho meses encerrado con esta preciosidad —se apresuró a decir Ortega—. Seguro que no se aburrió.

El soldado rió a nuestra espalda. No contestamos, Eva me miró con urgencia. La situación se estaba complicando. ¿A qué esperaba Aranda? ¿Le habría pasado algo?

—Y díganme, ¿han visto a más militares, aviones, tanques o helicópteros?

—No —contestó Eva con los dientes apretados.

—Muriel, parece que de momento todo sigue como siempre —dijo Ortega. El soldado contestó «*cojonudo*». Aquellos dos estaban poniendo las cartas sobre la mesa—. Bueno, bueno, bueno. Y puede saberse qué buscaban viniendo acá —continuó preguntando.

—Un lugar seguro, y más supervivientes —contesté.

—E información. Saber qué pasa. Desde un cuartel es posible comunicarse con el resto del mundo —intervino Eva señalando la sofisticada radio que estaba junto a Ortega.

—Lamentablemente estamos incomunicados —replicó Ortega mirando de reojo la radio—. Está estropeada.

—¿Quiere decirme que en todo el cuartel no hay una radio útil con la que

comunicarse? —exclamó Eva sin disimular su irritación, olvidando el papel que debíamos interpretar.

—Exacto.

—No le creemos —contesté, olvidándolo también.

Se dibujó una sonrisa sardónica en la cara de ese cabrón. La cicatriz que cruzaba su rostro ayudó a componer una expresión repugnante. Se contenía, sin duda.

—Soldado Muriel, lleve al caballero... a sus aposentos.

Me giré hacia el soldado, Eva también.

—Usted no, señorita. Dormirá en el pabellón de oficiales —apuntilló Ortega. Muriel sonrió abiertamente.

—Hemos venido juntos y seguiremos juntos —repliqué cogiendo del brazo a Eva—. Y si no les parece bien, cogemos nuestro coche y nos largamos.

—¿Ha oído, soldado Muriel?

—Sí, mi cabo.

El culatazo en la frente me provocó un estallido de fuegos artificiales. No llegué a desmayarme, aunque perdí el equilibrio y tuve que apoyarme en el respaldo de una silla para no caer al suelo. Noté la sangre resbalar por mi cara.

—Hijo de puta —gritó Eva, y con un rápido movimiento golpeó con el codo en el estómago al soldado e hizo que se doblara y soltara el subfusil.

Eva se precipitó sobre el arma.

—Suelte eso o le vuelo los putos sesos —musitó Ortega mientras apoyaba el cañón de la pistola en su cabeza—. No lo repito.

Fue Muriel el que arrebató el arma de sus manos. En su cara seguía dibujado un gesto de dolor, Eva le golpeo muy fuerte. Montó el subfusil y nos apuntó tomando un par de metros de distancia.

—Joder, Muriel, es brava la *guaricha* esta —retiró la pistola de su sien y fue recorriendo la cara de Eva con el cañón—. Llévase a ese *comemierda* con los otros, y al mínimo problema le pega un tiro. Y usted, preciosidad, sígame.

Condujo a Eva a través del despacho, abrió una puerta cerrada con llave y la empujó dentro.

—Vamos gilipollas —me dijo el soldado golpeándome fuerte con el cañón del arma entre las costillas.

Caminé delante de él con los brazos en alto. Aún me sentía algo mareado y la sangre no dejaba de manar de la brecha que tenía en la frente. Alumbrado por su linterna salimos al exterior. Atravesamos un amplio patio y luego me condujo a través de varios edificios que eran solo sombras a mis ojos. Esperé la intervención de Aranda inútilmente.

—A la izquierda —dijo.

Al doblar una esquina la luz iluminó una gran puerta metálica. Era el hangar.

—Abre —me ordenó lanzándome unas llaves.

Quitó el candado y abrí una pequeña puerta.

—Entra.

No obedecí. Me quedé quieto. El soldado, un chicarrón bien alimentado con cara de no haber salido de su pueblo en la vida, levantó el arma y me apuntó a la cabeza.

—Entra —repitió.

Cuando cerró la puerta la luz de la linterna quedó fuera y, ante mis ojos, encontré la oscuridad.

El olor era nauseabundo e indescriptible. Mezcla de orines, excrementos y comida podrida. El ambiente estaba tan cargado que casi costaba respirar. Arrastré los pies y caminé con las manos por delante por miedo a tropezar con algo, girando en todas direcciones.

—¡Hola! ¿Hay alguien? —pregunté. Mi voz resonó en un espacio que parecía vacío—. ¡Hola! —repetí mucho más alto.

—Aquí.

Fue poco más que un susurro. Una tenue luz rojiza, apenas la candela de un cigarro, se iluminó a mi derecha. Caminé hasta ella. De pronto mis manos tropezaron con algo duro. Era una viga de metal. Alguien me agarró de la pierna.

—Abajo —dijo de nuevo la voz.

La luz provenía de una linterna cuyo dueño amortiguaba entre sus manos hasta hacerla casi imperceptible.

—Siéntate. Hablaremos mejor —me sugirió la voz.

No tenía que disimular más. Sabía dónde estaba y quienes estaban allí dentro.

—Me llamo Carlos, y mis amigos y yo hemos venido a rescataros —le dije al tiempo que me ponía en cuclillas—. ¿Cuántos estáis aquí?

No contestó inmediatamente. Descubrió la linterna y me enfocó durante unos instantes, luego la volvió a tapar con sus manos.

—No te entiendo amigo, explícate —tenía la voz ronca y muy débil. No era capaz de calcular la edad de mi interlocutor.

—Venimos del castillo de Manzanares El Real. Tenemos formada allí una pequeña comunidad donde iremos cuando os saquemos de aquí —le resumí.

—¿Sacarnos de aquí? ¿Y cómo piensas hacerlo estando encerrado? —hizo una pausa—. Veo que ya te han dado fuerte, sangras bastante.

—No es nada —su pregunta me dejó bloqueado.

—¿Cómo os habéis enterado de lo que pasa aquí?

—Déjame la linterna, me gustaría ver con quién hablo —susurré imitando el tono de su voz.

—Bien, pero hazlo rápido, si descubren que tenemos una linterna nos costará caro —dijo y me puso la linterna en la mano.

La luz me descubrió un hombre desnudo de cintura para arriba, extremadamente delgado. Se movió y observé una cadena atada a su tobillo. Su rostro estaba parcialmente oculto por la suciedad y una barba y un pelo largo de un color grisáceo. Se protegió los ojos con una mano a la que le faltaban tres dedos.

—¡Tú eres Fabián! —exclamé subiendo un poco la voz.

Aquel pobre despojo humano me quitó la linterna de las manos y la apagó.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Hace un par de días llegó al castillo el soldado Aranda. Él nos puso al corriente de todo.

—¿Aranda dices? ¿Y se puede saber qué os ha contado?

Le relaté con detalle la llegada del soldado en moto y todo lo que él nos contó sobre la vida en el cuartel, las vejaciones y el intento de huída. También le expliqué que fue él quien nos había traído, y que pronto intervendría para liberarnos. Terminé detallándole nuestro plan de rescate. Fabián escuchaba sin interrumpir. De vez en cuando le sentía hacer algún sonido de asentimiento con la boca.

—... y aquí estamos, dispuestos a sacaros de este infierno —concluí mi relato.

—Es listo ese Aranda, muy listo. ¿Y cuántos dices que habéis venido?

—Cuatro. Tenemos una persona esperando fuera, otra está en el pabellón de oficiales y... yo aquí. Aranda está armado y esperando la ocasión de actuar. No creo que tarde mucho —incluso a mí me sonó una situación un poco complicada, sobre todo después de comprobar lo mal que nos había ido hasta el momento.

—O sea, que en estos momentos todo depende de la participación de Aranda.

—Sí.

—Vaya —contestó y oí cómo se reacomodaba en el suelo—. Pues estáis jodidos.

—¿Qué quieres decir?

—Os han dado una de cal y otra de arena.

—Explícate —le insté. Notaba cómo el calor subía por mi cara.

—Parte de la historia que os contó Aranda es verdad y parte no. Es verdad que nos tratan como a cerdos, pero era él el que más gozaba haciéndolo. Es verdad que me cortaron tres dedos, pero no fue el cabo Ortega, sino él quién disfrutó mientras lo hacía. Y es verdad que huyó del cuartel, pero no por ayudarnos a escapar, sino por violar y matar a Gaby, una niña de trece años que reservaba el cabo para cuando se aburriera de las mujeres. Aranda escapó de aquí porque sabía que Ortega le daría una muerte lenta y dolorosa por privarle del juguete favorito de su harem.

—Pero...

No pude hablar, me derrumbé en el suelo y la cabeza comenzó a darme vueltas. De repente el golpe de la cabeza volvió a dolerme y sentí náuseas. Devolví hasta que no tuve nada más que echar.

—El cabo Ortega y Muriel son unos hijos de puta, sin duda, unos cabrones que se aprovechan del poder para satisfacer sus bajos instintos. Tienen esclavos y mujeres a su disposición, y dan gracias todos los días por la llegada de este maldito virus que ha aportado a sus miserables vidas un rumbo que no esperaban. Ya eran así antes, por supuesto, solamente tuvieron que esperar a que cambiaran las reglas, que no quedara nadie para impedirles hacer lo que quisieran. Pero con todo y con eso, el peor era Aranda, mucho peor. Su mirada era siniestra, enfermiza. Hay algo maligno en su

interior que la pandemia ha dejado salir.

—Entonces, quieres decir...

—Aranda es un monstruo, amigo.

11. EL MONSTRUO

El soldado Aranda estaba relativamente satisfecho de cómo le habían salido las cosas. Estuvo a punto de estropearlo con el asunto de la niña, pero luego tuvo una suerte inmensa al encontrar supervivientes en el castillo y, aunque se complicó la vida al contar su relato, al final todo quedó controlado. Su último escollo yacía en el suelo, agonizando junto al minibús.

Sentado en el suelo, al lado de Raquel, se entretenía tirando piedrecitas. De vez en cuando observaba su cara crispada por el dolor y su respiración entrecortada, y le llenaba de gozo ver su pecho subir y bajar luchando por llenar de oxígeno su cuerpo.

Haría tiempo antes de volver al castillo y contar un nuevo relato creíble. Decidió divertirse recordando sus últimas cuarenta y ocho horas.

Tomar un relato real y cambiar pequeñas cosas era un truco que siempre había usado con óptimos resultados. Además, su rostro aniñado y su aspecto de buen chico contribuían a que la gente se tragara todo lo que les contara. Se reía por dentro rememorando su actuación con Carlos y Eva. Fue magistral. Y con Julián, a él también se lo llevó al huerto. Era un grupo valiente y los tenían bien puestos, pero les perdía el exceso de bondad y la desmedida e incomprensible preocupación por los demás. Tenía que admitir que hubo un momento en que la situación se le complicó mucho. Cuando creía que su futuro inmediato lo tenía resuelto, vinieron esos gilipollas con la absurda idea de ir al cuartel a rescatar a los civiles. Y lo hubieran logrado, sin duda. Su plan era sencillo y efectivo, Ortega y Muriel habrían caído como pardillos. De no ser por su oportuna y rápida intervención, habría tenido que largarse del castillo antes de que volvieran con esos desgraciados moribundos y lo reconocieran. Tuvo que improvisar y componer una actuación en la que se lo jugó todo, pero le salió bien, como siempre. Luego vino el asunto de Raquel. Esa puta desconfiada de Eva la incorporó al grupo en el último minuto. Pero bueno, ya tampoco ella sería un problema.

Miraba el cuartel y no podía evitar echar de menos muchas cosas. Allí fue el amo en la sombra. El cabo Ortega ostentaba el poder oficial, pero en realidad todos le temían a él. Muriel era otro imbécil, un mandado, nada más.

Aranda se lamentaba por no haberse controlado aquella noche. Lo achacó al alcohol. Necesitó huir precipitadamente sin un destino, con lo puesto, pero la suerte le sonrió y encontró algo casi mejor. El castillo sería pronto su feudo. Tendría que pensar cómo deshacerse de Julián y de Lucas, los demás eran corderos, luego todo iría sobre ruedas.

Acarició la frente de Raquel, le retiró el pelo empapado en sudor y paseó el dedo por su boca entreabierta.

—¿Te duele? —preguntó mirando su perfil—. La culpa la tiene esta —y levantó

la espada de Carlos llena de sangre—. Me gusta, me la quedaré ahora que él no la va a necesitar.

—...e ...atarán.

—¿Qué dices? —Aranda acercó el oído a la boca de Raquel.

—Te... matarán.

—¿Quién me matará? ¿Ellos? Nunca saldrán —dijo señalando al cuartel—. Y en el castillo se tragarán todo lo que les cuente.

—Te... matarán..., cabrón.

—Claro, claro, si tú lo dices.

Aranda dejó la espada en el suelo y se tumbó boca abajo, junto a Raquel.

—Te voy a contar lo que les pasará. A Carlos se lo cargarán a la primera de cambio, demasiado trabajo controlarlo, y Eva es mucha mujer para esos dos, la tendrán que moler a palos para que se deje violar. Conclusión, ninguno vivirá mucho.

Aranda jugó con unas ramitas del suelo y le colocó a Raquel unos tréboles en el pelo.

—Sabes, me estoy haciendo amigo de Luna —puso una florecilla amarilla junto a los tréboles—. Voy a volver al castillo y buscaré la oportunidad idónea para gozar de esa muñequita rubia. Es lista, pero yo lo soy más.

—¡Aghgggggh!

—Tranquila, tranquila, no quiero que te vayas antes de tiempo. No me es fácil encontrar gente con la que poder hablar con sinceridad.

Aranda deslizó su mano por el cuello de Raquel hasta llegar a sus pechos, la introdujo bajo la camiseta de tirantes y le subió el sujetador.

—Te estás quedando helada, es una lástima.

Se incorporó y cogió la espada. Limpió el filo en la ropa de Raquel y la metió en la funda. Tomó los prismáticos y miró hacia el cuartel.

—Aún está encendida la luz en el despacho de Ortega —se giró y se dirigió a Raquel—. Creo que Eva no pasará de esta noche. Daría cualquier cosa por verlo.

Se apoyó en el capó, metió las manos en los bolsillos del pantalón y cruzó las piernas. Parecía reflexionar.

—Ortega, Muriel... y yo. Qué ironía, ¿verdad? El virus nos respetó. Nos dejó vivir. ¿Crees que significará algo?

Raquel se retorció e intentó incorporarse. Con los codos y, empujando con los pies, se arrastró hasta quedar cerca de Aranda, junto a la puerta del minibús. Tosiendo y esputando sangre por la boca se derrumbó, quedando sentada de lado, apoyada en la rueda delantera.

—¡Pero bueno! ¿Y esas energías de dónde las sacas chica? Espera un momento.

Aranda cogió por los sobacos a Raquel, suavemente tiró de ella y la dejó bien sentada. La luna, en cuarto creciente, apenas iluminaba y la oscuridad era total a unos pocos metros.

—Aún tengo unos minutos. ¿De qué quieres que hablemos?

Raquel se limpió la boca de sangre y giró la cabeza en la dirección de la voz. Sus pulmones apenas producían el aire necesario para hacer vibrar sus cuerdas vocales. Con un aliento de vida dijo.

—Aaaguuuua, aaguuuua.

—¿Quieres agua? —preguntó retórico Aranda.

Ella afirmó moviendo la cabeza, ya no le quedaba más aire.

—Espera, no te muevas, ahora te la traigo.

Se dirigió al maletero del vehículo. Rebuscó entre las bolsas y encontró una botella llena. Bebió hasta casi agotarla. Se entretuvo un rato comprobando su botín. Finalmente guardó la espada con el resto de las armas, se aseguró de ocultar todo bajo unos plásticos y cerró. No estaba dispuesto a deshacerse de aquellas armas, le serían de mucha utilidad, ya buscaría la ocasión de sacarlas sin que le vieran. Estaba muy oscuro, apenas distinguió a Raquel de pie, tambaleante, con la espalda apoyada en el lateral del minibús.

—¿Dónde vas chica? —dijo agitando la botella medio vacía delante de su cara.

Raquel cayó de rodillas.

Aranda se acuclilló a su lado y bebió con glotonería, dejando resbalar el agua por la comisura de sus labios, realizando un sonido excesivo al tragar, hasta agotar la botella.

—Lo siento, pero no hay mucha y a ti ya de poco te va a servir.

Aranda la miró, acarició su boca y su nariz y finalmente se incorporó.

—Aquí termina nuestra conversación. Tengo que volver al castillo. Durante el camino ensayaré un rostro de drama y dolor, creo que tengo alguno por ahí. Chao.

Se puso al volante y arrancó. Sin encender los faros circuló despacio unos metros y miró por el retrovisor. Distinguió a Raquel, seguía de rodillas, con la cabeza vencida a un lado. «Es dura la cabrona», pensó. Dio marcha atrás hasta ponerse a su lado y bajó la ventanilla.

—¿Cuándo piensas rendirte?

Raquel reunió los pocos decímetros cúbicos que le quedaban de aire y la escasa sangre que circulaba por sus venas, y con ello fue capaz de componer una frase.

—Teenía... una última... coosa que... haceerr.

—Ya veo, rezar —dijo Aranda.

Raquel ya no le oyó. Su cuerpo, muerto, cayó hacia atrás componiendo una imagen dramática.

Durante el trayecto de vuelta Aranda repasó mentalmente la historia que contaría y ensayó la voz que pondría, «es tan importante la forma como el contenido», se dijo. Los últimos kilómetros los pasó tarareando una canción antigua de The Boss.

12. SOPA FRÍA

La puerta se cerró y Eva se encontró dentro de un cuarto lúgubre, iluminado por una lámpara de butano. Era una habitación más bien pequeña, un antiguo despacho reacondicionado como dormitorio. En el suelo vio dos colchones y sobre ellos cuatro mujeres. Tres de ellas estaban sentadas y volvieron la cabeza para mirarla, la cuarta se encontraba tumbada, con la cara oculta por el pelo, y ni siquiera se movió. Hacía calor allí dentro. La ventana estaba cerrada y asegurada con tablones de madera claveteados. Eva permaneció de pie, intentando interpretar aquellas miradas.

—Ven, siéntate aquí —le invitó la mujer que tenía más cerca.

Eva no contestó. Se dirigió a la ventana e intentó arrancar las tablas. Se clavó una astilla y dio un pequeño grito.

—Shiiiiissss —chistó la misma mujer—. Se oye todo desde fuera.

Eva algo alterada se dirigió a la mujer y de cuclillas, poniéndose a la altura de su cara, le agarró de los hombros con firmeza, pero sin violencia.

—Escuchad —susurró y giró la cabeza buscando los ojos de las demás—. Vamos a sacaros de aquí.

—Siéntate a mi lado y cuéntanos cómo —dijo la mujer hablando muy despacio, con condescendencia.

Eva cedió finalmente y se sentó junto a la mujer en el colchón. La observó por primera vez con interés. Tenía el pelo castaño, media melena con canas asomando, de unos treinta y cinco o cuarenta años. Las ojeras y un cierto deterioro físico no ocultaban un rostro bien formado y una belleza natural innegable. Llevaba una especie de camisón blanco de tirantes, todas vestían igual.

—Me llamo Clara —se presentó—. Ellas son Mirian, Telma, y la que está tumbada Patri. No se encuentra muy bien.

—Yo soy Eva, ¿qué le pasa?

—Está embarazada de seis meses y cada día la golpean para que aborte.

—¿Cómo dices? —espetó Eva.

—Shiiiiissss —chistó Mirian.

—Has venido al infierno Eva, lo siento —musitó Clara tocándole el rostro.

Eva retiró la mano de su cara y se levantó de un salto. Fue a la cama de Patri y la giró suavemente. Ella se dejó hacer. Una tripa de embarazada llena de cardenales asomó por debajo del camisón. Le retiró el pelo de la cara y descubrió un rostro tumefacto. Patri ni siquiera abrió los ojos.

—¡Es solo una niña!

—Diecisiete años —dijo Telma.

Eva volvió junto a Clara.

—Pero ella no es la más joven, ¿verdad? Tenéis a una niña de trece años, ¿dónde

está?

Las mujeres la miraron con los ojos muy abiertos. Mirian y Telma parecían más jóvenes que Clara, pero mucho menos guapas. No supo interpretar sus miradas y continuó sin esperar una respuesta. Estaba muy nerviosa.

—Esta noche saldremos de aquí —susurró e hizo un gesto para que todas se acercaran. No pudo evitar recordar que nada iba como habían previsto, aunque se lo calló.

—¿Cómo sabes lo de la niña? —preguntó Clara finalmente.

—He venido con unos amigos desde el castillo de Manzanares El Real, tenemos un plan para liberaros. A uno de ellos lo conocéis, es el soldado Aranda. Él nos habló de la niña.

Las mujeres dieron un brinco de sorpresa y se retiraron de su lado. Eva se sorprendió.

—Si estás de broma no tiene ninguna gracia —espetó Clara.

Eva permaneció callada unos instantes bajo la atenta mirada de desconfianza de las mujeres. Decidió empezar por el principio y contarles todo. Cuando terminó solo Clara la escuchaba, las otras hacía tiempo que habían desconectado. Tomó las manos de Eva y la miró a los ojos.

—Aranda os ha engañado —fue lo único que dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Yo fui la primera mujer en llegar aquí, lo hice junto a tres hombres, vecinos míos. Veníamos de pasar tanta hambre y tanto miedo que el encontrarnos en un lugar seguro fue una bendición. Los primeros días no notamos nada demasiado extraño y achacamos el comportamiento algo despótico de los militares a la tensión que debieron de pasar en las primeras semanas de la pandemia. Dormíamos juntos en un ala del pabellón de oficiales, pero una noche decidieron encerrar a los hombres en el hangar y a mí traerme aquí —hizo un pausa, le costaba respirar—. No protestamos, temimos enfadarlos y que nos devolvieran al exterior. Esa misma noche me violaron los tres. El primero, el que lo propuso... fue el soldado Aranda.

—¡Dios mío! —acertó a decir Eva.

—Durante semanas, todos los días, a cualquier hora, era violada y sometida a todo tipo de vejaciones —continuó Clara.

Eva se levantó y caminó nerviosa por el cuarto. Apretaba los puños y los dientes, y movía la cabeza de un lado a otro.

—Aún no he acabado —dijo Clara—. Tienes que escucharlo todo.

Eva volvió junto a ella, de pie. Clara no levantó la cabeza y continuó.

—Luego llegaron ellas y se olvidaron un poco de mí. Poco a poco dejé de intervenir en sus perversos juegos sexuales y terminé encargada de cuidarlas, de mantenerlas limpias y sanas. Sobre todo tenía que ocuparme de Gaby —Clara calló unos segundos.

—¿Gaby es la niña?

Clara asintió con la cabeza y prosiguió.

—A nosotras nos violan y a los hombres los usan para las misiones más peligrosas, como entrar en las casas de los pueblos vecinos a buscar comida y combustible, o cualquier capricho que se les antoje. Cuatro han muerto devorados. Solo los vemos cuando les llevamos comida y agua, una vez al día. Hemos dejado de pensar en ellos como nuestros posibles salvadores, tienen bastante con sus problemas y poco a poco se han olvidado de nosotras también.

—Cobardes —musitó Eva.

No dejaba de mover las piernas con nerviosismo y de mirar en todas direcciones. Buscando una salida que no existía.

—¿Y dónde está la niña?

Clara se masajeó el rostro y, antes de contestar, se abrazó a sí misma intentando aplacar unos temblores que no eran por frío.

—Gaby nunca durmió con nosotras. Desde un principio, el cabo Ortega, la tuvo separada en el cuarto que está al otro lado de su despacho. La tenía reservada para él. A menudo la sacaba y la miraba durante horas, sin tocarla. Nosotras lo oíamos todo a través de la puerta. Se conformaba con verle realizar todo aquello que su mente pervertida imaginaba. Luego la volvía a meter en su cuarto y entraba aquí a desahogarse definitivamente.

—Hijo de puta —acertó a decir Eva.

—Se convirtió en su obsesión. Esa niña tenía enloquecido a Ortega.

—¿Has podido hablar con ella alguna vez?

—Muchas, yo la cuidaba —contestó Clara—. Era una preciosidad, frágil como una ramita, con unos profundos ojos negros que, día a día, vi cómo se apagaban. Su mente infantil luchaba por entender tanta maldad y se resquebrajaba cada vez más. Sabía que pronto se rompería definitivamente.

—¿Por qué hablas de ella en pasado? ¿Dónde está esa niña ahora, Clara? —insistió Eva con cierto tono intimidatorio.

—Nadie podía verla ni tocarla excepto yo y, claro, el cabo Ortega, y eso era algo que tenía loco a Aranda. Todas sabíamos que deseaba a esa niña más que a otra cosa en el mundo. A veces, mientras nos violaba, nos obligaba a que pusiéramos voz de niña... y más de una vez se le escapó su nombre cuando se corría.

Eva dejó de moverse. Su cabeza, inconscientemente, se negaba a admitir lo que empezaba a sospechar. Clara continuó.

—La otra noche, Ortega y Muriel, bajaron a la cantina y se emborracharon. Aranda aprovechó para subir y violar a Gaby —Eva se tensó como la cuerda de un piano—. La oímos gritar desesperadamente sin poder hacer nada, luego calló. Yo fui la primera en verla. Tumbada de espaldas en la cama, desnuda, como una muñeca desmadejada, con el cuello roto. La enterramos junto a la verja Este. Ortega se puso como loco. Buscó a Aranda por todo el cuartel, pero no lo encontró. Se dio cuenta de que faltaba la moto y supo que había huido. Bebió sin parar y apenas salió de su

cuarto. Cuando llegasteis vosotros acababa de levantarse.

Alzó la cabeza y miró a Eva, dos profundos océanos de sentimientos se encontraron.

—Sobrevivimos al virus, al hambre, a la soledad, a los infectados..., para luego caer directamente en el infierno —concluyó Clara.

La rabia dejó paso a la reflexión. Eva pensó en sus compañeros y en las posibilidades que tenían de salir de allí con vida. Aranda había sido muy astuto y les engañó con facilidad. Probablemente ya estaría lejos o peor aún (este pensamiento hizo que Eva dejara de respirar unos segundos), sabiendo que estaban condenados en el cuartel podría volver al castillo y contar cualquier historia. Si este era su plan, tendría que deshacerse de Raquel, sin duda. De pronto Eva estuvo segura. Aranda se había tomado demasiadas molestias para engañarlos como para huir sin más después. Tuvo la certeza de que el plan de Aranda era volver al castillo. Raquel estaba muerta, y pronto un sádico hijo de puta habitaría el Castillo de los Mendoza oculto en las sombras, rodeado de gente confiada, esperando para actuar. Esos eran los hechos, pensó. Si no lograban escapar del cuartel y acabar con él, la comunidad sufriría sus enfermizos actos.

Recordó a Aranda en el castillo, con su cara de niño y sus buenos modales, sonriendo todo el rato, colaborando en las tareas, ayudando a ordeñar la vaca... De pronto una imagen estalló en su cabeza e hizo que se le incendiara el rostro. Lo vio claro. Ese monstruo tenía fijado un objetivo: Luna.

—Eva —la voz de Clara le sacó de sus pensamientos—, quiero que estés preparada. Eres joven, bonita y una novedad.

La rabia no la dejaba hablar.

—¿Entiendes lo que te digo? No pasará de esta noche que te violen.

—Los mataré si lo intentan —masticó las palabras.

—Si te resistes te molerán a palos y después te violarán. Quiero que pienses en tu vida, en sobrevivir. Pon la mente en blanco mientras lo hacen, a mí me sirvió.

—Yo no soy como vosotras —espetó levantando la voz.

Clara calló y dejó de mirarla. Sus palabras le dolieron y los recuerdos le hirieron como cuchillas.

Eva andaba arriba y abajo del pequeño cuarto. Pasaba junto a las mujeres sin prestarles atención. Sudaba. Un calor asfixiante no le dejaba respirar. Carlos encerrado en el hangar, ella a punto de ser violada y Raquel muerta, pensó, esa era la situación. Por más vueltas que le daba todo conducía al mismo destino: el desastre y la muerte. Aquellas mujeres no la ayudarían, la voluntad humana termina por anularse por completo después de mucho tiempo de tortura y humillación, eran esclavas, y los esclavos no se revelan contra el amo. Estaba sola.

Buscó algo que le pudiera servir. Registró la habitación, revolvió cajones, abrió

armarios y vació estanterías, pero no encontró nada suficientemente contundente para ser usado como arma. Se apoyó contra una pared y aguantó las ganas de llorar. La angustia le hubiera impedido hablar de haberlo intentado. Vio a Clara levantarse, coger un plato e ir hasta el rincón, junto a la cama de Patri. Cuidadosamente la incorporó, retiró el pelo de su cara y apoyó la cabeza en su regazo. Con amor de madre le fue dando, cucharada a cucharada, la sopa. Se hubiera disculpado con Clara, con todas, por lo que dijo de ellas, por lo que insinuó, pero no tuvo fuerzas.

Un estallido de risas en el despacho de Ortega sobresaltaron a las mujeres. El sonido de una llave introduciéndose en la cerradura fue lo siguiente que oyeron. Eva entornó los ojos, obligados por el odio. Clara detuvo la cuchara en el aire, a medio camino de la boca de Patri, y miró a Eva.

—Ya vienen a por ti.

13. LÁGRIMAS

Todos en el castillo estaban nerviosos desde que los vieron marchar. Especialmente tres personas.

Luna mataba el tiempo escribiendo en la pequeña libreta de pastas negras y hojas azules que le regaló Carlos, a la luz de una vela. «*El tiempo pasa muy despacio para aquellos que se quedan mirando detrás de una ventana, esperando que regrese el barco que se aleja en el horizonte*», fue lo último que anotó antes de que la ansiedad pudiera con ella.

Julián y Lucas se distrajeron comprobando los cócteles molotov y fabricando alguno más. Fue idea de este último potenciarlos y elevarlos de categoría, y propuso fabricar *Napalm*. Para ello utilizó benceno (un disolvente de grasa y pintura) que encontró sin problema en la droguería; poliestireno (corcho blanco de embalaje) que cogió de la tienda de electrodomésticos; y gasolina, por supuesto. Luego, en un barreño, mezcló los ingredientes en las proporciones correctas: benceno al 21%, poliestireno al 46% y gasolina al 33%. Primero disolvió el corcho blanco en la gasolina y cuando consiguió una especie de gel, añadió el benceno. El resultado fue un *Napalm* primitivo aunque muy eficaz. Prendía como la gasolina, tardaba mucho más en consumirse y era casi imposible de apagar.

—¡Impresionante! —exclamó Julián al comprobar lo efectivo del invento.

—Un buen bombero necesita conocer la mejor forma de apagar un incendio y para ello debe saber también todas las maneras posibles de provocarlo —dijo Lucas—. Y ahora a distribuir el producto.

Llevaron un par de cajas llenas de botellas a través del túnel que comunicaba el castillo con la iglesia de Nuestra Señora de las Nieves, donde esperaban los vehículos siempre preparados, y las cargaron en el blindado. Otro par de cajas las subieron a la barbacana y las dejaron cerca de la *ladronera*, el elemento defensivo medieval situado sobre la puerta de entrada a modo de balcón, pero con el suelo abierto. Y allí se quedaron, observando la oscuridad.

—¿Crees que estarán bien?

—Seguro. Carlos y Eva saben cuidarse —respondió Julián.

—Estoy preocupado por Raquel.

Julián se volvió de golpe y miró a los ojos de Lucas. Vio su preocupación y algo más.

—Joder, Lucas. Qué callado te lo tenías zorro. ¿Desde cuándo...?

—Fue algo que surgió hace poco. No se lo hemos dicho a nadie. Ella necesita su tiempo y yo espero. No fue feliz en su matrimonio y se merece una segunda oportunidad.

—Por supuesto, es una tía genial.

—A pesar de todo lo que está pasando —Lucas abrió los brazos abarcando el mundo entero—, deseo ser yo esa segunda oportunidad. Hacerla feliz y serlo yo con ella.

—Claro que será así. Me alegro mucho por los dos, hacéis una pareja cojonuda.

—Ya, pero... —Lucas se apoyó en el granito centenario y acarició la piedra distraído.

—Estará bien, no te preocupes. En cualquier momento los veremos aparecer por aquella esquina. Montaremos una fiesta de puta madre, ya lo verás.

—Seguro Julián, seguro que es como tú dices, pero no puedo dejar de pensar en ellos..., en Raquel.

—Convierte a los hombres en niños y a los niños en hombres, se llama amor. Vamos, grandullón, no le des más vueltas.

Luna sufría sus nervios en soledad. Paseaba arriba y abajo con su mochila a la espalda por si tenía que salir en auxilio de sus amigos. No quería hablar con nadie, ni escuchar las palabras de ánimo, ni recibir los gestos bienintencionados de sus compañeros. Nada le servía. Prefería el silencio, callar antes que decir cualquier cosa.

Muchas veces antes les vio salir del castillo en misiones peligrosas, pero esta vez tenía un mal presentimiento. Sus entrañas le decían que algo no iba bien, que sus amigos estaban en peligro. Repasó mentalmente qué podía ser, cuál era el motivo de su desasosiego, y lo halló cuando estaba cerca de Rosita. Al ver a la bonachona vaca, Luna recordó unos ojos que decían una cosa y hacían otra, un rostro que escondía un misterio que su cerebro de niña era incapaz de descifrar.

Acariciando el lomo de la vaca, Luna llegó a la conclusión de que toda la angustia que sentía se debía al soldado Aranda.

Se hallaba en la liza, dando vueltas al castillo sin parar, cuando oyó los gritos de Yesica desde el adarve.

—¡Llega un coche!

Aranda aceleró antes de tomar la última curva y ser visible desde el castillo. Apagó el CD, descompuso su uniforme, se empapó la frente y los sobacos con agua, y confeccionó el gesto que llevaba tiempo ensayando. Frenó de golpe al llegar a la verja, junto a la puerta que daba acceso al recinto. El minibús tenía las luces aún encendidas y Aranda continuaba en su interior cuando la puerta de madera del castillo se abrió y varias figuras aparecieron en el umbral.

Apagó el motor. Se apresuró a salir y subir la cuesta que llevaba a los amplios peldaños de entrada al castillo. Allí se paró, miró a todos y cada uno de los que le observaban, y se llevó las manos a la cara.

—¡Han matado a todos, a todos! —confesó entre sollozos.

Los rostros de los habitantes de la comunidad se cubrieron de un manto de tristeza espeso y negro como la pez. Lucas notó que sus piernas flaqueaban y tuvo que apoyarse en el muro para no caer. Luna observaba junto a Julián, al oír aquellas palabras sintió como si una mano helada le hiciera un nudo con las tripas.

—Cuéntanos qué ha pasado —dijo Julián con la voz al borde del llanto.

En un silencio trágico entraron en el castillo y ocuparon el patio porticado. Aranda buscó el refugio de una esquina y se sentó en un banco. Todos lo rodearon. Apoyó la espalda en la pared y, con los ojos arrasados en lágrimas, comenzó su interpretación.

—No quisieron seguir mi plan y fueron de cara. Carlos y Eva bajaron del coche frente a la garita de entrada. Llevaban las armas ocultas, pero no debió de ser suficiente porque de inmediato comenzaron a sonar disparos. Desde un camión cercano, oculto en la zona de carga, una ametralladora de gran calibre... los destrozó —Aranda se permitió unos segundos de pausa mientras escuchaba los lamentos de la comunidad, luego continuó—. Raquel y yo, entonces, corrimos hacia ellos, para darles cobertura. Detrás del coche intentamos auxiliarlos, pero ya nada pudimos hacer, yacían cosidos a balazos en el suelo, muertos. Respondimos a los disparos, pero fue inútil, aquel arma perforaba la chapa del coche como si fuese papel y uno de los disparos alcanzó a Raquel en el pecho. Cayó muerta junto a mí. No había nada que pudiera hacer, apenas pude salir huyendo, me libré de milagro. Fue una carnicería, una carnicería.

De vez en cuando se permitía observar algún rostro para comprobar el efecto que su relato estaba causando en los habitantes. Buscó a la pequeña Luna, pero no estaba.

—¿Por qué lo hicieron? Ese no era el plan —preguntó Julián muy nervioso.

—Eva decidió cambiar en el último minuto.

El soldado sabía del poder de convicción y la influencia de la enfermera en Carlos, y en los demás. Su criterio, a menudo, era seguido por todos sin cuestionar demasiado. Pensó que culparla a ella sería lo más creíble. Y no se equivocaba.

—Eva siempre tan temeraria. ¡Joder, joder! —gritó impotente Lucas.

—No entiendo por qué estaban esperándoos —preguntó con buen juicio Julián.

—Ya os dije que el cabo Ortega es un paranoico consumado. Quizá pensó que volvería para intentar liberar a los cautivos y matarle a él y a Muriel, no lo sé. ¿Quién sabe lo que pasa por la cabeza de un psicópata?

Aranda vio a todos asentir con la cabeza. Su historia estaba siendo convincente, como ya intuyó. Lo que se reiría esa noche recordándolo todo, pensó.

—Tenemos que volver y acabar con esos hijos de puta —resolvió Lucas con la voz quebrada por la rabia y la desolación.

Ya contaba con eso. Que algún valiente pretendiera ir al cuartel a vengar a sus compañeros y a terminar con lo que ellos empezaron. Para eso también tenía algo pensado.

—Sería un suicidio. Con lo último que me dispararon fue con un lanzagranadas.

Casi me vuelan en pedazos. Os aseguro que ese cuartel, en estos momentos, es inexpugnable. Si lo intentamos solo conseguiremos más muertes.

—Iremos de todos modos —replicó Lucas.

—Ahora no, por favor. Esperemos un tiempo. Yo mismo os acompañaré y acabaremos con ellos, pero no ahora, no hoy.

Nadie habló. Interpretó el silencio como un signo de que los había convencido y se felicitó. Necesitaba ganar tiempo, ya se le ocurriría algo más adelante. Ocultó su rostro entre las manos y venció la cabeza. Aprovechó para dejar escapar una sonrisa y se permitió tener un instante placentero: imaginó su cuerpo desnudo junto al de la pequeña. ¡Oh, qué maravilla va a ser!, pensó.

Luna no quiso escuchar el relato de la muerte de sus amigos. No le interesaban los detalles, estaban muertos y ya nada ni nadie se los devolvería, con eso le bastaba. Se quedó trágicamente sin padres, y ahora sin amigos, esos eran los hechos. Tenía a Julián, pero sabía que cuando naciera su hijo no sería fácil contar con él. Estaban todos los demás, pero para ella no sería suficiente. Se puede estar rodeado de gente y sentirse solo, pensaba a menudo. Y así es como ella se veía, sola de nuevo. Salió al exterior porque se ahogaba, necesitaba respirar y notar el aire en su cara.

La noche había ahuyentado el calor del día y una suave brisa traía el aroma a pino y a agua dulce del embalse.

«Ese maldito gilipollas seguro que la ha cagado y por eso han muerto mis amigos», se dijo en voz baja apoyada en la verja, cerca del minibús. Rebuscó en el interior de su mochila hasta que encontró la pequeña libreta de pastas. La tiró sin mirar hacia dónde, con rabia. Oyó que chocaba contra la chapa del vehículo. Ya no la necesitaba, pensó, no escribiría nada más en su diario, nunca más, ni una sola palabra.

Lloró con hipo y con lágrimas, como se llora de verdad.

Desde abajo se veía el resplandor que las fogatas, colocadas en las esquinas del castillo, producían en las piedras de granito de las *escaraguaitas*. Recordó los paseos nocturnos acompañada de Eva y de Carlos, las conversaciones, el cariño adulto que notaba en ellos, el trato de igual a igual que le dispensaban, una relación única que le costaría encontrar en otros, que quizá nunca más encontraría, en definitiva.

Le vino a la cabeza la última charla con Carlos. Fue una discusión sobre el término «humano». Ella defendía que lo que nos definía como humanos era la capacidad de amar y de crear cosas hermosas, y él decía que lo que realmente nos diferenciaba de los animales era nuestra permanente disposición a hacer estupideces. Lo dijo con otras palabras que ahora no recordaba bien, pero que ese día anotó en su diario con exactitud para no olvidarlas nunca; no porque le gustara la frase o estuviera de acuerdo, que no lo estaba, fue porque en ella se encontraba algo que era Carlos, un trozo de él claramente, y decidió guardarlo para siempre.

Se dio cuenta de lo estúpido de su gesto al tirar el diario, de lo infantil y cobarde

del hecho. A Eva no le habría parecido bien que lo hiciera, ella le habría pedido que fuera fuerte, que se sobrepusiera y pensara en el futuro, que creciese para que algún día llegara a ser una mujer increíble después de haber sido una niña increíble. Eso le habría dicho la mujer más buena y valiente que jamás había conocido. Ya no la vería más, estaba muerta, como sus padres..., como Carlos. Al menos le quedarían sus recuerdos escritos sobre unas hojas de papel cuadriculado, una manera sencilla de no perderlos del todo.

—¡Niña idiota! Tenías razón Carlos, nos pasamos la vida haciendo estupideces.

Gritó, y fue a buscar su libreta.

Distinguía el gran vehículo blanco, pero el entorno estaba sumido en una espesa oscuridad. La libreta había chocado contra él, eso lo oyó claramente, tenía que estar cerca. Buscó en su mochila, tanteó a ciegas y su mano sintió el frío metal del revolver de su padre, lo empuñó sin sacarlo, desahogando la rabia unos segundos. Tuvo que controlar que antiguos y trágicos momentos no se incorporaran a los nuevos, ya tenía bastante. Por fin encontró lo que buscaba, una pequeña linterna, regalo de Julián. La encendió y recorrió el suelo con su haz. Una lagartija asustada corrió hasta esconderse debajo de unas piedras, y un saltamontes dio un salto prodigioso sorprendiéndola.

—Tranquilos, no os voy a hacer nada, solo busco mi libreta. ¿Sabéis dónde está?

No fue algo que hiciera solo esa noche, a Luna le gustaba hablar con los animales, Rosita lo sabía bien.

Por fin la descubrió al otro lado del minibús. Su tapa negra se recortaba sobre la tierra seca. ¿Cómo pudo llegar hasta allí?, se preguntó al comprobar la imposible trayectoria que debió describir para quedar junto a la rueda delantera derecha. La recogió del suelo, la limpió de polvo y la guardó de nuevo en su mochila.

En un momento dado el haz azulado de la pequeña linterna LED iluminó el costado derecho del vehículo.

Luna quedó paralizada con lo que vio.

Lucas se apoyaba en Julián mientras escuchaba el relato de Aranda. De pronto todo estuvo dicho y solo quedó el dolor. Los habitantes del castillo se fueron retirando del círculo que se había formado en torno al soldado. La vida continuaba para la mayoría, para Lucas y Julián moverse era como renunciar a la memoria de aquellos que habían perdido, por eso continuaron de pie, frente a Aranda, sin decir nada, hundidos en un pozo de ira y desesperación.

—Vamos —dijo Anabel cogiendo del brazo a Julián.

Nadie vino a buscar a Lucas por eso quedo allí solo, un metro noventa de puro dolor.

Anabel conocía los sentimientos que Julián tenía por Eva, en aquel pequeño entorno todo se sabía, y aunque ahora no dudaba del amor que él sentía por ella, no

pudo evitar experimentar una extraña respuesta emocional muy parecida a los celos. Subían las escaleras camino de la galería porticada cuando la voz de Luna los detuvo.

—No os vayáis todavía.

Aranda, que aún permanecía sentado en el banco de madera, fue el primero en verla, Lucas, el segundo. Estaba allí plantada, en mitad del patio, tenuemente iluminada por las antorchas de las paredes. Diminuta, tiesa como un palo, con los puños y los labios fuertemente apretados. Algunos habitantes habían desaparecido ya en el interior del castillo, era muy tarde y la mayoría se dirigieron a sus habitaciones. Solo se acercaron a Luna, Justo y Valerio, el delineante, además de Lucas y Julián con Anabel.

—¿Qué quieres pequeña? —le preguntó Justo.

Luna no dijo nada hasta que los demás estuvieron cerca. Aranda la miraba con disimulo e intensidad enfermiza.

—¿Podéis acompañarme fuera?, he visto algo que no entiendo —dijo con la voz queda.

No esperó, se giró y se encaminó a la salida. En el umbral de la puerta del zaguán se detuvo y miró atrás. Vio a Aranda que se levantaba del banco y se encaminaba a las escaleras.

—Tú también —le conminó elevando el tono de voz.

La siguieron mirándose los unos a los otros, sin pronunciar palabra. En otras circunstancias su comportamiento hubiera sido otro, pero conociendo la relación que Luna tenía con Carlos y Eva nadie se atrevió a contradecir el capricho de aquella niña rota por la pena, y caminaron detrás de ella, siguiendo el pequeño círculo de luz de su linterna. Aranda estaba contrariado, y a medida que se aproximaban al minibús aún más. ¿Qué cojones quería esa mocosa?, pensó. Se adelantó un poco al pequeño grupo y se puso al lado de Luna.

—¿Qué quieres mostrarnos, preciosa? —susurró a su oído.

Luna no contestó. Se detuvo junto al vehículo y esperó a que todos llegaran. El haz de luz azulada iluminó el suelo a su alrededor indicando su posición, el resto estaba oscuro. Aranda se mostró inquieto mientras esperaba y volvió a preguntar a Luna, esta vez todos lo oyeron.

—¿Qué pasa, Luna?

—No lo sé, dímelo tú.

Luna levantó la linterna y enfocó el lateral del minibús. Contra la chapa blanca aparecieron claramente unas palabras que ella recorrió lentamente para que se leyeran bien.

—Es sangre, lo he comprobado —aclaró mirando intensamente a Aranda.

Con el corazón en la garganta, todos pudieron leer lo que allí ponía.



Hubo unos apresurados intercambios de miradas entre todos menos con Aranda, que aún permanecía con los ojos clavados en el mensaje.

—«Aranda asesino. Raquel» —leyó en voz baja Anabel.

Fue Julián el primero en hablar.

—¿Qué significa esto, Aranda?

No contestó, su mente estaba en aquella pequeña loma, recordando el momento en que encontró a Raquel de pie, junto al vehículo, instantes antes de que cayera de rodillas. «Hija de puta, escribías un mensaje para tus amigos. Y yo creyendo que rezabas. Me has jodido bien», se lamentó por dentro mientras afloraba una sonrisa enfermiza a su rostro.

Lucas lo apartó de un empujón y subió al vehículo, dio la luz y revisó apresuradamente su interior.

—Mira en el maletero —indicó Luna.

Después de trastear cogió algo y lo tiró a los pies del soldado.

—Es la bolsa de las armas. Están todas, las pistolas de Eva, los subfusiles, la munición intacta..., y la cota de malla y la espada de Carlos —dijo Lucas.

—¿Y esas armas? Un momento... —meditó Julián—. Carlos nunca lucharía sin su cota y su espada. ¿Qué pasa aquí?

Aranda permaneció mudo. Su mente criminal elaboraba un plan a marchas forzadas.

—Es sencillo —dijo Luna—. Raquel nos dejó un mensaje muy claro, él los ha matado a todos.

No contaba con aquello, por supuesto, y estaba bloqueado. Tenía que pensar algo y rápido.

—¿Es verdad eso, hijo de puta? —rugió Lucas.

Era inútil negarlo y seguir inventando una historia que ya nadie creería. No sería necesario seguir interpretando, había cambio de planes.

—Solo maté a la zorra que escribió esto —escupió las palabras. Su voz era otra, más salvaje.

Lucas se lanzó como un rayo hacia él, pero se detuvo en seco. Aranda había desenfundado la pistola y le apuntaba al pecho.

—Quieto —dijo y continuó—. La atravesé con la espada del gilipollas que estará

metido en un hangar de mierda para siempre, preguntándose dónde cojones estaré yo —soltó una risa insana—, mientras que a la enfermera se la estarán follando a gusto.

Una vez comprobó que todo se había ido al traste elaboró una salida de emergencia como requería la situación. Sabía que era el único que iba armado y aprovechó su ventaja. Además, aún le quedaba una carta en la manga.

Agarró a Luna del cuello y le puso la pistola en la cabeza.

—Si alguien se mueve mato a la niña —amenazó masticando las palabras.

A Lucas le brillaban los ojos. Julián se apretaba a Anabel y maldecía por no haber cogido un arma.

—Tú —dijo dirigiéndose a Justo—. Coge la bolsa y vuelve a meterla en el maletero.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Julián con sincero interés. El mal es difícil de entender para aquel que no está instalado en él como en el salón de su casa.

—Sería un poco largo de contar, amigo. Digamos que no tuve más remedio. Me hubiera encantado quedarme aquí con vosotros, las buenas personas son siempre una compañía muy conveniente —respondió dejando resbalar una ironía al final.

—No podrás escapar. Te perseguiremos y te mataremos como a un conejo —dijo Lucas perforando la carne de Aranda con la mirada.

El soldado esperó a que Justo cerrara el maletero y se dirigió al vehículo arrastrando a Luna.

—Os voy a decir lo que haréis. Yo me voy a largar y me llevo a la niña. Si veo que me seguís, distingo unas luces u oigo un motor, le pego un tiro a ella y luego me pego otro yo. ¿Entendido?

Recordó algo que una vez dijo su profesora de historia, «al enemigo hay que dejarle una salida, un hálito de esperanza, porque si no luchará hasta la muerte». Y no dudó en utilizarlo.

—Cuando me sienta seguro la dejaré en la carretera y podrá volver caminando. Un paseíto de unos kilómetros y de vuelta a casa.

Arrastró a Luna y la obligó a subir y sentarse delante, junto a él. Arrancó el motor y cuando los faros iluminaron la escena le resultó cómica: todos quietos, con los rostros crispados, sin poder hacer nada, tragándose sus mentiras una vez más.

Engranó la marcha y salió a la carretera. Aceleró a fondo y desapareció engullido por la oscuridad.

—No me vas a dejar volver, ¿verdad?

—Por supuesto que sí, preciosa. Si te portas bien conmigo, claro.

14. DESOREJADO

La puerta se abrió de par en par y los dos hombres aparecieron en el umbral. Un olor a sudor y a alcohol inundó el cuarto. Ortega entró primero y se detuvo en mitad de la habitación. Muriel, con los brazos cruzados, se quedó detrás, a su izquierda. Eva se mantuvo firme, desafiante. Hacia ella fueron sus miradas.

—Bueno, bueno... Espero que me hayan puesto al corriente a esta gatita de cómo funcionan aquí las cosas —dijo Ortega con la voz algo gomosa debido a la bebida.

Eva le sostuvo la mirada sin moverse del sitio. Su cabeza era un torbellino de imágenes en las que aparecía ejecutando distintos ataques contra dos hombres. Un carrusel de golpes, llaves y acciones suicidas en los que siempre perdía ella.

—¿Qué me mira tan fijo, señorita? ¿No le gusta mi cara? —preguntó burlón mientras recorría la cicatriz de su rostro con el dedo.

Eva retiró la mirada de Ortega y la pasó por el cuarto. Solamente Clara permanecía con la cabeza levantada, el resto de las mujeres tenían los ojos clavados en el suelo.

—Parece enfadada —continuó Ortega, esta vez dirigiéndose a Muriel—. Le damos cobijo y seguridad y nos lo paga con desprecio. Eso no está bien, no es educado. La situación acá es la que es, y si mi Clara le puso bien al corriente sabrá lo que le toca ahora —miró a Clara con persistencia, esta asintió con un leve movimiento de cabeza—. Yo hago algo por usted, y usted algo por mí. Por las buenas o por las malas.

—Pues va a tener que ser por las malas —escupió las palabras Eva.

Se enderezó aún más y miró con una intensidad asesina a Ortega. Muriel pareció adivinar el peligro y desenfundó la pistola.

—Ay, no se me coloque así, que se afea mucho —rió Ortega—. ¿Ha visto soldado?

Muriel caminó hasta Eva y, sin mediar palabra, le propinó un tremendo puñetazo en el estómago. No se lo esperaba y durante unos segundos se quedó sin respiración, doblada sobre sí misma, sintiendo en las tripas un daño atroz.

—Esto por lo de antes —susurró Muriel.

Eva estuvo a punto de caer al suelo de rodillas, pero logró mantenerse en pie. Unas lágrimas de dolor recorrían su rostro cuando consiguió erguirse de nuevo.

—Vamos..., soldado..., ¿me hace el favor de no chafármela antes de tiempo?

Ortega paseó por el cuarto, observando, igual que lo haría un niño ante un catálogo antes de elegir un juguete para Reyes. Luego se dirigió a la puerta.

—Tráigame a la nueva y a la preñada.

—Patri no se encuentra bien, no puede moverse —se atrevió a decir Clara con la voz entrecortada.

Nada más hablar se arrepintió de haberlo hecho. Sabía que no serviría de nada y solo podría acarrearle problemas. Quizá el hecho de que Eva estuviera allí fue lo que le dio las fuerzas para hacerlo.

—No se preocupe Clarita, enseguida se la devuelvo —contestó Ortega antes de salir.

Eva entró en el despacho de Ortega y encontró a este sentado en el sofá de piel, junto a la puerta. Detrás venían Muriel, con la pistola en la mano, y una cabizbaja Patri. Las armas seguían sobre la mesa, pero de un rápido vistazo comprobó que no tenían los cargadores puestos y que le sería imposible hacer uso de ellas antes de que le metieran una bala en el cuerpo.

La ventana estaba abierta y agradeció la suave brisa que pasaba a través de ella. Se fijó en el despacho con mayor atención que antes. Decorado con madera, cuero y unas paredes pintadas de verde botella, e iluminado por una lámpara de gas, le pareció extrañamente acogedor. Olía a aceite para lubricar armas, mezclado con el aroma a encinas y pinos que venía del monte. El alcohol y el sudor parecían haberse disipado. Respiró profundamente y cerró los ojos, estaba preparada para morir y eso la tranquilizó. No se dejaría violar por esos desgraciados, no pasaría a formar parte de sus putas. Lo tenía claro. Al menos se llevaría a uno por delante o le infligiría algún daño irreparable, aunque aún no había decidido a cuál le arrancararía los ojos o la polla antes de que el otro la matara, claro.

—Esta flaca está rebuena, va a hacer que me olvide pronto de la bebida muerta —oyó decir a Ortega.

Se decidió por él.

Muriel se mantuvo a cierta distancia, en una esquina. Enfundó el arma, aunque mantuvo la mano apoyada en la pistolera. Una sonrisa repugnante se dibujó en su rostro. Ortega tomó un cojín y lo arrojó al suelo, entre sus piernas, luego se desabrochó el pantalón y dejó su miembro flácido al aire. Eva lo observaba con la peligrosa serenidad que aporta la ausencia de esperanza.

—Vamos, preñadita, ¿a qué estás esperando?

Patri pasó junto a Eva caminando con dificultad y se arrodilló entre sus piernas.

Eva canalizó su rabia y su odio hacia una imagen. Cerró los ojos y relajó la tensión de sus brazos. Vas a morir hijo de la gran puta, repitió mentalmente como un *mantra*, vas a morir.

Ortega echó la cabeza para atrás y comenzó a acelerar su respiración.

—Flaquita, se me va desnudando, y con un poco de gracia. Quiero un bailecito sexi, ¿verdad Muriel? —dijo con los ojos cerrados.

Esperó unos segundos y después miró a Eva, que permanecía sin mover un músculo.

—¿No me oíste, putita? ¡Fuera esa ropa!

Eva entornó los ojos y trató de transmitirle, con su mirada, la mayor cantidad de desprecio que fue capaz.

—¿Por qué no le dices a tu puta madre que se desnude?

Ortega ni se inmutó.

—¿Has oído, preñadita? La señoritinga se piensa que acá se va a hacer lo que ella diga. Se cree mejor que ustedes. ¿Lo es? —preguntó a Patri tirando de su pelo para levantarle la cabeza.

Eva no pudo ver su cara, pero si el movimiento de negación que hizo.

—¡Esta es mi chica! —jaleó mientras empujaba la cabeza de Patri hacia abajo—. No se lo diré otra vez, flaquita, se me desnuda ahorita mismo.

Con un movimiento muy lento, Eva levantó su mano derecha e hizo una «*peineta*» que dedicó a los dos. A Muriel se le borró la sonrisa de la cara y se dirigió hacia ella como un rayo. «Tendrás que ser tú», pensó, y se preparó para causarle un daño mortal con sus dientes y con sus uñas.

—¡Quieto, soldado! —gritó Ortega, y Muriel se detuvo en seco—. No quiero que me la desgracie, ya le dije. Hay maneras más fáciles para que esta putita engreída obedezca.

Ortega acarició el pelo de Patri unos segundos y luego miró fijamente a los ojos de Eva.

—Vaya y tráigame las orejas de su amiguito. Si le da problemas me trae sus pelotas.

A Muriel se le abrió una sonrisa al instante.

—A la orden, señor.

Estaba abriendo la puerta para salir cuando oyó la voz de Eva.

—De acuerdo, lo haré.

Se le saltaron las lágrimas mientras se quitaba la camiseta. Lloraba de rabia por no haber previsto eso. Era capaz de aceptar su muerte, pero no el sufrimiento o la muerte de Carlos.

Habían ganado, mientras la amenazaran con hacerle daño a él, tendrían una puta más.

15. EL SOLITARIO

El comandante Escolano apenas jugó a las cartas. Pasó la tarde estudiando el extraño comportamiento de los infectados.

Durmió toda la mañana, como siempre hacía, y después de comer cogió las cartas para echar su sempiterno solitario. Entonces, algo en la pista de aterrizaje le extrañó. El paisaje que veía desde la torre de control se había hecho tan familiar a sus ojos que el más mínimo cambio lo detectaba al instante. Por ese motivo llamó su atención un infectado que, en mitad de la pista, a unos treinta o cuarenta metros, permanecía quieto. Al anochecer siempre se paralizaban, pero durante las horas de luz andaban de un lado para otro sin descanso, jamás vio a ninguno tan inmóvil como aquel.

Tomó los prismáticos y le observó con detalle. Los meses a la intemperie habían desintegrado casi por completo su ropa. Unos cuantos jirones de tela, el cinturón y las botas sin suela eran lo único que quedaba. La piel del cuerpo también parecía haber sufrido los efectos del frío y del calor y presentaba un aspecto acartonado de color cetrino, con múltiples erupciones y unas venas extremadamente marcadas. Su cabeza era un capítulo aparte: unos pocos mechones de pelo larguísimos, los labios retraídos dejando al descubierto unos dientes intensamente amarillos, la carne de sus mejillas hundida y sus ojos, sin vida como los de los tiburones, casi desaparecían dentro de sus cuencas. Un rostro de pesadilla.

El comandante conocía a todos los miembros que componían la unidad, pilotos, mecánicos, administrativos, controladores, sanitarios..., pero era incapaz de determinar quién había sido antes el infectado que estaba mirando. En realidad hacía tiempo que dejó de reconocerlos. Paulatinamente fueron cambiando hasta eliminar todo rasgo humano y compartir un parecido común espeluznante.

Se detuvo unos minutos en sus ojos. Los potentes prismáticos le permitían distinguirlos perfectamente. No tenía ninguna duda, aquel engendro lo estaba mirando.

Tenía tanto calor que decidió hacer algo que no había hecho nunca. Bajó a la cantina, cogió un estropajo del fregadero, el bote de jabón del lavavajillas, una garrafa de agua de cinco litros, y se dio un baño. El agua no le faltaba, tenía mucha, antes moriría de locura que de sed. Por eso no le pareció un desperdicio lo que estaba haciendo. Restregó bien la mugre y terminó con la piel en carne viva, pero la sensación de bienestar fue total. El espejo del cuarto de baño le devolvió la imagen de un desconocido, únicamente sus ojos le resultaron familiares, el resto de los rasgos se mantenían ocultos bajo la barba y el largo cabello.

Rebuscó en los cajones del armario y encontró unas tijeras. Al cabo de media hora el lavabo estaba cubierto de pelo mugriento y enmarañado. Utilizó la tijera a conciencia y la barba quedó bastante corta. No encontró maquinillas de afeitar para

rasurarse bien, pero así como estaba le pareció suficiente. La persona del espejo esta vez le resultó conocida. A pesar de los trasquilones el tipo que ahora le miraba parecía más presentable. Decidió dedicarse algunas atenciones más y fue a la sala de oficiales. Sabía que en un cuartito anexo se guardaba ropa de repuesto y correajes para una emergencia, un mando no podía aparecer ante sus hombres con una mancha de tomate en el uniforme. Tenía unas medidas estándar y no le costó encontrar ropa de su talla. Eligió uniforme de campaña, con camisa de manga corta, pantalones de múltiples bolsillos, botas y cinturón. Estaba tan entusiasmado con la idea de recuperarse que no quiso que le faltara ni un detalle de su antiguo yo. Buscó las estrellas de ocho puntas y su arma reglamentaria. Ya no tenía calor. Con aire marcial paseó como si esperara una reunión con el alto mando. Se permitió prepararse un café y fumarse un puro sentado en un amplio sillón de cuero verde. Visto desde fuera podría parecer que el comandante estaba mucho mejor, más animado, con la moral alta y una actitud positiva; sin embargo, una observación más detallada mostraría lo que realmente escondía su comportamiento. Un profesional de la psicología lo describiría como «el final de un ciclo y el comienzo de otro», o sea, su conducta representaba el típico acto de despedida de uno mismo que realizaría un suicida, la última cena opípara de un condenado a muerte.

Aunque el comandante aún no lo sabía, su mente lo tenía todo preparado y en unas pocas horas le obligaría a pegarse un tiro.

La tarde avanzaba mientras él, con las piernas cruzadas sobre la mesa, relajaba sus pensamientos ante las volutas de humo cubano.

Tiró el puro a la mitad, se levantó y fue a la ventana. Abrió un poco la cortina veneciana y miró fuera. A través de las rejillas y de los sucios cristales observó la pista inundada por el sol. Varios infectados caminaban proyectando su sombra alargada sobre el suelo. Buscó al que vio desde la torre. Allí seguía, parado, a su lado había dos más, igualmente quietos. ¿Qué demonios les pasaba?, pensó. Subió a buscar los prismáticos y volvió a la ventana. Tratando de no llamar mucho la atención introdujo los binoculares entre dos lamas de la cortina y enfocó. Comprobó los ojos de los tres, no había ninguna duda, le observaban directamente.

Con la carne de gallina volvió a subir las escaleras hasta la torre y volvió a buscar sus ojos. Nada más asomarse al amplio ventanal las cabezas de los tres infectados se levantaron al tiempo y dirigieron su mirada glauca hacia él.

No se lo imaginaba, era real. Aquellos seres sabían dónde estaba en cada momento.

Intentó no pensar más en ello y jugó un solitario. Carta sobre carta dejó trascorrir las horas hasta que comenzó a oscurecer. Bajó entonces a la cantina y dispuso una cena a base de fruta y perdiz en pepitoria, ambas en conserva por supuesto. Preparó un café con leche y se permitió echar unas lagrimitas de coñac. Limpió y comprobó la pistola, diez balas y una en la recámara. Llevaba meses sin tocarla, metida en su funda colgada del perchero. En ese instante la sintió extrañamente necesaria, la

acarició y finalmente la devolvió a la cartuchera de su cinturón. Estuvo a punto de volverla hacia su cabeza y apretar el gatillo, pero la parte consciente del comandante no se enteró.

Pronto la jornada llegaría a su fin, volvería a la cama, dormiría hasta mediodía y vuelta a empezar. Al menos hoy había sido distinto, recordó, su aspecto era indiscutible que había mejorado y además, estaba el asunto del extraño comportamiento de los infectados. Cualquier pequeño cambio en su rutina era bienvenido.

Mirando su ropa de oficial y la taza humeante de café en la mano, ahora que había vuelto a ser un poco él, el comandante tuvo un raptó de nostalgia y su cabeza, engañada por el momento, se deslizó por la senda del recuerdo. Imágenes felices de su infancia, adolescencia y madurez, pasaron a toda velocidad en HD. Omitió las de su divorcio, no quiso revivir el engaño, la dolorosa infidelidad de su mujer. Durante unos segundos lamentó la ausencia de hijos que recordar, luego dio gracias por no haberlos tenido nunca, mejor eso que verlos morir. Sus padres ocuparon buena parte del carrusel de imágenes, y hasta su perro Yeti, un «cien polvos» listísimo, siempre con una oreja subida y la otra no, desfiló por su memoria.

Al cabo de unos minutos de ver instantáneas familiares, la pantalla de su mente proyectó paisajes aéreos de una belleza extraordinaria. Capturas de su memoria que nunca olvidaría: el amanecer en Ciudad del Cabo, con el sol naciendo sobre un mar plano como la palma de la mano; el Bósforo, puerto natural y milenario con sus mil barcos; el Gran Cañón, esa pavorosa garganta de mil seiscientos metros de profundidad, de colores cambiantes, que a lo largo del día muestra una amplia variedad de matices que van desde el cobrizo al castaño pasando por sutiles tonos rojizos y blancos; Doñana, un laberinto visual de una belleza estremecedora, agua, sol, naturaleza en estado puro. El comandante se recreó en las marismas, persiguió en su memoria las vistas más hermosas. Y un placer, que solo el intelecto es capaz de aportar, recorrió su cuerpo como una sutil descarga eléctrica.

Apoyó la taza en la mesa y se arrellanó en el sofá. Tan relajado le había dejado su viaje interior que sin apenas darse cuenta cayó en un sueño profundo.

Soñó con cientos de flamencos que emprendían el vuelo al escuchar los motores de su avioneta. Él los contemplaba entusiasmado. De pronto cambiaron bruscamente de dirección y se cruzaron en su camino. Miles de plumas blancas y rosas lo inundaron todo. Las hélices despedazaban las aves, y la sangre y las vísceras mancharon el cristal de la cabina. Al chocar, los pobres animales producían un sonido extrañamente familiar, «TOC, TOC, TOC», igual que si...

El comandante se despertó de súbito. Alguien golpeaba la puerta.

Con la conciencia aún nublada por el sueño corrió a la puerta y miró a través de la ventana lateral. Tres infectados aporreaban con violencia. Comprobó que la puerta estuviera bien cerrada y subió a la torre. Aunque estaba oscuro, desde allí comprobó que eran los mismos tres que horas antes le miraban desde la pista. Estaba tan

asustado como sorprendido. Nunca antes los infectados se habían preocupado por su presencia, jamás. Desde que se encerró allí ni uno solo de ellos había mostrado el menor signo de interés por él. Y en ese momento, tres de ellos, después de tenerlo vigilado varias horas, se decidían a buscarlo. El comandante, prismáticos en mano, recorrió toda la zona y lo que vio no le gustó nada. Varios infectados más caminaban hacia la puerta.

Desesperado se afanó en apilar mesas, sillas y cajas. Era una puerta metálica, con una buena cerradura, pero no sería capaz de retener a un número elevado de infectados empujando con violencia. Permaneció quieto, mirando el metal retumbar, el vibrar de los muebles que había colocado. Algunas sillas cayeron. Los tremendos golpes iban en aumento. Recorrió la cantina sin saber qué buscaba. Entró en el salón de oficiales, en la cocina y en el baño. Los minutos pasaban y el estruendo aumentaba. ¿Cuántos habría ahora?, se preguntó. Volvió a la torre y se quedó paralizado. Más de treinta infectados se agolpaban frente a la puerta. Los más cercanos golpeaban frenéticos, los otros empujaban con sus cuerpos. Dejó los prismáticos sobre la mesa y se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Estaba claro que la puerta no aguantaría mucho tiempo, pensó, tenía que salir de allí, si no lo hacía entrarían y lo cazarían como a un conejo. En su pistola solamente tenía once balas, insuficiente para poder plantarles cara.

En los escasos minutos que estuvo reflexionando varias decenas más de infectados se unieron a los otros, ahora eran más de cincuenta los que pugnaban por entrar. Bajó a la cantina y, con nuevos ojos, buscó una salida. Pensó con rapidez y de pronto se le encendió una luz en la cabeza. Una de las razones de que nunca hubiera intentado escapar del cuartel había sido el hecho de que los infectados estaban por todas partes, caminando sin descanso por las pistas y entre los edificios y los hangares. Era imposible prever dónde podría aparecer uno de ellos o al doblar qué esquina le podrían sorprender. Sin embargo, en esos momentos, la situación había cambiado. Estaba claro que se estaban poniendo de acuerdo para ir en su busca. Si la puerta aguantaba lo suficiente pronto todos los infectados que deambulaban por el cuartel estarían juntos, como una piña, formando un ariete humano, y eso podría darle una oportunidad. Con una idea clara en la cabeza subió las escaleras de nuevo. Desde los amplios ventanales que rodeaban la torre de control examinó minuciosamente todo el perímetro, esforzándose para ver en la oscuridad, y confirmó lo que intuía, solo había infectados en la parte de delante, empujando la puerta o bien acercándose a ella. Su mente elaboró un plan de fuga que tenía que ser rápido, sencillo y desgraciadamente sin vuelta atrás. Tomó una pequeña mochila y metió en ella un par de botellas de agua, algunas latas de comida y los prismáticos. Comprobó el peso y sacó alguna lata, no debía ir muy cargado, la velocidad era fundamental para lograr su objetivo.

Entró en el baño de la cantina y abrió el pequeño ventanal que daba a la parte trasera. Se asomó por él y no vio a ningún ser. Lanzó la mochila primero y luego saltó

él. En ese preciso instante la cerradura reventó y la puerta se abrió con un tremendo ruido. El comandante salió al exterior cuando la horda de infectados, tropezando con las mesas y las sillas que había apilado, irrumpía en la cantina.

Corrió hasta los hangares. Pistola en mano llegó al que guardaban los vehículos ligeros. La puerta estaba cerrada, pero sin la llave. Dentro olía a combustible, goma y algo que no identificó. Estaba casi a oscuras, solo distinguía formas gracias a la escasa luz de una luna en cuarto creciente que se colaba por unos pequeños tragaluces situados en el techo a más de diez metros. Su idea era coger un 4x4 Aníbal, o un camión Uro, incluso un vehículo remolque le serviría. Se dio cuenta, con desagrado, que con las prisas olvidó coger una linterna. Aguzando la vista caminó por el hangar. Poco a poco sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad y reconoció tres vehículos al fondo. Corrió hacia ellos. El primero en el que se montó fue un 4x4. Para su desgracia no arrancó, ni siquiera se encendió el cuadro de luces, después de diez meses parado la batería estaba muerta. El segundo 4x4 tampoco funcionaba, solo le quedaba el camión. Mientras se dirigía a él no pudo evitar pensar que si este tampoco arrancaba las cosas se le iban a complicar mucho.

Abrió la puerta del camión y de pronto un infectado se lanzó hacia él como un peso. No lo esperaba, por supuesto, y de la impresión dejó caer la pistola y apenas tuvo tiempo de interponer las manos entre aquel ser y su yugular. Cayó de espaldas violentamente. La mochila amortiguó el impacto e impidió que se golpeará la cabeza. Aquel ser babeaba y lanzaba dentelladas sin parar. Escolano a duras penas lo retenía, apretando con las manos aquel cuello duro como cuero seco. El infectado no era muy grande, ni muy pesado, pero sí tremendamente fuerte. El comandante rodeó el cuerpo del ser con sus piernas e intentó voltearlo para, de esta manera, quedar encima. Los gruñidos y el olor nauseabundo del infectado afectaban al comandante tanto como la violencia de su ataque. Echaba en falta el haber tenido una buena alimentación, su cuerpo era una sombra de lo que fue. Estaba débil y muy flaco, antaño su atlético cuerpo habría controlado a ese ser con mayor facilidad. A base de rodar logró colocarse encima y, con las rodillas sobre sus brazos, inmovilizarlo bajo su peso. El infectado estiraba su cuello como una tortuga, intentando alcanzarle. El ansia le había llevado a morderse la lengua hasta casi cercenársela por completo y ahora colgaba absurda, blanquecina, moviéndose dentro de su boca entre un caldo de espumarajos sanguinolentos. Escolano miró a su alrededor y distinguió la pistola en el suelo, a un par de metros de donde se encontraba. Estaba montada y con el seguro quitado, pero no tenía la seguridad de ser suficientemente rápido y preciso para acabar con el infectado si lo soltaba de pronto e iba a por ella.

Se quitó la mochila y sacó los pesados prismáticos. Con ambas manos golpeó el cráneo. El ser no parecía afectado por los impactos ni las tremendas heridas producidas en su cabeza. La carne desprendida dejó a la vista el hueso frontal. Las lentes saltaron y también trozos de metal, los prismáticos se destrozaban y aquel ser no moría. El comandante perdió la cuenta de los golpes que llevaba asestados. De

pronto un sonido como de porcelana rota le produjo un escalofrío. El hueso de la frente reventó y los prismáticos se hundieron en una masa grisácea. Necesitó golpear un par de veces más para que el monstruo se quedara definitivamente inmóvil.

Agotado, vencido sobre el infecto muerto, el comandante tardó unos segundos en recuperar el aliento. Sin perder más tiempo subió a la cabina del camión e intentó arrancarlo. No tuvo suerte, también su batería estaba agotada. Los repuestos se guardaban en el almacén contiguo. Salió de nuevo a la noche y se dirigió a la carrera al lugar donde creía que estarían las baterías. La puerta estaba cerrada con llave. Maldijo su suerte y no pudo evitar lanzar una patada contra la chapa, que sonó con estruendo metálico. Desde su posición distinguió a duras penas el edificio de la torre de control y en la puerta rota de la cantina no le pareció ver moverse nada, los infectados debían seguir dentro, buscándolo.

Se paró a pensar. Podía hacer saltar la cerradura con un disparo, pero entonces descubriría su posición y no tendría tiempo de entrar, coger una batería nueva (en el caso de que la hubiera), volver y colocarla en el vehículo. Imposible. Otra posibilidad era correr hacia la valla, saltar al otro lado y huir a pie. Estaba a punto de tomar esa opción cuando su vista se detuvo en una mole oscura, en el monstruo de metal que descansaba en mitad de la pista, a unos cien metros.

Observó con nostalgia el helicóptero CH-47 Chinook que, como un animal mitológico, reclamaba su existencia en el mundo real.

¿Qué garantías tenía de que funcionara? Se permitió unos segundos de reflexión. Sabía que esa máquina era extremadamente robusta y fiable. Los más de cincuenta años de servicio que llevaba desde que se construyó el primer modelo habían aportado una fiabilidad y una perfección mecánica casi absolutas. Si despegaba con él las posibilidades de supervivencia se multiplicaban. Con su depósito de combustible adicional de tres mil litros podría ir a casi cualquier sitio y, gracias a su sistema de telefonía por satélite de la estadounidense Iridium, podría comunicarse vía teléfono móvil con cualquier parte del mundo y contactar con supervivientes, o encontrar algún lugar seguro, sin duda. Además estaba cargado de armas y víveres.

¿Cuánto podría durar en mitad de aquel mundo si huía a pie, con una mochila y una pistola? Tenía que intentarlo.

Entornó los ojos y tomó una decisión, merecía la pena arriesgarse.

Se apresuró. Corriendo casi a ciegas dejó a su izquierda los hangares y un par de almacenes y, al abrigo del edificio que albergaba los dormitorios, alcanzó la valla. Cubierto por las sombras de la noche la bordeó y se colocó a unos cincuenta metros detrás del aparato, oculto a la vista de los infectados que pudieran salir del edificio. Caminó agachado, con cuidado de no hacer ruido, hasta tocar el fuselaje.

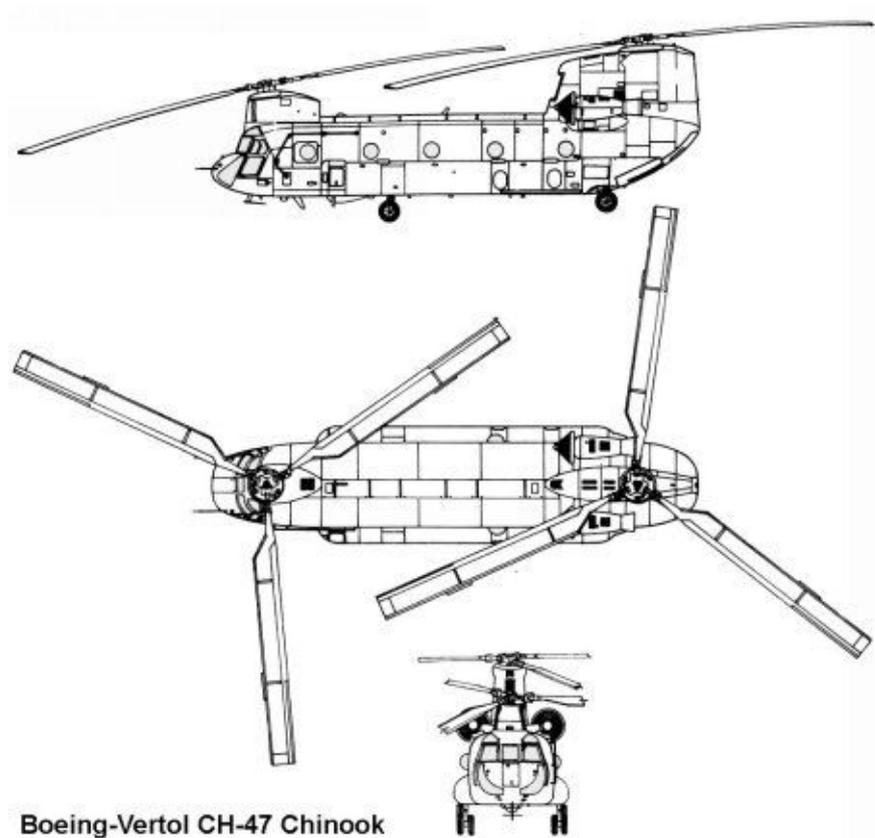
Una suave brisa se levantó y barrió la pista trasportando el aroma del humano. Un infectado que deambulaba cerca de la puerta reventada fue el primero en olerlo, al cabo de unos segundos lo percibieron todos y, atropelladamente, salieron del edificio para seguir el rastro.

El comandante Escolano abrió la puerta y entró en el helicóptero. A pesar de que el sol se había puesto hacía horas parecía un horno. Conocía de memoria su espartano interior. Recorrió a tientas la zona de carga, los asientos de lona y las eslingas para sujetar cajas y vehículos, las tres ametralladoras M-60 calibre 7,62 mm, que acarició al pasar, y por fin llegó a la cabina, la sala de control de la bestia. Se sentó y buscó la llave de contacto. Respiró hondo antes de girarla. En la primera posición el cuadro de mandos se encendió a través de una densa capa de polvo. El comandante dejó salir el aire de los pulmones. La luz de los indicadores le pareció maravillosa y la pantalla digital una ventana a la esperanza. Accionó palancas y botones aquí y allá, repasó mentalmente el protocolo a seguir antes de poner en marcha los potentes motores y despegar. Normalmente era algo que realizaba con su auxiliar de vuelo, evidentemente en ese momento lo tendría que hacer él solo.

Iba a encender los motores, a comprobar si la ingeniería había sobrevivido a las inclemencias del tiempo, cuando algo le sobresaltó. Provenía del exterior, no cabía duda, golpeaban el fuselaje del helicóptero. No se explicaba cómo, pero le habían encontrado. Buscó una linterna y, asomado a la ventanilla, enfocó abajo. Allí estaban, decenas de infectados rodeaban el aparato y enloquecidos daban puñetazos y arañaban el duro metal. Volvió a su asiento, se colocó el casco, cruzó los dedos y encendió los motores gemelos de cuatro mil setecientos caballos. Primero escuchó un leve zumbido, al cabo de unos segundos se fue transformando en un ronroneo bronco y finalmente en un estallido brutal de potencia desatado. El comandante disfrutó de ese ruido mientras miraba que todos los controles de estado le dieran lecturas correctas, luego tomó los mandos y actuó sobre ellos para lograr transmitir esa potencia a los rotores. Aplicó la necesaria para alcanzar la velocidad idónea, entonces, mediante el «paso colectivo», modificó las palas y cambió el ángulo de ataque, esperó que la fuerza de sustentación fuera igual al peso del helicóptero y, con una amplia sonrisa en la cara, comprobó cómo despegaba del suelo.

La tremenda fuerza del aire provocada por las aspas lanzó a los infectados al suelo y levantó un remolino de polvo, hojas secas y agujas de pino. El comandante siguió ascendiendo sin desplazamiento, aún sin creerse del todo que estaba en el aire, temiendo oír algún extraño ruido, detectar un movimiento brusco o una falta de potencia que le indicara que algo iba mal. Sus ojos se paseaban incesantemente por el panel de control, estaba exultante. Encendió las luces, giró en redondo y contempló las instalaciones que habían sido su refugio y su cárcel durante más de diez meses. Miró abajo, el nutrido grupo de infectados se incorporaba del suelo y agitaba los brazos en su dirección.

—Hasta nunca —dijo en voz baja. Eran las primeras palabras que pronunciaba desde que se quedara solo.



Boeing-Vertol CH-47 Chinook

Cambió la inclinación de los rotores y el helicóptero se desplazó. Fue tomando velocidad a medida que avanzaba. Pasó junto a la torre de control y se permitió un leve giro de cabeza para mirarla por última vez. En las entrañas de la bestia, como un Jonás moderno, el comandante abandonó el cuartel. A los mandos de aquella poderosa máquina, volando a cien metros del suelo se sintió renacer. Activó la baliza de emergencia y rezó para que alguien la escuchara.

Estuvo a punto de morir, aunque una mezcla de valor, suerte y determinación, le salvaron la vida. Pero sobre todo lo hizo el ataque de los infectados. Él ya nunca sabría que, a lo largo de los meses de soledad y desesperación, un pensamiento se había ido abriendo paso en silencio, sin que sospechara de él. Un impulso aguardaba escondido y, esa misma noche, le hubiera obligado a volarse la tapa de los sesos si la horda no le hubiera motivado a seguir viviendo.

La ventanilla abierta permitió entrar aire fresco en la cabina. Eso ayudó a que los pensamientos suicidas, que nunca conoció, se escondieran hasta casi desaparecer en lo más profundo de su subconsciente.

Escolano aún no se creía que el Chinook funcionara tan bien. Probó desplazamientos laterales, avanzar, retroceder, descender, ascender, movimientos de la cola a derecha e izquierda, y no detectó ninguna señal de que algo fuese mal. Lo primero que pensó hacer fue alejarse del cuartel y buscar una zona despejada, libre de infectados, donde esperar. Tenía confianza en que alguien detectara su señal de auxilio y respondiera. Si no era así ya pensaría adónde ir. Miró el indicador de gasolina, estaba prácticamente

lleno. El CH-47C Chinook, a una velocidad de crucero de 260 km/h, tenía una autonomía de tres horas y veinte minutos y un alcance de más de ochocientos kilómetros. Con el depósito adicional sería el doble. Mil seiscientos kilómetros representaban muchas posibilidades.

Volaba bajo para que sus focos descubrieran con facilidad el lugar idóneo para descender. Encontró un claro, a unos doscientos metros del cuartel. Se disponía a tomar tierra cuando el teléfono vía satélite sonó.

16. LA FRAGATA

—Aquí la fragata Cristóbal Colón, le habla el cabo Urrutia. ¿Puede identificarse?

Alguien respondía a su llamada de auxilio. No pudo controlar su entusiasmo.

—¡Gracias a Dios! Soy el comandante Escolano —su propia voz le sonó extraña después de tantos meses sin escucharse—. Pertenezco al Batallón de Helicópteros de Transporte número 5, situado en Colmenar Viejo, Madrid. En este momento vuelo en un helicóptero de transporte CH-47 Chinook.

—Señor, ¿hay alguien más con usted?

—No.

—Comandante, ¿puede esperar a que avise al capitán?

—Claro, cabo, por supuesto. Llevo diez meses esperando, puedo hacerlo unos minutos más. Pero dígame, ¿dónde se encuentran ustedes?

—Señor, el capitán le explicara los detalles.

—Por supuesto, espero.

Para Escolano fue una buena señal el hecho de que se mantuviera la disciplina y la cadena de mando en la fragata. Estaba tan falto de información que ese mínimo gesto acrecentó su optimismo. No tenía ni idea de la situación en la que se encontraba el mundo y deseaba enterarse más que de cualquier otra cosa, pero entendió la reserva del cabo a revelar su posición antes de asegurarse de con quién hablaba. Durante los minutos que esperó se mantuvo en el aire, estaba demasiado nervioso para acometer una maniobra de aterrizaje. Además presentía que, una vez le dieran unas coordenadas, le iba a faltar tiempo para poner rumbo a ellas a toda velocidad.

Describía círculos muy abiertos a doscientos metros de altitud cuando una duda le agudó el momento: ¿y si la fragata se encontraba en mitad del Océano Pacífico y no disponía de autonomía para llegar hasta ella? Incluso en el caso de que estuviera cerca recordó algo que aportó aún más incertidumbre a sus funestos pensamientos: la Cristóbal Colón disponía de un helipuerto situado a popa para helicópteros de hasta veinticinco metros, pero su Chinook medía más de treinta.

Una voz grave le sacó de sus negativas conjeturas.

—Comandante Escolano, le habla el capitán de fragata Miguel Ángel Abreu. Me alegra saber que está bien.

—Le aseguro que yo me alegro mucho más, capitán.

Eran mandos equivalentes por eso el trato se mantenía al mismo nivel.

—¿Dónde ha estado todo este tiempo?

—Encerrado en la torre de control.

—Y hoy ha podido salir por... —dejó suspendida la frase adrede.

—He aprovechado un extraño comportamiento de los infectados que me rodeaban y he podido escapar con mucha suerte.

—Ya —apostilló el capitán confirmando sus sospechas—. Según me han informado está usted en un helicóptero Chinook, ¿no es así?

—Correcto, en este momento mantengo la posición cerca de Colmenar Viejo. Me gustaría conocer la suya, capitán.

Hubo unos segundos de silencio en los que Escolano escuchó algo parecido a trajar con papeles.

—Estamos atracados frente a la costa de Mahón. El barco está en perfecto estado así como sus doscientos treinta y tres tripulantes.

Escolano sonrió en silencio y aguantó su entusiasmo. Lo sospechaba, Mahón, isla de Menorca, el destino de la Familia Real. Uno de los lugares más seguros. Calculó la ruta en la pantalla táctil y sonrió aún más. Le separaban menos de setecientos kilómetros en línea recta. A velocidad de crucero llegaría con un solo depósito. En algo más de tres horas podría estar a salvo, rodeado de compañeros y bebiendo unas cervezas. Le costó controlar una risa nerviosa que notaba formarse en su interior.

—Voy para allá, capitán Abreu, ya tengo las coordenadas introducidas y unas ganas inmensas de volver a ver seres humanos.

—Comandante, veo que su helicóptero es capaz de transportar más de cincuenta hombres —continuó el capitán mientras consultaba unas hojas.

—Por supuesto. Una vez metimos más de cien, como sardinas, pero más de cien.

—Necesito que haga algo antes de venir a Mahón.

Escolano frunció el entrecejo sin comprender.

—Le escucho capitán.

—¿Recuerda que me ha hablado de «un extraño comportamiento de los infectados»?

—Sí.

—De pronto fueron a por usted, ¿no es así?

—Exacto.

—Parece algo general en todo el mundo. Los infectados caminan juntos hacia lugares donde se encuentran grupos de supervivientes.

—¿Cómo lo sabe capitán?

—Estamos en contacto con un coronel americano. Nos han pasado fotos obtenidas por sus satélites espías.

El comandante se mantuvo en silencio. En su cabeza se agolpaban demasiadas emociones e informaciones juntas.

—Cerca de usted se encuentra la Brigada Acorazada Guadarrama XII, en «El Goloso», ¿correcto?

—Correcto.

—Y el castillo de Manzanares El Real tampoco está lejos, ¿verdad?

—Dígame qué necesita que haga, capitán.

—En ambos lugares se encuentran supervivientes. No hemos podido determinar con exactitud cuántos, el número puede rondar entre los veinte y los cuarenta en total.

—Quiere que pase a recogerlos, ¿no es así capitán?

—En toda España es el grupo más numeroso del que tenemos noticia. Ya los dábamos por perdidos antes de que usted llamara, ha sido un milagro su aparición. Nosotros no llegaríamos a tiempo.

—Explíquese, capitán.

—Más de doscientos mil infectados marchan en dirección al Castillo de los Mendoza. Antes pasarán por el cuartel.

—¿Cómo es posible?

—Los infectados están cambiando, aún no sabemos a qué nivel, pero el hecho es que detectan dónde hay supervivientes. Quizá estén llegando al cuartel en este preciso instante.

El comandante se quedó sin palabras.

—No le pido un imposible, comandante Escolano, ni que arriesgue su vida inútilmente. Tal vez «El Goloso» esté perdido ya, pero intente rescatar a las gentes de Manzanares. No tengo que decirle lo importante que es ahora cada vida que podamos salvar.

El comandante introdujo dos nuevas coordenadas en el navegador. Respiró hondo y cerró los ojos.

—Capitán, ya me contará todo con detalle. Ahora tengo que hacer un par de recogidas. Vayan preparando una fiesta de bienvenida para cuando lleguemos todos.

El capitán quedó sorprendido por la repentina salida del comandante Escolano, aunque supo valorar lo que tenía de profesional y sobre todo la tremenda carga de coraje que escondían aquellas palabras de sencilla camaradería pronunciadas por un hombre que acababa de escapar de un encierro de diez meses en soledad.

—Suerte comandante. Aquí también tenemos trabajo, toda la isla de Menorca se nos viene encima —dijo críptico y cortó la comunicación.

Que la fragata se librara de la infección fue cuestión de suerte, por supuesto. El día antes de que se propagara el virus por todo el mundo, partía del puerto de Rota con una misión singular. Los altos mandos querían comprobar cómo afectaría a la tripulación un aislamiento prolongado y cuál sería su capacidad de resistencia. Por eso, sin informar a ningún soldado previamente, el capitán Abreu, siguiendo órdenes precisas, se adentró en aguas del océano Atlántico y echó el ancla. Un mes y tres días después decidió volver a tierra. No aguantaba más, la situación en el barco era ya insostenible. La escasez de alimentos frescos y suministros básicos se unió al aislamiento y falta de información. Se mantenía a la tropa en absoluta incomunicación con el exterior y eso fue lo que más les deterioró. La enfermería se llenó con casos de irritabilidad extrema, ansiedad y depresiones. Hubo peleas e intentos de suicidio. Justo estaba poniendo rumbo a Rota cuando le comunicaron el desastre. Aguantaron frente a la costa de Cartagena como pudieron hasta que un buen

día se cortaron las comunicaciones, entonces lo tuvo claro. Levó anclas y se dirigió a la isla de Menorca, a ocupar la antigua fortaleza de La Mola. No era nada oficial, pero todo militar de cierta graduación sabía que tras aquella apariencia de bastión abandonado y destinado al turismo, se ocultaba un lugar estratégico. Otro golpe de suerte lo tuvieron unas semanas después, cuando contactaron con aquel coronel americano que les suministró la vacuna contra el *Fubarbundy*. Entonces pudieron bajar a tierra, establecerse en La Mola y hacerse con alimentos y artículos de primera necesidad. Continuaron solos, por supuesto, pero en vista de las circunstancias nadie se quejó.

El capitán de fragata Abreu se quedó unos instantes jugando con los botones de la radio, aún dándole vueltas a la conversación que acababa de tener. Finalmente se despidió del cabo con un gesto y salió de la sala de comunicaciones para dirigirse al puesto de mando. No se encontró con nadie por los espartanos pasillos de la fragata, de hecho no era fácil, casi todos sus operativos estaban en tierra.

En el puente de mando encontró al alférez de fragata Galera, un joven oficial bien parecido, de uno noventa, atlético, con ojos de mirada intensa en un rostro aniñado. Diligente y eficaz, el capitán confiaba en él ciegamente, al contrario que en su teniente, que en ese momento se encontraba en tierra.

El alférez se cuadró y saludó al capitán. No había nadie más en el puente, estaban solos. Con un gesto de la mano el capitán le indicó que descansara.

—Informe de situación alférez.

—Señor, el teniente Magalo acaba de comunicar que han observado movimientos sospechosos más allá de la línea de contención.

—¿Todos los hombres en tierra están en posición?

—Así es, señor. La línea de contención está vigilada, y nuestros hombres controlan la fortaleza de La Mola.

—¿Y en la fragata?

—Todos en sus puestos.

—Se ha asegurado de que ninguna mujer permanezca en tierra, ¿verdad?

—Por supuesto, señor, todas están en la fragata, sirviendo el armamento o ayudando a los artilleros.

—Una última cosa —el capitán fijó sus ojos en la mirada profesional del alférez, buscando cualquier reacción—. Le necesito en tierra, dirigiendo a los hombres en la línea de contención. Quiero que desembarque y sustituya al teniente Magalo. ¿Algún problema?

—Ninguno, señor.

—Estupendo, entonces solo nos queda esperar. Sospecho que no será mucho. Pronto Menorca se va a iluminar como el día.

17. BAILA PARA MÍ

Eva bailaba con la cara arrasada en lágrimas. Ortega mantenía los ojos muy fijos en ella y Muriel se pasaba la lengua por los labios constantemente. Conservaba la camiseta que se había quitado aún en sus manos, como si el no desprenderse de ella definitivamente la ayudara a estar menos expuesta. Se contoneaba con los ojos cerrados para evitar la visión de aquellos seres que eran mil veces peores que los infectados. Tiritaba de rabia y de impotencia, y sentía unos escalofríos incontrolables.

—El sostén, fuera ya —ordenó Ortega.

Con dedos temblorosos se desabrochó el sujetador y sus pechos quedaron a la vista.

—Esas son *tetas* bonitas, ¿verdad Muriel?

—Ya lo creo, señor.

Tampoco se deshizo del sujetador. No sentía vergüenza, nunca fue pudorosa, era asco lo que experimentaba, una repugnancia que le estaba revolviendo el estómago. Con los golpes suaves de cadera sus pechos vibraban. Una leve brisa fresca endureció sus pezones. Ortega no perdía detalle, jadeaba con los ojos muy abiertos mientras Patri continuaba entre sus piernas. Un hilillo de saliva resbaló por la comisura de su boca. De pronto se tensó, gimió como un cerdo al que estuvieran degollando, agarró la cabeza de Patri y eyaculó entre violentos espasmos. Eva abrió los ojos y lo vio recostarse contra el sillón, con el rostro cubierto de sudor y la respiración desbocada. También observó con tristeza a la joven tosiendo entre arcadas.

—¡Guauu!, esta flaquita nueva ha hecho que me «*viniera*» antes de tiempo.

Ortega empujó a Patri con el pie para apartarla.

—Ahora va a tener que esperar un poquito para que pueda darle lo que se merece —dijo burlón mientras la miraba lascivo y se tocaba un miembro que mermaba por segundos.

Eva detuvo el baile y un destello de esperanza estalló en su cabeza. Quizá la dejaran tranquila esa noche y esas horas podrían venirle bien, nunca se sabe, pensó, la salvación puede venir del cielo.

—Señor, tal vez yo...

Ortega se giró hacia Muriel, mantuvo la mirada seria y endureció el gesto. El soldado se envaró y permaneció callado, se notaba el temor en el débil temblor de su labio superior. Sus ojos se abrieron al máximo cuando vio al cabo desenfundar su pistola. Fueron unos segundos dramáticos. Eva observaba sin poder creer lo que estaba viendo, esos dos podrían matarse por ella. Pensó que, con que uno de ellos muriera o quedara herido, sus posibilidades de salir de allí se multiplicarían significativamente.

Entonces Ortega cambió el gesto y sonrió.

—Claro, *güey*, ande y fóllese a esta puta *prepagó y fufurufa*. Y póngamela bien calentita. Venga, que no tenemos toda la noche —animó al soldado mientras amartillaba la pistola.

Una cortina de oscuridad se corrió ante los ojos de Eva. No quiso mirar al soldado que se encaminaba hacia ella quitándose la cartuchera y desabotonándose la bragueta.

Permaneció quieta mientras Muriel estrujaba sus pechos con violencia. Tampoco se movió cuando le desabrochó el pantalón y se lo bajó hasta las rodillas.

Muriel se entretuvo acariciando los muslos y pasando los dedos por encima de sus bragas. Luego enterró el rostro entre sus piernas y aspiró profundamente.

—Huele a gloria, señor.

—Vamos, vamos, dele, dele... —ordenó Ortega mientras estimulaba su rendido pene.

Muriel giró bruscamente a Eva y la apoyó contra la mesa del despacho. Sus pechos se aplastaron contra la tibia madera. Cerró los ojos e imaginó alguna escena que la evadiera de aquel momento, un paisaje, un cuadro... Era algo que había leído mil veces. Comprobó que no le servía de nada, una mentira más de la psicología barata. Lo único que la reconfortó fue pensar que algún día, en algún momento, tendría la oportunidad de matar con sus propias manos a esos dos seres abyectos. Fue otra mentira, pero esta sí le sirvió.

Le estaba bajando las bragas cuando un tremendo ruido metálico se escuchó en el silencio de la noche e hizo que el soldado se detuviera.

—¿Qué cojones...? —gritó Ortega al tiempo que se abrochaba el cinturón y, de un salto, se levantaba del sofá.

Muriel acompañó al cabo a la ventana y ambos permanecieron atentos y en silencio mirando al exterior. Eva aprovechó para recomponer su ropa y vestirse. Tenía cerca las armas, muy cerca, solo tenía que coger un cargador de la caja y municionar con rapidez.

Ortega se giró y la sorprendió con la mirada fija en las armas. Patri continuaba sentada en el suelo, apoyada contra una pared. Apuntó con la pistola a Eva.

—Ustedes dos, vuelvan a la habitación inmediatamente.

Le costó levantar a Patri del suelo, ayudada por ella caminó con paso inseguro. Al tiempo que abrían la puerta de la habitación, donde esperaban el resto de mujeres, un nuevo golpe sonó como un trueno.

—Viene de los hangares, señor.

—La puta madre que los *recontraparió*. ¿Qué cojones estarán intentando esos pordioseros? —rugió Ortega—. Conecte el generador e ilumine las torres de vigilancia, luego vaya y solucione el asunto. Estoy cansado de esa mierda, si han sido ellos, si le causan problemas, no deje a nadie con vida.

—A la orden, señor.

Muriel cogió un subfusil y varios cargadores y salió del despacho. El cabo permaneció en la ventana con la pistola en la mano, intentando adivinar, vislumbrar

algo entre las sombras que creaba la mínima luz que salía por la ventana. Eva no cerró del todo la puerta, indicó a Clara con un gesto que apagara la luz del candil y se quedó observando a través de la pequeña abertura. Vio a Ortega ir a la mesa, coger un subfusil y volver a la ventana mientras lo cargaba. Durante unos segundos no pasó nada, luego se sobresaltó al escuchar la ráfaga que el cabo disparaba.

No pudo evitar pensar que quizá Carlos estaba detrás de todo ese jaleo. Sin pensárselo dos veces, aprovechando el ruido de las incesantes detonaciones, salió disparada y se lanzó contra Ortega. El cabo, sorprendido por el repentino impacto, soltó el arma y forcejeó con su atacante. Rodaron por el suelo. Durante unos segundos la lucha estuvo igualada hasta que Eva notó que le fallaban las fuerzas, entonces echó mano del instinto. Ortega evitó como pudo las manos de Eva que intentaban arrancarle los ojos; sintió sus uñas clavándose en su carne y la sangre manar, el dolor fue espantoso. Logró conectar un puñetazo a la mandíbula de Eva y dejarla momentáneamente paralizada, otro tremendo golpe al estómago terminó con su resistencia. Eva se retorció de dolor en el suelo. El cabo se levantó y le propinó una patada en los riñones y otra en la cara. Quedó inmóvil y la sangre comenzó a manar y a manchar la madera del suelo.

A Ortega le ardían los profundos surcos que sus uñas le habían producido en la cara. Recogió el arma del suelo y volvió a la ventana.

Las dos figuras que antes vio correr entre los coches habían desaparecido.

18. ELCAZADOR OSCURO

Caminaba a oscuras recorriendo el hangar, palpando las paredes, buscando una salida. Me preguntaba una y otra vez cómo habíamos sido tan idiotas, cómo dejamos que alguien a quien apenas conocíamos decidiera una operación tan peligrosa. Cometimos un error, olvidamos que existen sádicos, violadores, asesinos en potencia, basura latente en toda sociedad esperando la oportunidad para aflorar y dar rienda suelta a sus más bajos instintos. Un cambio de reglas (como dijo Fabián), que el mundo se desmorone a su alrededor, es el escenario perfecto.

Lloré de rabia golpeando las paredes de metal.

—No hagas ruido —oí decir a Fabián.

—¡Me importa tres cojones hacer ruido! ¡Quiero que se enteren, que vengan aquí para poder luchar! —grité.

Fabián no me contestó inmediatamente. Dejó que resonaran mis golpes y mis lamentos.

—Ortega y Muriel están al tope de su locura. Llevo observándoles mucho tiempo y creo que su fin está cerca.

—¿Qué quieres decir?

—Ni siquiera ellos pueden soportar esta situación mucho más tiempo. Buscan algo nuevo, aunque no saben el qué. Esperan la más mínima excusa para matarnos a todos y largarse de aquí.

—¿Por aburrimiento? —le pregunté.

—Puede. También es posible que el mal tenga sus límites.

—Razón de más para que intentemos largarnos.

—Estoy de acuerdo, pero seamos inteligentes, escucha.

Me agaché a su lado dispuesto a oír lo que tenía que decirme. Aquel hombre parecía tener un plan y, teniendo en cuenta que yo no tenía ninguno y estaba desesperado, fui todo oídos.

—Este hangar tiene unos treinta metros de largo por veinte de ancho. Al fondo hay aparcado un todoterreno militar. No funciona, le falta el motor de arranque, lo comprobé los primeros días. Pero lo importante es que tiene las ruedas bien.

—No te entiendo, si no funciona de qué nos sirve —empecé a desconfiar de su plan.

—Pesará unos dos mil quinientos kilos, quizá más. Si logramos empujarlo, alcanzar una velocidad superior a los 20 Km/h e impactar contra la pequeña puerta, probablemente la hagamos saltar de sus bisagras.

—¿Estás seguro? —pregunté con cierto entusiasmo, viendo una luz al final del túnel.

—No sin conocer la resistencia exacta de la puerta a los golpes. Pero si aplicamos

la fórmula de la energía cinética: un medio de la masa en kilogramos por la velocidad en metros por segundo al cuadrado, obtenemos cuarenta y cinco mil julios.

—Si tú lo dices —tenía un poco aparcada la física desde mis años de estudiante.

—Era profesor de física antes de todo esto. Créeme, es un montón de energía.

—A mí me sirve con que le demos una buena hostia a la puerta. Hagámoslo —me incorporé. Me había convencido, no necesitaba mucho para hacerlo.

—Hay un problema... nadie te ayudará.

—¿Qué dices? —me volví a agachar, empezaban a dolerme los riñones.

—¿No te ha extrañado que nadie haya venido a hablar contigo? Están ahí, escuchando en la sombra, ocho hombres, pero sus ganas de luchar hace tiempo que les abandonaron.

—¿Cómo? —acerté a preguntar.

—Es muy antiguo. Acabas con su líder, no lo matas, solo lo sometes, y el resto te seguirán como corderitos. Yo era ese líder y mírame ahora —encendió la linterna y la luz me mostró de nuevo su maltrecho cuerpo.

Tenía razón, desde que estaba allí no había escuchado ni una sola voz, ni el más mínimo cuchicheo. Parecíamos estar solos.

Eva estaba en manos de unos psicópatas, tenía que pensar con rapidez.

—Bien, entonces tal vez necesiten otro líder —dije finalmente y cogí la linterna de sus manos.

—Espera —oí decir a Fabián—. Y si logras salir, ¿después qué?

—Tú lo dijiste, Aranda nos dio una de cal y otra de arena, parte mentira parte verdad. Según su relato en el camión que hay aparcado junto a la puerta hay armas. Las cogeremos y asaltaremos el pabellón de oficiales.

—Y si eso formaba parte de la mentira.

—Aún nos quedarán las manos —dije decidido a que nada me detuviera.

—Te ayudaría sin dudar, pero... —movió la pierna y la cadena que lo ataba a la columna sonó—. Suerte con ellos.

La pequeña linterna proporcionaba un raquítico haz de luz, suficiente para no tropezar, pero incapaz de llegar al fondo del hangar. Descubrí los cuerpos tumbados de los ocho hombres mucho más cerca de lo que pensaba. Sin duda habrían escuchado todo lo que habíamos hablado Fabián y yo. Con la luz fui descubriendo todos los rostros y, detrás de cada mirada esquiva, intuí la tragedia que supone dejar de ser persona para convertirse en esclavo. Algunos se tapaban con la mano, heridos sus ojos por la luz, otros simplemente los cerraban.

—¡Arriba todos! ¡Ayudadme a empujar el coche! ¡Hay que salir de aquí! —les grité y lancé patadas a sus piernas. Nadie se movió.

Me quedé contemplando esos despojos humanos, la ruina que puede ocasionar en un cuerpo una mente anulada. Me hubiera gustado ser capaz de componer una arenga suficientemente convincente para que se levantaran y tomaran conciencia de lo que eran: hombres. Deseé que, por arte de magia, una lengua de fuego apareciera encima

de mi cabeza y me dotara del eficaz poder de convicción y la retórica necesaria como para estimular sus conciencias e insuflar a sus corazones el valor para ayudarme a convertir una acción desesperada en una gesta. Me vinieron a la cabeza imágenes de películas: a Leonidas, arengando a sus «300» en el paso de las Termópilas; a *Braveheart* con la cara pintada de azul recorriendo con su caballo la vanguardia de su ejército, incitando los deseos de libertad de sus hombres; a Brad Pitt en «*El Club de la Lucha*», convirtiendo a un grupo de oficinistas en terroristas capaces de volar un edificio; o a Alec Baldwin en *Glengarry Glen Ross*, poniéndoles las pilas sin contemplaciones a un grupo de comerciales desmotivados. Recordaba alguna más, pero eso no me serviría de nada ahora. Todos esos discursos efectistas fueron el fruto de la combinación de un guionista con talento y una buena realización, y yo en esos momentos carecía de ambos. Mi escena posible se asemejaba más a la interpretada por Gregory Peck, plantado en mitad de la calle, en «*Solo ante el peligro*». O a la de Clint Eastwood en el papel del antihéroe Walt Kowalski, delante de la casa de aquellos delincuentes en «*Gran Torino*». Grandes películas. No era un gran consuelo, pero era lo que había.

Tras algunos segundos de espera ninguna llama de sabiduría adornó mi cabeza, solo el calor de la rabia y la desesperación inundó mi cuerpo. La palabra dejó paso a la acción.

Tomé al primero que pillé por debajo de los sobacos y lo levanté en vilo. Me sorprendió la facilidad con que lo hice y el olor pestilente que desprendió.

—Vamos, arriba —le espeté a la cara.

—Llevas una hora aquí y ya crees que lo sabes todo —dijo alguien desde el suelo.

—No me hace falta mucho tiempo para ver que estoy al fuego, metido en una sartén llena de aceite —la frase no era mía, la decía un profesor que tuve en el instituto al que detuvieron por tráfico de drogas.

Dejé al tipo de pie y agarré a otro. Este tampoco se resistió. Se dejó levantar como un pelele y se quedó quieto junto al otro.

—¿No has visto lo que le hicieron a Fabián? No hay salida —oí decir al mismo tipo de antes.

—¿Quién ha dicho eso? —busqué entre los cuerpos derrumbados—. ¿Quién?

Fui palpando uno a uno, preguntando, poniendo mi cara muy cerca de las suyas.

—Eres un loco estúpido —añadió y finalmente identifiqué quién era.

—¿Eso crees? Tienes razón, soy un puto loco...

Dejé la frase inacabada y me dirigí al fondo del hangar. La luz cada vez más débil de la linterna descubrió por fin el todoterreno Santana Aníbal. Tenía en el frontal un cabestrante que sería un ariete magnífico. Me dañé un poco la mano al arrancar el limpiaparabrisas. Mientras volvía, con la respiración alterada, quité la escobilla de goma y palpé la punta del metal. Serviría.

Aún permanecían de pie los dos tipos que había levantado. La sangre comenzaba a secarse en mi cara, notaba la piel acartonada y el párpado derecho estaba algo

rígido. Me fui directamente al que había hablado. Lo levanté del suelo, lo zarandé y empujé contra la pared. No opuso resistencia.

—Si queréis morir aquí, os facilitaré el camino —dije escupiendo las palabras.

Me puse la linterna en la boca y presioné la punta del limpiaparabrisas contra su carótida. No mentía, no iba de farol, era tal mi desesperación por salir de allí y auxiliar a Eva que estaba dispuesto a todo. La sangre comenzó a manar de su cuello.

—Yo te ayudaré.

Dejé de presionar el cuello de aquel tipo. Sus ojos se cerraron de alivio. Me giré. Un hombre de mediana edad, algo más bajo que yo e igualmente cubierto de mugre como los otros, estaba de pie junto a mí.

—Te ayudaré con el coche —repitió.

—Yo también.

—Y yo.

—Cuenta conmigo también.

Al cabo de unos segundos todos estaban levantados. Observé sus caras bajo la débil luz y encontré poca diferencia con los infectados que estaba acostumbrado a ver.

—Estáis locos. Nos matarán a todos —espetó el tipo al que estuve a punto de degollar. Se tocaba el cuello y no dejaba de toser. Los demás lo miraron sin contestar, sus cabezas apenas realizaron un gesto de afirmación.

Al final parecía que todo se resolvería imitando al cine. Una escena que recordaba a «*El Club de los Poetas Muertos*» sin duda, «capitán, mi capitán», y todos los alumnos subiéndose a las mesas. Me emocioné viendo aquella escena tanto como lo hice en aquel momento. Me quedé sin habla unos instantes.

—Me llamo Federico, pero todos me llaman Fede. ¿Qué tenemos que hacer?

Se presentó el tipo que se levantó primero. Me tendió la mano y yo se la estreché. Me di cuenta de lo que estaba a punto de pedirles. Quería que me ayudaran en una empresa con escasas posibilidades de salir bien, que me siguieran en un plan loco y desesperado que probablemente acabaría con todos muertos. Iba a involucrarlos en una aventura mortal como si se tratara de realizar una receta de Ferran Adrià; sencilla en su planteamiento, pero imposible en su realización.

¡Pero qué demonios! Si salía mal lo único que habría conseguido sería adelantar unos días su muerte, nuestra muerte, solo eso.

—Vamos a empujar ese coche con todas nuestras fuerzas hasta hacerlo estrellar contra la puerta y reventarla, luego correremos hasta el camión de la entrada y cogeremos las armas que hay dentro (que se supone que hay dentro, pensé sin decir nada), asaltaremos el pabellón de oficiales y liberaremos a las mujeres. Aprovecharemos para coger las llaves del camión y saldremos de aquí dirección Manzanares El Real. En el castillo nos esperan muchos más supervivientes con los brazos abiertos.

Se produjo un silencio sepulcral. Observé a Fabián en el suelo que movía la

cabeza.

—Nosotros no sabemos manejar un arma —dijo finalmente Fede.

—Es fácil, solamente hay que apretar el gatillo. Yo os ayudaré.

Todos asintieron sin mucho entusiasmo. El tipo de la herida en el cuello rió desde el suelo.

—¿No sois capaces de ver que es una locura? —murmuró mirando al suelo.

—¿Qué pasará con Ortega y Muriel? ¿Los mataremos? —preguntó Fede.

—Probablemente.

—Bien, entonces vamos —concluyó.

Fabián, en el suelo, tocaba la cadena que le retenía atado. Apretó los puños y levantó la cabeza. Sus ojos brillaban.

Me siguieron hasta el coche. Saqué las alfombrillas de goma y las dejé en el suelo. Sospechaba que ninguno estaba dispuesto a acompañarme, por eso se lo puse fácil.

—Cuando salga, el que no quiera seguirme, debe salir pitando hacia la izquierda, lejos de los pabellones de oficiales y la entrada, trepar la verja y colocar las alfombrillas de goma sobre los alambres de espino de la parte superior, luego correr, subir la pequeña loma y atravesar los matorrales hasta la carretera. Justo en el desvío al cuartel encontraréis una mujer esperando junto a un minibús, se llama Raquel. Si no hay nadie (no pude evitar que la lógica se impusiera), caminad dirección Manzanares El Real por la M-607. Hasta el castillo son unos treinta y cinco kilómetros, antes del amanecer habréis llegado.

—Yo voy contigo —dijo Fede.

—¿Estás seguro?

—Seguro.

—Bien, pero no te despegues de mi culo.

Me detuve un instante para mirarle detenidamente. Me pareció más alto y joven que la primera vez que lo vi, unos veintitantos, pelo rubio desgreñado y ojos muy vivos. La esperanza estaba realizando cambios en su cerebro que se manifestaban en su físico. Si moría lo haría siendo un hombre y no un cordero.

Abrí la puerta del conductor, quité el freno de mano y me dispuse a empujar. Esperé a que todos tomaran posiciones. Teníamos treinta metros para alcanzar la máxima velocidad. Los más difíciles serían los primeros.

—A la una, a las dos y a las... ¡tres!

El Aníbal comenzó a rodar. Primero muy lento, luego fue ganando velocidad. Chirriaban los engranajes, los rodamientos de las ruedas se quejaban después de muchos meses de inactividad. Yo empujaba con todas mis fuerzas. La linterna, apoyada en el salpicadero, disipaba a duras penas la oscuridad. De pronto iluminó la gran pared metálica del hangar y, en el centro, la puerta. Nos estábamos desviando un poco a la derecha. Rectifiqué la dirección sin dejar de empujar. No sé a qué velocidad iríamos, pero me pareció muy lenta.

—¡Más rápido, más rápido! —grité y empujé con todas mis fuerzas.

Cuando faltaban apenas unos metros salté al interior y agarré el volante para asegurarme de que el impacto fuera perfecto.

Fue un buen golpe. Sonó como mil demonios y casi hizo que saliera disparado por el parabrisas. El cabestrante golpeó justo en el centro de la puerta y, como había previsto Fabián, la cerradura de seguridad aguantó y fueron las bisagras las que cedieron. Bueno, solo la de abajo. No era suficiente para salir.

—¡Hacia atrás, hacia atrás! ¡Necesitamos estrellarlo de nuevo! —les chillé desesperado.

Empujamos el coche hasta la posición inicial y vuelta a empezar. Noté nerviosos a los hombres, era normal, el estruendo debió de oírse en todo el cuartel y no tardarían en venir a ver qué pasaba.

—¡Vamos, vamos! —les arengué con la garganta rota.

El pilar de la ventanilla se me clavaba en el hombro y los músculos de mis piernas ardían por el intenso esfuerzo anaeróbico.

—¡Con fuerza, con fuerza...! —se me quebró la voz.

El segundo impacto arrancó la bisagra central y dejó la puerta doblada hacia fuera. El espacio abierto era bastante para que pasara un hombre.

En pocos segundos salieron todos, incluso el tipo al que estuve a punto de matar. Yo fui el último. Vi a Fabián acurrucado junto a la columna, con la cabeza gacha.

—Volveré a por ti, amigo.

—¡Marchaos, rápido! —dijo sin levantar la cabeza.

Fede me esperaba fuera. Los demás corrían como posesos hacia la alambrada.

—La libertad da alas —musitó Fede.

—Sígueme.

Bordeamos el hangar. Pasamos junto a la pared de un edificio de dos plantas y nos quedamos observando desde la esquina. Le hice una señal y corrimos atravesando la explanada frente a los pabellones. Ocultos detrás de los coches nos deslizamos sigilosamente. Pude ver el edificio al que nos llevaron al llegar, donde estaría Eva. La luz que iluminaba tenuemente el exterior provenía de una ventana del segundo piso que estaba abierta. En frente, a unos treinta o cuarenta metros, descansaba el camión, nuestro objetivo inmediato. Si no había armas en su interior habría conducido a Fede a una muerte segura, yo también moriría y Eva quedaría confinada en la antesala del infierno. Ni siquiera tenía mi Bastarda para que me acompañara en mi última liza. Llegamos al coche del final casi a rastras, a partir de ahí tendríamos que correr al descubierto.

—¡Vamos! —apremié a Fede.

No dejé de mirar a la ventana mientras avanzábamos. A mitad de camino una silueta se recortó a contraluz y una ráfaga de disparos estalló a nuestro alrededor. Corrimos entre las balas hacia el camión. No tenía plan B, solamente un plan A de mierda generado por la desesperación, una garantía al desastre.

TERCERA PARTE

19. EN COMPAÑÍA DEL LOBO

Luna perdió la vista en el horizonte que representaba el asfalto iluminado por los faros.

Estaba aterrorizada.

Aún le costaba creer que viajara a solas con el hombre que había matado a sus amigos. Pensaba en lo rápido que pueden cambiar las cosas, en lo fácil que resulta a veces pasar de la felicidad a la desgracia. Se maldecía por haber querido que Aranda viera junto a sus amigos lo que había descubierto, y no fijarse en que iba armado. Cerró los ojos recordando aquella representación teatral delante del minibús. Me pasé de lista, pensó.

Fue una imprudencia que ahora estaba pagando.

Mantuvo los ojos cerrados y decidió dejar de pensar.

Aranda redujo la marcha después de algunos kilómetros y cambió a las luces de posición. El alcance de la visión se redujo a unos pocos metros delante del vehículo.

—Me conozco esta zona como la palma de mi mano.

La voz sobresaltó a Luna que se había abstraído de tal forma que, por unos minutos, consiguió creer que estaba sola. A veces lo hacía, incluso en el castillo. Paseando por las huertas, en algún rincón entre columnas y piedras centenarias, y muchas veces en el silencio tranquilizador de su habitación, Luna dejaba de pensar, de mirar, de oír. Su mente emprendía un viaje entre lo real y lo imaginario capaz de aportarle un conjunto de sensaciones placenteras, muy semejantes a las que sentimos al despertarnos después de haber tenido un hermoso sueño. En ese estado se encontraba cuando oyó a Aranda.

—Dentro de poco saldremos de la carretera e iremos a un sitio tranquilo. Tú y yo. Ya verás lo bien que lo vamos a pasar.

Luna abandonó definitivamente el estado de *seudofelicidad* inducida en el que se encontraba y volvió a la realidad de un mundo que se empeñaba en ponerla a prueba.

Estaba helada de frío. La noche era agradable, aunque temblaba sin control. «Es el miedo», se dijo. Llevaba una camiseta de tirantes y un pantalón corto, ambos de color *beige*, y unas deportivas blancas que Carlos le consiguió en su última incursión al pueblo de Manzanares. El conjunto lo había estrenado aquel día, se lo puso nada más saber que sus amigos estaban de misión. Tuvo la necesidad de mantenerse ocupada y decidió ordenar su habitación y prepararse para cuando volvieran. Quería que Eva le dijese lo guapa que estaba y que Carlos sintiera lo bien que olía cuando la abrazase, ahora nada de eso tenía sentido.

Metió las manos en los bolsillos del pantalón, con cuidado de no tirar la mochila que llevaba sobre las piernas. Descubrió la pequeña linterna regalo de Julián. Se entretuvo accionando el interruptor, comprobando cómo una mínima luz atravesaba

la tela del pantalón. Tuvo una idea. A pesar del frío subjetivo que sentía, bajó la ventanilla.

—Si tienes calor, pongo el aire acondicionado.

—Prefiero sentir el aire —respondió con un leve temblor en la voz.

—Bonita noche, ¿verdad preciosa? —dijo Aranda al tiempo que se inclinaba y le acariciaba el muslo.

Luna sacó la mano por la ventanilla y permaneció, con ella así, hasta que notó cómo Aranda frenaba bruscamente y se adentraba por un camino de tierra igual a tantos otros que habían dejado atrás. Entonces abrió la mano y dejó caer la linterna encendida. Fue un gesto inteligente, aunque sabía que existían pocas posibilidades de que alguien del castillo los siguiera después de lo que Aranda les había dicho.

Circularon unos cientos de metros dando pequeños saltos al salvar los innumerables baches. El estrecho camino, bordeado de arbustos y grandes rocas de granito, zigzagueaba como una culebra. Finalmente desembocó en una recta y Aranda aceleró.

Luna sabía lo que iba a pasar. Era algo que los adultos hacían cuando existía amor entre ellos o simplemente lo deseaban de mutuo acuerdo, por placer. Su madre ya le habló de ello, y también Eva: «*Se llama hacer el amor o tener sexo. Y es algo que tú también desearás hacer algún día cuando encuentres a la persona adecuada*», le dijo. Y vaya si había pensado en ello. Mil y una noches imaginó cómo sería la persona que despertara en ella aquella necesidad, quién sería aquel a quien besara por primera vez. Simulaba que sus labios besaban otros labios, que sus manos tocaban otras manos y su cuerpo se apretaba contra otro cuerpo, pero nunca pudo ponerle cara. Era un ser abstracto, una sombra todavía, alguien que aún estaba por llegar. En algún momento pensó en besar a Marcos, el hijo de Carmen, para probar. Él la perseguía a todas horas y con toda seguridad hubiera estado encantado, sin embargo nunca lo hizo, no le pareció la persona adecuada como le había dicho Eva. Quería que su primer beso fuese especial y que su recuerdo también.

Le costó interpretar sus miradas desde que llegó al castillo, sus gestos, cómo la tocaba. No logró comprender esa actitud en un adulto, nunca la había visto y no supo identificarla. Ahora sabía lo que Aranda quería de ella, fue consciente de ello y sintió arcadas.

Tenía pocas posibilidades de que alguien la ayudara, el destino se encontraba en sus manos... y en las de él. Los nervios y el miedo intensificaron sus temblores. Apretó la mochila entre sus piernas y notó el bulto de la pistola que, lejos de tranquilizarla, le aportó un nuevo nudo en el estómago. No es fácil disparar contra alguien, quien no lo haya hecho alguna vez no lo sabe. Luna conocía a la perfección el arma, había practicado mucho con Eva, incluso disparó contra unos infectados, cara a cara, sin sentir miedo ni remordimientos, pero apuntar a un ser humano, disparar y verle morir era una cosa muy distinta. Una vez, hablando con Eva de la muerte de Pablo, el viejo diplomático, y de Marcial, el cartero, esta le dijo: «no

merecían morir, eran gente buena». Luna entonces se quedó pensando en sus padres y en tantos amigos que en aquel momento también estarían muertos y le preguntó si en algún caso era justo que alguien muriera, «¿quién merece morir?», fue exactamente lo que le dijo, una pregunta que en circunstancias normales nunca habría realizado, pero que motivada por un orden de vida distinto a causa de la pandemia, se decidió a hacerle. Eva esquivó la respuesta, le respondió que a veces le daban ganas de matar a Carlos, una broma que Luna rió en aquel momento y que ahora lamentaba haber hecho, ya que no obtuvo respuesta ante aquel dilema. Podía meter la mano en la mochila, empuñar el revolver y disparar. Disparar y matar. Matar a un ser humano, no es fácil.

—Ya hemos llegado.

Los focos descubrieron una casa de campo de dos plantas, construida en ladrillo visto y con tejado a dos aguas de tejas rojas. Junto a ella había un pequeño cobertizo para las herramientas, un tractor y un coche cubierto de polvo. Malas hierbas crecían por todas partes, los signos de abandono eran evidentes. Aranda bajó del minibús sin apagar el motor y abrió la verja que daba acceso a la pequeña finca. Luna se quedó sola, mirando a través del parabrisas cómo el soldado levantaba el cierre y empujaba la precaria puerta de metal. Aprovechó para dejar caer su libreta por la ventanilla.

Aranda volvió al vehículo, condujo hasta la parte trasera de la casa y aparcó a resguardo de un alero de chapa oxidada. Del maletero sacó una linterna y se dirigió a la puerta. Golpeó repetidas veces con la culata de la pistola y se detuvo a escuchar.

—No hay nadie en casa —dijo dirigiéndose a Luna—. Vamos, ven aquí.

Luna bajó del minibús y caminó abrazada a la mochila. Le pesaban las piernas y la cabeza le daba vueltas. «*No entres en la casa, no entres*», le decía una voz en su interior, pero el miedo la obligaba a caminar en dirección a su verdugo con una fuerza hipnótica.

De una patada Aranda rompió la cerradura de la puerta. Del interior de la casa salió un olor rancio a comida podrida.

—Uf, parece que dejaron la nevera abierta.

La linterna iluminó un amplio salón con muebles baratos de madera con tapicería estampada muy usada. El suelo era de *parquet* y crujía a cada paso. Luna reuló y Aranda la agarró del brazo y la empujó al interior, después cerró la puerta. El soldado conocía bien la casa, era de un sargento de transmisiones, compañero del cuartel, un divorciado calavera que la utilizaba para montar fiestas con prostitutas un fin de semana sí y otro también.

—*Antoñito*, ¿no estarás por aquí? —dijo en voz baja.

Sin dejar de empuñar la pistola recorrió la casa, alerta ante la posible aparición de su antiguo amigo convertido en bestia. Entró en la cocina, olía como mil demonios, comprobó el baño también, no encontró nada ni a nadie. La escalera que subía a la segunda planta tenía un pasamanos espantoso de madera historiada y unos peldaños cubiertos por una raída alfombra de color indefinido. Luna siguió a Aranda como un

autómata. Cada peldaño que subía sentía que le aproximaba cada vez más a un abismo inevitable en el que caería.

Uno por uno, Aranda registró los tres dormitorios y el baño: también estaban vacíos. Tomó de la mano a Luna y la condujo hasta el balcón de la habitación más grande, lo abrió y, con los ojos cerrados, respiró hondo.

—Me encanta el olor de la sierra. ¿A ti no?

Dejó la linterna en la mesilla y la luz rebotó en el techo produciendo una iluminación difusa que reveló una cama grande con dos mesillas, un armario de dos cuerpos y ropa tirada por el suelo. Todo sucio, deprimente. Aranda se quitó el cinturón con la pistolera y lo dejó en la mesilla, junto a la linterna, luego se tumbó en la cama con la espalda apoyada en el cabecero, en una pose barata de seductor. Luna continuó asomada al balcón.

—¿Qué hacemos aquí? —dijo sin girarse, mirando a las estrellas, con los ojos vidriosos.

—Solo quiero que descansemos un rato.

—¿Por qué no me dejas ir ya?

—¿Qué prisa hay? Hablemos un rato antes. Ven aquí —dijo Aranda y dio unas palmaditas en la cama, junto a él.

Luna vio sus ojos, su mirada de depredador, y supo que si lograba salir viva de aquella casa, ya nunca sería la misma.

—¿Tienes novio?

Luna negó con la cabeza.

—¿No te gustaría tenerlo?

Volvió a negar.

—¿Nunca has besado a un chico?

Luna estaba mareada, la tensión era tal que comenzó a ver borroso. Ni siquiera pudo negar con la cabeza, estaba a punto de desplomarse.

—¡He dicho que vengas aquí! —Aranda sorprendió a Luna con un repentino ataque de ira.

Saltó de la cama, arrancó la mochila de sus manos y la tumbó sobre la mugrienta colcha.

—Tienes que ser buena conmigo, ¿recuerdas? —volvió a adoptar un tono seductor.

Con la boca entreabierta, retiró un mechón rubio de la cara de Luna, acarició su cuello y recorrió sus hombros desnudos. Con delicadeza estudiada levantó la camiseta y, con el dedo índice, dibujó círculos en su tripita.

—Nadie te había tocado antes, ¿verdad?

Susurraba cerca de su oído, esforzándose en que su aliento caliente llegara a su cara. Luna se estremeció de terror al sentirlo y escuchar el tono enfermizo de sus palabras. Aranda subió la mano y acarició los diminutos pechos por encima del infantil sujetador de florecillas.

Estaba muy excitado. De repente cogió la cara de Luna con ambas manos y la besó. Jadeaba afanándose en intentar que abriera la boca. Restregó sus labios febriles y su lengua, llenando de saliva caliente la boca de Luna, su cara, su cuello.

—¿Te gusta verdad?

Luna no pudo más de asco y reaccionó. Su miedo, igual que una masa gaseosa, se fue hinchando e hinchando hasta que explotó transformado en algo superior al valor. Propinó un mordisco en su mejilla y apretó hasta que sintió cómo la carne se desgarraba. Aranda gritó y se llevó las manos a la cara. Luna aprovechó para saltar de la cama, con la mirada puesta en la puerta como próximo objetivo, dispuesta a huir. Una energía desconocida para ella recorrió su cuerpo. La adrenalina le dio alas y se creyó capaz de correr veloz como la luz, escapar de aquella casa y volver a la seguridad del castillo volando sobre los árboles. Todo aquello pasó por su cabeza justo antes de que un golpe le estallara en la cara y lo volviera todo blanco, y un pitido estridente invadiera su cerebro décimas de segundo después.

Cayó de bruces al suelo con un hilo de sangre saliendo de su oído derecho.

—Pequeña zorra, he querido ser amable contigo y veo que no lo aprecias. No tengo tiempo para domarte —Aranda cogió la pistola de la mesilla mientras se tocaba la cara ensangrentada.

Luna se arrastró por el suelo a tientas. Apenas oía debido a un tremendo zumbido en su cabeza, y las palabras le llegaban lejanas, irreales.

Aranda caminó detrás de ella, despacio, disfrutando de su miedo, estimulado ante aquel cuerpecillo delicado que huía como un ratón asustado. Luna alcanzó la mochila y, abrazada a ella, se hizo un ovillo en el rincón.

—Preferiría habértelo hecho viva. Por otra parte...

Aranda levantó la pistola y apuntó con sumo cuidado a la cabeza de Luna.

20. BALAS TRAZADORAS

Las ráfagas de disparos cesaron de repente. La figura de la ventana ya no estaba. Nos metimos en la cabina del camión, las llaves estaban puestas. De ahí pasamos a la zona de carga. Con la pequeña linterna iluminé el contenido, había muchas cajas.

—Busquemos armas —musité a Fede.

Eran cajas de munición no cabía duda, pero estaban cerradas con candados y no había manera de abrirlas. Un calor me subió al rostro por la desesperación. Una M2 calibre .50 montada sobre un trípode en la parte trasera era el único arma disponible.

—¿Qué hacemos? —preguntó Fede. Iluminé su rostro y vi la cara de un hombre al que el médico le ha dado una semana de vida.

—Ayúdame con la ametralladora.

—¿Sabes cómo funciona eso?

—Claro.

Intenté transmitirle seguridad, que tenía la situación controlada. Por supuesto que sabía manejarla, conocía bien la M2, era la misma que tenía el BMR, el blindado que nos llevamos del hospital hacía ahora mil años, pero tal como estaba montada en el camión no podríamos apuntar a la entrada del pabellón de oficiales, por donde seguro que saldrían a darnos caza. Sería necesario desmontarla y manejarla a mano, una locura.

Comprobé la munición y cargué el arma, quité el pasador que la anclaba al trípode y probé a levantarla, casi me rompo la espalda. Con la lata de munición pesaría cerca de cincuenta kilos.

—Te diré lo que haremos —susurré a Fede—. Yo llevaré la ametralladora y apuntaré, tú solo tendrás que apretar el gatillo.

Su cara era un poema.

—Es fácil —continué—. La agarras fuerte con ambas manos por las empuñaduras, luego aprietas con los pulgares el gatillo que es esta pieza en forma de mariposa, y listo.

Silencio.

—Trae una manta, he visto alguna junto a las cajas de la izquierda —le dije finalmente para sacarle del *shock*.

Terminé de revisarlo todo, abrí el portón de carga y bajé del camión. Me asomé con cuidado y allí estaba de nuevo, la figura a contraluz de la ventana.

Procurando no hacer ruido, Fede me ayudó a bajar la ametralladora y a ponérmela sobre los brazos. Envolví el soporte calado del cañón con la manta y la agarré con firmeza. Esperamos tras el camión, fuera de la visión del tirador de la ventana. De pronto una luz iluminó el exterior. Provenía de unas torretas dispuestas por todo el perímetro. La oscuridad ya no sería nuestra aliada.

—Cuando te diga dispara una ráfaga corta —susurré.

Fede permanecía aferrado a las empuñaduras como a una madre. Me preparé y asomé lo justo para poder dirigir el arma. Apunté alto, solo quería asustarle y evitar sus disparos mientras corríamos hacia el pabellón. Conocía el poder de penetración de los proyectiles y no quería matar a nadie que estuviera en esa planta.

—¡Ahora!

Fede apretó el gatillo y casi nos caímos al suelo los dos. Era como llevar en brazos a alguien pateando. Apenas tuve tiempo de ver los proyectiles haciendo saltar trozos de ladrillo varios metros por encima de la ventana iluminada.

—Joder, Carlos, ¿qué es esto?

—Tenemos que sujetarla mejor —contesté al tiempo que nos poníamos a cubierto de nuevo.

El cañón se había calentado mucho con aquellos pocos disparos y las vainas calientes me habrían abrasado de no ser por la manta. Nos preparábamos para salir de nuevo cuando una ráfaga estalló a nuestro lado. Un vistazo rápido me aportó la información suficiente: la ventana estaba vacía, los disparos venían de alguien apoyado en el marco de piedra de la puerta.

Me tomé unos segundos para reflexionar. Aquel tipo era el soldado. A pesar de la distancia, unos treinta metros, lo reconocí al instante, por lo tanto arriba estaba el cabo. Llevaba un arma ligera, un rifle de asalto probablemente. Se encontraba a cubierto y nos tenía a tiro. En cuanto asomáramos seríamos un blanco fácil, aunque si no lo hacíamos y le dábamos tiempo a pensar llegaría a la conclusión de que mejor sería correr y rodearnos, con nuestra poca movilidad nos sorprendería fácilmente.

Parecíamos una pareja cómica llevando un armario de dos cuerpos a cuestas.

No vi otra solución, teníamos que actuar y confiar en que la lluvia de balas gigantes le asustara y con suerte le mandara al infierno. Pude observar, por la ráfaga que disparamos, que en la cinta habían cargado balas trazadoras. Según me contó Eva era algo que se hacía habitualmente. Cada cinco balas se colocaba una con material pirotécnico que dejaba un rastro luminoso y ayudaba al tirador a afinar la puntería. Sería algo de gran ayuda teniendo en cuenta las circunstancias.

—¿Preparado?

—Sí —contestó con la garganta más seca que una alpargata—. ¿Ráfaga corta de nuevo?

—Fede, cuando te diga vamos con todo.

—Vale, o sea... no ráfagas cortas.

—Con todo.

El soldado nos dedicó un par de descargas más que pasaron silbando.

—¡Ahora!

Aquella bestia que llevábamos podía escupir quinientos disparos por minuto y vaya si lo hizo. Con la pierna izquierda adelantada y la derecha levemente flexionada aguanté como pude sus tremendas coces. El soldado por un momento dejó de disparar

y se resguardó, pero al comprobar que mi puntería dejaba mucho que desear, cogió confianza y salió un instante de la seguridad del portal para apuntarnos mejor y mandarnos al otro barrio.

El arma era incontrolable, las balas iban donde querían, además estaba el tema del calor. La mano me ardía, pronto se fundiría con el metal. El soldado disparó con el arma a la cintura, con chulería, se reía de nosotros, sabía que podía matarnos cuando quisiera, cuando decidiera apuntar mínimamente. Nuestras balas impactaban aquí y allá arrancando trozos de piedra y ladrillo, lejos del objetivo.

—¡Para! —grité a Febe por encima de las detonaciones.

Necesitaba determinar una trayectoria de disparo y mantenerla. Un vistazo de décimas de segundo a la ventana me aportó la imagen de una sombra armada. Otro vistazo, aún más rápido a la M2, para realizar un cálculo tan fiable como una visita a un tarotista, y una última oportunidad.

—¡Dispara!

Las balas trazadoras describieron una línea segadora de luces intermitentes que comenzó estallando a pocos metros delante de nosotros y terminó por encima del pabellón de oficiales, perdiéndose en el cielo infinito. Tuvimos suerte, en mitad del trayecto se encontró con el soldado.

Lo vimos caer, vapuleado igual que un pelele.

—Corre —grité, y soltamos el arma.

En el portal encontramos al soldado en el suelo. Le alcanzaron tres balas pero parecía que un tren le hubiera pasado por encima. La pierna izquierda estaba destrozada, la mandíbula inferior había desaparecido dejando al descubierto los dientes y una lengua que colgaba como un gusano lustroso, y en su pecho se abría un agujero por donde hubiera pasado un camello. Llegamos justo para ver sus últimos estertores, fue asqueroso.

Cogí el subfusil y un par de cargadores y le di la pistola a Fede.

—Esta se mueve menos. Vamos arriba, detrás de mí.

Subimos las escaleras hasta la segunda planta. Recordaba perfectamente el despacho al que nos llevaron y a él pertenecía aquella ventana iluminada. Llegamos a un rellano. A la izquierda estaba el despacho, de frente partía un pasillo que terminaba en una puerta de madera oscura. Oí jadear a Fede a mi espalda.

—Quédate aquí.

Crucé veloz y me acodé al otro lado, protegido por la esquina. Esperé acontecimientos de cuclillas. Hasta allí llegaba mi absurdo plan. No podía quejarme de la forma en que estaban yendo las cosas teniendo en cuenta las circunstancias, el problema surgía en ese instante: no tenía ni la más mínima idea de qué hacer. El cabo, al otro lado de esa puerta, armado hasta los dientes y probablemente con Eva como rehén, era el que mandaba. La luz de los focos penetraba por las ventanas de los corredores y nos iluminaba. Vi a Fede esperando instrucciones, con la pistola preparada. Me miró con el rostro contraído. Me fijé que, con la mano izquierda, se

apretaba un costado. Le hice un gesto de extrañeza, él retiró la mano y la levantó en mi dirección, estaba llena de sangre.

Fede estaba herido, no sé en qué momento pasó, ni si fue el soldado o el cabo el que le acertó, el caso es que aquel hombre que hacía unas pocas horas no era más que un cordero esperando ir al matadero se había convertido en un valiente. No dijo nada. Ni siquiera se quejaba. Seguía allí esperando a terminar el trabajo que había empezado conmigo, alguien en quien confió, un desconocido que tal vez le llevara a la muerte.

Con un gesto le indiqué que se lo tomara con calma, que me dejara a mí. Él, sin embargo, rechazó la oferta con un manotazo y levantó el pulgar, los tenía bien puestos.

Algo tenía que hacer, no podíamos estar allí toda la noche y menos con Fede desangrándose. Pensé un poco y luego actué, ¿o fue al revés?

—Ortega, sal y entrégate. Tendrás un juicio justo —«*tendrás un juicio justo*» le dije. Increíble.

—Venga usted a sacarme, mamón.

Una ráfaga dibujó una corona de agujeros en la puerta. Las balas pasaron a escasos centímetros de nuestras cabezas y terminaron impactando en la pared del fondo.

No podíamos responder a sus disparos. No sabíamos si Ortega estaba solo.

—Tengo a su *zorrita* conmigo. Le voy a decir lo que vamos a hacer.

Entonces lo estuvimos.

—Voy a abrir la puerta, saldré con la putita y nos largaremos en el camión. Quiero verles abajo, desarmados, si no cumplen le vuelo la cabeza. ¿Entendido mamones?

Aquel tipo era un cobarde y un canalla, una mala combinación en un hombre para que mereciera confianza. No soy un buen negociador, es evidente, pero sabía que aquella propuesta era inviable.

—Haremos otra cosa, yo me cambiaré por ella, podrás llevarme a mí como seguro.

—No me haga reír. Recuerde lo que le he dicho, si les veo la mato.

Sonó la cerradura, estaba abriendo la puerta. Corrí a gatas hasta Fede y lo arrastré escaleras abajo. Se quejó levemente de su herida, pero me siguió hasta el patio. Cruzamos a la carrera y nos escondimos detrás de un coche.

Segundos después apareció en el portal el cabo con Eva. La amarraba por el cuello al tiempo que apretaba la pistola contra su cabeza. Pasaron junto al cuerpo destrozado del soldado, Ortega apenas le dedicó una mirada. Apunté a través de la mira, como había hecho aquella otra noche en el hospital cuando disparé al militar loco que amenazaba a Eva y Julián. Respiré hondo y traté de colocar el punto rojo entre las cejas de ese cabrón. Me di cuenta de que a esa distancia tenía las mismas posibilidades de matarle a él que a ella. Apreté la mandíbula. Si ese mal nacido se

largaba con Eva en el camión no la volvería a ver.

—Voy a intentar un absurdo —musité a Fede—. Si no sale bien, ayuda a mi chica.

No era un plan, ni siquiera una idea, fue algo más parecido a un movimiento peristáltico, algo involuntario.

—Claro —contestó aguantando el dolor.

Cambié el arma con Fede, me guardé su pistola en la parte trasera del pantalón y me puse de pie. Caminé despacio en su dirección. No tardó en verme, zarandeó a Eva y se detuvo a mitad de camino del camión.

—¿Qué le dije? —gruñó y apretó la pistola contra la cabeza de Eva.

—Si disparas mi amigo te matará —era un farol, claro. Fede no le acertaría con el subfusil a esa distancia ni en un millón de años. Continué andando.

—Quieto ahí —su voz transmitía nerviosismo.

No paré, continué caminando con los brazos abiertos. A unos cinco metros de ellos me detuve. Eva me miró con los ojos muy abiertos, igual que si contemplara una aparición, mi aspecto no era el mejor y mi situación tampoco. Observé que tenía un lado de la cara cubierto de sangre y eso me enfureció.

—Yo iré contigo —dije bajito.

En algún manual o guía había leído que bajar el tono de voz relaja tensiones y favorece la resolución de conflictos entre las personas. Tenía una oportunidad de oro para comprobarlo.

—Carlos...

Eva pronunció mi nombre y acompañó su voz con un gesto, ambos decían lo mismo: la estás cagando.

—Puto loco. Si quiere morir para mí será un placer ayudarlo —dijo Ortega, en bajito también, dispuesto a resolver el conflicto.

Cuando quitara la pistola de la cabeza de Eva para dispararme sería el momento de ella para actuar, su única oportunidad. Intenté transmitirle el plan con la mirada. Creo que le llegó porque cerró los ojos al ver a Ortega mover la pistola en mi dirección.

Quizá tuviera suerte y fallara. Me engañaba, a esa distancia era casi imposible. Me preparé para recibir el impacto.

De pronto un ruido aumentó a toda velocidad, acercándose. Sonaba igual que el zumbido de una abeja de dos toneladas. Ortega volvió la pistola a la sien de Eva y yo me quedé paralizado. Una sombra enorme pasó por encima, atronando nuestros oídos y levantando un remolino de aire y polvo inmenso: era el helicóptero más grande que jamás había visto.

Contemplamos estupefactos cómo tomaba tierra en la amplia explanada, a unas decenas de metros de nosotros. Un hombre armado bajó de la cabina. Pasó junto a Fede, le dirigió una mirada fugaz y vino hacia nosotros al trote.

—¿Qué pasa aquí? —nos preguntó alzando la voz por encima del ruido de los motores que continuaban en marcha.

Era un militar, de unos treinta o treinta y cinco años, bien parecido aunque su delgadez y aquella mirada inconstante indicaban claramente que en los últimos tiempos no le había ido demasiado bien. Llevaba en una mano un rifle con mira. Ortega continuaba sujetando a Eva, aunque ya no le apuntaba a la cabeza, mantenía el arma junto a su costado. Fue el primero en contestar.

—Mi comandante, estos desgraciados atacaron el cuartel, mataron a mi compañero y querían matarme a mí —se giró ligeramente y señaló el cuerpo destrozado del soldado junto al portal.

—Miente —respondí como un resorte.

Eva asintió con la cabeza, el comandante levantó el rifle y lo terció. Dudaba.

—Vinimos a liberar a unas pobres gentes que este miserable y sus amigos mantenían como en una cárcel. Puedo demostrarlo —continué.

—Las mujeres a las que violaban y maltrataban están arriba —añadió Eva.

—No les crea —gritó Ortega—, son unos asesinos.

El comandante seguía dudando.

—Tenemos que salir de aquí de inmediato. Miles de criaturas están a punto de llegar. Dejen las armas en el suelo y suban al helicóptero, lo aclararemos todo más tarde —dijo con urgencia.

Fede, que ya estaba a mi lado, dejó el subfusil en el suelo. Yo solté la pistola.

—Mi comandante, ¿viene usted solo? —intervino Ortega.

—Sí.

—Bien, entonces nos vamos —sentenció mientras empujaba a Eva hacia el helicóptero.

—Primero suelte el arma, cabo.

—No, el arma lo va a soltar usted..., señor —dijo Ortega masticando las palabras —, o le pego un tiro a esta zorra.

La pistola de Ortega volvió a la cabeza de Eva. El comandante me miró, yo asentí, un gesto claro: «ya le decía yo que mentía».

Por debajo del ruido del helicóptero escuchamos un retumbar de metal y unos sonidos guturales inconfundibles, los comilones estaban al otro lado de las vallas.

—Suelte el arma o la mato, no lo repito más.

El comandante apoyó el rifle con delicadeza en el suelo. Le noté abatido, me pedía disculpas infinitas con la mirada. Qué podía reprocharle, cualquiera hubiera dudado.

—Nos vamos. Estos se quedan aquí, seguro que no se aburren mucho tiempo —dijo con sorna Ortega.

Vimos los rostros contraídos y monstruosos de los infectados, sus manos sacudiendo violentamente las vallas del perímetro que se inclinaban peligrosamente. No tardarían en entrar.

La última mirada del cabo fue para mí.

—No se me enoje, la cuidaré bien. Además esta changuita era mucha hembra para usted, abuelo.

Mi plan suicida continuaba. Me lanzaría como un lobo al cuello de un cordero y luego aquí paz y en el cielo gloria. Ya lo tenía pensado. Sus palabras, al pulsar el botón que me tocaba la moral, solo hicieron que me adelantara un poco.

—¿Abuelo...? ¡Tus muertos! —y me abalancé con la adrenalina a punto de nieve. Un tiro sonó y me detuve a mitad de camino.

El ojo derecho del cabo estalló y una rosa de burbujeante sangre ocupó su cuenca vacía. Aún se mantuvo de pie unos segundos, luego se desplomó como un fardo.

Detrás apareció una mujer en camisón, con una pistola en la mano. Un poco separadas había tres mujeres más, también en camisón, muy pálidas, abrazadas entres sí. Eran la viva estampa de un cuadro de El Bosco.

—¡Clara! —gritó Eva y corrió a darle un abrazo a la mujer que acababa de salvarnos el culo.

A lo lejos escuchamos un crujir de metal rompiéndose. Las vallas del perímetro norte, aquellas más cercanas a los hangares, habían caído.

—Vamos, tenemos que salir de aquí —dijo el comandante. Cogió su arma y se dirigió al helicóptero.

—¡Tiene que recoger a mis compañeros! —Fede le gritó mientras le agarraba del brazo.

—¿Dónde están? —preguntó el comandante.

—Camino de Manzanares El Real, por la M-607.

—No garantizo que encuentre un lugar donde poder aterrizar.

—Entonces iré a buscarles en el camión.

—¿Estás seguro? Tu herida... —le pregunté.

Él asintió. Le acompañé, cargamos la M2 en el camión (hubiera sido una pena dejarla allí tirada), y me despedí deseándole suerte.

—Nos vemos en el castillo.

—Claro, y... gracias por todo —dijo. Sonó a despedida.

—Gracias por qué.

No contestó. Con una mueca aprovechó para decir algo así como: «vamos tío, ya sabes de lo que hablo», y al tiempo esconder un espasmo de dolor.

—Tenemos que llegar rápido para coger a ese Aranda, ya sabes —le expliqué, justificando.

No dijo nada, arrancó y se quedó mirando al frente.

—Espera a que despegue el helicóptero antes de atravesar la puerta.

Continuó mirando a través del parabrisas, a la puerta, a la pared de infectados que se abatía sobre ella.

—Dadle para el pelo a ese Aranda por mí.

Volví junto a Eva, aún continuaba abrazada a esa mujer. El comandante corría con

las otras tres mujeres en dirección al helicóptero.

—Espérame en el helicóptero, tengo que ir a buscar a alguien.

—Los infectados, Carlos. Ya están dentro.

—Se lo prometí.

Fue todo lo que le dije, no había tiempo para más. Eva entendió, nadie mejor que ella para hacerlo. Con el arma en la mano me precipité a la carrera hacia los hangares. A pesar de ir mucho más rápido que la primera vez que lo hice, la distancia me pareció infinita. Llegué a la puerta rota con el corazón en la boca. A unas decenas de metros distinguí los primeros infectados que habían atravesado la verja. No corrían, pero tampoco andaban con su típico deambular inestable, era más un trote estrambótico, una imagen escalofriante en definitiva. Pasé a través de la abertura. La luz de los focos se filtraba por los tragaluzes superiores y pude ver con claridad a Fabián, sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared y la cabeza vencida hacia un lado. Se extrañó al verme.

—¡Carlos! ¿Qué haces aquí?

—Tápate la cara —dije apuntando a la cadena.

—¿No oyes a esas cosas? Ya están aquí. Corre, lárgate inmediatamente.

Fueron necesarios cuatro disparos para conseguir romper los eslabones. Las detonaciones sonaron como truenos dentro de aquel lugar. Si esas cosas no me habían visto entrar, después del ruido estaba claro que sabrían dónde buscar.

—Vamos.

Levanté a Fabián del suelo. Tantos meses de inactividad habían debilitado sus piernas y apenas le sostenían.

—Tienes que ayudarme —supliqué.

—No puedo andar.

—¡Joder!

Le agarré por debajo de las axilas y le arrastré hasta la puerta. Tiré de él hasta que le tuve fuera. Volví a ponerle de pie.

—Sujétate a mí.

Me echó un brazo por encima y a duras penas comenzamos a andar. No habíamos recorrido ni cinco metros cuando un puñado de infectados apareció a nuestra espalda. Con la mano izquierda sujetaba a Fabián y solo con la derecha era casi imposible disparar con garantías. Aun así lo hice. Levanté el subfusil y descargué un puñado de balas contra el pecho del comilón más cercano. No cayó, pero trastabilló y perdió velocidad.

—Fabián, por tus muertos...

—Las piernas no me responden. No puedo. Déjame Carlos, pégame un tiro y vete.

Reculando avanzaba al tiempo que disparaba. Lograba detenerles unos segundos, pero nada más. Poco a poco fueron apareciendo más. Lamentablemente tenía razón, si no le dejaba moriríamos los dos. Agoté el cargador. Solté con suavidad a Fabián y

munición. Aproveché para utilizar ambos brazos. Apuntaba y disparaba, apuntaba y disparaba. Las cabezas estallaban como globos llenos de agua. El suelo se fue llenando de cadáveres. Metí otro cargador, el último. Era inútil, lo sabía, eran demasiados. La muerte venía en forma de sombra espesa llena de brazos. Aun así me negaba a dejar a ese hombre sin hacer todo lo posible. Un *clic* me indicó que todo había acabado. Ya no tenía munición, solo una bala que guardé en el bolsillo del pantalón. Miré a Fabián que, desde el suelo, me devolvió la mirada.

—Hazlo —suplicó.

Introduje la bala y apunté a su cabeza. Una pared de infectados se nos venía encima.

Ráfagas continuas de ametralladora me sacaron del trance. Aquellas criaturas del infierno se pararon en seco al tiempo que sus cuerpos saltaban en pedazos. A mi espalda vi dos figuras, una era Eva y la otra el comandante.

Sin decir nada Eva agarró a Fabián por un brazo y, con un gesto, me indicó que hiciera lo mismo con el otro. Entre los dos fuimos capaces de desplazarle mientras el comandante nos cubría con una ametralladora que escupía fuego sin parar. Recorrimos el camino de vuelta lo más rápido que pudimos. Las vallas de los costados, las que se encontraban más cerca del helicóptero, a punto estaban de ceder. Si lo hacían quedaríamos rodeados por miles de infectados. Los gritos guturales de las bestias, las detonaciones y el estallar de huesos se mezclaban en un caldo sonoro aterrador. Por fin llegamos al helicóptero. El tacto del metal frío me pareció maravilloso. El comandante fue el último en subir. Desde la puerta que daba acceso a la cabina de pilotaje continuó disparando hasta que confirmó que estábamos todos a bordo y la cinta de balas, que colgaba hasta el suelo, se agotó por completo. Luego entró y cerró dando un portazo.

—Nos vamos —dijo poniéndose el casco.

Me senté a su lado, en la cabina. Cientos de manos descarnadas golpearon el fuselaje. La bestia de metal se elevó y surcó el cielo gracias al misterio de la aeronáutica: una mezcla de magia e ingeniería. Por la ventanilla observé cómo Fede arrancaba al mismo tiempo que nosotros, embestía la puerta de salida y se llevaba puesta la valla de control y unas cuantas docenas de infectados pegados al parachoques del camión. Otro buen hombre, igual que Fabián. También aquel comandante empezó a caerme bien.

—Una noche movidita.

—No lo sabes bien —contesté.

—Al castillo, ¿verdad? —preguntó sin despegar sus ojos de los paneles.

—Correcto.

Manipuló unos cuantos controles indescifrables para mí y luego se ajustó bien el casco. Eva permanecía en el suelo, detrás de nosotros. Manipulaba la ametralladora aún humeante que había usado el comandante.

—Tenga cuidado señorita.

—Tranquilo, conozco el arma —le respondió.

El comandante dejó una mano suspendida en el aire, sorprendido, luego pulsó un botón.

—Es una M60 calibre 7,62mm. Quinientos cincuenta disparos por minuto. Alcance mil cien metros. Alimentada por cintas de eslabón de cincuenta, cien o doscientos cartuchos. Una preciosidad —oímos decir a Eva con voz didáctica.

El comandante giró la cabeza y me miró, el pasmo atravesó la visera.

—Se llama Eva y es una caja de sorpresas, ya la conocerá. Yo soy Carlos —le ofrecí la mano—. Y muchas gracias, sin ti no lo habríamos conseguido.

—Comandante Escolano, Artemio Escolano —me estrechó la mano con energía—. Díganme una cosa, ¿son ustedes siempre tan locos?

—Tenemos días. Y tutéenos, por favor.

Le indiqué la dirección a seguir. Sus manos accionaron botones y palancas aquí y allá, muy concentrado en lo que hacía. Miré por la ventana buscando el minibús, no estaba. Dimos una vuelta rápida a baja altura. De haber estado Raquel nos hubiera hecho alguna señal, no fue así. Se confirmaban mis peores presentimientos. A lo lejos fue quedando la luz de los faros del camión que conducía Fede. No podíamos esperar más. Le pedí al comandante que pusiera rumbo al castillo a toda velocidad.

La noche todavía no había terminado para ninguno.

No me resultó fácil resumirle nuestra historia en cinco minutos, que fue lo que tardó en llegar al castillo aquel fórmula uno de los helicópteros. Le hablé de las semanas en Madrid encerrado en el ático, del encuentro con Eva, el rescate de Julián y de nuestro paso por el hospital para recoger medicamentos. No olvidé mencionar a Luna y, por supuesto, le conté todo lo que pude de la comunidad y de nuestra vida en el castillo los últimos diez meses. Era necesario hacer un repaso cronológico para que entendiera. Por eso dejé para el final el asunto de Aranda y la razón de nuestra incursión en el cuartel. Escolano no dijo nada mientras yo hablaba y hablaba, tampoco Eva. Sobrevolamos la carretera que llegaba a Manzanares y descubrimos la avanzadilla de un ejercito de las tinieblas a tres o cuatro kilómetros. Un rápido vistazo nos dejó las cosas claras. Era tal la cantidad de infectados que nunca podríamos aguantar en el castillo, y aunque lo hiciéramos jamás podríamos salir.

El comandante me apoyó una mano en el hombro cuando aparecieron las fogatas que alumbraban las cuatro esquinas del castillo.

—Ahí está vuestra casa, amigo. Lástima que tengáis que dejarla —dijo.

—Antes nos ocuparemos de ese maldito soldado —oímos decir a Eva que hasta entonces había permanecido callada.

—Desde luego —respondió Escolano.

Con pericia tomó tierra en el amplio aparcamiento junto a la carretera, frente al castillo, y apagó los motores. Podía imaginar la sorpresa de todos cuando lo vieran. Hasta ese momento no había pensado en lo que ese cabrón les habría contado de nosotros si es que realmente había vuelto al castillo.

—Rápido —dijo Eva con urgencia en la voz—, tenemos que ir a por Aranda.

—Quizá se haya largado a otro sitio.

—Seguro que ha venido aquí.

No habló más, cogió un arma y bajó a Fabián ayudada por aquella mujer que nos libró del cabo. Las otras tres continuaron juntas, como trillizas. Una de ellas estaba embarazada, no quise pensar de quién. El variopinto grupo llegó a la puerta que daba acceso al recinto, estaba cerrada y nadie nos esperaba. Iba a saltarla cuando una voz a nuestra derecha tronó de golpe.

—¡Quietos!

—¿Julián? Somos nosotros.

—¡Santo Dios, estáis vivos!

De las sombras salió Julián y nos abrazó, junto a él estaban Valerio el delineante y Yesica la periodista, ambos armados. Parecían muy nerviosos.

—¿Dónde está Aranda? —Eva no perdió el tiempo.

—Se ha ido... y se ha llevado a Luna.

—Dios mío —musitó Eva y agachó la cabeza como si la ofreciera al verdugo.

—Dijo que mató a Raquel después de abandonaros en el cuartel, ¿es verdad? —continuó Julián.

—Me temo que así es —contesté.

—¡Joder, joder, me cago en todo! —espetó apretando los puños.

—Entremos en el castillo y contadnos lo que ha pasado —dije. Tenía los nervios de punta y Eva era la pura estampa de la desesperación.

En la liza esperaban el resto de los habitantes, sus caras eran un poema. No pasamos de allí. Intercambiamos información a la velocidad del rayo, no había tiempo para muchas explicaciones. Julián tomó a Lucas del brazo y lo retiró del grupo unos minutos, cuando regresó su cara era otra. Todos hablábamos atropelladamente, pisándonos las palabras, como en una antigua tertulia de televisión. Parecía imposible que nos entendiéramos, pero al final lo hicimos y todo lo que escuchamos, los unos de los otros, fue tan terrible que callamos de golpe y, por unos segundos, no se oyó ni el vuelo de una mosca. Aprovechó el comandante para meter baza y hablarnos de su conversación con el capitán de una fragata anclada cerca de Mahón y de la posibilidad real de que nos marcháramos a la isla. Quedamos sorprendidos, aquellas últimas palabras suyas abrían una puerta por la que pasaba la esperanza montada en una carroza de carnaval. Pero lo primero era lo primero y Eva lo tenía claro.

—Por dónde se la llevó.

—Dirección Collado Villalba. Tal vez pretenda salir a la A6. No sé... —dijo Julián.

Ante la amenaza de Aranda de matar a Luna si les seguían, habían esperado hasta que se alejaran. Justo cuando aparecimos nosotros iban a salir con la moto en su busca.

—Nosotros iremos —sentenció Eva—. Los rastrearemos con el helicóptero.

Parecía la mejor idea, el comandante estuvo de acuerdo. Desde el aire, a cierta altura, seríamos indetectables. Podríamos abarcar mucha distancia y las luces de un vehículo parecerían un faro en mitad del océano.

—¿Cuánto hace que se fueron? —preguntó Escolano.

—Quince, veinte minutos máximo —respondió Julián.

—No pueden estar a más de treinta kilómetros. Los alcanzaremos en un abrir y cerrar de ojos —sentenció el comandante.

Aquello era una locura, no se podían acumular más desgracias. Pobre Luna. Continuamos hablando a la vez, los nervios iban en aumento. A excepción de Fabián (que descansaba sentado junto al muro) y de las tres gracias pálidas (que en un discreto retiro se mantenían al margen), el resto parecíamos una jaula de grillos. Me hice un pequeño hueco en aquella especie de corrillo televisivo y me dispuse a recapitular.

—Bien, escuchad —conseguí un silencio relativo—. Eva y yo iremos a buscar a Luna mientras vosotros preparáis todo para marcharnos cuando volvamos. Aquí es evidente que no podemos quedarnos teniendo en cuenta el infierno andante que se aproxima.

—¿Nos iremos a Menorca? —preguntó Anabel.

—Sí —contestó rotundo el comandante.

Anabel no pudo disimular una sonrisa de satisfacción.

—Ya sabéis que llegará un camión en unos minutos —continué—. El conductor está herido. Ocupaos de él —notaba a Eva inquieta, deseando salir en busca de Luna. Yo estaba igual—. Bien, si no hay dudas, en marcha.

No hubo objeciones. Asintieron sin decir palabra. El miedo por un lado y la promesa de una tierra prometida por el otro les había enmudecido.

—Iré con vosotros —dijo Lucas, haciéndose un sitio entre los demás. Apretaba el arma igual que si escurriera ropa.

—Te necesitamos aquí, Lucas. Ya sabes... —dije y miré al grupo esperando que comprendiera—. Si no volvemos a tiempo es imprescindible que ayudes a la evacuación con los vehículos.

—¿Por qué no ibais a volver? —preguntó nervioso Julián abrazado a una Anabel que no hacía más que tocarse su tripa de embarazada.

—Tenemos que pensar en todo —continué—. Si llegan esas cosas antes que nosotros coged los vehículos y marchad dirección Valencia, nos encontraremos por el camino. El comandante os facilitará la frecuencia de la fragata por si surgen... problemas —tuve que ser sincero.

—Vale —dijo Julián sin mucha convicción.

Escolano sacó una libreta del bolsillo superior de su camisa, anotó algo y se lo entregó a Julián.

—También está la frecuencia del helicóptero, estaremos en permanente contacto

—dijo entregándole una pequeña hoja cuadriculada.

—¿De acuerdo entonces? —pregunté esperanzado de que así fuese.

Solo observé asentimientos de cabeza, leves afirmaciones y murmullos. Los ánimos estaban por los suelos, era lógico. No hubo más preguntas. No sé si por suerte o por inspiración, pero conseguí poner cierto orden en aquel caos, y convencerles relativamente. Los habitantes corrieron a preparar la salida del que había sido su hogar durante tanto tiempo. No era fácil imaginar lo que pasaba por sus cabezas. Julián se abrazó a los dos, nos besó y, con su boca cerca de nuestros oídos, escuchamos una voz de adulto que se quebraba hasta convertirse en el llanto de un bebé.

—Creí que os había perdido —dijo finalmente—. Encontrad a Luna para que mi felicidad sea completa.

—Lo haremos —prometió Eva. Yo asentí con un nudo en la garganta.

Nos libramos de su intenso abrazo a duras penas y pusimos camino al helicóptero. Lucas nos salió al paso.

—Traedme vivo a ese cabrón —sentenció—. Quiero mirarle a los ojos mientras le saco el corazón por la boca.

Escolano puso en marcha los motores y la bestia de metal cobró vida. Esta vez fue Eva la que se sentó delante, quería tener la mejor visión posible. Nos elevamos y comenzó nuestra desesperada búsqueda. ¿Qué probabilidades teníamos de encontrarlos? Y de hacerlo, ¿cuántas existían realmente de que Luna no hubiera sufrido algún daño o... continuara con vida? Sin haberlo acordado previamente, Eva y yo ocultamos a la comunidad las verdaderas razones que llevaron a Aranda a abandonar el cuartel. No les dijimos el sádico, violador y pederasta que era. Lo llamamos, aunque lo sabíamos, y eso hacía que en nuestros estómagos sintiéramos un frío de ultratumba. A Escolano, sin embargo, le pusimos al corriente sobre el individuo que perseguíamos.

—Joder —fue su respuesta.

Íbamos sin luces, a unos doscientos metros de altura. Eva movía la cabeza sin parar, con los prismáticos en la mano. Trascorridos quince minutos comenzó a ponerse nerviosa.

—¿Qué distancia hemos cubierto? —preguntó.

—Más de treinta kilómetros —respondió Escolano.

—Entonces, ¿dónde están?

—Puede que circulen con las luces apagadas o...

—¿O qué?

—Hayan parado y estén escondidos.

No tuve que verle la cara para saber que por ella acababa de pasar una sombra de malos presagios, la misma que pasó por la mía.

—Daremos otra batida. Ampliaremos el círculo —dijo Escolano.

—Luna, ¿dónde estás? —musitó Eva.

—Usa esto —dijo Escolano—. Descenderemos a sesenta metros, a esa altura no se te escapará nada.

Ofreció a Eva unas gafas de visión nocturna que se colocó de inmediato. Comenzamos a bajar. Apenas veía nada desde mi posición. Aún así estiré el cuello como si con ello pudiera conjurar a los dioses de la vista, e intenté descubrir algo entre la negrura absoluta. Eva movía la cabeza con golpes secos, con aquellas gafas puestas que le daban el aspecto de un insecto gigante. Estaba desesperada. La búsqueda se estaba alargando demasiado y no podía dejar de pensar en la gente del castillo. En poco tiempo aquello iba a convertirse en un infierno del que les sería muy difícil salir si no llegábamos antes. ¿En qué momento nos daríamos por vencidos? ¿Quién sería el que decidiera cuándo abandonábamos y regresábamos? Sabía que Eva no lo haría nunca, yo tampoco.

Lo hizo Escolano.

—Tenemos que volver, lo siento. Ya hemos gastado demasiado combustible y nos hará falta para llegar a Mahón.

—Hay gasolina en el castillo —dije ingenuamente.

—Este helicóptero consume mil litros por hora de combustible JP-8, algo que no se encuentra en cualquier gasolinera. Vuelvo al castillo ya —respondió alzando la voz por encima del ruido del motor.

—No volveremos hasta que encontremos a Luna —gritó Eva sin separar la mirada de la ventanilla.

—Eva, el comandante tiene razón. Hay que regresar y llevarnos a la gente de la comunidad a un lugar seguro —intentaba ser juicioso, pero eso no me hizo sentir menos canalla por abandonar a Luna.

—Continuamos buscando —sentenció Eva.

—Lo siento por esa niña, pero volvemos —dijo Escolano y viró el helicóptero en redondo.

—¿Qué estás haciendo?

El comandante no contestó a Eva, manipuló algunos botones y puso rumbo al castillo.

No sabía qué decir. Se me pasó por la cabeza la imagen de aquel monstruo con Luna. Conocía de lo que era capaz. Podía imaginar el destino de aquel pequeño ángel y se me partía el corazón. Pero eso no quería decir que tuviéramos que evitar tomar una dura decisión, una durísima decisión: abandonar a uno para salvar a muchos. Una cuestión de cantidad y no de calidad. Una sentencia en la que intervenía la razón y no los sentimientos.

—Eva... —dije finalmente a modo de lamento.

Se revolvió en el asiento, montó su pistola y apuntó a la cabeza del comandante.

—Continuamos buscando —resolvió.

Me quedé sin habla.

—Si me dispara moriremos todos, incluidos los del cuartel —dijo con tranquilidad Escolano.

—No me importa. Haz lo que te he dicho.

El comandante se volvió a mirarme y buscó una consulta. Su gesto decía algo así como: «¿será capaz de disparar?». Me di cuenta de que no conocía tanto a Eva como para saberlo, de que quizá ella tampoco. Lo que sí noté fue cómo su angustia la desbordaba. Sentí claramente el instante en que esa misma angustia colonizó también mi cuerpo de igual forma que haría un hongo virulento. Experimenté aquello que torturaba su interior y llegué a asfixiarme.

Escolano continuó esperando mi respuesta. Solo hice un gesto de afirmación con la cabeza a su pregunta silenciosa.

—Una última pasada y regresamos —dijo finalmente.

Una avanzadilla de infectados dobló la última curva de la carretera que llevaba a Manzanares El Real. No serían más de doscientos. Iban a buen paso y, a pesar de su extraño aspecto, no era difícil adivinar que se trataba de los individuos más jóvenes y fuertes del grueso de la inmensa horda. Caminaban en silencio hasta que llegó a su pituitaria el intenso olor a humano, eso hizo que saliera de sus gargantas mutantes un alarido espantoso que lo invadió todo. Se detuvieron unos instantes al contemplar el castillo iluminado por el fuego de los pebeteros. Habían llegado. Sus cerebros «reptilianos» les decían que esperaran a los demás, pero estaban demasiado excitados para hacerlo. Como un solo cuerpo se lanzaron al ataque, guiados por un instinto primitivo y brutal tan antiguo como el mundo: el odio.

Volvimos a recorrer la carretera de arriba a abajo. El tiempo se agotaba en un abismo de oscuridad.

—Regresamos —dijo Escolano—. Puedes dispararme si quieres.

—¡Espera! —gritó Eva con la cabeza pegada a la ventanilla.

—Se acabó —sentenció el comandante.

—He visto algo. Allí, a la derecha.

Escolano giró y realizó una pasada a baja altura, por encima de la zona que Eva señalaba.

—Es una luz muy pequeña, pero es una luz —se volvió a mirarme entusiasmada.

—No veo nada —dijo Escolano.

—Está ahí. Baja, baja.

—¿Seguro?

—Aterriza, por favor —musitó Eva, agarrándose a una esperanza diminuta que solo ella veía. Ya no le apuntaba con el arma, suplicaba.

Tomamos tierra en la carretera. Eva saltó del helicóptero sin dejar que terminara de posarse, yo la seguí. A unas decenas de metros había una luz en el suelo, tenía razón. Estaba a la entrada de una comarcal, Eva la cogió y me la mostró.

—¡Es la linterna de Luna! —gritó de entusiasmo—. Nos ha dejado una señal, ¿lo entiendes? Han tomado esta salida. Dile al comandante que nos espere, iremos a pie. No podemos arriesgarnos a que nos oiga o a no poder aterrizar.

—Pueden estar lejos.

—Correremos —contestó.

Y eso hicimos. A oscuras, igual que dos almas desesperadas, corrimos por aquella *carreterucha* con la esperanza de no llegar demasiado tarde. Solo se escuchaban nuestras respiraciones agitadas, el golpeteo sordo de las pisadas, el roce de la ropa..., el crujir de unos corazones a punto de romperse. Después de una curva pronunciada enfilamos una recta con una leve pendiente. Eva aceleró y me dejó atrás. Intenté seguirla, desistí. Me ardía el pecho, llevábamos más de quince minutos galopando y yo había tenido veinte años hacía muchos años.

Encontré a Eva agachada, junto a una puerta cochambrosa de metal que daba acceso a una finca, tenía algo en la mano.

—Mira, otra miguita de pan.

Encendió la pequeña linterna y alumbró la libreta de tapas negras y hojas azules que le regalé a Luna.

—¡Es de ella! —dije jadeando, me faltaba el aliento. Eva asintió.

—Ese cabrón está ahí dentro... con Luna.

Señaló la casa baja. Mis ojos se habían acostumbrado lo suficiente a la oscuridad como para distinguir la construcción de dos plantas. Eva estaba paralizada, había corrido como una posesa y ahora unos pensamientos contradictorios la tenían bloqueada. Sabía lo que le pasaba, podía imaginar los temores que atrofiaban sus músculos. Manoseaba su arma sin decidirse a actuar. Sabíamos de lo que era capaz Aranda. Conocíamos perfectamente las intenciones enfermizas que le habían llevado a huir con Luna. Por qué, en un momento dado, decidió salir de la carretera y buscar un lugar tranquilo. Yo lo sabía y Eva también. Por eso dudaba si entrar a buscarla. Por el mismo motivo que yo: temíamos encontrar algo que no pudiéramos olvidar mientras viviéramos.

Nos mirábamos paralizados cuando oímos un disparo que nos hizo saltar como a resortes. Venía del interior de la casa.

—¡Dios mío, Luna! —exclamó Eva y salió corriendo sin esperarme.

La detuve en la puerta de la casa.

—Eva, está armado y es extremadamente peligroso.

Me observó con los ojos arrasados en lágrimas y se precipitó al interior sin atender a mi advertencia. La seguí con una losa oprimiéndome el pecho.

La planta baja estaba totalmente a oscuras, el olor a rancio era espeso y mareante. Revisamos todas las estancias sin encontrar nada. Vi las escaleras, un leve resplandor

venía de la segunda planta. Subí el primero. Eva quiso adelantarme cuando llegamos arriba, tuve que emplearme a fondo para detenerla. Una luz salía de la habitación del fondo.

—No ha podido salir, tiene que estar dentro —musité a su oído.

Fue en ese momento cuando observé la sangre seca que manchaba su cuello.

—Tu oído...

—Ese puto cabo, creo que me reventó el tímpano —contestó sin darle importancia.

Con las armas preparadas caminamos con sigilo por el estrecho pasillo, los latidos del corazón iban a reventarme el pecho. Nos paramos junto a la puerta abierta, no se oía nada. Levanté el puño y comencé una cuenta con los dedos. Cuando saqué el tercero entramos.

Lo primero que observé fue una pared llena de sangre, luego un cuerpo sobre la cama con el cráneo reventado, era Aranda.

—¡Luna! —escuché gritar a Eva a mi espalda.

Me giré y allí estaba, sentada en un rincón, mirándonos con sus preciosos ojos azules, pálida como la pared, pero viva. Con una mano se agarraba las rodillas contra el pecho y con la otra sujetaba una mochila verde con un agujero de bala aún humeante. Del interior de la mochila sacó su revolver plateado, nos lo mostró.

—Le he matado, le he matado —repitió con voz temblona. No articulaba bien las palabras, parecía en estado catatónico.

No se movió. Ni siquiera reaccionó cuando Eva se agachó para abrazarla y comérsela a besos.

—¡Oh, preciosa...!

Se mantuvo unida a ella, consolando un cuerpecillo cuya mente había vivido una experiencia que a muchos adultos los hundiría para siempre.

En el antiguo mundo, aquella niña, necesitaría ayuda para recuperarse del trauma. Arropada por sus padres, bajo la atenta mirada de profesionales, con apoyo psicológico. Semanas, meses de terapia serían necesarios para que, con mucha suerte, aquella desagradable experiencia desapareciera sin dejar rastro y le permitiera continuar creciendo sin su infecto lastre. En el nuevo mundo no había tiempo para eso. Ahora era preciso que las heridas sanaran con la medicina de la fuerza de voluntad y el carácter.

—Tenemos que irnos —dije.

Eva lo entendió y comenzó a levantarla. Luna también comprendió y se dejó hacer. En un mundo habitado por un enemigo surgido de nosotros mismos, una nueva especie brutal y despiadada, sin conciencia y sin alma, ya no existía la tregua.

Encontramos el minibús aparcado al otro lado de la casa. Evitamos mirar el texto escrito con sangre por Raquel. Saqué la bolsa de las armas del maletero, donde me dijo Lucas que estarían, y me puse al volante. Eva se sentó detrás, abrazada a Luna. Conduje de vuelta al helicóptero como un loco por aquella carretera sinuosa,

apurando las curvas y trazando con la tranquilidad de ser el único conductor. Olvidamos coger un walkie y necesitaba saber si ya había llegado Fede, conocer cómo les iba a la gente del castillo con los preparativos para su recogida. La horda estaba cerca, pero esperaba que tuviéramos tiempo suficiente para evacuar sin problemas.

Los faros alumbraron por fin el perfil de aquella mole de metal. Escolano esperaba fuera, con un arma entre los brazos. Eva subió a la zona de carga con Luna, ni siquiera le dirigió la palabra al pasar, ni una mirada, solo deseaba refugiar a la pequeña entre sus brazos.

—Me alegro de que la encontrarais. ¿Cómo fue?

—El cabrón está criando malvas.

—Bien.

—El problema es que fue la niña quien le voló la cabeza antes de que llegáramos.

—Vaya.

Escolano entendió.

—Vamos —me apremió cogiéndome del brazo—. Han llamado del castillo, parece que tienen problemas.

21. LA GESTA DEL MUERTO

Fede condujo hasta el lugar que le había indicado Carlos, la curva al final de la carretera. No vio el minibús aparcado, tampoco a nadie. Frenó sin parar el motor y bajó del camión, tenía empapados los pantalones de sangre y sentía un leve mareo, se estaba desangrando.

Ayudado por la linterna encontró el cadáver de una mujer semioculta entre las hierbas altas. Estaba de rodillas, caída hacia atrás, en una postura triste e innoble. Con mucho esfuerzo la levantó y la subió a la parte trasera. No quiso dejarla allí, le recordaba una muñeca vieja, un desecho, y no le pareció justo.

De vuelta en el camión condujo por la carretera dirección a Manzanares. No hacía mucho que escaparon, quince, veinte minutos de ventaja a lo sumo. Los alcanzaría enseguida siempre y cuando atendieran a las indicaciones y no tomaran otra dirección. En eso pensaba con la mirada atenta por si veía las figuras de sus compañeros.

La vista le fallaba. Veía correctamente, era más bien una sensación onírica, igual que si mirara a través de un cristal confeccionado con recuerdos. Contemplaba la carretera mezclada con imágenes de su vida anterior.

Se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la mano y se manchó de sangre. Sin querer, la evocación lo condujo por una senda luminosa y acogedora. Revivió tiempos pasados, fragmentos de su existencia, retales de momentos felices.

—Ha estado bien —se dijo—. Has tenido una buena vida, no te puedes quejar.

Se entretuvo recorriendo sus últimos años, disfrutando de nuevo con la compañía de su mujer y sus dos hijos, de su familia. Obvió su muerte, por supuesto. Evocó las mañanas de domingo, los paseos por el campo, las meriendas a la sombra de un árbol, los abrazos de amor de sus pequeños, las caricias intencionadas de su mujer. Para su infancia también tuvo un momento. Contempló a sus padres. Buenos padres, cariñosos y abnegados. Sus hermanos. Sus abuelos... Una infancia feliz en definitiva.

Miró el retrovisor y vio unos ojos que, con serenidad, temple y convicción, se disponían a despedirse de él.

Sin quererlo se le dibujó una sonrisa. Pronto se reuniría con ellos.

Al doblar una curva las luces iluminaron un grupo numeroso de infectados, unos veinte o treinta. Caminaban ligeros, parecían perseguir algo. Los arrolló y unos cuantos metros más adelante encontró a un puñado de harapientos que corrían exhaustos dando traspiés: sus antiguos compañeros. Dio las luces largas varias veces y esperó a que se apartaran de la carretera para detenerse. Por el retrovisor distinguió una sombra que se aproximaba, una masa oscura formada por decenas de infectados.

—Vamos, subid —gritó a través de la ventanilla.

Casi no distinguió sus caras contraídas por el esfuerzo y el miedo. De haber

tardado cinco minutos más no habría encontrado nada que recoger, tan solo un montón de huesos mondados en mitad de la carretera.

A los pocos metros volvió a encontrarse con otro montón de infectados. Aunque el camión era muy robusto no quería arriesgarse a romper algo del motor o la dirección. Bajó la velocidad y los embistió con cuidado.

Los últimos kilómetros fueron más tranquilos y por fin distinguió en la lejanía las hogueras situadas en el castillo. Intentó acelerar, pero la pierna era como de goma, presionaba el pie y este se doblaba a un lado y a otro. El volante también se convirtió en algo blando y maleable, como si sujetara una cuerda entre sus manos. Destellos eléctricos invadieron su cerebro y cegaron sus ojos miles de puntitos de intensa luz. Rodeó el perímetro buscando una puerta que no veía ya. En varias ocasiones rozó el parachoques contra el muro bajo y, más por la fricción del camión que por la acción de su pierna sobre el freno, el vehículo se detuvo.

Un incesante sonar de claxon rebotó en los muros del castillo y llegó a los oídos de sus habitantes. También lo escucharon decenas de miles de infectados.

22. EL ASEDIO

El castillo era un bullir de voces y carreras. Desde que partieran Eva y Carlos en busca de Luna y supieran de la horda que caminaba en su dirección, nadie había parado un solo segundo. Ni siquiera tuvieron tiempo de lamentarse por tener que dejar su hogar, simplemente no había tiempo. Julián y Lucas organizaron la partida. Les hubiera ayudado Anabel, pero se estaba ocupando de las cuatro mujeres, de asearlas un poco y proporcionarlas ropa y algo de comida.

Lo primero era cargar lo fundamental en los vehículos: armas, víveres, agua, gasolina, los medicamentos, las semillas... Julián responsabilizó a Justo de trasladar la mayor cantidad de semillas a los vehículos.

El pasadizo que comunicaba el castillo con la iglesia de Nuestra Señora de las Nieves era un ir y venir constante de sus habitantes cargados de cajas, bolsas y utensilios de todo tipo. Nadie quería dejarse nada.

—¿Por qué cargamos todo en los coches? ¿No dijo Carlos que iríamos en el helicóptero? —preguntó Ramiro, el empleado de banca, mientras levantaba un saco de grano.

—Tenemos que estar preparados por si no pueden recogerlos, ya le oíste —contestó Julián.

—Entiendo.

—Venga mueve el culo, joder.

Ruth, la peluquera oficial del castillo, y Yago, el antiguo ejecutivo, montaban guardia en la barbacana. Provistos de prismáticos y de walkies, se mantenían muy atentos, con los ojos bien abiertos. Su relación iba viento en popa y, contra todo pronóstico, formaban una buena pareja. Disfrutaban de la mágica etapa en que una insoportable manía del otro se percibe como un delicioso capricho, el enamoramiento ciego. Aunque no perdían la ocasión de dirigirse miradas cómplices cargadas de tensión sexual y llenas de dobles intenciones, no descuidaban la vigilancia y escudriñaban el entorno en busca de cualquier indicio de infectados y, por supuesto, prestaban una especial atención a la entrada por la M-607. «Según Carlos tiene que llegar un camión», les había dicho Julián.

Y en efecto lo hizo. Primero escucharon el rumor bronco del motor diésel y luego unos faros abriéndose camino en la oscuridad. No circulaba recto, iba dando bandazos, igual que si lo llevara un conductor borracho. Enfiló la carretera, pasó junto al antiguo cuartel de la guardia civil sin chocar contra él de milagro y fue directo al castillo. Impactó levemente contra el muro bajo que bordeaba el perímetro del castillo y saltaron chispas durante algunos metros hasta que finalmente se detuvo. El claxon entonces comenzó a sonar.

Nadie salió de su interior.

—Julián, ha llegado un camión. Está junto a la puerta Este —comunicó Yago por walkie.

—Vamos para allá —contestó Julián.

Llegó a la carrera con Lucas, con las armas preparadas. Los faros del camión Uro continuaban encendidos y el motor al ralentí. Sin hablar, indicó a Lucas que lo cubriera y se asomó a la cabina. Vio a un hombre vencido sobre el volante, inmóvil. Sin abrir la puerta le buscó el pulso en el cuello. Primero en un lado, luego en el otro. No lo encontró, estaba muerto. Se desplazó con sigilo a la parte trasera. Esperó que Lucas estuviera a su lado, bajó el portón trasero y alumbró el interior con la linterna acoplada al cañón de su escopeta Franchi. Bajo la luz azulada descubrieron unos hombres sentados en el suelo junto a lo que parecía el cadáver ensangrentado de una mujer. De inmediato reconocieron de quién se trataba.

—Bajen del camión, deprisa —ordenó Julián sin brusquedad, pero con firmeza.

De alguna manera, aquellos hombres que se habían encontrado el cadáver en el interior del camión cuando los recogieron, sintieron que debían una explicación que nadie les pedía.

—No sabemos quién es la muerta, estaba dentro cuando nos subimos —dijo uno cualquiera de aquellos hombres mermados.

Lucas, sabiendo lo que vería, se acercó al cadáver. Con una mano temblorosa retiró el pelo de la cara de su amada y acarició su cuello con un dedo.

—La muerta se llamaba Raquel —contestó con serenidad—. Bajad de una vez.

Descendieron tímidamente, sin dejar de mirar al suelo.

—Id dentro del castillo y preguntad por Justo, hay mucho que hacer, ya habrá tiempo de presentaciones —les indicó Julián con corrección, pero al tiempo con frialdad. No supo el porqué, pero esos hombres no fueron de su agrado.

Sin decir nada, Lucas subió al camión. Aquel hombretón se abrazó al cuerpo sin vida, besó sus labios con delicadeza y lloró su muerte con abundantes lágrimas. Julián observó la escena con un nudo en la garganta, apoyó la mano en el hombro de Lucas y lo palmeó sin saber qué decir, luego volvió a la cabina y sacó el cuerpo del conductor empapado en sangre de cintura para abajo. Recordó algo que dijo Carlos, «... *el conductor viene herido, atendedle bien. Es un buen tipo, le debo mucho*». Lo dejó tumbado en el asfalto, con delicadeza, con el respeto que le merecía.

—Lo siento, tío —musitó cerca de su cara—. Estoy seguro de que vales más tú muerto, que todos esos que has traído.

Lucas levantó a Fede como si no pesara nada y lo dejó junto a Raquel, en la zona de carga.

—Llevaré el camión a la iglesia y me ocuparé de que tengan un entierro digno.

—Claro, Lucas, por supuesto.

Apenas Julián entraba de nuevo en el castillo cuando llegaron los primeros

infectados. Serían unos doscientos, venían por la M-607 y a buen ritmo. Ruth los oyó primero, luego los vio cargar como una banda de enloquecidos. Se desplazaban igual que un banco de peces, movimientos coordinados, todos a la vez.

—¡Ya vienen los infectados! ¡Ya están aquí! —gritó.

El grupo se precipitó contra las vallas del perímetro produciendo un ruido ensordecedor. Julián se asomó a los muros y pudo distinguir claramente cómo se bamboleaba la alambrada. No tardaría en caer. Recordó que la vaca estaba aún fuera y corrió a buscarla.

—Espera —dijo a Antonio que se disponía a atrancar la puerta con un gran madero—, la vaca está fuera.

—¿Y qué vamos a hacer con ella?

—No lo sé, pero no podemos abandonarla ahí.

Sin dejar de mirar atrás condujo al animal que mugía inquieto. Le costó convencerla de subir los amplios peldaños que llevaban hasta la puerta.

—Vamos, bonita, vamos.

De pronto un crujido de metal se escuchó a su espalda. La valla cedió. La vaca se detuvo justo en el umbral de la puerta, moviendo la cabeza a un lado y a otro, confundida.

—Joder, vaquita, entra de una puta vez.

La horda iba directa a ellos cuando algo voló desde lo alto de la muralla e impactó entre Julián y los infectados. Una llamarada iluminó la noche. La siguieron dos más. Los cócteles molotov los lanzaba Yago que, con extraordinaria puntería, logró componer un círculo de fuego que separó a Julián y a la vaca de los atacantes. Yesica ayudó a meter por fin a la vaca y pudieron cerrar la puerta.

—¿Qué hacemos con ella ahora?

—Ni idea, de momento llévala al patio —contestó Julián.

Estaba confundido. Habían llegado muy rápido. Todavía no eran muchos, pero sí muy violentos. Volvió al interior del castillo, a coordinar la salida. Estaba claro que el rescate por helicóptero sería muy complicado, tenían que pensar en escapar por sus propios medios. El camión les vendría de maravilla, en él podrían llevar casi toda la carga y, teniendo en cuenta que perdieron el minibús, iban a necesitar los otros vehículos para trasladar a las personas que ahora eran más. Antonio terminó de apuntalar la puerta y volvió al interior a continuar cargando víveres.

—¿Queda mucho? —preguntó Julián a Anabel, encargaba de supervisar que no se olvidara nada importante.

—Hemos recogido la enfermería, y la mayoría del grano y de los víveres están cargados ya. También tenemos las armas y las garrafas de agua abajo, en la entrada del túnel. Ahora estamos llevando la ropa y demás artículos de necesidad. Fina y Sergio están recogiendo la cocina y Andrés se encarga de las gallinas.

—Cojonudo.

—¿Qué haremos?

—Voy a comunicarme con el helicóptero. A ver qué me cuentan. Te quiero preciosa —Julián le estampó un rotundo beso en los labios—. No voy a dejar que os pase nada ni a ti ni al niño.

—O a la niña.

Julián le dedicó una sonrisa inmensa y corrió en dirección a la torre del homenaje. Subió las escaleras de tres en tres y entró en la antigua habitación del embajador, Pablo, la misma que siglos atrás fuera el dormitorio de los señores de Mendoza. Encendió la linterna y buscó la radio. La conectó a la batería y comprobó que funcionara. Sacó el papel cuadriculado donde el comandante del helicóptero le anotó la frecuencia de radio y comenzó a sintonizar. En ese momento crepitó su walkie, era Yago.

—Julián, ¿dónde estás?

—En la torre, junto a la radio.

—Deberías ver algo cuanto antes.

—¿Qué pasa?

—Asómate.

Julián dejó la cuartilla de papel sobre la mesa y salió a la preciosa Galería Guas, desde donde se disfrutaba de una vista privilegiada del embalse y los alrededores. Lo primero que vio fueron las llamas consumiéndose alrededor de la puerta, lo segundo le dejó sin aliento.

—¿Lo ves? —preguntó Yago.

—Son...

—Sí, Julián. Cubren toda la explanada y parece que llegan más.

—Pero qué demonios...

No terminó la frase. Volvió a la radio sintiendo sudores fríos. Sus dedos nerviosos giraron el dial en busca de la frecuencia.

—Aquí el castillo, ¿me escucháis? —dijo con la voz clara, intentando mantener la calma—. Aquí el castillo, soy Julián, ¿me escucháis? —repitió algo más inquieto.

—Aquí el comandante Escolano, le escucho fuerte y claro.

—¿Cómo va la búsqueda?

—Estoy posado en la carretera, a unos cuarenta kilómetros del castillo. Sus amigos se marcharon hará unos veinte minutos, seguían una pista.

Julián se quedó unos segundos con el micrófono en la mano. No le gustó lo que oyó. Esperaba escuchar que todos volvían sanos y salvos, con Luna, por supuesto.

—Dícales cuando vuelvan que aquí la cosa se está poniendo muy fea, hay miles de infectados afuera.

—Entonces la recogida no va a ser posible.

—Ya lo sé joder. Estamos preparando todo para largarnos, listillo —respondió Julián alterado. Inmediatamente fue consciente de que se había pasado con el comandante, pero no se disculpó.

—Bien, entonces volveré a comunicar con el castillo cuando vuelvan sus amigos

—dijo muy serio—. ¿Algo más?

—No —contestó Julián cerrando los ojos y cortó la conexión.

El rumor de gargantas infectas fue en aumento hasta convertirse en un sonido insoportable. En pocos minutos el castillo fue rodeado por decenas de miles de seres que pugnaban por hacerse con un bocado de humano. Las vallas del perímetro cayeron y todo el trabajo de meses, cosechas, instalaciones de agua y corrales, quedó reducido a un recuerdo. Los infectados arañaban y golpeaban los muros de granito buscando un punto débil donde concentrar su ataque. Algunos de ellos encontraron la puerta de madera que, a pesar de la chapa de metal que la cubría, resultaba el punto más vulnerable. Poco a poco fueron desplazándose y pronto el grueso de aquel ejército mutante formó un ariete que arremetía contra la madera con una intensidad y una ferocidad inusitada. Formando una cuña de carne y hueso el empuje fue en aumento. Los más cercanos a la puerta comenzaron a reventar literalmente bajo la enorme presión que ejercía la gran masa. Vísceras y sangre saltaban a cada arremetida y la robusta puerta de madera apuntalada comenzó a combarse peligrosamente.

Yago y Ruth continuaban de guardia en lo alto de los muros, caminando nerviosos por el adarve sin saber qué hacer. El resto de los habitantes se afanaban por recoger sus últimos enseres y llevarlos a los vehículos ya convencidos de que aquel lugar iba a dejar de ser su hogar en poco tiempo. El pasadizo que comunicaba el castillo con la iglesia estaba como el metro en hora punta. Allí se encontraba también Julián, que corría en busca de Lucas, ansioso por comprobar cómo iba todo. Salió a la iglesia y buscó al bombero. Lo encontró junto a dos tumbas que había cavado a la velocidad del rayo. Estaba de pie, con las manos cogidas delante y la cabeza agachada.

—Hay que irse —dijo poniendo una mano sobre el hombro del bombero.

—Lo sé.

Había sido una bendición la llegada del Uro. Sin el minibús, hubieran tenido problemas de espacio, pero la gran zona de carga del camión sería capaz de llevar la mayoría de las cosas. Además tenía una ametralladora de gran calibre y mucha munición. Acompañado de Lucas caminaron hasta la parte trasera de la iglesia, donde tenían aparcados los vehículos, y con sumo cuidado se asomaron. Desde allí distinguieron la inmensa masa de infectados que atacaba el castillo, una alfombra palpitante cubría toda la explanada. El rumor de sus gritos desesperados hirió sus oídos.

—Esto es un ataque en toda regla, una ofensiva, ¿cómo es posible?

—Ni puta idea, pero el hecho es que aquí están —contestó Julián.

—¿Cuántos crees que habrá?

—Medio Madrid.

—Santo Dios.

—Bueno, a lo nuestro —concluyó Julián.

Comprobaron que todos los vehículos estuvieran a punto. Revisaron una vez más los depósitos de combustible, las ruedas, las mallas metálicas que cubrían los cristales y las defensas delanteras que, hacía meses, adaptó el «Grupo de Construcciones y Mejoras» del castillo cuyo responsable era Antonio, el antiguo albañil.

Julián encontró a Anabel que corría hacia el camión llevando una gran bolsa.

—¿Queda mucho cariño? —le preguntó mientras acariciaba su rostro sudoroso.

—Casi está todo. Y ahora dime, ¿qué hacemos con la vaca? Las gallinas ya están en sus jaulas subidas al camión, pero la vaca no podemos traerla por el pasadizo.

—Eso va a ser un problema, me temo que tendrá que quedarse.

Al decirlo pensó en Luna. La vaca Rosita, como ella le puso, era su amiga inseparable. Podrían haberla sacado por el exterior y cargarla en el BMR, pero ahora era tarde. Nadie podía imaginar que en cuestión de minutos el tranquilo castillo iba a convertirse en el escenario de un asedio.

—Ten cuidado y no cargues mucho peso —dijo Julián—. Vuelvo al castillo a ver cómo va todo.

—Tú también ten cuidado amor —susurró Anabel y le estampó un beso con sabor a preocupación.

Recorrió el túnel a toda velocidad. Solo se cruzó con un par de habitantes rezagados que ni siquiera lo miraron. En el castillo aún estaban Yago, Ruth, los comerciales Paco y Rafa, y Antonio que se afanaba en apuntalar la puerta con un par de maderos.

—¿Aguantará? —preguntó Julián a Antonio por encima del griterío.

—Son muchas toneladas de presión, terminará reventando.

Subió a la carrera la escalera de madera seguido de Lucas y se asomó desde la barbacana. Apoyado en la almena miró para abajo y se le erizó la piel. Una masa sanguinolenta se había formado junto a la puerta. Imposible distinguir miembros o cabezas, era solo una costra de carne. El ariete mutante seguía empujando y generando presión sin importarle cuántos de ellos terminaran hechos puré.

—¡El *Napalm*, trae el *Napalm*! —gritó Julián a Yago.

Este corrió a la garita en busca de la caja que contenía las botellas, y la dejó junto a la *ladronera* situada sobre la puerta.

—No les detendrá —sentenció Lucas.

—Lo sé, pero al menos les debilitará. Necesitamos algo más de tiempo —contestó Julián cogiendo uno de esos cócteles molotov de categoría extra.

Encendió la mecha de trapo y lo lanzó contra la masa, a unos quince metros de la puerta. La botella rebotó y rebotó, pero no se rompió. Quedó apoyada entre los hombros de aquellos seres. Tan apretados estaban que no encontró hueco para caer al suelo.

—Vaya —se lamentó—. Déjame tu arma.

Julián apoyó su escopeta Franchi en el muro y cogió el rifle de Yago, un arma

más precisa en los disparos a distancia. Apuntó con sumo cuidado y cuando tuvo el brillo del cristal en el punto de mira disparó. El fogonazo fue impresionante. Unas llamas densas, de un color ámbar intenso se desparramaron como lluvia purificadora sobre los cuerpos de los infectados. El *Napalm* casero que confeccionó Lucas funcionaba a la perfección y consumía la carne igual que si fuese mantequilla.

—¿Usamos granadas? —preguntó Lucas.

—Si las tiramos lejos no harán casi efecto y cerca sería peligroso. Continuemos con el *Napalm*.

Y las botellas de líquido mortal volaron por encima del muro. A veces necesitaban más de un disparo para hacerlas explotar, pero en cuestión de minutos una hoguera inmensa de carne iluminó las murallas.

—Parece que funciona —gritó Antonio desde abajo—, la puerta está dejando de temblar.

El olor de la gasolina tratada con benceno y poliestireno mezclada con la carne llenó el aire de un aroma repugnante. El denso humo subió hasta las paredes empujado por una leve brisa que venía del embalse. Los defensores comenzaron a toser y tuvieron que taparse la vías respiratorias y los ojos con un trapo húmedo.

Julián tenía otra botella en la mano a punto de lanzar cuando sonó el walkie que llevaba enganchado en el cinturón. A pesar del ruido infernal y del crepitar de las llamas lo escuchó y contestó, solo podían ser ellos.

—Julián, soy Carlos. Vamos para allá.

—Gracias a Dios que escucho tu voz. ¿Habéis encontrado a Luna? —preguntó con el temor reflejado en su voz.

—Volvemos todos.

—De puta madre tío, de puta madre. Los de tu generación no falláis nunca.

Julián no lo vio, pero arrancó una sonrisa de Carlos.

—¿Dónde estáis?

—Cerca, a unos cinco minutos. Te intenté llamar a la radio, pero no contestaba nadie. He tenido que esperar a estar al alcance de los walkies. ¿Cómo estáis?

—Aquí la cosa se ha puesto muy fea. ¿Tú recuerdas las manifestaciones en Madrid en contra de los recortes y las reformas laborales? ¿Visualizas esas calles abarrotadas de gente? ¿Esa Puerta del Sol? ¿Esa Gran Vía en la que no cabía un alma más?

—Las veo Julián.

—Bueno, pues eso no era nada comparado con esto.

—¿Tenéis todo cargado en los vehículos? —preguntó Carlos yendo a lo esencial.

—Así es, os estábamos esperando para largarnos.

Carlos se acordó entonces de Fede, tenía que haber llegado ya.

—¿Llegó el camión?

—Sí, traía a más supervivientes... y el cadáver de Raquel.

—¡Mierda, me lo temía! Y el conductor, ¿cómo está?

—Cuando abrí la puerta del camión le encontré muerto sobre el volante.

No pudo evitar sentir cómo la alegría por recuperar a Luna desaparecía igual que el hielo sobre una hoguera. Julián rompió su silencio.

—¿Era un buen tío?

—Sí. Dos buenas personas menos en este jodido mundo —respondió al tiempo que estallaban en su cabeza las terribles imágenes de aquella maldita noche—. Bien —continuó. No había tiempo para lamentos—. Aguardad hasta que llegemos para daros cobertura y distraerlos un poco, luego salid pitando. Si la carretera está ocupada por esas bestias atravesad el pueblo dirección Mataelpino y luego tomad la M-607 un poco más adelante, una vez allí ya veremos. Tendremos que encontrar un sitio despejado donde poder recogeros.

—Entonces, Luna está... bien.

A Julián fue al único al que pusieron al corriente del tipo que realmente era Aranda, y Carlos sabía a lo que se refería al preguntar eso.

—Ese monstruo no la tocó, ella misma le voló la cabeza antes.

—¡Esa es mi niña! —estalló de alegría.

—Ya vemos las luces —dijo de pronto Carlos—, parece...

—Sí, hemos tenido que montar una pequeña fogata.

A tres kilómetros se distinguía perfectamente el resplandor de las llamas. En la oscuridad del campo, en ausencia total de otra fuente de luz, aquellas llamaradas eran un faro perfecto.

—Otra cosa —continuó Julián—. ¿Qué hacemos con la vaca? Ya sabes lo unida que está Luna a ella.

—¿Sigue en el castillo?

—Sí, todo fue muy rápido, no tuvimos tiempo de cargarla en el blindado.

—Ya. Bueno, déjame pensar, continúa atento al walkie.

—Ok.

Luna dio un respingo cuando oyó a Julián a través del walkie hablar de la vaca. Con delicadeza retiró el brazo de Eva que la mantenía pegada a ella, se desabrochó el cinturón y fue hasta la cabina. Tuvo que mantener el equilibrio y agarrarse fuerte para no caer, el helicóptero se movía bastante.

—No quiero que esas cosas se coman viva a Rosita, dile a Julián que le pegue un tiro.

Carlos se sorprendió al oír a Luna a su espalda. También Escolano a pesar del casco y del ruido del motor escuchó la voz aflautada, pero firme, de la pequeña.

—Cariño, lo siento, pero no puede venir con nosotros. Mira —dijo Carlos señalando el panorama que se veía desde el cristal de la cabina.

—Dile que la mate —repitió Luna con una voz autoritaria que no podía ocultar una congoja inmensa.

—Está bien.

Carlos cogió el walkie dispuesto a comunicar la decisión a Julián cuando

Escolano le detuvo poniendo la mano derecha sobre el aparato de comunicación.

—Espera, tal vez haya una posibilidad —dijo quitándole el walkie.

Julián escuchó al piloto sin dar crédito a lo que decía. Cuando cortó la comunicación bajó a la liza y buscó a Antonio que, junto a la puerta, meneaba la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué pasa?

—Mira ese humo, la puerta se está quemando. Es debido a los infectados en llamas, no paran de avanzar y han prendido la madera. Continúan empujando hasta que se consumen por completo. Son imparables. La puerta se está debilitando mucho con el fuego. Sin agua para enfriarla no tardará en ceder —contestó Antonio.

—Bastará con que aguante un poco más. Escucha, es necesario que hagas un par de cosas.

—Dime.

—¿Sabes la tela metálica que cubre el patio, la que evitaba que entraran las palomas cuando esto era un lugar turístico?

—Sí.

—Quiero que la retires. Y también necesito que fabriques un arnés capaz de soportar el peso de la vaca.

—¿Cómo dices?

—Lo que has oído. ¿Podrás hacerlo? —Julián miró con intensidad los pequeños e inteligentes ojos del albañil.

Antonio visualizó mil posibilidades en su práctico cerebro de constructor.

—Creo que sí.

—Bien, que te ayuden Paco y Rafa, es muy urgente. Nosotros mientras trataremos de ganar tiempo.

—Pero Julián... ¿me quieres explicar para qué necesitas todo eso?

—Vamos a llevarnos a Rosita volando. ¿No te parece cojonudo?

—Madre del amor hermoso.

La majestuosa construcción de granito, con su barbacana rodeando los imponentes muros y su torre del homenaje, sobresalía como una isla salvadora sobre una costra oscura y vociferante, una alfombra nauseabunda, un caldo espeso y burbujeante de infectados que la rodeaba por completo.

El helicóptero sobrevoló el castillo y atravesó una columna de humo negro y denso que ascendía hacia el cielo proveniente de un gran fuego localizado en la entrada. Grupos de infectados ardiendo aquí y allá, moviéndose frenéticos, terminaban de componer una escena espeluznante.

—Si esto no es el infierno probablemente se puede ver desde aquí —sentenció Escolano.

Detrás de la iglesia vieron los vehículos preparados y a varios de los habitantes

afanados en terminar de cargarlos. Alguno saludó agitando los brazos.

—De momento el interés de esos comilones está centrado en el castillo, esperemos que siga siendo así —comentó Carlos.

La puerta comenzó a desarmarse. Saltaron los clavos que unían la chapa de metal y esta se separó definitivamente del conjunto. Los tablones se combaron y comenzaron a romperse. Una lluvia de astillas calcinadas cayó a la liza cuando Julián dio la orden de retirada.

—¡Vamos dentro, la primera defensa está a punto de caer!

Seguido por Lucas, Yago y Ruth, se adentraron en los muros propiamente dichos del castillo y cerraron la entrada del zaguán. Atrancaron la puerta y acumularon bancos de madera contra ella. Sabían que eso no los detendría, la cuestión era ganar algunos minutos más. En el patio porticado encontraron a Antonio, Paco y Rafa, esforzados en colocar un extraño atuendo a la vaca.

—¿Qué te parece? —preguntó ufano Antonio.

El antiguo albañil se había hecho con un par de lonas resistentes (de las que se utilizan para cubrir la maquinaria), les había realizado cuatro agujeros para las patas y luego las había unido por encima del lomo del animal con un fuerte nudo sujeto a una maroma muy gruesa. La vaca parecía que llevara una faja.

—Solo a ti se te podía ocurrir algo así. Está de puta madre —contestó Julián—. ¿Aguantará?

—Quién sabe. Si no lo hace tendremos leche merengada.

Un ruido de motores se acercó. En pocos segundos una sombra sobrevoló el castillo y desapareció. No tardó en volver. La inmensa libélula de metal reapareció por encima de sus cabezas.

—Ya están aquí.

Un foco proveniente del helicóptero iluminó el patio y todos saludaron, aunque deslumbrados. No podían ver nada. La voz de Carlos sonó a través del walkie justo en el momento en que la puerta principal claudicaba con un estruendo de maderas rotas. Cientos de infectados invadieron la liza pasando unos por encima de otros, vociferantes, enloquecidos.

—Hola chico, ¿cómo va todo?

—Aquí estamos, de mudanza.

—Ya.

Carlos, a pesar de la broma detectó nerviosismo en la voz de Julián.

—Atad la vaca al gancho y salid zumbando, la puerta principal acaba de reventar.

—Lo sabemos —respondió con un tono áspero.

El helicóptero se mantenía suspendido a unos quince metros de sus cabezas y de él pendía una eslinga, una cinta de tela ultrasensible utilizada para sujetar o izar grandes cargas.

Unos tremendos golpes sacudieron los bancos apoyados contra la puerta del zaguán haciéndolos caer. Nadie se movió. Paco y Rafa apretaron sus escopetas.

Antonio miró suplicante a Julián.

—Id a los vehículos, ya nos encargamos Lucas y yo.

—¿Seguro? —dijo Antonio.

—Claro, esto es pan comido. Enseguida vamos.

Cuando se quedaron solos, Lucas se echó el arma a la espalda y trató de coger la eslinga que se bamboleaba de un lado a otro.

A pesar de que el espacio en la liza no permitía acumular tantos infectados frente a la puerta, estos eran tan violentos que suplieron el número con la intensidad de sus golpes. La puerta estaba a punto de ceder.

—¡Vamos joder! —gritó Julián mientras Lucas saltaba tratando de agarrar el esquivo gancho.

Desde el helicóptero no veían qué pasaba abajo. Solo esperaban que les diesen el Ok para poder largarse, y este no llegaba.

—¿Qué pasa? —preguntó Carlos.

—No hay manera de coger esa puta cuerda, joder —contestó Julián con el aliento alterado.

—Baja un poco más —pidió Carlos al comandante.

—No es posible, sería peligroso.

—Pues estamos bien.

Una bisagra saltó de la puerta y cayó al suelo. Lucas la oyó, pero no quiso mirar. Estaba concentrado, esperando el momento en que la cincha, en su desesperante movimiento, pasara junto a él. Se preparó y cuando creyó que era el momento exacto, saltó. Gracias a su metro noventa pudo cogerla y, por unos segundos, quedó suspendido de ella.

—¡Por fin! —exclamó Julián.

Entre los dos pudieron acoplar el gancho a la cuerda que sujetaba la vaca. Lo consiguieron justo cuando la puerta se abrió de par en par. Al ruido del helicóptero se sumó el griterío de los infectados que entraban por el zaguán. Corrían enloquecidos. Algunos venían con los miembros destrozados por los apretones y los golpes; otros aún ardiendo, con la piel cayéndoseles a trozos, pero todos movidos por un objetivo común: los humanos que tenían delante.

—¡Arriba, arriba! —grito Julián por el walkie.

Lucas le miró contrariado, sus ojos decían «estamos muertos». Se descolgó el arma y comenzó a disparar. Aquella horda era imparable, aunque se llevaría a algunos por delante antes de morir. La cuerda se tensó y el animal empezó a subir.

—Lucas, ven —dijo Julián tirando de su brazo—. Tengo una idea.

El helicóptero se elevó. Carlos continuaba intentando contactar con Julián sin dejar de mirar por la ventanilla. No veía a sus amigos, solo cientos de infectados ocupando el patio porticado. Vio correr escaleras arriba a aquellos seres, invadir en cuestión de segundos el que había sido su hogar durante meses y sintió una rabia infinita. Escolano se elevó lo suficiente para salvar los muros con seguridad.

—¿Llevamos la vaca? —preguntó.

—Creo que sí, no la veo en el patio, aunque no sé dónde se han metido mis amigos.

—¿Qué hacemos?

No contestó, miraba hacia el castillo aunque ya estaban demasiado lejos para distinguir nada.

La radio crepitó.

—¡A los vehículos! ¡Rápido!

Era la voz de Julián. Carlos no daba crédito.

—¿Julián? Pero... ¿Dónde estáis?

—Subidos a lomos de Rosita. Venga, a los coches. Tengo que conducir el blindado.

Julián había visto clara la única salida. Cuando comprobó la cantidad de infectados que se les venían encima, decidió que no podían quedarse allí. Y saltaron sobre la vaca en el último segundo, justo en el momento en que las manos de varios infectados intentaban atraparles.

—¿Subidos en la vaca? —preguntó retórica Eva que había escuchado la conversación.

—Como lo oyes.

Respondió Carlos, y al tiempo no pudo evitar componer la imagen en su mente. A pesar de la tensión y el miedo dejó escapar una sonrisa al imaginar a esos dos hombretones montados en la vaca, suspendidos de una cuerda, volando sobre un bóvido corcel por encima del caos y la destrucción igual que héroes de tebeo. Habría dado cualquier cosa por verlo.

Como una marea espesa, los infectados invadieron el castillo. Trastornados y enfebrecidos recorrieron hasta el último rincón. Guiados por su fino olfato buscaban su objetivo.

Antonio, Paco y Rafa acababan de llegar a través del pasadizo a la boca del túnel y esperaban impacientes en las entrañas de la iglesia.

Los habitantes del castillo, montados en los vehículos, estaban impacientes por partir.

La radio de Yago sonó.

—Poned los motores en marcha, Lucas y yo llegamos enseguida —era Julián, su voz sonó amortiguada por el ruido del motor.

—¿Todo bien?

—De puta madre. Vamos volando.

—Bien.

—¿Han llegado los demás?

—Antonio, Paco y Rafa aún no.

Hubo unos segundos de silencio. Julián calculó. Tenían que haber llegado ya, determinó. Solo quedaba una explicación.

—Dios mío, seguro que nos están esperando. Hay que avisarles. Se les viene encima la mundial.

Un rumor recorrió el largo túnel y llegó hasta los hombres que aguardaban justo en la salida. Ni siquiera estaban en la iglesia, habían decidido esperar allí. Oyeron pisadas apresuradas a su espalda, se volvieron. Era Yago.

—¡Vamos! ¡Julián y Lucas vienen en el helicóptero! —gritó con la voz ahogada por la carrera.

El rumor proveniente iba en aumento.

—¿Ya están en los coches? —preguntó Paco.

—Aún no —contestó Yago.

—Entonces hay que esperar —dijo Rafa.

El golpeteo de pisadas fue en aumento. Los dos comerciales hincaron las rodillas en el suelo y dejaron un puñado de cartuchos a su lado.

—¿Qué hacéis? —preguntó Antonio.

—Vete con Yago, nosotros los pararemos mientras podamos.

Al final del túnel apareció un primer infectado, detrás llegó otro y otro más. Paco y Rafa levantaron sus escopetadas de dos cañones y apuntaron.

—Largaos de una puta vez —dijo Paco.

Antonio y Yago no contestaron, se dieron la vuelta y corrieron escaleras arriba.

La masa de infectados recorría el túnel como lo haría el agua por una cañería, atropelladamente, golpeándose con las paredes, fluyendo a presión.

Traspiraban, tenían miedo, estaban aterrorizados, pero algo les impedía moverse, algo que habían recuperado llamado pundonor. Agarrados a sus armas, mirando sin pestañear el interior del estrecho pasadizo iluminado por antorchas, esperaban.

—¿Preparado? —dijo Paco.

—Primero tú y luego yo.

Paco asintió y apuntó cuidadosamente. Cuando tuvo en el punto de mira la cabeza del primer infectado disparó. La bala de gran calibre pulverizó el cráneo y lo detuvo en seco. Los que venían detrás tropezaron con el cuerpo y algunos cayeron. Un segundo disparo se llevó media cabeza del infectado que tomó el relevo. Era el turno de Rafa. Mientras este disparaba Paco cogió un par de cartuchos del suelo y recargó su escopeta.

—Ha sido un placer haberte conocido.

—Igualmente —respondió Rafa disparando su segundo tiro.

23. DETRÁS DE TI

La imponente e inexpugnable fortaleza, capaz de mantener a raya durante meses a un ejército de soldados bien pertrechados, no pudo resistir más que unos pocos minutos el ataque de un enemigo sin conciencia y sin miedo a morir, desarmado, pero implacable.

Tristemente, el Castillo de los Mendoza había caído.

Lo tomaron seres enloquecidos que, atropellándose los unos a los otros, recorrieron el hermoso patio porticado, las estancias bellamente adornadas, la torre del homenaje, la soberbia Galería Guas... Ningún rincón se libró de su presencia, y a su paso todo quedaría maldito para siempre jamás.

Guiados por una señal captada en su *ultradesarrollada* pituitaria y registrada por su cerebro, los infectados buscaban un propósito que les marcaba su instinto. Por un impulso que eran incapaces de razonar necesitaban acabar con los responsables de aquel olor, y aquel lugar extraño olía mucho.

El primer infectado en localizar el rastro más fresco fue una joven, abogada antes de convertirse en una cosa sin nombre. Lo siguió hasta las entrañas del castillo y tras ella fueron cientos de infectados más. Enfebrecida bajó las escaleras y entró en el túnel, allí el delicioso aroma era muy intenso. Corrió chocando con las paredes de piedra, deslumbrada por las antorchas. De su garganta salían sonidos guturales que repetían los demás. Estaba cerca de encontrar lo que buscaba. Al doblar un suave recodo los vio. Eran dos, al final de ese extraño camino. Sus manos se crisparon y se lanzó a la carrera, dando dentelladas al aire, con la boca babeando. Ya los tenía, estaban muy cerca y no se movían, casi podía sentir su carne entre los dientes. De pronto un fogonazo iluminó su cerebro y se detuvo en seco. No escuchó el sonido de la detonación, que llegó unas décimas de segundo después, porque ya estaba muerta. Una bala del calibre doce le había atravesado la cabeza convirtiendo su cerebro en puré.

Los disparos continuaron. Los infectados caían por impactos certeros de cazadores expertos. Los cuerpos se agolparon entorpeciendo el paso a los que venían detrás. Dos, tres, cuatro... ocho... doce. Un montón de cuerpos, con la cabeza reventada, cubría el suelo de piedra centenaria. A la luz anaranjada de las antorchas la sangre parecía negra y la horda vociferante proyectaba sombras fantasmagóricas en las paredes.

—Los dos últimos cartuchos —dijo Paco recargando la escopeta.

—Yo también —añadió Rafa.

—¿Qué hacemos?

—¿Nos largamos?

—Detrás de ti —concluyó Paco.

Los dos hombres vaciaron sus armas contra tres infectados que se les echaban encima a apenas cuatro metros y corrieron escaleras arriba, abandonando las catacumbas de la iglesia. Pisándoles los talones les siguió la horda.

En el exterior de Ntra. Sra. de las Nieves los motores de los vehículos estaban en marcha. Julián recorrió la fila que encabezaba el blindado. Llegó al camión Uro que cerraba el convoy. Yago estaba al volante junto a Ruth, Lucas y Yesica atrás, en la zona de carga, comprobando la ametralladora M2.

Julián indicó a Yago que bajara. Lucas también saltó del camión con un subfusil en las manos.

—¿Dónde están Paco y Rafa? —dijo cuando le tuvo enfrente.

—Se quedaron dentro, en el túnel. Dijeron que intentarían contener a los infectados.

—Malditos locos. ¿Y tú los dejaste? —le increpó Julián.

—¿Qué podía hacer? Además, de no ser por ellos esas cosas ya estarían aquí seguro —respondió Yago nervioso sin dejar de mirar al interior de la cabina, impaciente por volver a su seguridad.

—Tenemos que ir a por ellos —sentenció Lucas.

Julián sopesó la acción. No hubiera dudado ni un segundo en hacerlo de no ser porque era responsable de toda esa gente y el único capaz de conducir el blindado. Sus manos sudaban apretando el metal de su escopeta. Tal vez habría tiempo de sacarlos..., si aún estuvieran vivos, pensó. A la carrera, proveniente de la cabeza del convoy, llegó muy alterada Anabel.

—Hay que largarse —dijo y disipó todas las dudas de su cabeza—. Carlos dice que un grupo muy numeroso de esas cosas viene hacia aquí por la carretera. Que los evitemos, como te dijo, entrando en el pueblo y saliendo más adelante.

—Seguidnos y proteged bien la retaguardia —añadió Julián con pesar en la voz.

—¿Vamos a dejarlos allí? —preguntó molesto Lucas.

—Hay que salir de aquí ya, amigo —concluyó y corrió hacia el blindado pensando que abandonaba a algo más que a unos compañeros, sintiendo que traicionaba unos principios en los que nunca antes creyó.

El motor del BMR arrancó y aceleró despacio. Detrás iba el BMW 4x4 de Carlos, le seguía un Toyota Land Cruiser, un Nissan Pathfinder, un todoterreno de la guardia civil y cerrando la comitiva el camión Uro. La columna de vehículos, lentamente, se puso en marcha por fin.

Enfilaban la carretera cuando una muchedumbre infecta les salió al paso. Le parecieron demasiados para intentarlo por ahí. Julián conservó la calma y, a través de los walkies, comunicó a los conductores que mantuvieran la formación y le siguieran. Rectificó la dirección y se adentró en el pueblo como le sugirió Carlos. Circuló a velocidad moderada por las calles de Manzanares. La resistencia era menor, pero los

infectados salían de todas partes y se arrojaban a los coches violentamente. Gracias a que los cristales estaban protegidos con mallas metálicas aguantaban los tremendos golpes, aunque no podían evitar que los pasajeros contemplaran las espantosas caras de aquellos seres.

En la torreta del blindado Antonio sujetaba nervioso la empuñadura de la M2 mientras veía, en asiento preferente, lo que se les venía encima.

—¡Hay que salir de aquí cagando leches! —gritó para que lo escuchara Julián.

Este no contestó, bastante tenía con mantener la concentración ante lo que veía. A la altura del ayuntamiento la cantidad de infectados aumentó significativamente. Hasta ese momento se había abierto paso como un ariete, golpeando a todo aquel que se ponía por delante, pero en ese punto dudó de la enorme potencia del blindado y de sus más de quince toneladas para lograr traspasar esa marea infecta. Tiró del pantalón de Antonio y este se asomó a la cabina.

—Ábreme camino.

—Eso está hecho —respondió Antonio ufano.

Cargó la ametralladora, apuntó a la masa que taponaba la salida del pueblo y abrió fuego. Las tremendas detonaciones retumbaron en los casas. El arma consumía munición rápidamente, escupiendo vainas ardiendo que en ocasiones caían al interior del blindado. Las balas salían del cañón a velocidad supersónica destrozando carne y hueso a su paso. Antonio aguantó la nausea y continuó apretando el gatillo mientras el blindado avanzaba a duras penas por encima de aquellos cuerpos mutilados.

Cuando Paco y Rafa salieron de la iglesia los vehículos ya no estaban.

Con las armas descargadas en las manos se miraron y echaron a correr siguiendo la dirección que les marcaba el ruido de motores. Paco era más rápido, pero acomodó su paso al de Rafa. No tardaron en ver la masa de infectados que perseguía a sus compañeros. Llegando desde atrás, se abrieron camino aprovechando la sorpresa y la oscuridad. Los golpeaban en la cabeza con la culata de sus armas e iban avanzando valiéndose de su mayor velocidad. Los infectados, ciegos por el deseo de alcanzar los coches, no prestaban atención a los dos hombres que se hacían hueco entre ellos.

Paco distinguió dos puntitos rojos, eran los focos traseros del camión.

—Allí están.

—Los veo —contestó Rafa ahogado por el esfuerzo.

Un infectado reparó en ellos cuando pasaron junto a él hablando y giró su cabeza gruñendo. Por suerte Rafa se percató a tiempo y usando su escopeta a modo de bate le reventó la mandíbula de un certero golpe y se lo quitó de encima. Corriendo en eslalon fueron sorteando a los despistados seres hasta ponerse en cabeza de la persecución.

En ese momento dejaron de ser invisibles y se convirtieron en objetivo.

—¡Corre, corre! —gritó Paco.

El camión no parecía circular muy rápido, pero aún los separaban de él casi cien metros; una distancia corta para un paseo, aunque infinita si te están persiguiendo unos engendros con deseos de comerte. Sin necesidad de volver la cabeza los dos hombres sentían nítidamente el aliento a muerte que los acosaba. Dentro del pueblo la cosa se complicó todavía más. De las calles laterales aparecían sin parar infectados que se incorporaban a la caza. Tuvieron que emplearse a fondo con las escopetas para librarse de sus ataques. El cansancio les podía, el corazón era incapaz de bombear el oxígeno necesario y las piernas empezaban a fallarles.

Las dos luces rojas se hicieron más grandes. Estaban cerca, ya distinguían claramente el volumen oscuro del camión. Rafa miró a su espalda con un giro rápido de cabeza y lo que vio le cortó el poco aliento que le quedaba. Paco tiró de él intentando insuflarle un ánimo y una energía que él tampoco tenía. Con un último esfuerzo basado en la desesperación lograron despegarse unos metros de sus perseguidores y comenzaron una escapada a rueda el uno del otro. Cuando se encontraban a unos cincuenta metros de su salvación gritaron. Vano intento, de sus gargantas solo salieron palabras mal articuladas, meros sonidos incoherentes. De pronto una luz blanca los iluminó.

La columna de vehículos ralentizó su paso.

—¿Qué pasa? —preguntó Lucas al escuchar las ráfagas de ametralladora pesada.

Yesica cogió el walkie y llamó a Julián.

—Por aquí delante la situación está complicada, hay muchos infectados. Esperamos hacernos hueco y poder continuar —contestó Julián entre un ruido atroz.

—Nos persiguen un huevo de esas cosas. Daos prisa.

—Eso haremos. Mientras, vosotros, protegednos bien el culo.

—Por supuesto.

Yesica se colgó el walkie del cinturón y miró a Lucas.

—Ya lo has oído.

Las detonaciones continuaban sonando en la cabeza del convoy. Lucas sudaba copiosamente sin dejar de apretar la empuñadura de la M2, sin dejar de vigilar. Presintió movimiento y un rumor conocido, ya llegaban.

—Prepárate.

Yesica comprobó que las cajas de munición del calibre .50 estuvieran a mano, cogió su rifle y una potente linterna.

—Cuando te diga la enciendes y la dejas enfocando directa a sus caras, nosotros los veremos mejor y ellos quedarán deslumbrados.

—Vale —contestó Yesica.

Decenas de infectados atacaron los flancos de la columna. De las calles perpendiculares no dejaban de llegar más y más. Si no se movían rápido pronto quedarían atrapados para siempre. Hasta los oídos de Lucas y Yesica llegó el sonido de la chapa golpeada por los puños desnudos de los infectados. No tuvieron que imaginar mucho para saber que la columna había sido alcanzada y que pronto

sucumbiría. Enfadado, dolorido por la muerte de Raquel y motivado a partes iguales, se enjugó el sudor de la frente, estiró los brazos por encima de la cabeza haciendo crujir sus articulaciones y se afianzó a la ametralladora como un niño aplicado.

—Enciende la linterna.

Yesica obedeció y la intensa luz descubrió un panorama de pesadilla. Hasta donde se veía, la calle quedaba oculta por los infectados que se dirigían hacia ellos.

Dos corrían destacados del resto. Lucas les apuntó cuidadosamente y acarició el gatillo con los dedos.

—Venid aquí que tengo plomo para repartir —dijo en voz baja, y el arma escupió una ráfaga brutal.

La descarga salió un poco alta e impactó contra los infectados más retrasados. Volvió a apuntar con cuidado, procurando sujetar el arma con fuerza para evitar que el retroceso le hiciera errar el blanco. Fijó su objetivo en los dos de cabeza. «Ahora no puedo fallar», pensó.

—¡No dispaes! —gritó Yesica.

Lucas se paró en seco, con el dedo a medio presionar.

—¿Qué pasa?

—¿No lo ves? ¡Son Paco y Rafa!

—Joder, tienes razón.

El BMR seguía abriéndose camino, atravesando por encima de los cadáveres destrozados por la ametralladora. Las seis ruedas motrices aplastaban los cuerpos lo suficiente para que el resto de los vehículos pudieran pasar sin atascarse. La marcha era lenta y los infectados que rodeaban la comitiva se emplearon a fondo. Agarrados a las rejillas de las ventanillas, golpeando la chapa y subidos a los capós, los enfebrecidos seres pugnaban por acceder al interior de los vehículos. Desde dentro el espectáculo era dantesco. Manos y rostros desencajados, repugnantes, arañaban el metal y mordían el alambre. El Nissan se quedó sin protección cuando un infectado arrancó una rejilla trasera. El cristal no duró mucho, unos cuantos golpes y miles de pequeños cristales salpicaron a Fina, la cocinera, que se encontraba sentada en ese lado. Marcos estaba en medio, y al otro lado su madre, Carmen, que lanzó un grito espeluznante cuando vio aparecer unos brazos intentando agarrar a Fina.

La cocinera logró taponar la ventanilla rota con un gran saco que llevaba entre las piernas, un saco lleno de carne macerada de cabra montés.

—Ayúdame chaval —le gritó a Marcos.

No fue fácil, pero entre los dos consiguieron aportar la suficiente presión para evitar que las bestias accedieran al vehículo. Por fin el convoy pasó la zona de cadáveres producto de la M2 y aceleraron detrás del blindado. Julián comunicó con los vehículos para pedir novedades. El que más y el que menos llevaba algún infectado subido encima al dejar el pueblo y salir a la carretera. A base de acelerones

y frenazos lograron librarse de ellos y finalmente tomaron dirección Mataelpino.

Fina respiró aliviada cuando notó que cobraban velocidad y dejaban atrás a los infectados, luego lo primero que hizo fue comprobar que su saco de carne estuviera bien.

—Menudo susto —dijo satisfecha al confirmar que la tela estaba intacta.

Julián vio el camino despejado y decidió continuar a buen ritmo, poner tierra de por medio. El convoy siguió al blindado. Atravesaron Navacerrada, Cercedilla y Los Molinos por la M-622. Evitaron la AP6 y continuaron por la M-600.

Guiados por el helicóptero los vehículos seguían la mejor ruta, aquella libre de infectados y de vehículos que la taponaran.

—Creo que tengo un sitio ideal para tomar tierra —dijo Escolano—. Está cerca de El Escorial.

—¿Será seguro?

—Es un campo de golf. Buena visibilidad y una gran valla perimetral.

—Perfecto, vayamos allá.

CUARTA PARTE

24. ESPERANDO EL AMANECCER

La bizarra comitiva atravesó la sierra de Madrid siguiendo la luz de posición del leviatán de metal que, como cigüeña improvisada, trasportaba una vaca colgando. Dentro de los vehículos nadie hablaba, vigilando con ojos cansados a través de las ventanillas reforzadas, temiendo un nuevo ataque. Solo en el Uro, el camión militar que cerraba el pelotón, se vivía algo parecido a una celebración.

—De no ser por Yesica os habría volado la cabeza.

—¿Tan pronto te olvidaste de nuestras caras?

—Créeme, Rafa, no parecíais vosotros.

Los dos cazadores, después de abrazarse a sus salvadores, se sentaron en el suelo del camión y se adormilaron fruto del bajón de adrenalina.

En la cabina del blindado Julián respondió a la radio.

—Parece que ya pasó lo peor, de momento todo está despejado, ¿qué tal vosotros? —dijo Carlos.

—Un poco movidita la salida, vamos que no nos hemos aburrido. ¿Y Luna?

—Ahora duerme en brazos de Eva. Ya veremos.

—Es fuerte, saldrá adelante.

—Seguro. Una cosa, nos adelantaremos a inspeccionar un lugar para aterrizar.

—¿Está muy lejos?

—Es un campo de golf cerca de El Escorial.

—Creo que lo conozco. Salí con una chica cuyo padre era el dueño, una auténtica fiera.

—Vaya —apuntilló Anabel, que hasta ese momento no había abierto la boca. Utilizó un cierto tonillo de fastidio y volvió la cabeza.

—Fueron solo unos meses, cariño. Me dejó porque según ella era divertido y buen amante pero me faltaba posición. Fue sincera, cabrona pero sincera.

—Vale.

—Me dijo al despedirme que recordaría algunos «*golpes bajo par*» míos de por vida —admitió con ironía. Anabel no contestó.

—Bueno, Don Juan, entonces sabes dónde está o no —resonó la voz de Carlos a través de la radio.

—Afirmativo.

—Bien. Echaremos un vistazo y volveré a comunicar con vosotros. Si todo está tranquilo tendremos un lugar donde descansar un poco antes del gran viaje.

—Cojonudo.

Julián cortó la comunicación y acarició la cara de Anabel.

—No te enfades «*golosina*», de aquella chica hace mucho tiempo.

—No estoy enfadada por eso.

—¿Entonces?

—Es tu manera de hablar, de actuar, a veces pareces...

Anabel calló, dejó la frase inacabada al encontrarse con los ojos de Julián.

—Un niño, ¿verdad?, un estúpido niño —completó Julián.

—No, o quizá sí. No lo sé.

—Joder, ¿me estás diciendo que te parezco inmaduro?

Antonio comenzó a tararear una canción desde la torreta del blindado, haciéndose notar, algo incómodo por ser testigo de una discusión de pareja.

—No he dicho eso —respondió Anabel.

—Claro que no, pero lo has pensado y no has tenido el valor de decirme que no me crees lo suficientemente responsable como para criar a un hijo.

—Vamos a dejarlo, estás sacando las cosas de quicio.

—Sí, será lo mejor. Pero entérate de una cosa, el concepto de padre responsable ha cambiado un poco en los últimos tiempos —concluyó Julián.

Con las gafas de visión nocturna escudriñé en busca de infectados. Escolano dio una nueva pasada por el campo de golf y no vi nada sospechoso. Estaba desierto.

—Limpio —dije.

El comandante buscó una amplia zona de hierba para tomar tierra, cerca del edificio principal.

—Avísame cuando veas a la vaca en el suelo.

El aterrizaje fue especialmente complicado. Una vez comprobé que Rosita estaba sobre sus cuatro patas en tierra, Escolano desplazó el helicóptero unos metros, se posó suavemente y paró los motores. Fue un alivio para los oídos. Cuando abrí la puerta y salí agradecí el silencio más que otra cosa en el mundo. Una suave brisa trajo aroma a hierba y a pinos, cerré los ojos y me llené los pulmones.

De momento parecíamos a salvo.

Desaté la vaca y le quité su corsé ayudado por el comandante. Lo primero que hizo Rosita fue soltar una mierda de veinte kilos, luego caminó algo titubeante unos metros y se puso a comer hierba seca de dos palmos de alta.

Volví al helicóptero, cogí la Bastarda, una linterna y el rifle de asalto.

—¿Para qué necesitas la espada? —me preguntó Escolano mientras me la colocaba.

—Siempre está dispuesta y no necesita munición.

—¿Sabes manejarla?

—Un poco.

Terminé de ajustarme las cinchas y me guardé un par de cargadores en los bolsillos.

—Voy a comprobar que todo esté bien.

—Te acompaño.

—No, tú eres el único que sabe pilotar esta cosa. Si te pasara algo todos moriríamos.

Ya estaba cogiendo un subfusil dispuesto a seguirme cuando se detuvo, pareció recargar.

—Cuida de ellas —dije señalando el helicóptero. Eva y Luna continuaban dormidas, ni siquiera el aterrizaje las despertó.

—Anda con cuidado —me recomendó finalmente, apoyado en el fuselaje, con el arma en la mano.

Aterrizamos a pocos metros de un edificio de una planta con forma de herradura y arquitectura más bien sosa. Hacia él me dirigí haciendo crujir la arena bajo mis botas. La puerta no estaba cerrada con llave. Empujé con sumo cuidado y encendí la linterna. Iluminé un amplio *hall*. Estaba aparentemente en orden, parecía que el tiempo se hubiera detenido allí dentro. Un leve olor a rancio fue todo lo que aprecié. En una pared descubrí un mapa, en él se situaban los distintos ambientes: un restaurante, un club de fumadores, varios salones para eventos con nombres ridículos como Salón Fantasía, Salón Primavera y Salón Dominó. También tenía una tienda a la derecha especializada en artículos de golf, por supuesto. Abrí bien ojos y oídos y, ayudado por la generosa luz de la linterna, fui recorriendo cada estancia. El restaurante mantenía un orden incongruente, como preparado para recibir una celebración; quizá fuera así, tal vez cuando todo se fue a la mierda alguien se quedó sin fiesta de cumpleaños. Las mesas estaban con manteles, cubertería e incluso unas flores marchitas en el centro compartiendo protagonismo con unas grandes velas granates. De la cocina provenía el desagradable aroma. En algunas bandejas y fuentes de horno aún se reconocían los trozos de carne dispuestos para ser cocinados. Parecían corteza de árbol una vez los gusanos y el tiempo los privara de cualquier nutriente. Evité abrir la gran cámara frigorífica, no era difícil imaginar lo que iba a encontrar dentro. En un pequeño rincón, alejado del calor de los fogones, descubrí una bodega. La luz de la linterna atravesó el vidrio polvoriento de aquellas botellas y proyectó reflejos verdosos en la pared de ladrillo visto.

El restaurante parecía seguro.

El club de fumadores se encontraba a continuación, solo había que pasar una puerta de doble hoja. Me gustó la distribución, los muebles y el estilo. Clásico sin ser rancio, con un toque moderno sin ser extravagante. También aquí parecía que el tiempo se hubiera congelado haciendo desaparecer a los humanos justo en el mismo instante y dejando el resto intacto. En las mesas bajas, rodeadas de cómodos sillones de cuero marrón, aún se veían las copas junto a los ceniceros repletos de colillas de cigarros y puros. Incluso el olor a humo parecía continuar flotando en el ambiente.

En el resto de los salones encontré lo mismo. Señales de un desalojo precipitado, aunque ordenado. Y ningún infectado.

La tienda estaba cerrada. Un cierre metálico me impidió el paso. De ella no tenía que preocuparme. Después de comprobar los baños y un par de habitaciones

destinadas al descanso del personal di el registro por finalizado y salí por donde había entrado.

Miré el reloj, eran las dos de la madrugada. Estaba siendo una noche muy larga.

Eva y Luna se habían despertado y se encontraban junto a la vaca, dándola de beber en un barreño de plástico. Escolano seguía al lado del helicóptero, agachado, parecía comprobar algo en una rueda. Me acerqué sin hacer ruido y se sobresaltó al oírme.

—No quedan socios en el club, ni vivos ni muertos..., ni lo otro.

—Estupendo.

—¿Qué pasa? —pregunté, al ver que no levantaba la cabeza.

—Estas gomas... demasiado tiempo a la intemperie.

—¿Pueden ser un problema?

—Esperemos que aguanten cuando lo carguemos todo. Si alguna revienta tendremos que romper las otras para equilibrar el aparato antes de despegar.

—Habla con el convoy. Diles que aquí todo está tranquilo.

Escolano se sacudió las manos y desapareció en la cabina. Pasados unos segundos se asomó a la ventanilla.

—Están llegando.

Y efectivamente así fue. Primero se escuchó un leve rumor, después vimos unas luces lejanas y en unos segundos se confirmó, la antigua comunidad del Castillo de los Mendoza llegaba.

Todo fueron abrazos y besos, y conversaciones atropelladas relatando retazos inconexos de la salida precipitada del castillo. A pesar de tener que abandonar el que fue nuestro hogar durante el último año, y encontrarnos al descubierto en mitad de un mundo lleno de depredadores, escuché risas y bromas, y detecté un buen estado de ánimo y una moral alta. La vida seguía.

Me supo mal cortar el buen rollo general, pero alguien tenía que hacerlo y lo primero era lo primero, había que trasladar todo el equipaje al helicóptero: víveres, agua, ropa, artículos de primera necesidad, medicinas, armas y, sobre todo, los sacos de semillas que guardábamos en el castillo como oro en paño.

Hicimos una cadena humana y de esta manera lo que traían los vehículos fue pasando al helicóptero por la rampa trasera. Dentro recibían los bultos Escolano y Lucas que los iban colocando según les llegaban, procurando sujetar con cinchas los de mayor peso. Luna también ayudaba, Valerio y Ramiro me separaban de ella. En ningún momento me miró. Busqué sus ojos azules en la oscuridad relativa, pero no los encontré. Quería confirmar que estuviera bien. Tendría que esperar.

No vi a Fina ni a Carmen.

—Cuando Fina se enteró de que el edificio estaba vacío y había cocina de gas, desapareció con Carmen —me dijo Eva.

—¿Sabes qué pretende?

—Me lo imagino, después de ver el saco de patatas que llevaba.

—Tiene que verte ese oído Julián —dije preocupado al ver la sangre seca de su oreja.

—En cuanto terminemos.

—¿Te duele?

—Creo que al final tendré algo de suerte, a pesar del zumbido constante parece que no tengo el tímpano roto.

—Medio sorda también te querré —dije intentando hacer una gracia.

—Yo también a ti medio tonto.

Se quedó mirándome muy seria. Luego sonrió y disipó mis dudas.

—Te quiero —susurró y me besó.

Ruth subió al tejado del edificio mediante una escalera de mantenimiento que encontramos. Llevaba las gafas de visión nocturna, un rifle y un walkie. Tenía instrucciones precisas, al menor indicio de movimiento avisaría. La relevaría Sergio, el enólogo (después de elegirnos un buen vino en la bodega claro), y a este a su vez Paco y Rafa. El último turno me lo reservaba para mí. Sentía que necesitaba unos minutos de soledad para pensar, y el amanecer era mi mejor momento.

—Ya está cargado el helicóptero —dijo Lucas saltando del helicóptero.

—¿Ha cabido todo?

—Más o menos, quedamos nosotros y la vaca.

—Estupendo. Ve a asearte un poco, creo que Fina nos tiene preparada una sorpresa en el comedor.

—Bien.

«Bien», dijo, y se marchó cabizbajo. En otras circunstancias habría dado botes de alegría imaginando el festín que le esperaba, pero no en esas... Tenía el corazón roto y ese músculo tarda en soldarse.

Subí al helicóptero por la rampa trasera y encontré a Escolano sudando, a la luz de un candil a pilas, afanado en sujetar correctamente los últimos bultos.

—Dime la verdad, ¿crees que lo lograremos?

—¿La verdad dices? —me respondió sin levantar la cabeza de la caja de botellas de agua que estaba atando.

—Sí.

—Este aparato es una obra maestra de la ingeniería, de lo más robusto y fiable que se ha construido jamás, pero es una máquina al fin y al cabo, y ha estado casi un año a la intemperie y sin mantenimiento.

—¿Has detectado algo extraño?

—No va fino, pero de momento funciona.

—El problema es que cuando dejemos de tener tierra debajo...

—Una vez salgamos al mar no habrá vuelta atrás.

—Te repito, ¿crees que debemos hacerlo? —le puse una mano en el hombro.

Dejó lo que estaba haciendo y se incorporó. Su rostro armonioso y sus ojos intensos se dibujaron con sombras.

—Sí, creo que es la única opción. En la península no encontraremos un lugar suficientemente seguro.

—Bien, entonces no se hable más, partiremos al amanecer —concluí—. Ahora deja eso y ven, Fina, nuestra cocinera, ha preparado algo especial para esta noche.

—Hay algo más.

No dije nada, solo lo miré invitándole a continuar.

—He intentado contactar con la fragata y nadie me ha contestado.

—Vaya. Bueno, seguro que no es nada. Lo intentaremos más tarde, ahora vamos a darnos un homenaje, nos lo merecemos.

Escolano se limpió en los pantalones y me ofreció la mano.

—Es un placer y un honor estar con vosotros..., contigo. Has logrado algo increíble con esta gente.

Me quedé sorprendido. Le estreché la mano sin saber qué decir.

—Termino de preparar las cinchas para sujetar a la vaca y voy.

—Vale.

Eso dije, «vale», y le dejé allí, trajinando con las cuerdas. Debí decirle algo más, al fin y al cabo él nos había sacado del infierno arriesgando su vida, pero presentí que era una de esas personas que no necesita palabras de agradecimiento, que prefiere los hechos. Un gran tipo en definitiva.

En el edificio encontré a todos afanados en diversas tareas. Iban de aquí para allá llevando platos y cubiertos, envueltos en animadas charlas. Eso me alegró el alma. Paré a Lucas que llevaba una caja de botellas de vino y le pregunté por Eva.

—Está en el club de fumadores con Julián, creo que le está curando el oído.

Allí los encontré, ocupando un amplio sillón de cuero marrón. Eva recostada mientras Julián se inclinaba sobre ella con un otoscopio en la mano. Me acerqué hasta entrar en el círculo de luz que producía la lámpara de gas.

—¿Cómo está el oído?

—No soy un experto, pero no veo nada roto, aunque quién sabe... —contestó Julián sin dejar de mirar por el aparato.

—Estoy bien, solo un poco aturrida —añadió Eva.

—Le echaré unas gotas para la otitis y ya veremos, es lo único que tenemos. Voy a buscarlas al helicóptero —dijo Julián y se marchó.

Allí tumbada me pareció débil y abatida. Su energía había desaparecido. Quise abrazarla. No lo hice. Preferí disimular, que no notara que veía su fragilidad.

—¿Y Luna?

—Le di un vaso de leche y se fue a dormir. Está en un cuarto de servicio. Necesita descansar —contestó Eva.

—¿Cómo la ves?

—Es difícil decir. Ella es muy fuerte, pero siento que algo ronda por su cabeza y no termina de salir.

Me mantenía a cierta distancia, de pie. Eva se incorporó y me ofreció la mano.

—Ven —susurró.

Me vino a la cabeza la letra de un bolero que tararé mentalmente, *Si tú me dices ven... lo dejo todo*. El artificio musical defensivo lo usaba a menudo cuando presentía que iba a perder el control de la situación.

—Aún no me has preguntado lo que pasó con Ortega.

Decir que sabía que me iba a hablar de eso sería pretencioso, pero era así.

—Estás aquí, viva, es lo importante —respondí con una frase que ya tenía preparada para cuando llegara aquella conversación.

—Estuvieron a punto de violarme. Me amenazaron con matarte si no consentía — hizo una pausa—. Lo hubieran logrado de no haber sido porque escapaste.

—No te tortures más, ya pasó.

—El mal tiene demasiadas armas. Para acabar con él hay que convertirse en mal.

—No digas eso.

—Los sentimientos nos hacen débiles.

—Yo creo lo contrario.

Meditó unos instantes sin dejar de mirarme.

—Estaría bien que fuese así.

Sus manos tiraron de mí hasta que consiguieron que nuestros rostros estuvieran juntos.

—Ingenuo loco.

Y de nuevo me besó, era la segunda vez que lo hacía. A pesar de lo que llevábamos pasado aquella noche debo decir que sus labios lograron equilibrar la balanza.

—¿Qué opinas de marcharnos a Mahón? —le pregunté con el sabor de su boca todavía fresco.

—Aquí no podemos quedarnos.

—Eso creo yo también, aún así la idea de quedar en manos de unos militares no me termina de convencer, y no te ofendas por la parte que te toca.

—No me ofende, quizá tengas razón, pero en estos momentos no se me ocurren muchas opciones.

—Tendríamos que tener un plan B —advertí.

Eva puso los ojos en blanco, sonrió y volvió a besarme.

No había un plan B posible, pero en ese momento no me importó.

Al fin todo estuvo preparado. Entramos en el comedor como en un banquete de bodas. Los chicos se habían esmerado y el ambiente era inmejorable. No faltaba un detalle: manteles de tela, platos, cubertería, copas, todo exquisitamente dispuesto. Cada mesa tenía una gran vela encendida en el centro y unos cartelitos indicaban la posición de cada comensal.

—Vaya, nos han puesto juntos —comentó con guasa Eva agitando el papel con su nombre delante de mi cara.

No sé quién se encargó de hacerlo, pero la combinación era ideal, algo que a

menudo no sucedía en las celebraciones. Más frecuente era caer en una mesa llena de desconocidos o familiares lejanos con los que nada tenías que ver y que te obligaba a comer casi sin levantar la cabeza del plato, deseando que todo acabara pronto. Anabel fue la primera en sentarse, tenía cara de cansada y se derrumbó sobre la silla sin disimulo. El cuadro lo completaba Julián, Lucas, Eva, Escolano y yo mismo. Quise que estuviera también Fabián, que compartiera con nosotros esa cena. Él en un principio se negó, avergonzado por su aspecto, pero después de asearlo y cambiarle de ropa tomó nuevos ánimos y aceptó. Quedó un asiento vacío, el de Luna.

—¿No viene la niña? —preguntó Escolano que fue el último en sentarse. Venía del baño de asearse un poco, pero fue rápido al mirar el hueco y el cartel que correspondía al comensal.

—Está descansando —explicó Eva—. Seguro que mañana estará mejor —concluyó colocándose la servilleta sobre las piernas.

Fina se superó. La cena empezó con una ensalada de verduras frescas, pasta y huevos duros, perfectamente aliñada. Continuó con un guiso de carne macerada de cabra y patatas, con el que se le saltaron las lágrimas a Escolano. Terminó con una especie de macedonia de fruta en almíbar, *champagne* y unas gotas de vodka que levantó aplausos entre el personal. Y todo ello regado con un vino de nivel que eligió Sergio con criterio profesional, y que fue explicando mesa por mesa, alabando sus virtudes con los ojos iluminados igual que un niño.

—*L'Ermita 99*, el famoso vino Priorat de Álvaro Palacios. Mirad su color cereza picota con ribetes violáceos —nos ilustró con una copa en la mano, agitando lentamente el vino en su interior. Luego metió la nariz como quien se asoma al paraíso—. Oled su aroma de fruta negra madura, con notas minerales y fina madera —se llevó la copa a los labios y apenas bebió mientras cerraba los ojos y ponía cara de tener un orgasmo—. En boca es concentrado, amplio, carnoso, graso —pensó un poco, chascando la lengua—, con fino *tanino* y un final fresco.

Todos probamos el vino, estaba de muerte.

—Cuatrocientos euros la botella —añadió.

—¿Cómo? —exclamó Julián—. Pues trae otra botella, un día es un día, pago yo.

Reímos su ocurrencia y algunas más. La cena, a la luz de las velas, fue animada y distendida, acompañada de charlas convencionales muy alejadas del momento que vivíamos. Fue un paréntesis delicioso en la tormenta. Cada uno habló un poco de su vida anterior a la pandemia, de sus aficiones, de sus gustos, de nosotros mismos en definitiva. Durante aquellos momentos nos trasladamos, fuimos un grupo de amigos cenando un sábado por la noche en un restaurante íntimo, solo eso. En el resto de las mesas también se realizó el prodigio, y allá donde mirara veía hombres y mujeres compartiendo una agradable cena. Fuimos capaces de dejar fuera de esas paredes el terror, y de cultivar la esperanza de la mejor forma posible: ignorando nuestros miedos y volviendo a ser felices. Aunque solo fuese por unas horas.

Fabián fue un conversador extraordinario y, aunque no comió mucho por la falta

de costumbre, se notaba que estaba a gusto con la compañía. Lucas no estuvo muy hablador. La pérdida de Raquel fue un duro golpe para todos, pero a él le afectaba especialmente; su corazón estaba roto y al hombre se le notaba. Aún así no dejó que eso empañara la noche y trató de seguir la conversación en todo momento. Anabel tampoco habló demasiado. Eva aprovechó un instante para acercarse y confesarme al oído una sospecha.

—Creo que esos dos han discutido —dijo muy bajito, refiriéndose a Julián y Anabel.

—Nosotros también lo hacemos —respondí en el mismo tono.

—Me gustaría que fuesen felices.

—La felicidad no es un estado permanente. Seguro que tienen momentos mucho mejores, no te preocupes.

—Vale —susurró y aprovechó para besarme en la cara.

No terminaba de acostumbrarme a sus labios. Siempre que los notaba, durante los segundos iniciales, sentía una especie de descarga eléctrica deliciosa, luego dejaba de respirar, me saltaba una o dos inhalaciones y terminaba dando paso a un deseo que no mermaba nunca.

—Te quiero —musité a su oído, un poco a *chispado*, lo reconozco.

—Lo mismo te digo —contestó apresurada al comprobar que los demás nos miraban.

Con un impulso repentino me levanté, cogí una copa y reclamé atención golpeándola con un cuchillo. Todos se giraron hacia mí. Eva me miró extrañada.

—Primero de todo quiero felicitar a Fina por la extraordinaria cena que nos ha preparado —Fina se ruborizó y me lanzó un beso—. Como todos sabéis, dentro de unas horas volaremos con destino a otro lugar. Iremos a Menorca con la esperanza de encontrar algo mejor y más seguro —hubo un leve murmullo de asentimiento—. No os quiero engañar, el viaje puede ser peligroso. El comandante Escolano me ha dicho que el helicóptero no está al cien por cien, y que cualquier fallo técnico cuando estemos sobrevolando el mar significará la muerte para todos —Eva me pellizcó en la pierna—. Quería que lo supierais —observé miradas de preocupación—. Tampoco tenemos garantías de que allí la situación esté controlada. Hace horas que no podemos contactar con la isla. A pesar de todo iremos, aquí no hay posibilidades de sobrevivir. Me gustaría pensar que nuestros destinos están unidos, y que podemos superar todas las adversidades y crear un futuro. Viviremos juntos o moriremos juntos.

Eva me miró entornando los ojos, «te estás pasando», decía su mirada. Qué se le iba a hacer, tuve un arrebato de sinceridad, el vino sin duda.

—También desearía brindar por los amigos perdidos —continuó—. Levantemos nuestras copas y bebamos por Paco, por Marcial, por Fede, y por supuesto, por Raquel —Lucas fijó la mirada en su copa. Bebimos en un silencio sepulcral—. Y ahora sigamos disfrutando de este momento, ellos así lo hubieran querido.

Me senté sin atreverme a mirar a nadie, y menos a Eva. Al final lo hice, sus ojos verdes eran un profundo océano de misterio.

—Creí que debían saberlo.

—Yo no lo hubiera hecho, pero claro, yo no soy tú —me habló con dulzura—. Nadie es como tú.

El silencio se fue rompiendo con tímidas conversaciones hasta que de pronto una música invadió el restaurante. Nos miramos asombrados.

—Fina encontró un pequeño equipo de música a pilas en la cocina. Pensamos que sería una buena sorpresa para el final de la cena, no contábamos con tus palabras —dijo Julián—. Has estado cojonudo tío.

Le abracé sin decir palabra. Gestos, actos, hechos, eso era lo importante.

Kiss of life de Sade sonó y elevó los quilates del momento.

Las conversaciones fueron bajando de volumen hasta que solo quedó la música. Eva me agarró suavemente de la mano y me sacó a bailar. Durante unos minutos fuimos los únicos bailarines, un hombre y una mujer abrazados, mecidos por los *besos de vida*. Yago y Ruth fueron los siguientes en salir, después lo hicieron Graciela y Sergio, Julián y Anabel... Pronto la pista improvisada se llenó de parejas compartiendo un momento mágico. Incluso las mujeres que trajimos del cuartel fueron invitadas a bailar y no perdieron la oportunidad de hacerlo. Todas menos Patri, la joven embarazada, que no se encontraba bien y hacía tiempo que se había ido a descansar.

Sonaba *Your love is king* cuando Carmen se acercó a nuestra mesa y sacó a bailar a Lucas. Él intentó disculparse y rechazó sutilmente su invitación, o al menos eso es lo que me pareció ver desde lejos, pero al final los dos salieron a la pista cogidos de la mano y giraron abrazados al son hipnótico de la música. Ella apoyó su cabeza en el amplio pecho de Lucas y cerró los ojos.

Bailamos muchas canciones hasta que Eva decidió que se iba a dormir.

—Voy contigo —y desaparecimos del salón ambarino agarrados de la cintura.

Me levanté del sillón procurando no despertar a Eva, que se había quedado dormida con su cabeza sobre mi hombro. Me puse la cota de malla, cogí la Bastarda y el subfusil y salí fuera dispuesto a realizar el último turno de vigilancia. El reloj marcaba las siete menos diez de la mañana.

Subí al tejado y allí me encontré a Paco y a Rafa.

—El releevevo —canturreé.

—Vaya, se nos ha pasado el tiempo volando —dijo Paco.

Estaban sentados, apoyados contra una chimenea. Se levantaron, cogieron sus armas y me pasaron los prismáticos, las gafas de visión nocturna y el walkie.

—Buena guardia —me desearon casi a la vez.

La luz era muy escasa, por eso me acerqué mucho y apoyé una mano en cada uno de sus hombros. Miré a ambos alternativamente.

—Julián me ha contado lo que hicisteis en el túnel.

No contestaron.

—Gracias, de no haber sido por vosotros quizá ahora no estaríamos todos aquí.

Siguieron sin hablar, solo asintieron, pero presentí un brillo en sus ojos, la emoción es imposible contenerla. Nos abrazamos en silencio, por turnos, luego se marcharon y me dejaron solo.

Como ya lo hiciera durante semanas desde la terraza de mi ático en Madrid, y durante meses asomado a las almenas del castillo, esperé el amanecer. El horizonte dejó entrever un suave tono azul claro que pronto se fue tiñendo de naranja hasta descubrir la esfera de luz que anunciaba el nuevo día.

Escuché pisadas, luego sonó la escalera. Alguien subía. Tenía el arma en la mano cuando una cabecita rubia apareció. Era Luna.

Su pequeño cuerpo se recortó a contraluz del amanecer, y su pelo se incendió en todos los tonos posibles del amarillo.

—¿Qué haces aquí?

—A Paco se le cayó la escopeta y me despertó —dijo con la voz aniñada envuelta en el recuerdo del sueño.

—Siéntate, no te vayas a caer.

Eso hizo, cruzó las piernas y se sentó a mi lado, dejando un pequeño espacio, apenas la distancia que separa la carne de los huesos.

—Es bonito ver amanecer —dijo mirando el disco de oro incandescente.

—Precioso. Antes no lo apreciaba. Descubrí su belleza cuando me quedé solo, cuando pensaba que nadie más vivía, que era el único ser humano que quedaba.

—El amanecer solo para ti.

—Sí, algo así sentía —me atreví a coger su mano.

Estuvimos un rato sin hablar. Me sentía obligado a preguntarle, sabía que había venido en busca de consuelo, quizá de respuestas, pero tenía miedo de no estar a la altura y no me decidía. Ella me ayudó.

—Te voy a preguntar una cosa y quiero que seas sincero, que me hables como a un adulto —y apretó mi mano, clavándome su mirada azul.

—Como siempre.

—Eso, como siempre —repitió.

—Adelante —dije con un nudo en la garganta.

—¿Qué hubieras hecho si Aranda te hubiera llevado a ti?

Así que era eso lo que torturaba su cabeza, el pensar si actuó bien o mal. Nunca la mentía y, como ella sabía, siempre le hablaba como a un adulto, o lo que yo entendía como adulto: alguien capaz de distinguir entre un tío majo y un hombre bueno, entre un tonto a las tres y un cabrón con pintas. Le dije lo que pensaba.

—En momentos de auténtico peligro a veces hay que dejar de lado la razón y los prejuicios y guiarnos por el instinto. Yo le hubiera pegado un tiro a la primera de cambio, sin dudarlo.

No contestó de inmediato, acarició mi mano y luego se levantó.

—Gracias —susurró finalmente, se inclinó y me besó en la frente—. Voy a ver cómo está Rosita.

Caminó por el tejado como un pájaro, hasta la escalera.

—¿Eva qué te dijo? —le pregunté levantando un poco la voz.

—Algo parecido —contestó sin volverse.

Con solo esas dos palabras pude interpretar su estado de ánimo, Luna estaba en paz.

El amanecer lo invadió todo de luz. Pude contemplar por fin dónde nos habíamos metido. El antaño prestigioso club de golf, con sus *búnkers* de arena clara, sus lagos artificiales y su césped verde intenso extremadamente cuidado, era ahora un campo abandonado de hierba seca. Como club estaba hecho una mierda, aunque como paisaje me pareció relajante, sencillo, hermoso...

Eché un vistazo concienzudo con los prismáticos en busca de cualquier signo de infectados. Todo seguía tranquilo. Me encendí un cigarro y esperé. Justo me sorprendió con un termo lleno de café recién hecho.

—Tómate una taza, está delicioso —dijo en ese tono afable que siempre utilizaba.

Se quedó un rato charlando conmigo. Disfruté de una conversación de carácter doméstico que me vino muy bien para distraer la cabeza. Cuando bajé del tejado fui al helicóptero. Me encontré a Escolano dentro. Se asustó al verme.

—Lo siento —sonreí después del sobresalto—. ¿Qué tal te encuentras esta mañana?

—Entre el cóctel de vitaminas que me dio Eva y la cena de anoche estoy como nuevo —me contestó.

—Estupendo. ¿Ha habido suerte con la radio?

—No.

—¿Qué puede haberles pasado?

—No estoy seguro, sospecho que han sido atacados, algo así me insinuó el capitán cuando hablé con él.

—O sea que es algo general, los infectados se alían para eliminarnos allá dónde nos detectan.

—Es posible.

—Lo que nos faltaba.

—Por las dudas deberíamos irnos ya —dijo Escolano. Puse cara de extrañeza y me lo aclaró—. Estamos a treinta y cinco kilómetros del castillo, menos de treinta si no se sigue la carretera. Caminando toda la noche, a buen ritmo, esas cosas pueden estar llegando. ¿No me digas que no has pensado en ello?

—La verdad es que no. ¿Cómo pueden saber que estamos aquí?

—De la misma forma que supieron que estabais en el castillo y en el cuartel —dijo y se golpeó la nariz con el índice.

—Nos olfatean —me respondí a mí mismo antes que a él.

—No se me ocurre otra manera.

Reflexioné unos segundos y me di cuenta de algo evidente.

—Aún así no podemos irnos todavía.

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si llegamos a la isla y está tomada por los infectados? Tenemos que esperar a que nos confirmen que es segura —me expliqué.

Escolano tardó en contestar.

—Tiene sentido. ¿Entonces qué sugieres? —dijo finalmente.

—Esperar. Aquí no estamos mal. Doblaremos la vigilancia. Tenemos una visión de trescientos sesenta grados desde lo alto del edificio, si los vemos llegar nos largamos cagando leches.

—¿A dónde?

—Buscaremos otro lugar despejado. Jugaremos al gato y al ratón con ellos. Iremos acercándonos a Valencia, ganaremos tiempo.

—Esperemos que el helicóptero no falle y no nos quedemos sin combustible, esta maravilla bebe más que un cosaco.

—Tendremos que arriesgarnos. Cualquier cosa será mejor que meternos en la boca del lobo sin posibilidad de dar la vuelta —concluí.

—Me parece bien.

—¿Cuándo intentaste contactar con ellos por última vez?

—Lo hago cada media hora —miró su reloj—. Espera.

Subió a la cabina del helicóptero y le vi manipular la radio. Con un gesto de la mano me indicó que nadie respondía.

—Voy a comunicar a los demás que de momento nos quedamos —dije.

Me iba a largar cuando salió del aparato, se puso unas gafas de sol y se plantó delante de mí.

—¿Crees que me hubiera disparado?

Sabía perfectamente a qué se refería, yo mismo me había preguntado si Eva, en su desesperación, hubiera sido capaz de apretar el gatillo y volarle la cabeza. No lo sabía, ni siquiera era algo que me apeteciera comentar con ella. Dudé y al final le di la respuesta más sencilla: una evasiva.

—Por suerte no tuvimos que comprobarlo.

—Ya —fue todo lo que dijo.

Aproveché el desayuno para comentar con Eva, Julián y Lucas lo que había pensado. Plantearon dudas y cuestiones, como era de esperar, pero al final admitieron que tenía razón. Había que esperar. Julián dijo que se encargaría de buscar posibles lugares donde aterrizar en caso de que tuviéramos que salir escopetados, y Lucas se comprometió a organizar los turnos de vigilancia.

—Va a ser un palo para todos —dijo Eva cuando nos quedamos solos—. Ya se habían hecho ilusiones.

—¿Me ayudarás a decírselo?

—Esperemos a que terminen de desayunar.

Se lo tomaron mejor de lo que pensábamos. Entendieron perfectamente que no podíamos relajarnos y que tendríamos que vivir en permanente alerta, con un ojo puesto en el club de golf y otro en el helicóptero. A los pocos minutos de recibir la triste noticia todo volvió a la normalidad. Comprendí que para la comunidad lo verdaderamente importante era continuar juntos, lo demás era secundario.

Estaba en el club de fumadores, tomando un coñac, con la Bastarda y los pies sobre la mesa baja, cuando se acercó Eva con la mujer que rescatamos del cuartel, la que se cargó a Ortega.

—Quiero presentarte a Clara.

Aseada, con una media melena castaña recién lavada y vestida con ropa de Eva que le sentaba muy bien, no parecía la misma. No era guapa objetivamente, pero a mí me lo parecía. Una madura interesante de mirada intensa, lo que suele definirse como atractiva.

—Qué tal Clara, yo soy Carlos.

—Lo sé —dijo y me ofreció la mano.

Me levanté y le di dos besos. También llevaba el perfume de Eva.

—Siento que no hayamos podido hablar antes, pero ya ves cómo está todo.

Miré a Eva y reconocí un reproche en sus labios y con toda la razón, mi disculpa no se sostenía teniendo en cuenta que me encontraba allí sentado, con las piernas encima de una mesa y una copa de coñac en la mano. Debía reconocer que no me había sentido con fuerzas para hablar con ella y con las demás durante la cena, intencionadamente procuré retrasar el momento. Las vi sentadas en una mesa, las cuatro juntas, con las cabezas agachadas, sin apenas intercambiar palabra entre ellas, y no encontré el registro adecuado que utilizar para acercarme y mantener una conversación ni siquiera de compromiso. Nunca se me dio bien hablar por hablar y por eso lo dejé correr. A los hombres que rescatamos del cuartel tampoco me acerqué, pero en ese caso fue una decisión meditada. Los observé un par de veces, compartiendo una mesa alejada de todos, rumiando palabras entre ellos, volcados sobre los platos sin mostrar el menor interés por lo que pasaba a su alrededor. La verdad es que sentí desprecio al recordar cómo nos dejaron solos a Fede y a mí, su miserable cobardía no se me quitaba de la cabeza. No quería estar cerca de ellos. Quizá fuese injusto, pero así lo sentía. En el mundo anterior podrían haber representado a ese amigo interesado, cicatero y mal compañero de trabajo, ese que te vende al jefe a la primera de cambio. En el mundo que teníamos ahora, tenerlos cerca, podía significar la muerte.

Lo de las mujeres era otra cosa, las evité porque presentía que necesitaban consuelo y yo era un negado para darlo.

—No te preocupes —contestó Clara.

Se la notaba asustada, insegura, igual que un animal abandonado.

—¿Recuerdas que fue ella la que nos salvó el culo en el último momento? —intervino Eva.

—Cómo olvidarlo, fue increíble —respondí. Tuve la impresión de que se ruborizaba.

—Me gustaría que se incorporara al Equipo de Combate. Le he explicado en qué consiste y está de acuerdo en intentarlo.

—¿Se ha enfrentado a un comilón cara a cara? —pregunté.

—No, pero sí a algo mucho peor —Eva apoyó una mano en su hombro—. Tiene los mimbres necesarios para ser una buena combatiente, yo la ayudaré.

—Por mí no hay problema.

—Bien, entonces nos vamos, cuanto antes empiece el entrenamiento mejor —concluyó agarrando a Clara por la cintura.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de aquella mujer torturada durante meses, un leve signo que rompía las cadenas de su pasado inmediato.

—Por cierto, Eva, ¿has hablado con Paco y Rafa? —me apresuré a preguntar antes de que se marchara.

Mi pregunta llevaba otra dentro, y una reparación moral implícita. Eva no me defraudó y me contestó a lo oculto.

—Ya he hablado con ellos, desde hoy también forman parte del Equipo de Combate.

No dijo más. Se fue con Clara y me dejó allí de pie, con los ojos entornados.

Durante la mañana aprovechamos para revisar el club minuciosamente y llevarnos todo aquello que pudiera servirnos. La despensa fue una mina, encontramos cientos de botellas de agua mineral, zumos, leche en polvo y miles de latas de todo tipo. Llevamos al helicóptero todo cuanto pudimos hasta llenarlo hasta los topes. Aquel aparato era un vagón de tren, pero todo tiene un límite.

Rosita campaba a sus anchas comiendo pasto seco sin descanso. Ya estaba lustrosa, pero sin duda cogería algunos kilos más si seguía así. En la parte de atrás del edificio Eva había sacado una mesa y tenía sobre ella varios tipos de armas. A su alrededor estaban Paco, Rafa, Clara y Luna, les daba una clase magistral. Me acerqué con la excusa de echarle una mano, aunque en realidad lo que deseaba era verla evolucionar sobre las armas. No me cansaba de observar esas manos (delicadas y fuertes a la vez) acariciar el mortal metal. Recordé su primera clase en la terraza de mi ático, mi torpeza, su paciencia, mi ingenuidad, su sabiduría, y se me erizó la piel de la nuca.

—Es una lástima que no podamos hacer prácticas de tiro —se lamentó Luna. Parecía animada, nada que ver con la niña que rescatamos de aquella casa de campo.

—No sería prudente disparar —dijo Eva—. Pero podemos aprovechar para aprender a cargar y descargar, y la mejor manera de disparar.

—Ya, pero a mí eso me aburre —dijo Luna haciendo un mohín.

—¿Y si me ayudas a enseñarle a Clara?

A Luna se le iluminó el rostro.

—Vale, empezaré por esta —dijo en tono didáctico, cogiendo una pistola—. La primera lección: el dedo siempre fuera del gatillo hasta que se vaya a disparar.

Eva me miró como diciendo, «la ves, está mucho mejor, lo tiene superado», y yo moví la cabeza asintiendo, con el orgullo de un padre que ve a su hijo interpretar el papel principal en la función de fin de curso. Algo que me gustó y me preocupó a partes iguales.

Al final también me uní y entre los tres impartimos una clase de armamento de lo más entretenida. Paco y Rafa eran alumnos aventajados, enseguida le cogieron el tranquilo al subfusil HK G. 36, al MP5, a las pistola HK Compact y a la *Beretta*.

—¿Tú qué opinas? —preguntó Paco a Rafa mientras le enseñaba un cartucho de 5.56 mm.

—Demasiado pequeña, prefiero la munición del doce —contestó.

—Y yo —añadió Paco.

Clara cumplió con las expectativas. Se mostró resuelta y para nada torpe. Trataba las armas sin miedo, pero con respeto, como hay que hacer, y eso nadie se lo dijo. Sin duda prometía.

—Y ahora elegid armas —instó Eva.

Paco y Rafa se miraron.

—Preferimos nuestras escopetas de cañones superpuestos —concluyó Rafa. Paco asintió moviendo la cabeza.

—Está bien, pero llevad una de estas también —dijo Eva ofreciéndoles una HK Compact con cuatro cargadores a cada uno.

—A mí póngame una de cada, no me las envuelva, me las llevaré puestas —intervino Clara. Eva se echó a reír y la seguimos todos. El sentido del humor cura más que las medicinas.

—Como quiera, sírvase usted misma —le siguió la broma Eva.

—Pensándolo mejor... cogeré una de estas y otra de estas —dijo Clara señalando las armas con un dedo, adoptando el papel de alguien delante del mostrador de una pastelería.

—Buena elección, señora —le felicitó Eva, y estalló en risas al tiempo que le entregaba un subfusil, una *Beretta*, una cartuchera y un montón de cargadores.

Luna se acercó a la mesa, miró y remiró, y terminó sacando el .38 Special plateado de su mochila verde.

—A mí me gusta más la mía.

No lo hubiese pasado mejor en una despedida de soltero.

A media mañana ya no había nada que hacer. La gente esperaba sentada en el restaurante o en el club de fumadores, conversando en pequeños grupos. Yo no podía relajarme. Nervioso, subía y bajaba del tejado a preguntar al vigía de turno si el horizonte seguía despejado, insistía a Escolano en que intentara contactar con la fragata, y no dejaba de darme vueltas en la cabeza la idea funesta de nuestro futuro

inmediato.

Dispuesto a desconectar me dirigí al restaurante. Encontré a Julián tomando una copa, solo, en un rincón. Tenía una botella de *whisky* cerca. Cogí un vaso, me acerqué y me serví dos dedos.

—¿Has encontrado lugares seguros? —le pregunté.

No me contestó, sacó un mapa doblado del bolsillo lateral de su pantalón y lo extendió sobre la mesa. Había marcado una serie de círculos rojos, casi en línea recta.

—Me ha ayudado a elegirlos el comandante, se conoce España como la palma de la mano —su tono era neutro—. Casi todos son aeródromos privados, menos estos que son parques naturales.

—Dirección Valencia —dije.

—Sí. Con una distancia entre ellos de unos cien kilómetros, todos siguen una ruta directa. La idea es no gastar gasolina dando rodeos.

—Me parece estupendo.

Julián dobló el mapa con parsimonia y luego dio un trago largo. Le pasaba algo. Saqué el paquete de tabaco y le ofrecí un cigarro, lo cogió, se lo puso en la boca y esperó a que se lo encendiera. Fumamos en silencio, uno al lado del otro, sin mirarnos.

—¿Recuerdas cuando me llamabas abuelo?

Se giró sorprendido por mi inesperada pregunta.

—Sí —respondió finalmente—, te sentaba como el culo.

—¿Y sabes por qué?

—Está claro, a los talluditos no os gusta que os recuerden lo cerca que estáis de la vejez.

Meneé un poco el vaso y le di un sorbo.

—No exactamente. En aquel entonces ya estaba enamorado de Eva, no quería admitirlo, pero era así. Cuando apareciste y te vi... bueno, la diferencia es evidente —Julián me miraba entornando los ojos, había captado su atención—. A pesar de las condiciones en las que estabas cuando te rescatamos me pareciste un rival formidable, jugabas en otra liga y yo me sentí viejo y estúpido, sin posibilidades de conseguir a Eva. Por eso me dolía que me llamaras abuelo, porque me recordabas mi fracaso.

—Pero te llevaste a la chica cabrón —dijo golpeándome en el hombro con el puño.

—Sí, quién lo hubiera pensado.

—A mí me rechazó por inmaduro.

—No digas eso.

—Claro que lo digo, es así. Anabel opina lo mismo.

Julián comenzó a hablar sin parar. Me contó su discusión con Anabel y los temores que albergaba sobre su futuro juntos. Se me subió el calor a la cara. Había sacado el tema del «abuelo» y me había sincerado con él para que entendiera que la

vida del hombre está llena de situaciones que se nos van de las manos. Me había parecido que estaba de bajón por lo que llaman crisis del padre primerizo y que hablarle de mis complejos le ayudaría, pero me equivoqué. Para nada me esperaba lo que rondaba por su cabeza, la naturaleza real de sus preocupaciones. Tenía ante las narices un conflicto de pareja en toda regla, algo para lo que no estaba preparado.

—Creo que de no estar embarazada de un hijo mío y rodeada de monstruos ya me habría dejado —continuó.

Busqué en mi memoria alguna situación que pudiera ayudarle, el recuerdo de un consejo, de una frase que aplicara árnica a su herida. No encontré nada, quizá no lo tenía. En su lugar eché mano a un cliché cinematográfico, como siempre hacía cuando me quedaba en blanco.

—¿La quieres?

—Sí, pero me cuesta demostrárselo, o al menos hacerlo como ella desea.

—Intentar ser quien no eres sería un error —rematé el cliché. Julián me miró con un brillo acuoso en los ojos.

—¿Qué puedo hacer?

Iba a decirle: «nada, amigo, no puedes hacer nada», pero no lo hice. Tampoco quise mentirle ni decirle palabras de consuelo huecas, no se lo merecía. Di una larga calada y apuré el vaso. Él no dejó de buscar mis ojos hasta que entendió y se fue. Hubiera preferido mil veces enfrentarme a un puñado de *comilones* que a la tristeza de su mirada.

El sol se encontraba en todo lo alto y el calor apretaba de lo lindo. Estaba con Escolano y Eva montando las ametralladoras M60 en los laterales del helicóptero cuando Andrés, el ingeniero agrónomo, se asomó desde el tejado y gritó.

—¡Ya vienen y son muchos!

Subimos al tejado corriendo, uno detrás del otro. Eva llegó la primera.

—Dios mío —musitó mientras observaba por los prismáticos.

Se los quité de las manos y miré. Más o menos a un kilómetro y medio, dirección noreste, distinguí una mancha oscura envuelta en una gran nube de polvo.

—Nos vamos —dije mientras le pasaba los prismáticos a Escolano como quien pasa una patata caliente.

25. ZONA CERO

Fortaleza de La Mola, isla de Menorca.

A las 00:30 horas la fortaleza de La Mola fue atacada.

Casi al mismo tiempo en que el Castillo de los Mendoza era asaltado, una ingente horda de infectados se conjuró para acabar con los soldados que la defendían. Aunque soportó un menor número de enemigos que el castillo y estaba mucho mejor defendida, las fuerzas estuvieron muy igualadas y la batalla se prolongó toda la noche. Al despliegue tecnológico y la potencia de fuego de los humanos se opusieron unos infectados impulsados por una enloquecida fiereza y una determinación ausente de miedo, algo que los convertía en contrincantes formidables.

Hacía casi diez meses que llegaron a Menorca. Lo primero que hizo el capitán Abreu, una vez tuvo a todos sus hombres vacunados contra el *Fubarbundy*, fue atracar en el puerto de Mahón y abastecerse. Luego tomó el Lazareto, una pequeña isla situada en la orilla norte del puerto. Estaba ocupada en su mayor parte por un complejo fortificado construido en el siglo XIX, compuesto por edificios que en su día se utilizaron, irónicamente, para recluir en cuarentena a enfermos contagiosos provenientes de las tripulaciones de los barcos que atracaban en la isla. Rodeado en su totalidad por un muro de siete metros de altura era un sitio ideal. Gracias a que el Lazareto solo era visitado por turistas y utilizado como residencia veraniega para funcionarios del Ministerio de Sanidad y algún que otro congreso médico, allí encontraron poca resistencia. En una mañana eliminaron al medio centenar de infectados que lo habitaban y se establecieron sin mayores contratiempos. Aunque la isla del Lazareto era más segura, cómoda y con mejores infraestructuras, Abreu quería conquistar la fortaleza a toda costa y a ello se dedicó con ahínco. Enclavada en La Mola, una península de un kilómetro cuadrado situada en la bocana del puerto de Mahón, la fortaleza fue levantada entre 1848 y 1875, y su finalidad fue proteger Menorca de los ingleses que amenazaban con volver a invadirla para usarla como base defensiva contra los franceses. Construida en piedra contaba con diez frentes (la mayor parte para la defensa terrestre ya que los acantilados que rodean la península dificultaban el acceso por mar), surcados por fosos, trincheras, galerías y parapetos para resguardo de los soldados y la artillería. Fue perfectamente diseñada y erigida a conciencia, con la idea de hacerla inexpugnable. Algo que jamás se comprobó ya que la fortaleza nunca fue atacada, ni por los ingleses, ni por los franceses, ni por ningún otro ejército. Por eso su estado de conservación era inmejorable.

El capitán la observaba cada día desde el puente de mando: sus altos cuarteles, las

torres, las murallas, su práctica y sencilla arquitectura; y maldecía cuando veía, a través de los prismáticos, a los infectados paseando por ella. Nunca se trasladó a Lazareto. Después de visitarlo una mañana no le pareció adecuado, le recordaba demasiado al sitio de vacaciones que fue, y él necesitaba un lugar más acorde con el momento en el que vivían: la guerra. Por eso continuó viviendo en la fragata con parte de sus hombres mientras ideaba el plan para tomar la fortaleza.

Unida a Menorca por un estrecho paso de apenas cien metros, la península de la Mola luego se ensanchaba como un embudo a través de un espacio de terreno vacío de roca viva y vegetación baja. Una carretera que llegaba hasta Cala Llonga (una pequeña localidad llena de hoteles, apartamentos, chalets y una magnífica playa, antaño repleta de turistas) era la única vía de comunicación con el resto de la isla. Un fondo de saco perfecto, el lugar ideal para plantar cara al enemigo que los acechaba. Abreu se pasó semanas pensando en la mejor manera de aislarla de Menorca, y cuando la tuvo no perdió un momento en ponerla en marcha. Gracias al helicóptero SH-60B Seahawk que llevaba la fragata, localizó un par de excavadoras en buen estado que le sirvieron para abrir una zanja de lado a lado en la zona de unión más estrecha, de costa a costa y de dos metros de profundidad; por detrás de ella colocó una línea de coches volcados que cubrió con la tierra que sacó hasta conseguir una altura de tres metros. No tuvieron muchas incursiones de infectados mientras duraron las obras, y los pocos que se aventuraron a husmear cayeron bajo el fuego de fusiles de precisión, al igual que aquellos que ocupaban la fortaleza y los alrededores.

Cuando el foso estuvo terminado colocó cinco ametralladoras M60 en lo alto de la muralla de tierra, separadas quince metros entre ellas, y ordenó que veinte hombres estuvieran siempre de guardia custodiando la entrada a La Mola. A las pocas semanas los redujo a diez, para terminar dejando uno en cada ametralladora. Durante meses ningún infectado se acercó a la fortaleza. Gracias a ello pudo ocuparla con relativa tranquilidad, acondicionarla, trasladar lo necesario para hacerla habitable y dedicarse luego a lo prioritario en ese momento: garantizar la supervivencia de sus hombres y constituir un nuevo gobierno que sentara las bases para una nueva España. Para ello se basó en el *Protocolo Renovatio* (que le facilitó el coronel O'Brien) y en su instinto a partes iguales.

La mayoría de la fortaleza estaba escavada bajo tierra. Un dédalo de túneles y estancias perfectamente diseñadas para la guerra del siglo XIX, con galerías *aspilleradas* para la fusilería de la época y amplias estancias para la munición y los víveres. Pero el verdadero corazón no estaba a la vista, lo encontró oculto tras una puerta de piedra simulada que tuvo que demoler. Aquella zona no se enseñaba a los turistas, por supuesto, en realidad pocas personas conocían de su existencia. Alimentado por energía geotérmica, escondido a varios metros bajo tierra, descubrió un *ultramoderno* búnker repleto de la más sofisticada tecnología, preparado para dirigir una guerra del siglo XXI. Un lugar de ciencia ficción suficientemente grande como para albergar a cientos de hombres en caso de conflicto armado. Siguiendo los

túneles comprobó que también se accedía a él a través de los acantilados, después de abrir una compuerta de acero reforzado de cincuenta centímetros y de desplazar una gran roca que basculaba gracias a un ingenioso sistema de poleas. No le gustó ver que la mayoría de los documentos que allí encontró estuvieran en inglés, y mucho menos que uno de los despachos principales lo presidiera una bandera de los Estados Unidos.

Entendió entonces las últimas órdenes que recibió del alto mando y que le indicaban dirigirse hasta el puerto de Mahón y esperar nuevas indicaciones. Sin duda era allí, dentro de ese búnker a prueba de bombas termonucleares, donde tenían pensado resguardar al rey o al gobierno, o a ambos; el último reducto seguro para conservar el mando sobre una nación en crisis. Pero no descubrió a nadie allí dentro, solo ordenadores realizando constantes rutinas que no entendía. O no hubo tiempo de trasladarlos allí y estaban en otro lugar, o lo más probable, pensó: estaban todos muertos o convertidos en monstruos. Después de meditar durante varios días decidió dejarlo como estaba. Toda aquella tecnología era innecesaria en aquellos momentos, aunque quizá pudiera ser útil en un futuro. Aprovechando el inagotable flujo de energía geotérmica, ordenó a sus ingenieros que tiraran líneas eléctricas desde el búnker para abastecer de electricidad la fortaleza, y luego se aseguró de que colocaran una puerta de la que solo él tendría la llave.

A las pocas semanas se olvidó del búnker, ocupado como estaba en acondicionar la fortaleza y en poner en marcha todo lo necesario para la nueva nación. A su entender lo estaba consiguiendo. Después de nueve meses sentía que lo estaba haciendo bien, que aquel trozo de roca empezaba a parecerse a un hogar. Eso fue hasta que recibió la llamada del coronel americano previniéndole del peligro que corrían, entonces su pequeño mundo se tambaleó. No estaba dispuesto a perder todo lo que habían logrado hasta el momento, y mucho menos a permitir que una horda infecta los echara de allí. Por eso preparó concienzudamente la defensa de La Mola y no se permitió ni un minuto de descanso hasta que tuvo todo preparado.

Después de reunirse con sus oficiales y de escuchar sus propuestas, decidió que él se quedaría en la fragata dirigiendo la defensa desde el mar con la mitad de los hombres, y el alférez Galera lo haría desde tierra con la otra mitad.

—Las mujeres se quedarán en el barco —ordenó.

—Por supuesto, contestaron todos los oficiales, incluida la subteniente Lozano, que vestía de civil, con una amplia camisa blanca que disimulaba su embarazo de ocho meses.

Luego llegó la llamada de aquel comandante desde el helicóptero y la promesa de más españoles que poblarían su diminuta España y, aunque se alegró, no tuvo tiempo de disfrutar de la grata sorpresa, más de cuarenta mil infectados, apiñados como granos de maíz en una mazorca, se dirigían a buen ritmo hacia la fortaleza.

A las 00:20 horas el capitán esperaba en la fragata, asomado a babor, apoyado en la barandilla de acero, solo.

En sus treinta y cinco años de servicio nunca se había encontrado en una situación como esa. En realidad nadie se había encontrado jamás ante un combate como aquel. No estaba nervioso, y mucho menos asustado, pero sí preocupado, muy preocupado. Si perdían significaría que aquellas cosas tenían la sartén por el mango, que no había esperanza. Sintió un enorme peso sobre sus hombros, la responsabilidad. Él no la había buscado, ni la había deseado jamás, aquella carga le llegó como llega un chaparrón de verano, sin avisar y calándote hasta los huesos. A pesar de todo estaba dispuesto a asumir el reto de dirigir el combate y, lo más importante, de recomponer la nación. No importaba lo diminuta que fuera, ni los escasos habitantes que tuviera, era lo que quedaba de todo lo que amaba y se sentía obligado a intentar salvarla. Mientras le quedaran fuerzas lucharía por conseguirlo o moriría en el intento.

Un joven soldado se aproximó a paso ligero y se cuadró delante de él.

—Señor, es el alférez Galera —dijo entregándole un walkie.

El capitán tomó aire y miró la isla sumida en la oscuridad.

—Le escucho Galera.

—Señor, detectamos movimiento con los infrarrojos a unos cuatrocientos metros.

—Bien. Preparen los focos, y ya sabe... cuando se encuentren a doscientos enciéndanlos y lancen las bengalas. Esa será la señal.

—A la orden, señor.

La fragata se encontraba a unos cien metros de la orilla oeste, entre la isla del Lazareto y La Mola, justo de costado a la línea de defensa. Los hombres llevaban horas comprobando el armamento, repasando una y otra vez que todo estuviera dispuesto. La dotación se redujo a menos de la mitad y la prioridad era servir las armas, por eso todos los demás servicios estaban cancelados, incluido el de operador de radio. El capitán tuvo que prescindir de muchos soldados, los mejores, que tendrían la labor más dura y peligrosa; ellos estarían frente a aquellas bestias, en tierra, a pocos metros del infierno que se iba a desatar. Conocían el peligro que corrían y sin embargo obedecieron las órdenes y desembarcaron en la isla sin rechistar, sin hacer un mal gesto, sabiendo que no habría nada entre ellos y los infectados, que eran la primera y la última línea de defensa. La mayoría de sus hombres eran jóvenes que nunca habían entrado en combate. Apenas un puñado de ellos había visto a un infectado de cerca. Tampoco sabían lo que significaba recibir fuego amigo a un palmo de sus narices. Por eso el capitán se emocionó cuando los vio partir en las lanchas, porque sabía que si no hacían bien las cosas desde la fragata no los volvería a ver.



El alférez Galera se ocupó personalmente de la colocación de los láseres que guiarían a los misiles. Convirtió una franja de terreno de trescientos metros de ancho en un tablero de ajedrez compuesto por cuadrados invisibles de veinticinco metros de lado cuyos vértices eran puntos verdes luminosos. El plan consistía en esperar a que la horda llegara a doscientos metros de ellos (agrupados en la zona más estrecha) y lanzarle desde la fragata todo lo que tenían, freírlos antes de que alcanzara la línea de defensa. Detrás del foso, sobre el terraplén de tierra, resguardados tras sacos de arena, esperarían el alférez y ochenta soldados, armados con ametralladoras de pequeño y mediano calibre y un par de *Milkor* con capacidad para seis granadas de 40 mm. Ellos eran el cebo. Si el fuego proveniente de la fragata no aniquilaba a los más de cuarenta mil infectados que se les vendrían encima, no serían capaces de eliminarlos, ni siquiera detenerlos. Tendrían que retirarse a la fortaleza... si podían. No quiso pensar en ello, confiaba en que la enorme potencia de fuego de la *Cristóbal Colón* fuera

suficiente y borrara del mapa al enemigo infecto. Tampoco pensó en el peligro que suponía encontrarse tan cerca de la línea de fuego.

El murmullo que llevaban minutos escuchando fue aumentando de volumen hasta convertirse en algarabía compuesta por gruñidos y trotar de miles de pies. De momento solo los oían, aún se encontraban lejos. Esperó. Se sobresaltó cuando el *sensor* de movimiento avisó con una suave señal acústica. Había llegado el momento.

A través de las gafas de visión nocturna distinguió la masa vociferante e informe, y se le encogió el estómago. El alférez pulsó el interruptor que encendía la batería de focos de alta potencia y la noche se aclaró delante de sus ojos. Las rocas y la vegetación de matorrales bajos se tiñó de blanco y proyectó largas sombras a ras de suelo. Se quitó las gafas y aguzó la vista. Un muro de carne enloquecida y ponzoñosa apareció en el halo de luz.

—Preparen las bengalas —gritó a sus hombres.

Diez brazos se alzaron con los dispositivos a punto.

—¡Fuego!

El capitán Abreu primero divisó la línea de luz que cortó la península de La Mola en dos, luego vio ascender, casi al mismo tiempo y con idéntico ángulo, el rastro de luz que iban dejando las bengalas. Tomó el walkie con una mano, los prismáticos con la otra y sin dejar de mirar dio la orden de abrir fuego.

Progresivamente se fueron abriendo las cuarenta y ocho celdas del lanzador vertical Mk-41, y cada una de ellas escupió un misil *antisuperficie* que dejó un rastro de fuego y humo denso en su trayectoria ascendente, para una vez alcanzada cierta altura, corregir la dirección y dirigirse al objetivo marcado. Antes de que se borrara la estela de humo del aire, los dos lanzadores cuádruples de misiles *antibuque* AGM-84 Harpoon sumaron a la primera andanada ocho misiles más de 4,6m y 628kg que salieron zumbando como insectos gigantes.

Cincuenta y seis impactos certeros iluminaron la noche e hicieron retumbar los oídos del capitán.

Jamás había contemplado el poder devastador de aquellas armas desde tan cerca y en tan gran número, ya que casi nunca se hacían prácticas reales de tiro. Y era comprensible teniendo en cuenta que cada misil costaba un millón y medio de euros.

—¡Preparen nueva andanada, rápido! Mientras tanto que el cañón de proa no deje de disparar.

Observaron perfectamente salir los misiles de la fragata, describir un arco y descender. Nada podía prepararles para lo que vieron y sintieron después. Al alférez Galera casi le estallaron los dientes y le reventaron los oídos, exactamente igual que a todos y cada uno de sus hombres. A pesar de encontrarse a más de cien metros de los impactos, las cincuenta y seis tremendas detonaciones a punto estuvieron de acabar con ellos. El alférez fue incapaz de mantener la mirada y, después de la primera explosión, esperó detrás de unos sacos de arena hasta que oyó la última. Cuando se asomó, la masa compacta de infectados había desaparecido y en su lugar descubrió

unos tremendos agujeros humeantes en el suelo y miles de cuerpos destrozados esparcidos como briznas de paja.

—Informe de daños Galera —sonó la voz del capitán, grave y concisa.

—Señor —contestó aún aturdido—, impactos certeros, destrucción del enemigo cien por...

No terminó la frase. Según hablaba percibió movimiento en los cuerpos caídos, descubriendo con horror cómo muchos de los infectados se incorporaban de entre el amasijo de carne despedazada.

—¿Qué pasa Galera?

Los supervivientes (aquellos que aún mantenían sus cerebros intactos), ajenos a las terribles mutilaciones se levantaron. Tambaleantes y aturdidos, sin brazos, sin piernas, con las tripas fuera... con heridas mortales para cualquier humano, los infectados se lanzaron de nuevo a la carga.

—Galera, ¿me escucha? —repitió Abreu.

—Vuelven de la muerte.

—¿Cómo dice?

—Continúen disparando, esto aún no se ha acabado.

—Recibido, les cubriremos con el cañón de proa mientras recargamos.

—Por Dios, señor, dense prisa.

El cañón Mk-45 disparaba veinte proyectiles de 20 mm por minuto, pero era insuficiente para detener a los más de veinticinco mil infectados supervivientes. Aunque aún se encontraban algo lejos, el alférez no quiso esperar más y ordenó a sus hombres abrir fuego. A esa distancia era muy difícil acertar a los infectados en la cabeza y la mayoría de los disparos se estrellaron en el suelo o impactaron en sus cuerpos insensibles. Los minutos pasaban como si fuesen días, los tenían a menos de cien metros. Se le pasó por la cabeza ordenar la retirada a la fortaleza, pero sabía que sería una cobardía que supondría la pérdida de La Mola y de toda Menorca. Tendrían que aguantar. Apretó los dientes y descargó las seis granadas de su *Milkor*.

Estaba recargando cuando sonó de nuevo la radio.

—Estamos preparados. ¿Repetimos coordenadas?

—Corrijan el tiro, casi los tenemos encima. Cubran cien metros más dirección este —contestó Galera.

—Les van a caer muy cerca —dijo preocupado el capitán.

—Apunte bien, señor.

No esperó la confirmación del capitán, dejó caer la radio y disparó de nuevo su *Milkor*. De las seis granadas solo una causó bajas, a noventa metros destrozó a tres infectados y arrancó las piernas a otro.

Una nueva andanada de misiles salió de la fragata. El capitán observó con atención el lugar de los impactos. Se le cortó la respiración cuando comprobó lo cerca que

cayeron de la línea defensiva donde se encontraban sus hombres.

—Recarguen de nuevo —ordenó inmediatamente.

El cañón de proa continuó disparando sin descanso, apuntando justo delante del foso.

La segunda descarga los hubiera matado de no haber sido por los sacos de tierra. Aún hubo dos andanadas más. Con la tercera y la cuarta sintieron como si la carne se les desprendiera de los huesos y sus cabezas les fuesen a estallar. Gritándose los unos a los otros porque no se escuchaban, se fueron levantando y, asomados al terraplén, contemplaron los resultados.

La gran cantidad de misiles concentrada en unos cuantos miles de metros cuadrados había sido devastadora. Los focos iluminaban un paisaje lunar cubierto de miembros y trozos de carne ennegrecida. A pesar de todo, más de cinco mil infectados continuaron avanzando. Algunos no eran más que troncos sin brazos, otros se arrastraban sin capacidad para caminar. Pero todos, sin excepción, lo hicieron con la misma ciega y brutal determinación.

Ya no quedaba margen para continuar disparando desde la fragata, estaban llegando al foso, tendrían que abatirlos ellos mismos.

—Señor, aún quedan muchos —comunicó Galera a su capitán.

—Envió el helicóptero para darles apoyo.

—Gracias, señor, nos vendrá muy bien.

Eso dijo, «nos vendrá muy bien», como si se tratara de una mudanza en la que un par de amigos se ofrecieran a ayudarle. Con los ojos llorosos y la garganta irritada por el humo de la pólvora y la carne quemada, el alférez se dirigió a sus hombres.

—Apunten a la cabeza —gritó, y comenzó a disparar.

Aturdidos, con los oídos embotados emitiendo estridentes zumbidos, los ochenta hombres se emplearon a fondo.

La luz de los focos iluminaba a la horda, despojos andantes y sanguinolentos que gruñían cuando caían al foso. Pronto la acumulación de cuerpos les permitió pasar por encima y fue cuando las cosas se pusieron más difíciles. Aunque el helicóptero SH-60B Seahawk, armado con dos ametralladoras M60, hacía continuas pasadas de cobertura, no pudo evitar que, en determinadas zonas de la línea, los infectados escalaran el suave montículo y se echaran encima de los soldados rompiendo la cadena defensiva.

—¡Echen una mano a esos hombres y cubran el hueco! —gritaba entonces el alférez, temiendo tener que enfrentarse a un enemigo que les llegara también por detrás.

Combatieron durante toda la noche desde lo alto del terraplén de arena, contemplando cómo estallaban las cabezas de aquellas cosas a un palmo de sus caras.

El amanecer sorprendió a los soldados. La luz de un nuevo día fue testigo de los

últimos disparos y también del final del último infectado que aún quedaba en pie.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego!

El alférez levantó la voz todo lo que pudo y se dirigió al soldado que tenía más cercano, golpeándolo en el hombro para que dejara de disparar. Las detonaciones se fueron espaciando hasta que ya no se escuchó ninguna. Galera echó un vistazo, el foso estaba completamente lleno de cadáveres. Esperó en silencio, intentando percibir movimiento o escuchar algo con sus aturdidos oídos.

Nada, solo muertos. Sintió su respiración agitada. Todo había terminado.

—Cabo, informe de bajas —dijo mientras comprobaba el cargador de su arma.

Sentado en el suelo, con la espalda apoyada en unos sacos, esperó pacientemente. El cabo recorrió la línea de lado a lado y volvió a la carrera.

—Señor, tres soldados muertos y cinco heridos por mordiscos.

No quiso saber sus nombres, conocía personalmente a todos sus hombres y prefirió retrasar el momento.

—Gracias, cabo, puede descansar.

Recogió la radio del suelo y comunicó con la fragata.

—Señor, aquí el alférez Galera.

—Le escucho.

—El enemigo ha sido exterminado.

—Informe de bajas.

—Hemos perdido ocho hombres.

Se produjo un corto silencio.

—¿Y heridos?

—Cinco de ellos.

—Ya —dijo lacónico el capitán entendiendo lo que Galera le quería decir—. Mantengan la posición hasta que llegue el relevo.

—Sí, señor.

—Buen trabajo, alférez —añadió el capitán emocionado.

No contestó. Cortó la radio, cerró los ojos y deseó que un sueño repentino lo invadiera. No fue así. No dormiría bien en una semana.

El capitán se puso las gafas de sol para proteger sus cansados ojos de la naciente luz del día y se giró buscando al teniente Magalo. Mientras caminaba por la cubierta vio a sus hombres trajinar recogiendo casquillos, cubriendo los cañones y revisando las toberas del lanzamisiles Mk-41. Se fueron cuadrando a su paso y les devolvió el saludo con satisfacción, habían hecho un buen trabajo. Al teniente lo encontró en el puente de mando.

—Magalo, disponga las lanchas para recoger a los hombres —dijo sin preámbulos, señalando con la mano en dirección a La Mola.

—A la orden, capitán, ya me estaba ocupando de eso —se cuadró y saludó

marcial con la mano.

—Y otra cosa. Tendremos que comenzar la limpieza rápidamente, con este calor no podemos dejar todos esos cuerpos pudriéndose al sol.

—Estoy de acuerdo, señor.

—Póngase en contacto con *los refugiados*, vamos a necesitar su ayuda.

—¿Se refiere a los «malditos», señor?

—¿Hay algún problema?

—Señor, no me fío de esa gente.

—Nos abastecen de pescado y nunca han dado problemas. Ahora vamos a necesitar hombres que sepan manejar las escavadoras y las palas, buenos trabajadores, y ellos lo son.

—Señor, nosotros podríamos...

—Haga lo que le digo, teniente —cortó el capitán sin dejarle acabar la frase—. Y no me gusta que los llame *malditos*.

—A la orden, señor.

El teniente volvió a cuadrarse y salió del puente de mando entre avergonzado y dolido.

El capitán se retiró a su espartano camarote. De pronto un inmenso cansancio lo invadió. Se quitó los zapatos, se desabrochó el cinturón y se tumbó en la cama. En soledad se permitió sacar los sentimientos y los ojos se le enturbiaron recordando a sus hombres muertos. Estaba tan agotado que su mente comenzó a desconectar y sus pensamientos se volvieron erráticos y nebulosos hasta que se durmió profundamente.

Unos golpes en la puerta le despertaron horas más tarde.

—Adelante.

—Señor, lamento molestarle —dijo el cabo primera de transmisiones abriendo la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó el capitán con el pelo revuelto mirando su reloj.

—Señor, es el comandante Escolano por la radio. Pregunta por usted.

—El comandante Escolano —repitió para sí en voz alta.

—Sí, señor. Pide permiso para viajar a la isla, quiere saber si todo está bien.

—¿Le ha dicho cuántos supervivientes trae?

—Sí, señor. Esto... —el cabo pareció azorado. Buscó un papel en el bolsillo superior de su camisa, lo desdobló y miró al capitán antes de leerlo—. He anotado sus palabras: «Llevo treinta y seis personas, siete gallinas y una vaca».

El cabo se quedó mirando al capitán con la nota de papel en la mano sujeta con dos dedos.

—Santo Dios, voy enseguida.

26. ¿PUEDE REPETIR, SEÑOR?

Me senté junto a Escolano, en la cabina de mando. Todos subieron al helicóptero y fueron ocupando los espartanos asientos situados en la zona de carga. Nadie se planteó la posibilidad de acompañar al comandante, ni siquiera Eva que se sentó justo detrás, con Luna. No sabía qué podía significar aquello, pero me dio que pensar.

Antes de fijar el rumbo, el comandante sobrevoló el campo de golf y pudimos apreciar en toda su magnitud de lo que nos habíamos librado. Por la zona norte, a buen paso, se aproximaba una cantidad absolutamente impresionante de infectados.

—¿Por qué nos odian tanto?

Escolano no contestó, e hizo bien, fue una pregunta estúpida que no merecía respuesta. ¿Quién podría saber lo que se escondía dentro de aquellos cerebros mutantes? A cambio me regaló una afirmación de categoría que me ensombreció la mirada.

—Vivimos en un mundo que ya no nos pertenece, amigo.

No volvimos a cruzar palabra hasta que un olor sospechoso llegó hasta la cabina.

—¿A qué huele?

—Creo que ha sido la vaca —contesté sin dudarlo.

A los diez minutos de despegar, Rosita, soltó una cagada de cinco kilos que casi nos intoxica a todos. A pesar del coñazo de limpiar la plasta y la dificultad que tuvimos para lanzar la bolsa con tan nutrido contenido por la ventanilla, he de decir que sirvió para relajar el momento y que todos olvidáramos por unos minutos nuestros negros pensamientos. Luego volvimos a ellos, por supuesto.

Llevaba sobre las piernas el mapa donde Julián y Escolano habían señalado los posibles puntos para aterrizar. No habíamos tenido tiempo de decidir el próximo lugar y yo pasaba el dedo índice por aquellos círculos rojos como si esperara una señal, igual que un zahorí buscando agua bajo la tierra.

—¿Qué te parece si nos dirigimos aquí? —dije finalmente a Escolano señalándole un parque natural cerca de Valencia.

Escolano se inclinó para ver mejor y movió la cabeza afirmando.

—Creo que será un buen sitio, seguro que encontraremos un aparcamiento donde aterrizar. Esto de aquí parece un embalse, ¿verdad? —contestó colocando su dedo sobre la mancha azul.

—Sí.

—Enseguida fijo el rumbo.

—¿No prefieres otro lugar? ¿Un aeródromo tal vez?

—El parque está bien.

Escolano tocó unos botones desconocidos para mí y para la mayoría de los mortales, y se frotó las manos.

—Estaremos allí en hora y media, y habremos puesto trescientos kilómetros de distancia entre esas cosas y nosotros.

Cuando le pregunté me dijo que volábamos a doscientos metros de altura.

—¿Quieres que baje o que suba?

—No, así está bien.

No nos cruzamos con una acumulación tan numerosa de infectados como la que nos echó de Manzanares, ni mucho menos. Solo cuando sobrevolábamos una población pude distinguir algunos grupos reducidos rodeando alguna casa.

—Creo que allá donde se juntan infectados se encuentra un superviviente —afirmé tristemente.

—Me temo que así es.

A la altura de Quintanar de la Orden vimos un pequeño edificio aislado, lejos del centro de la ciudad. Parecía un hotel rural. Lo rodeaban muchos infectados.

—Allí seguro que se esconde alguien —dije imaginando el terror que estaría pasando aquella persona.

Escolano miró por la ventanilla, pero no dijo nada.

—Quizá más de uno. Tal vez una familia entera —añadí.

—Olvídalo, habrá más de quinientos infectados. No se puede hacer nada —replicó Escolano a una propuesta que no había hecho, aunque estaba pensado.

—Prefiero que vuelas un poco más alto.

—Entiendo —contestó Escolano.

Cuando la vista desde el helicóptero se redujo a manchas marrones y grises me animé a volver a hablar.

—¿Cómo ves el aparato?

—De momento todo bien. Se está portando.

—¿Y el combustible?

—El suficiente —contestó Escolano dando unos golpecitos al indicador de gasolina.

Atrás todos dormían menos Eva, que abrazaba a Luna recostada sobre ella. Me miró y me lanzó un beso de esos que tanto me gustaban. Levanté el pulgar y ella sonrió. Volábamos a un destino incierto y ella sonreía y me hacía feliz. Mientras nos quedara eso, la capacidad de sobreponernos y seguir adelante sacando partido a una simple sonrisa, el ser humano tendría una oportunidad.

Me adormilaba cuando Escolano me golpeó en el hombro y señaló a su izquierda. Miré y vi una gran masa verde envolviendo una garganta rocosa repleta de agua azul como el cielo.

—Ya estamos llegando —añadió a su gesto.

Había intentado comunicar con la fragata cada diez minutos sin obtener resultado. Esperé a localizar una zona asfaltada, junto a un pequeño edificio que poseía a su derecha un aparcamiento para autobuses, para probar de nuevo.

—Aquí el teniente Escolano a fragata Cristóbal Colón, respondan por favor. Aquí

el teniente Escolano a fragata Cristóbal Colón, respondan —repitió sin mucha convicción.

El Parque Natural de Chera-Sot de Chera lucía espectacular y, además, no vimos a ningún infectado cerca. Escolano se disponía a realizar las maniobras de aterrizaje cuando una voz en la radio nos sobresaltó.

—Aquí la fragata Cristóbal Colón, le habla el cabo primera Urrutia.

Nos miramos con una sonrisa de oreja a oreja y, antes de que pudiera darme cuenta, tenía a Eva asomada a mi hombro.

—Cabo, me alegra oírle. ¿Dónde han estado? Llevamos toda la noche y todo el día intentando contactar con ustedes.

—Lo siento, señor, pero hemos tenido problemas.

—Ya me contará el capitán, ¿no es así?

—Correcto, señor.

—Pues avísele de inmediato, no sabe las ganas que tenemos de llegar.

—Me hago cargo. ¿Viene usted solo o trae algún superviviente más?

Escolano pareció dudar. Miró para atrás y nos dirigió una sonrisa a Eva y a mí.

—Vamos treinta y seis personas, siete gallinas y una vaca.

Hubo unos segundos de silencio. Eva se abrazó a mi cuello y me besó el lóbulo de la oreja. Escuchaba su risita nerviosa entre beso y beso, una delicia.

—¿Puede repetir, señor?

—Ha oído bien, cabo, llevo a treinta y seis personas, siete gallinas y una vaca. Y vaya a buscar a su capitán de una vez.

—Claro, señor, ahora mismo. No se retire, vuelvo enseguida.

El helicóptero volvió a tomar altura. Escolano manipuló su intrincado panel de control.

—Fijado nuevo rumbo, volamos dirección Menorca —dijo a través de los altavoces despertando a todos—. Gracias por elegir esta compañía. El comandante Escolano les desea un buen vuelo.

Nos abrazamos y reímos. La antigua comunidad del Castillo de los Mendoza agradeció la noticia y celebró que la suerte nos hiciera, de nuevo, un sitio a su lado.

27. MANHATTAN

El coronel O'Brien recibió el parte de novedades en su despacho, situado en el 301 de Park Avenue, en el Waldorf Astoria. Después de comprobarlo en el registro del hotel estuvo seguro de que había elegido la misma *suite* donde estuvo alojado, durante la década de los sesenta, el general Douglas MacArthur.

Todos los días, a las nueve en punto, el teniente Crew le llevaba una taza de café bien cargado y el informe del día anterior perfectamente actualizado.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, teniente. Le escucho.

Crew permaneció de pie, como siempre hacía. Tomó su cuaderno de notas y comenzó a leer.

—Punto 1: A las 10:35 de ayer el helicóptero Black Hawk regresó a la base, de su vuelo diario de reconocimiento, con dos supervivientes que pudo rescatar de la terraza de un edificio al este de New York. Un hombre y una mujer de veintidós y veinticuatro años respectivamente, en bastante buen estado teniendo en cuenta las circunstancias. Punto 2: Los generadores del *Presbyterian* están revisados y en perfecto estado, el hospital puede ser utilizado en cualquier momento. El personal médico ya se ha trasladado allí. Punto 3: A las 13:25 el *USS George Washington* informó de que había localizado otro buque cisterna cargado de combustible cerca de la costa de Atlantic City. Dos remolcadores partieron en su busca. Esperamos tenerlo aquí esta tarde. Serán más de ciento cincuenta millones de litros de combustible, que sumados a los que contienen los tres buques cisterna que ya tenemos atracados en el puerto, bastarán para el abastecimiento de todos nuestros servicios durante los próximos tres años. Punto 4: Se han terminado de asignar los puestos para el mantenimiento de la ciudad. Se han relevado del servicio a doscientos cincuenta y tres soldados más que, junto a los ciento veintidós civiles no cualificados, se encargarán del soporte básico. Junto con el personal médico y el equipo cualificado que se encarga de las infraestructuras, hay mil ciento treinta y siete personas destinadas a poner en funcionamiento la ciudad.

—Bien, ¿qué me dice de la seguridad? —dijo el coronel con los ojos entornados.

—A pesar de la avalancha de anoche, la puerta del puente de Brooklyn aguantó. Esta mañana parecen estar algo más calmados.

—Prosiga.

—Esta madrugada, a las 4:35, nació un nuevo ciudadano americano. Fue una niña que pesó tres kilos cien gramos y está en perfecto estado al igual que su madre.

—Esa es la mejor noticia, debería de haber empezado por ahí.

—Sí, señor.

—Es el tercero, ¿verdad?

—Así es, señor, dos niñas y un niño.

—Magnífico.

—Volvimos a contactar con la fragata española a mediodía —prosiguió el teniente.

—¿Cómo les fue?

—Ganaron, señor. Tuvieron una dura noche, pero lograron tomar la isla.

—Bien hecho. ¿Algo más?

—Nada reseñable, señor.

—Gracias, teniente, puede retirarse.

Crew se disponía a salir del despacho cuando el coronel se acordó de algo.

—Teniente.

Crew se detuvo en seco.

—Averigüe qué pasó con los supervivientes de Madrid.

—¿Señor?

—Aquellos del castillo.

—Ah, sí, “Camelot”. Ahora me informo.

El coronel se quedó solo. Se levantó del sillón y se dirigió a la ventana desde donde pudo contemplar la ciudad vacía, sin personas, sin coches..., sin vida. Estaban poniendo la primera piedra para volver a reconstruirla, la primera de muchas otras que tendrían que ponerse. Él nunca vería de nuevo aquel bullir de gente de antaño, de eso estaba seguro, pero se sentía satisfecho de saber que si continuaban haciendo las cosas bien, los hijos de los hijos de los hijos de los hijos de alguien, tal vez sí lo vieran.

Después de tomar Manhattan, el coronel O’Brien puso en marcha la Fase Dos. La Fase Uno había consistido en encontrar un lugar seguro y trasladar a todos los supervivientes allí, ahora tocaba garantizar su bienestar, priorizar la procreación y sentar las bases de una nueva nación. La Fase Tres sería contraatacar, pero eso aún quedaba muy lejos.

En «*El Espíritu de la Libertad*», como los americanos llamaban a su portaaviones insignia el *USS George Washington*, la vida intentaba continuar como si en el mundo nada hubiera pasado. El capitán Cardona se propuso mantener el control de la situación a base de no bajar la guardia en cuanto a disciplina y orden, y hasta el momento lo había logrado. Entregó al coronel O’Brien mil quinientos marines, pero por lo demás, a bordo del portaaviones, todo seguía igual. Limpieza, mantenimiento de aeronaves, revisión exhaustiva y diaria de todos los sistemas del barco, prácticas... Nada se había descuidado.

Aquella pequeña ciudad flotante de trescientos treinta y dos metros de larga, setenta y nueve de ancha y setenta y cuatro de alta, tenía de todo. Sus bodegas albergaban ochenta aviones y varias decenas de helicópteros, catorce millones de

litros de combustible para los *jet*, una planta potabilizadora de agua con capacidad para destilar un millón y medio de litros diarios, seis mil doscientos cincuenta camarotes y un comedor, cuyas cocinas eran capaces de servir dieciocho mil raciones al día, mientras sus neveras continuaran llenas, por supuesto. Ese prodigio de ingeniería militar podía navegar a 56 km/h durante veinte años seguidos gracias a sus dos reactores nucleares. Además de los cinco mil marineros, trasportaba: cuatro capellanes, veinticinco médicos, varios dentistas, abogados, metalúrgicos, mecánicos, meteorólogos, controladores aéreos, guardias de seguridad, fotógrafos, periodistas, peluqueros, cocineros y un sin fin de especialistas en todas las disciplinas. Los domingos un coro Gospel cantaba en la capilla, y un grupo de *rock*, formado por marines aficionados, amenizaba las noches de los sábados. Incluso disponía de una imprenta en la que se editaba la revista *The Guardian* con una tirada de mil ejemplares. En definitiva, aquel barco representaba un resumen de la civilización moderna.

Durante los últimos meses, el portaaviones había recorrido las costas de los EE. UU. en busca de supervivientes y de alimentos. Gracias a sus *drones* (aviones de reconocimiento no pilotados) y a sus helicópteros, no habían tenido dificultad en reunir en sus bodegas todo tipo de animales de granja, y toneladas de grano y semillas que ya habían dado sus frutos en varias de las pequeñas islas situadas a lo largo del canal, entre los ríos East, Harlem o Hudson, donde se construyeron granjas y sistemas de riego con prioridad absoluta. En su travesía de búsqueda de miles de kilómetros también rescató a dos mil quinientos treinta supervivientes. Eso fue antes de que los infectados decidieran organizarse y atacar a los humanos, claro. El portaaviones era tan seguro y estaba tan bien abastecido que el coronel permitió que las mujeres embarazadas que quisieran pudieran permanecer en él, y así hicieron cuatrocientas doce. La mayoría formaban parte ya de la tripulación, eran marines, pilotos o técnicas.

Llevaba una semana atracado cerca de Manhattan y del USS Wichita, el buque de abastecimiento, esperando órdenes. Durante ese tiempo algunos de sus hombres (expertos en explosivos) habían ayudado a colocar cargas en el puente de Brooklyn. El coronel no quería sorpresas, encontrarse con el portaaviones lejos y la puerta a su isla de pronto abierta de par en par. Por eso ordenó colocar explosivos suficientes para que aquel amado puente suyo volara en mil pedazos en caso de que fuera necesario. Aparte de aquella sencilla misión no había intervenido en nada más, y todo el personal y sus noventa y siete mil toneladas se mecían a la espera en las tranquilas aguas del Hudson, como un bebé en los brazos de su madre.

A las 12:35 el teniente Crew sorprendió al coronel saliendo de su despacho para bajar al elegante salón del hotel a comer.

—Lo siento, señor, le traía el informe que me pidió.

O'Brien dudo por un instante en volver a entrar, pero su estómago decidió por él.

—Acompáñeme y me lo cuenta comiendo.

El coronel solía hacerlo antes que los demás oficiales, en una mesa junto a un amplio ventanal con vistas a la solitaria Park Avenue. Nada más llegar el personal de servicio lo saludó y, mientras los dos hombres se sentaban, dispusieron el mantel y los cubiertos. La comida había mejorado mucho desde que se pusieron en marcha las granjas, y podían permitirse una dieta mucho más variada y sana.

—¿Qué tenemos hoy?

Preguntó al camarero, un hombre de mediana edad rescatado de un rascacielos y que había trabajado toda su vida como chef en restaurantes de cuatro tenedores.

—Ensalada de tomate con brotes tiernos, queso fresco y huevos duros; de segundo chuletas de cerdo y de postre manzana.

—Perfecto. Para beber tráiganos media copa de vino para cada uno.

El camarero se retiró y dejó a los dos hombres mirándose bajo la luz que entraba por la ventana, tamizada por las cortinas de tela traslúcida.

—Bueno, dígame teniente, qué ha averiguado.

El teniente fue sacando unas fotos de un sobre marrón y poniéndolas encima de la mesa, delante del coronel.

—Estas imágenes las sacó anoche el satélite, y éstas otras son de hace unas horas.

El coronel no tardó en interpretar lo que veía.

—El castillo cayó.

—Sí, señor. Pero he hablado con el capitán español de la fragata y me ha confirmado que escaparon con vida y se dirigen a su isla en un Chinook.

—En un Chinook... ¿Está seguro?

—Está todo en el informe.

Mientras el teniente le ofrecía al coronel una fina carpeta, el camarero llegó a la mesa y sirvió las copas de vino. O'Brien bebió un sorbo que saboreó largamente en su paladar y se puso a leer. Crew se entretuvo jugando con las sombras que sus dedos proyectaban en el mantel de lino. El coronel no dijo nada hasta terminar la cuarta hoja del informe, para entonces ya estaban las ensaladas servidas sobre la mesa. Se quitó las gafas de ver de cerca y cerró la carpeta.

—¿Está seguro de que esos españoles no exageran?

—Las fotos del satélite no engañan, y el radar del *George Washington* ha detectado un aparato sobrevolando España, con dirección a la isla. Si quiere podemos contactar con él.

—No es necesario, debe ser todo verdad, solo que parece increíble.

—Increíble, sí.

—Manténgame informado de cómo les va a esos valientes. Algún día me gustaría conocer al responsable de toda esa proeza.

—Sí, señor.

Comieron la ensalada en silencio. Luego les trajeron la carne. El coronel se

detuvo con el tenedor y el cuchillo en la mano, a punto de cortar un pedazo.

—Teniente, ¿cree que estamos haciendo las cosas bien?

—¿Señor?

—Se que hemos hecho cosas buenas, pero de otras no estoy tan seguro. Quiero su opinión, y quiero que sea sincero, si no lo es no me sirve.

—De acuerdo.

El teniente dejó los cubiertos sobre el plato y juntó las manos.

—Presionar para que todas esas mujeres sean madres..., no sé. Quizá hubiera sido mejor dejar que la naturaleza siguiera su curso.

El coronel fijó la mirada en Crew con un trozo de cerdo pinchado en su tenedor, suspendido en el espacio. Por unos segundos se mascó la tensión.

—Tal vez tenga razón —dijo finalmente—. Puede que ese anticuado protocolo no haya tenido en cuenta los sentimientos, pero no tenía otra cosa a la que agarrarme. Todos los días pienso en ello, créame. Es posible que estemos condenando a una generación a la infelicidad. A mí tampoco me gusta, pero ¿qué otra cosa podíamos hacer? En diez años la fertilidad de las mujeres se reducirá a la mitad, en quince a una cuarta parte. Si no aseguramos el relevo generacional, en veinte o treinta años solo quedarán ancianos sobre la tierra contemplando su propia extinción.

—Es posible, señor, solo digo que quizá no hubiera sido necesario obligar a nadie. La naturaleza siempre compensa. Está contrastado que en épocas de guerra el nacimiento de niños aumenta. A pesar de las circunstancias adversas la vida se reivindica frente a la muerte.

El coronel miró el trozo de carne y se lo llevó a la boca. Masticó con desgana y bebió un sorbo de vino.

—Tal vez me haya equivocado, pero ya es tarde para rectificar.

A las 14:10 el capitán Cardona recibió una llamada, provenía del despacho del coronel O'Brien. Le ordenaba desembarcar a todas las mujeres y a todo aquel personal no estrictamente necesario para el funcionamiento del portaaviones, y partir de inmediato con la misión de recorrer el Pacífico en busca de supervivientes.

—Lleve vacunas, y si encuentra poblaciones bien asentadas y sin infectados, ofrézcales la ciudadanía americana a las mujeres que quieran venir. Entre todas esas islas del Caribe, Haití, Cuba, Jamaica..., tiene que haber sobrevivido mucha gente.

—¿Y si quieren venir hombres?

—El teniente Crew le enviará una lista de las profesiones que necesitamos. Solo aquellos que demuestren poder ejercerlas embarcarán. Aquellos que necesiten auxilio atiéndanlos y llévenlos a lugar seguro, pero a Manhattan traigan solo mujeres, a poder ser en edad reproductora.

—A la orden, señor. Dispondré todo para zarpar mañana a primera hora.

En la cabeza del coronel daban vueltas las palabras que le había dicho el teniente:

«quizá hubiera sido mejor que la naturaleza siguiera su curso». Lo hecho, hecho estaba, pero aún podía enmendarse el futuro si es que lo había. Se levantó del sillón, cogió el *Protocolo Renovatio* y lo tiró a la papelera.

Asomado a la ventana de su despacho contempló la ciudad desierta. La luz le pareció más hermosa que nunca.

28. DE VACACIONES

Cuando dejé de tener tierra firme bajo los pies y nos adentramos en el mar, experimenté la misma sensación que si me lanzara en trapecio sin red. Escolano comprobó todos los indicadores nada más ver el agua. Seguro que sentía lo mismo que yo.

—Bueno, vamos para allá —dijo en tono desenfadado, sin duda para tranquilizarme a mí y de paso a él.

Eva se asomó a la cabina con la excusa de ofrecernos un par de botellas de agua.

—¿Cuánto nos queda? —preguntó por encima del ruido de motor.

—En hora y media tenemos que estar en Menorca —contestó Escolano.

—¿Quieres sentarte?

—Vale —contestó, y le dejé mi sitio.

—Espero que no me obligues a bajar aquí —dijo socarrón Escolano.

Eva se sintió aludida, por supuesto, e hizo un mohín de fastidio.

—Vale, lo siento, me pasé contigo. Estaba... Bueno, ya sabes cómo estaba.

Se disculpó, aunque yo la conocía lo suficiente para saber que no creía en esa disculpa. Eva volvería a hacerlo sin dudarlo ni un instante, encañonaría a Escolano y al caballo del Espartero si lo creyera necesario.

Aproveché para estirar las piernas y dar una vuelta por la zona de carga. Descubrí el asiento de Luna vacío, el resto de los pasajeros iban dormidos como benditos, con las cabezas bamboleándose de un lado a otro, sumidos en un profundo sueño. Pasé por encima de sus piernas y de un montón de bolsas de equipaje. Llegar hasta Rosita fue como una *gymkhana*. Con ella encontré a Luna.

—¿Cómo la ves?

—Tranquila, pero estoy deseando quitarle las cuerdas —contestó zarandeando una de las cinchas que sujetaba a la vaca.

—Con el movimiento podría golpearse, son para su seguridad.

—Lo sé. Y para la nuestra también —dijo acariciando su testuz.

—Exacto.

La pequeña mascullaba algo. La conocía bien y sabía cuando por su cabeza rondaba una pregunta. No tardé en confirmarlo.

—Carlos...

—Dime.

—Me gustaría que las cosas volvieran a ser como antes. Como cuando entrenaba contigo y con Eva, cuidábamos de la cosecha, cenábamos todos juntos en el castillo y disfrutábamos de las puestas de sol asomados a las murallas. Quiero que todo aquello vuelva. ¿Crees que en la isla será posible?

—No lo sé princesa.

—Me lo temía.

—Pero sí te puedo asegurar que si allí no somos felices nos largaremos.

—¿A quién te refieres con «somos»?

—A ti, a mí, a Eva, a Julián..., a todos, pero sobre todo a ti.

Luna besó a la vaca en el hocico y recorrió, pensativa, su cuerno con el dedo.

—Me gustaría ser feliz allí, o al menos no ser infeliz, porque tal vez ya no queden más sitios a donde ir —dijo finalmente.

Cogí la mano de aquella pequeña joya y la apreté entre las mías. Estaba fría a pesar de que hacía un calor asfixiante.

—El mundo es muy grande, Luna. Siempre existe una alternativa.

—¿Un plan B? —dijo sonriendo. Me tomaba el pelo.

—Sí, brujita, un plan B —le solté la mano y le hice cosquillas allá donde sabía que las tenía, en su diminuta cintura. Ella rió y rió, y terminamos abrazados.

No le mentía, nunca lo hice. Si Menorca no estaba a la altura seguiríamos el camino que nos marcara nuestro corazón.

Reímos tanto y tan alto que despertamos a todos. Lucas se había tumbado sobre unos sacos de semillas y se levantó de mal humor.

—¿Qué cojones pasa? —espetó con la mirada perdida.

Aproveché para conversar un rato con todos. Fui pasando por cada asiento, como el novio que recorre las mesas de sus invitados preguntando si la comida está siendo de su agrado. Hablé con Yesica, reí con las ocurrencias de Julián (que parecía más relajado), me permití una charla de carácter culinario con Fina sobre la conveniencia de macerar o no la carne de cabra antes de cocinarla... Paseé un buen rato, en definitiva, y me sirvió para identificar un brillo en sus miradas, tal vez la esperanza naciendo en los antiguos habitantes del castillo. Puede que lo imaginara o fuera lo que quería ver, no lo sé.

Fabián dormía, no quise despertarlo. No charlé con los que rescatamos del cuartel. Quizá fuera rencor, o desprecio, o ambas cosas, pero no podía evitar sentir que no eran de los nuestros. Entiendo la cobardía puntual (yo mismo sentía miedo a cada momento), pero no la dejación continuada de arrestos, la vaciedad absoluta de valentía, un mínimo de bravura. Además no comprendía su silencio, su negativa a pedir disculpas y aceptar su culpa. A alguien así, cuanto más lejos lo tengas de ti mejor.

Cuando quise darme cuenta había pasado más de una hora. Me puse nervioso y, a trompicones, fui a la cabina.

Descubrí a Eva y a Escolano en animada charla. Parecía que habían limado asperezas.

—¿Interrumpo algo chicos?

—¿Bromeas? —contestó Escolano—. No ha dejado de hablar de ti ni un

momento. Creo que no tengo nada que hacer.

—Vaya, ¿es eso verdad? —pregunté hinchado como un globo, deseando que así fuera.

—No le hagas caso.

—Lo juro —añadió Escolano cruzando los dedos.

Me dio por mirar al horizonte y, a lo lejos, distinguí una leve mancha marrón, apenas una mota en el mar.

—¿Eso de allí es... Menorca? —dije señalando con el dedo.

Eva me agarró la mano y me acercó hacia ella. La mancha se fue haciendo más grande por segundos.

—En efecto amigo, en diez minutos sabremos si el viaje ha merecido la pena o no —contestó Escolano y cogió el interfono—. Señoras y caballeros, en breves minutos llegaremos a Menorca. Cuando desciendan del aparato no olviden su equipaje de mano. Ni la vaca, claro.

Todos reímos la ocurrencia de Escolano y por un momento llegué a pensar que realmente estábamos de vacaciones, que nos esperaban unos deliciosos días de sol y playa en una maravillosa isla.

Minutos más tarde la realidad se impondría.

29. TANTO MONTA

El mar rompía contra los acantilados escarpados y producía espumarajos blancos entre las rocas. La temperatura era buena y el sol lucía en todo su esplendor, sin nubes que se lo impidieran. A lo lejos se dibujaron las dársenas vacías de un puerto.

—Eso es Ciudadela, voy a dar una pasada —nos indicó Escolano.

—¿Tenemos gasolina? —preguntó Eva.

—Aún nos queda la suficiente para sobrevolar la isla y hacernos una idea de dónde nos metemos.

A la altura a la que volábamos podíamos apreciar todo con detalle. Quedamos sorprendidos al descubrir las calles vacías. Tremendamente sucias, pero sin un solo infectado caminando entre los edificios. Recorrimos la pequeña isla acercándonos a cada población que distinguíamos y en todas encontramos lo mismo: edificios bajos y calles desiertas. Por fin llegamos a Mahón que reveló lo mismo. Una imagen triste, pero tranquilizadora. Y lo más importante, ni rastro de comilones.

—Vayamos a La Mola.

Escolano viró y enfiló directo a nuestro destino. Bordeando la costa del imponente puerto natural encontramos imágenes repetidas, diminutas poblaciones y urbanizaciones de recreo en una calma sepulcral.

Pasamos por una isla que Escolano dijo que se llamaba Lazareto, en la que distinguimos personas.

—Son soldados —apuntilló Eva.

—¡La fragata! —dijo Escolano de pronto, señalando con el dedo.

Anclada en mitad del canal del puerto, con su presencia incongruente, apareció el perfil gris de aquel barco de guerra.

Vimos personas saludando con la mano, fue un alivio. El helicóptero describió un círculo sobre la fragata anunciando nuestra llegada y luego se dirigió a tierra.

—¿Dónde cojones están los infectados? —pregunté extrañado.

—Creo que están allí.

Escolano señaló la península que apareció frente a nosotros. Contemplamos una estrecha franja de tierra con forma de embudo repleta de humeantes agujeros y cubierta por completo de cadáveres. Volábamos suficientemente bajo como para distinguir los miles de cuerpos despedazados que alfombraban la tierra.

—Dios mío, esto ha debido de ser un auténtico infierno —dijo Eva con la cabeza pegada a la ventanilla.

—¿Qué ha producido todos esos cráteres? —preguntó Julián que se había hecho hueco en la cabina.

—Misiles —contestó Escolano—. La fragata se ha empleado a fondo esta noche.

Observábamos boquiabiertos el campo de batalla. Distinguimos soldados y civiles

trajinando entre los cadáveres, y escavadoras que empujaban los cuerpos con las palas hasta grandes huecos abiertos en el suelo o apilándolos en montones inmensos de carne picada.

—¿Cuántos habrán muerto? —Eva rompió el silencio.

—Espero que todos —contesté sabiendo que desgraciadamente no sería así.

Tuvimos una visión privilegiada de los restos de la batalla. Podía verse perfectamente la línea de defensa con los coches apilados cubiertos de arena, las ametralladoras dispuestas en línea y el foso excavado, justo en frente, repleto de cadáveres. A pesar del apoyo de los misiles, debieron pasar un infierno los soldados que defendieron la posición.

—Joder, qué carnicería —exclamó Julián.

El helicóptero se adentró en La Mola y por fin pudimos ver el antiguo fuerte del que nos había hablado Escolano. La zona estaba tranquila, parecía que definitivamente consiguieron detener a los infectados.

—Comandante Escolano a fragata Cristóbal Colón, solicito permiso para aterrizar en la fortaleza. Comandante Escolano a fragata Cristóbal Colón, solicito permiso para aterrizar en la fortaleza —repitió por radio.

La respuesta no tardó en llegar. La voz era de un joven soldado. No parecía el mismo de horas antes, un imberbe nos daba la bienvenida esta vez.

—Señor, aquí la fragata Cristóbal Colón. Bienvenidos a la isla.

—Gracias, soldado. Vemos que han tenido una noche movidita, seguro que se han divertido —comentó Escolano en esa jerga militar tan cinematográfica que convierte la guerra en un juego.

—Así es, señor, solo hace unas horas que todo acabó.

—Entonces, ¿la isla es segura?

—No tengo esa información, señor.

—Ya —dijo Escolano e hizo un gesto que indicaba que ya esperaba esa respuesta u otra parecida—. ¿Han tenido bajas? —preguntó sin cambiar el gesto.

—Señor, de esos detalles le informará personalmente el capitán Abreu. Ahora está ocupado, pero dejó instrucciones por si llegaban.

—Vaya, es un alivio —contestó Escolano y nos dirigió una mirada acompañada de media sonrisa.

—Podrá aterrizar en el extremo norte, junto a los muros de la fortaleza. Verá una zona despejada señalizada con una equis roja. Informaré de inmediato al teniente Magalo de su llegada, él los recibirá.

—Gracias, soldado. Vamos para allá.

La fortaleza era espectacular y muy hermosa. Sus muros y corredores *semienterrados* parecían recién construidos. Como nos había indicado aquel soldado, justo al lado de un muro almenado del que se veían unas troneras y una galería llena de aberturas

defensivas, apareció, pintada en el suelo, la gran equis roja.

—Me gusta lo de la equis, ha sido todo un detalle —dije.

—Ese capitán parece un obseso del control —replicó Eva.

Escolano describió un círculo y comenzó las maniobras de aterrizaje.

—Mirad, llega el comité de recepción —apuntilló Julián.

La cabina se llenó. Los pequeños ventanucos laterales del helicóptero no eran suficientes para tanto curioso. Para colmo apareció Lucas, con su corpachón, haciéndose hueco.

—¿Cómo lo veis chicos? —preguntó mientras me clavaba un codo en los riñones.

No le contestamos. En silencio observábamos el despliegue de soldados armados alrededor de la zona de aterrizaje.

No era dado a ilusionarme demasiado. Ni por supuesto a las celebraciones anticipadas. Tendía más bien a frenarme. Prefería esperar a que los deseos se cumpliesen para entonces valorarlos y alegrarme en su justa medida. O por el contrario asistir impasible a su desvanecimiento, viéndolos describir piruetas en el aire como lo que siempre fueron, algo irreal e intangible con la calidad del humo. Una manera de ser que me privaba del disfrute anticipado, pero que también me evitaba las decepciones. Por eso no me contrarió demasiado ver a esos soldados formar un círculo perfecto alrededor de la equis. No rompían ninguna expectativa porque simplemente nunca la tuve. A pesar de todo me preocupó, claro. No era una banda de música la que llegaba a recibirnos, eran soldados armados y olía a chamusquina. Eva me miró con una sombra de duda oscureciendo su mirada esmeralda. Fue Escolano el que se decidió a decir algo.

—Dejadme hablar a mí —y señaló los galones de su pechera.

—¿Qué es más, capitán de fragata o comandante de helicóptero monstruoso? —preguntó Julián.

—Tanto monta —contestó Escolano.

—Cojonudo.

Tomamos tierra por fin y Escolano paró los motores. Nadie se movió hasta que los rotores se detuvieron casi por completo. Luego abrió la puerta y descendió el primero, antes cogió el fusil.

—Que esperen dentro de momento —dijo señalando a los compañeros que iban en la zona de carga.

Cuando iba a bajar alguien me cogió de la mano. Su tacto era suave y tibio. Era la manita de Luna. Miré hacia fuera y luego le dediqué una sonrisa tranquilizadora.

—Vamos allá —le dije y pisé tierra menorquina.

Me sorprendió la luz tan fuerte y la suave brisa. También el intenso olor a quemado. Lucas fue el último en bajar, antes había informado a la comunidad de que esperaran dentro.

—Se han quedado intranquilos —me confesó en voz baja.

—Normal —le respondí.

Los soldados que nos rodeaban, al vernos, terciaron sus armas sin disimulo. Las aspas se detuvieron completamente y ya solo quedó el sonido espeso de la tensión.

—Quédense donde están.

La voz provenía de un hombre de estatura media de unos cuarenta años y en baja forma. Sus ojos los ocultaba la sombra que producía su gorra de plato.

Luna continuaba agarrada a mi mano, en ese momento noté que apretaba ligeramente.

—Soy el teniente Magalo. Están en territorio español, en la fortaleza de La Mola —dijo adelantándose unos pasos a sus hombres.

Escolano se puso sus gafas de sol con parsimonia y echó a andar en su dirección.

—Podemos hablar desde donde está, comandante. Por favor, no se mueva —se apresuró a decir el teniente en un tono correcto, pero firme.

—¿Quiere decirme qué demonios sucede? —preguntó Escolano sin detenerse.

—Comandante, deténgase —ordenó el teniente al tiempo que apoyaba la mano en su cartuchera.

Escolano se paró en seco. No parecía un buen comienzo.

—Tenemos que asegurarnos de que su presencia no implica peligro. Para ello deben de entregar las armas y permitir que confirmemos que ninguno de ustedes presenta síntomas de infección ni heridas de mordiscos —nos informó aquel teniente con rigor y contundencia militar.

Eva se revolvió como si le hubiesen dado corriente eléctrica. Se volvió y nos miró.

—¿Dónde están Clara, Paco y Rafa? —preguntó finalmente.

—Seguro que siguen dormidos, se han pasado todo el viaje sobando —contestó Julián.

—Ve a buscarlos.

Julián desaparecía ya dentro del helicóptero cuando le agarré del brazo.

—Que no olviden sus armas —susurré.

Eva se adelantó unos pasos hasta ponerse a la altura de Escolano, yo la seguí.

—Nadie está infectado ni traemos ningún herido, y no pensamos entregar las armas —fue lo que dijo Eva poniendo los brazos en jarra.

El teniente valoró unos segundos sus palabras.

—¿Es usted quién manda? —preguntó en un tono que me pareció irónico.

—Aquí no manda nadie, pero... digamos que nosotros tomamos las decisiones de carácter estratégico —contestó Eva abriendo los brazos, involucrando a los que allí estábamos—. Y entregar las armas no es algo que vayamos a hacer —concluyó justo en el momento en que Clara, Paco y Rafa, completaban el Equipo de Combate.

Escolano me miró como diciendo «la está cagando». Ella no lo vio.

—Hagan lo que les digo o abandonen la isla —dijo muy serio el teniente. Y desenfundó el arma.

Parecía estar poniéndose nervioso. Yo mucho más.

—No hemos luchado y pasado lo que hemos pasado hasta llegar aquí para que ahora nos traten así. Nadie nos va a echar. Este lugar no es suyo ni de nadie, ¿se entera estúpido engreído? —espetó Eva.

Escolano se tensó y noté cómo, con sutileza, preparaba el arma.

—No se lo diré más veces. Dejen las armas en el suelo y dispónganse para su inspección o vuelvan por donde han venido.

Ni un solo músculo se movió en mi cuerpo. No era difícil presentir el peligro, y mi organismo lo había detectado como un *podenco* el rastro de un conejo. Solté la mano de Luna y, con disimulo, la empujé detrás de mí. Tenía razón Eva (aunque lo de estúpido engreído se lo podía haber ahorrado), no merecíamos ese recibimiento. Las vivencias de los últimos tiempos nos habían hecho duros como rocas y no peleles a los que pudieran tratar como a niños. Es necesario marcar los límites desde el primer momento, después es más difícil.

Lo malo es que a menudo, cuando se hace eso, no existe un después.

Seguimos allí, parados delante de aquellos soldados, exigiendo respeto. Defendiendo lo que era nuestro, lo que tan duramente nos habíamos ganado: el derecho a que nadie nos diera órdenes absurdas y a estar en el lugar del mundo que quisiéramos. Ya no existían países, ni gobiernos, ni fronteras; solo lugares habitables o no habitables y un puñado de humanos para ocuparlos y compartirlos. Ninguna persona tenía ya la potestad sobre un pedazo de tierra. No era justo. Por eso nos mantuvimos firmes ante aquel disparate.

—Desármenlos —ordenó de pronto.

Cuatro soldados se acercaron. El resto se mantuvo a distancia con las armas apuntándonos.

—Tranquila Eva, por favor, tranquila —susurré a su oído.

Un soldado intentó cogerle sus pistolas y se lo quitó de encima de un empujón. El teniente miró al soldado que estaba a su lado y, con un leve asentimiento de cabeza, le instó a actuar. No tardó en hacerlo y, con la culata de su arma, golpeó a Eva en el estómago haciendo que se doblara por la mitad.

Algo en mi interior se activó a la velocidad de la luz. Los nuevos sistemas de alerta que había desarrollado actuaron y mandaron información a mis músculos saltándose el camino del cerebro, dejando a un lado el raciocinio que es el que nos retrasa, el que desperdicia en los momentos de auténtico peligro esos segundos tan importantes. Con un gesto automático provocado por el instinto, mis manos se cerraron sobre la empuñadura de la Bastarda y la sacaron describiendo un arco de metal que brilló como la trayectoria de una estrella fugaz en mitad de la noche. Con una precisión asombrosa, el tercio débil de la espada se detuvo en seco a escasos centímetros del cuello del teniente.

—Un movimiento y te abro el gaznate como a un gorrino —dije masticando las palabras. De nuevo estábamos metidos en un lío hasta las patas.

Los soldados se revolvieron y sus armas sonaron al montarlas. Una bala

preparada para ser disparada estaba introducida en cada recámara. Escolano apuntó al teniente al pecho. Por el rabillo del ojo observé como Paco, Rafa, Clara y Lucas, tenían las armas a punto. Oí abrirse la puerta lateral del helicóptero. Me alegré al imaginar a Julián con la M60 entre sus manos y una cinta de balas colgando.

El aire pareció detenerse y permitió que las intensas miradas llegaran nítidas, sin ninguna interferencia. Luna caminó sin que nadie le prestara atención y se paro a mi lado. Sacó el .38 Smith and Wesson Special, lo amartilló con tranquilidad y se lo puso entre las piernas al soldado que había golpeado a Eva.

—Quietecito, señor —dijo mientras le apretaba las pelotas con él.

La relatividad del tiempo se confirmó. Unos segundos bastaron para que hiciera balance de mi vida y aún me sobró alguno para pensar en las cosas que probablemente ya nunca haría. Lo tenía claro. Moriría gente y quizá esta vez fuese yo. No nos merecíamos ese final, por eso apreté los dientes y acerqué aún más el filo al cuello de aquel gilipollas.

—¿Qué está pasando aquí? —bramó una voz autoritaria a mi espalda. Escuché unos pasos apresurados en el silencio absoluto que se había creado y una figura apareció ante mis ojos, justo a la izquierda del maldito teniente.

—Magalo, ¿quiere decirme qué significa todo esto?

Aquel militar bajito, de movimientos intensos, ni siquiera me miró. Se dirigía a su teniente como si no existiera nadie más.

—Señor, solo quería desarmarles e inspeccionarles, pero se han resistido —contestó con un leve temblor de voz.

—Ya veo. Y se puede saber quién le ha ordenado que haga tal cosa —sentenció.

—Señor, yo pensé... que sería lo mejor.

El militar se permitió entonces mirarnos. Primero a mí. Luego, uno a uno, pasó por todos. Al final le vi detenerse unos segundos en Luna que permanecía con el revolver apoyado en el paquete del soldado.

Miró al cielo, suspiró y se volvió.

—Bajen las armas soldados, bajen las armas de inmediato. Y usted haga el favor de no pensar más por sí mismo —ordenó finalmente, señalando con el dedo acusador al teniente.

Los soldados obedecieron, incluido el teniente, con la diferencia de que cuando este lo hizo una buena porción de su autoridad se enfundó en la pistolera. Nosotros no movimos un músculo.

—Y ustedes también.

Escolano fue el único en hacerlo. Dejó el fusil resbalar por su costado hasta quedar colgando de la cincha y, sin envararse demasiado, saludó marcial.

—Soy el comandante Artemio Escolano. Usted es sin duda el capitán Abreu, ¿no es así?

—Correcto. Y ahora diga a sus hombres que bajen las armas, por favor.

—No son mis hombres, capitán, pero veré qué puedo hacer —contestó y se

volvió suplicante. Sus ojos decían «obedeced, será lo mejor».

—¿Artemio? —musitó Julián entre risitas. Escolano lo miró resignado.

Fui el último en obedecer. Tardé en retirar la espada del cuello del teniente, y no dejé de mirarlo con una media sonrisa estudiada mientras lo hacía.

—Sin duda todo esto ha sido un error que el teniente Magalo me explicará más tarde —dijo aquel capitán sin dirigirse a nadie en concreto—. No era nuestra intención crear ningún conflicto. Hemos tenido una noche muy dura y sabemos que ustedes también. Pueden descargar sus cosas, en un rato el alférez Galera vendrá. Él les indicará dónde pueden instalarse y acompañará a mi despacho a la persona al mando, tengo muchas cosas que hablar con él.

No dijo una palabra más. Se alejó con paso decidido, devolviendo el saludo que le dirigieron los soldados cuando pasó a su lado.

El sol me empezó a picar en el cuello y tuve el impulso de tocármelo, pero me aguanté. El teniente levantó la cabeza por primera vez. La sombra de su visera se disipó y pude ver que a sus ojos le faltaba inteligencia pero le sobraba malicia, una combinación peligrosa en un hombre. Mantuve su mirada hasta que parpadeó, giró la cara y soltó el aire con un bufido. Luego se marchó con los soldados sin decir una palabra. Había ganado un enemigo, sin duda.

En el helicóptero empezaba a hacer un calor asfixiante y, aunque no lo teníamos claro, decidimos que bajaran todos. Si tenían que morir al menos que no fuera cocidos. La preocupación se palpaba en el ambiente y no fuimos capaces de tranquilizarlos. Presenciaron el espectáculo desde las ventanillas y no encontramos argumentos para disipar sus temores, sobre todo porque no los había. No descargamos nada, aunque ya no había soldados a nuestro alrededor vigilándonos, aún sentíamos hostilidad.

—¿Qué pensáis? —preguntó Julián.

Sentados en el suelo, protegidos del sol por la sombra que proyectaba la gran masa de acero, deshojábamos la margarita.

—Son unos capullos —arrancó el primer pétalo Julián.

—No me gusta —siguió Eva.

—Tienen los nervios a flor de piel, solo ha sido un malentendido. Un teniente con exceso de celo —contemporizó Escolano.

—¿Exceso de celo? —replicó Eva—. De no ser por ese capitán quién sabe lo que hubiera pasado.

—Una carnicería, sin duda —sentenció Julián.

Eva echó el brazo por encima del hombro de Luna y le dio un achuchón.

—Te has portado de maravilla. «Quietecito, señor» le dijiste, y la pistola por debajo de la línea de flotación. Me encantó lo de «señor», tiene clase.

—Estuvo bien, ¿verdad? —preguntó Luna guiñando un ojo.

—Ya lo creo —contestó Eva dándole un sonoro beso en la mejilla.

Continuamos especulando durante un buen rato. Cuando me cansé de hablar y

escuchar futuribles, me levanté y me acerqué hasta los acantilados donde rompían las olas. Tenía calor, pero me negaba a quitarme la cota de malla. Puse la mente en blanco y cerré los ojos. El ruido del agua y el de las gaviotas me trasladó por unos instantes y conseguí relajarme. La suave brisa y el olor a mar eran un bálsamo incomparable. La voz de Julián llamándome me sacó del mágico momento y me introdujo de nuevo en la cruda realidad.

Cuando llegué a su lado encontré a un oficial y a dos soldados junto a mis amigos. Tragué saliva y me ajusté las cinchas de la espada.

—Buenos días, soy el alférez Galera. Les pido disculpas en nombre del capitán y en el mío propio por lo sucedido.

—Tuvo ocasión de disculparse él —replicó Julián. Escolano le dirigió una mirada asesina.

El alférez ni se inmutó y nos fue estrechando la mano uno a uno. Con Escolano tuvo un gesto de respeto y se cuadró saludándolo marcial. Era un tipo aparente. Bueno, la verdad es que parecía un actor de Hollywood: alto, guapo y con un cuerpo musculoso que el uniforme no podía ocultar. Aquellos ojos intensos en un rostro algo aniñado transmitían sinceridad y eso me tranquilizó. Vi cómo Luna cruzaba una mirada de complicidad con Eva.

—El capitán me ha pedido que me ocupe de que se instalen lo más confortablemente posible. Veo que no han descargado aún. Diré a algunos hombres que les echen una mano.

—Gracias, pero todavía no hemos decidido si nos quedamos —dije cogiendo a Eva por la cintura.

—Vaya, ¿y eso?

—Tenemos que valorar antes la situación —continué con una chulería impostada—. Por ejemplo, debemos comprobar si disponen de papel higiénico de calidad —añadí. Eva me miró con unos ojos entornados que terminó cerrando.

—Entiendo. No se fían.

—Exacto —confirmé.

—Seguro que hay muchos lugares adonde pueden ir... —dejó la frase un rato suspendida, sin remarcar demasiado la ironía—. Pero aquí estarán bien, se lo aseguro.

—Claro, no hay nada más que ver el recibimiento que hemos tenido —proseguí dejándome de sutilezas.

—Vamos Carlos, el alférez y el capitán ya se han disculpado —intervino Escolano.

—Uno acepta de buen grado las disculpas de quien te ha pisado sin querer, pero no de alguien que te ha tratado como a una mierda y ha estado a punto de freírte a tiros —dijo Eva echándome una mano.

El alférez no respondió de inmediato. Quizá fuera la frase de Eva lo que le dejó mudo, o sus preciosos ojos verdes, el caso es que allí estuvo un rato frente a nosotros, sin decir palabra.

—El capitán desearía hablar con la persona al mando —dijo finalmente mirando a Escolano.

Ya tenía suficiente. Las últimas veinticuatro horas habían sido de locura: primero fue la misión suicida para rescatar a aquellos hombres del cuartel y todo lo que pasamos en él, luego la persecución del psicópata de Aranda para salvar a Luna de sus enfermas garras, y para remate el ataque al castillo de la inmensa horda de infectados y la huida en helicóptero. Estaba cansado. Más mentalmente que físicamente, e intuía que todos nos sentíamos igual. Había sido demasiado. Era el momento de parar y conseguir un poco de paz. Un sitio donde poder bajar la guardia al menos por un tiempo. Y esa isla tenía que ser aquel lugar, pero por supuesto no a cualquier precio. Llevaba tanto tiempo hablando con las armas que esperaba no haber olvidado el arte de la negociación.

—Bueno, vamos allá chicos —decidí sin pensarlo más.

El alférez pareció contrariado cuando el Equipo de Combate al completo se puso frente a él.

—Bien, síganme por favor.

Antes de adentrarnos en los muros de la fortaleza nos cruzamos con algunos soldados que se dieron la vuelta para mirarnos. Y no era de extrañar, sin duda formábamos un grupo que no pasaba desapercibido: Eva, con botas militares, pantalón corto caqui, una camiseta que en otro tiempo fue blanca, las dos pistolas a la cintura y su irresistible andar canalla. De su mano Luna, muy seria, con el pulgar metido en el cinturón, dejando asomar del bolsillo la culata de su brillante .38 Special. Yo junto a ellas, abriendo la comitiva, con la cota de malla y la Bastada a la espalda. Justo detrás Escolano, con su pulcro mono de piloto y el fusil en bandolera. Pegado a él caminaba Julián, con la escopeta Franchi y una canana de cartuchos rodeando su pecho, igual que un Pancho Villa alternativo. A continuación Clara y Lucas, armados hasta los dientes. Y cerrando la marcha Paco y Rafa, con chalecos de cazador y las escopetas de cañones superpuestos al hombro.

El hermoso sol de la isla cayó sobre el Equipo de Combate y, la verdad, le sentó de maravilla. De nuevo una escena cinematográfica vino a mi cabeza y no pude evitar imaginarla a cámara lenta, con encuadre de teleobjetivo. Las personas nítidas, el fondo desenfocado, y una música *cañera* de fondo.

Me sentí orgulloso de pertenecer a ese grupo bizarro que caminaba con el porte y la dignidad de los que se saben merecedores de un futuro mejor; dispuestos, en definitiva, a que nadie les toque las narices.

Luna tiró de mi cota de malla.

—Recuerda lo que me prometiste.

—Claro preciosa.

30. EL NIDO

Laboratorio de nivel 5.

En algún lugar del desierto de Mojave, cerca de las Vegas.

El joven Dr. Randall bajó por las escaleras a la planta -3, evitando el ascensor que tan poco le gustaba. Estaba cansado y asqueado, igual que todos sus compañeros, y solo la esperanza de encontrar una solución que los liberara de aquella jaula subterránea los mantenía cuerdos. Era un microbiólogo brillante, pero desde hacía cinco meses solo se ocupaba de la supervisión de los especímenes. Fueron los militares, por orden expresa del coronel O'Brian, quienes suministraban infectados regularmente para su estudio.

Caminó por el largo pasillo hasta la mesa de control, donde aguardaba un soldado armado que levantó la cabeza del libro que estaba leyendo nada más escuchar sus pisadas.

—Buenos días —dijo Randall y entregó su tarjeta de identificación para que el soldado, un *afroamericano* grande como un armario, anotara sus datos en el libro de registro.

El soldado le sonrió, relleno los casilleros correspondientes y se la devolvió.

El coronel no quería correr ningún riesgo. Desde el primer momento en que hubo infectados en el laboratorio ordenó que estuvieran bajo vigilancia militar y, diez soldados, en turnos de un mes, estaban siempre de servicio en el «*Nido*».

El militar encendió las luces, comprobó los monitores, fue cambiando las cámaras y cuando estuvo satisfecho informó a Randall.

—Todos continúan vivos —dijo mientras pasaba su tarjeta por la cerradura magnética y abría la primera puerta por la que se accedía al *Pozo*, como todos lo llamaban.

Estaba situado en la zona más alejada del laboratorio. Era una sala con diez cubículos de tres por dos metros, concebidos originalmente como habitaciones para pacientes de control. Aislados por una pared de metacrilato de un centímetro y medio, los cuartos eran absolutamente seguros. Ideales para los nuevos inquilinos.

Randall siguió el protocolo y esperó a que el soldado cerrara la puerta a su espalda para introducir el código en la cerradura que abría la siguiente puerta. A pesar de estar controlado por cámaras y de haber realizado esa misma tarea tantas veces, no podía evitar sentir un extraño cosquilleo en el estómago cada vez que escuchaba el sonido de la puerta al cerrarse a su espalda. A partir de allí se encontraba solo y eso le ponía nervioso.

El recibimiento no se hizo esperar. Nada más detectar su presencia, los infectados comenzaron a golpear la pared de plástico y a proferir alaridos escalofriantes. A pesar

de que las celdas estaban insonorizadas, Randall escuchó perfectamente el sonido de la muerte.

—Yo también os echaba de menos —musitó entre dientes.

Las habitaciones se disponían a la derecha de un largo pasillo blanco, absolutamente aséptico, y estaban numeradas. Las fue recorriendo por orden, parándose delante de cada una el tiempo necesario para comprobar los parámetros que debía anotar. Dependía de su informe que el infectado fuese analizado con detalle inmediatamente o no. Él era el responsable de detectar el más mínimo cambio, la más sutil diferencia. Como cuando alertó de la mejora en el olfato en el número seis, el huésped más antiguo del laboratorio. Desde entonces siempre le prestaba una especial atención. Cogía una silla y se permitía dedicarle unos minutos a su espécimen favorito. Se trataba de una joven. Cuando la trajeron aún conservaba parte de los encantos que debió tener cuando era humana. Meses después se convirtió en un ser grisáceo que recordaba vagamente a una mujer.

—Hola *Susy*, ¿qué me cuentas hoy?

El número seis no tenía manos. Las había perdido por completo a base de golpear el metacrilato, y aún arañaba el plástico con los huesos de sus muñecas. Tampoco tenía pelo. Una gran cicatriz, producto de la última intervención, rodeaba totalmente su cabeza. Randall rellenó el informe, se levantó y continuó con su trabajo. La celda número nueve era la última. La número diez hacía una semana que estaba vacía, el ocupante había muerto después de ocho meses sin comer ni beber nada. Volvió a la entrada y pulsó el interfono de la pared que comunicaba con el soldado.

—Duerma al espécimen de la celda seis, necesito tomar unas muestras.

—¿Número seis? —contestó una voz grave acorde con el tamaño de su dueño.

—Exacto.

—Enseguida.

A los pocos segundos la celda se inundó de *sevoflurano* altamente concentrado, un potente anestésico incoloro que resultaba muy efectivo para dormir a los infectados. No tardaba más de dos minutos en hacer efecto y lograr que cayeran al suelo inconscientes, sin embargo esta vez no lo hizo hasta pasados diez. Randall anotó la variación y volvió a pulsar el interfono.

—Aspersores en la número seis.

—¿Número seis? —repitió de nuevo el soldado. El doctor puso los ojos en blanco.

—Sí, número seis —contestó con voz cansina.

Mientras esperaba los cinco minutos de seguridad preparó los tubos para muestras, se puso los guantes y la mascarilla, y luego volvió al interfono.

—Abra la número seis, repito, abra la número seis —el doctor sonrió para sí—. Pregúntame de nuevo, capullo —musitó entre dientes.

—Abriendo celda número seis.

Un silbido hidráulico y un par de ruidos de cerrojos electrónicos después, la

puerta se abrió.

El infectado estaba en el suelo, desmadejado como un muñeco de trapo. El doctor entró en la celda y fue tomando muestras de los lugares que indicaba el nuevo protocolo. Habitualmente se limitaba a recoger saliva, sangre, cabellos y piel, pero esta vez le pedían que tomara, además, muestras de las paredes y el suelo. Concretamente decía, «de lugares susceptibles de haber sido tocados por el infectado».

Estaba siendo meticuloso. No quería contaminar las muestras, que le llamaran la atención y tener que volver a bajar para repetir la recogida. Solo le quedaba la más delicada. Necesitaba extraer entre cinco y diez mililitros de sangre e introducirla en un tubo con anticoagulante tipo EDTA, y este a su vez en un bote refrigerado hasta su entrega en el laboratorio. Y habría terminado su trabajo, luego era cosa de los técnicos.

No era difícil encontrar un lugar donde clavar la aguja en aquella piel macilenta surcada de venas como macarrones, pero la sangre costaba bastante sacarla, era espesa como sirope de arce.

Cuando tenía media jeringuilla llena, el espécimen tuvo un espasmo. Movié el brazo violentamente con tan mala fortuna que el hueso astillado que sobresalía de su muñeca le rasgó la mejilla.

El Dr. Randall se llevó la mano a la cara incapaz de respirar.

Las instrucciones del soldado eran sencillas: controlar el acceso del personal al *Pozo* y no permitir bajo ningún concepto que saliera ningún infectado. La seguridad de todo el complejo dependía de lo bien que hiciera su trabajo y el soldado Jordan era muy eficiente. Nunca dejaba de mirar por las cámaras cuando los infectados recibían visitas de algún científico, y no dudaba en utilizar el *zoom* para asegurarse de que no se le escapara detalle. Por eso, al detectar una reacción extraña en el doctor, supo de inmediato que algo había pasado. Siguió observando con extremo cuidado. Buscó la cámara que le proporcionara el mejor ángulo y cuando lo tuvo acercó la imagen hasta estar seguro de lo que veía, entonces activó el micrófono.

—Señor, ¿algún problema? —preguntó retórico.

Randall se precipitó al interfono y pulsó con mano temblorosa.

—Todo... bien. Ya he terminado.

No esperó respuesta. Fue hacia la puerta e introdujo el código, pero la luz permaneció roja. Volvió a teclear una y otra vez hasta que la voz del soldado resonó contra las paredes desnudas.

—No insista, señor, he cambiado el código.

—¡Abra de una vez! ¡Tengo que salir! —gritó el doctor.

—Señor, tiene una herida en la cara.

Randall se tocó la mejilla y trató de disimular.

—¿Esto? Es solo sangre del infectado, no tengo herida.

El soldado cortó la comunicación con el interior del *Pozo* y siguió el protocolo

inundando con *sevoflurano* el pasillo donde estaba el doctor.

—Le digo que estoy bien. ¡Abra de una puta vez la puer...!

El doctor sintió la lengua de trapo y la vista turbia. Lo siguiente que notó fueron sus piernas doblándose, luego nada.

El Dr. Widman hacía meses que no pisaba su despacho. Compartía las largas jornadas de trabajo con el resto del personal, y lo mismo supervisaba un experimento que realizaba tareas de técnico, manejando el autoclave o etiquetando placas de Petri. Un sentimiento de culpa unido a la necesidad de mantenerse ocupado lo habían transformado en un trabajador inagotable. Una vez obtenida la vacuna que protegía a los supervivientes, todos los esfuerzos del laboratorio se dirigieron a anular la propagación del *Fubarbundy* por vía directa, o sea, a través de la sangre o la saliva, y sobre todo a crear algún retrovirus capaz de acabar con los infectados, ya que la posibilidad de curarlos la habían descartado hacía mucho tiempo.

Pero no fue el éxito en ninguno de aquellos objetivos lo que formó el revuelo en las instalaciones subterráneas, hubiese sido pedir demasiado.

—Hemos comprobado todas las muestras —dijo la Dra. Green—. Las obtenidas en el exterior y las últimas que recogió el pobre Dr. Randall.

—¿Y bien?

—Idénticos resultados. El virus muere a los pocos segundos de abandonar el huésped. Nos podemos olvidar del contagio por *fómites*, ningún objeto inerte será ya capaz de transportar el *Fubar*. Es una noticia fantástica —concluyó la doctora agitando los informes como una niña ilusionada a la que hubieran regalado un vestido nuevo.

—Sí, pero llega un poco tarde, ¿no cree?

—No le entiendo.

—Ya casi no queda nadie a quien contagiar. La humanidad prácticamente ha desaparecido. El nuevo organismo creado por el virus se adapta, recuerde su extraordinario olfato. Su propósito ahora es otro.

—¿Quiere decir que...?

—Dos especies semejantes, dos depredadores habitando un mismo espacio, compartiendo un mismo nicho ecológico... Imposible. Recuerde los Neandertales y los Homo Sapiens, solo quedó uno. Su objetivo somos nosotros, como el nuestro son ellos, no se olvide. Estamos en guerra contra un enemigo que nos supera cincuenta mil a uno y que no tiene miedo a la muerte. El virus seguirá evolucionando. Producirá mutaciones en el huésped destinadas a convertirlo en un cazador más efectivo y letal que no descansará hasta borrarlos de la faz de la tierra. La auténtica lucha por la supervivencia de nuestra especie comienza ahora.

—¿Está seguro, doctor?

El Dr. Widman se quitó las gafas y se frotó la cara.

—Me temo que muy pronto sabremos si tengo o no razón, y rece porque esté equivocado.

Cuando abrió los ojos le costó enfocar. Necesitó más de un minuto para poder registrar con nitidez el entorno. No hubo nada que llamara su atención. Intentó moverse, no pudo, algo se lo impedía. Agitó brazos y piernas, pero le fue imposible librarse de las correas. Estaba tumbado sobre algo blando y cómodo, pero quería levantarse. La luz y ese olor le impulsaban, le obligaban a hacerlo. No entendía nada. Le costaba pensar. Se giró y entonces la vio.

Allí sentada, al otro lado de la pared de metacrilato, con unas hojas en la mano, estaba la Dra. Green. En aquel momento lo comprendió, era el nuevo inquilino de la celda número diez.

—¿Cómo se encuentra, Dr. Randall?

Eso lo entendió, pero cuando intentó responder no pudo hacerlo y de su garganta solo salieron gruñidos. Su cerebro humano se moría, aunque aún se mantuvo activo el tiempo suficiente como para proporcionarle un sufrimiento infinito. Luego fue un infectado más.

La Dra. Green anotó al final del informe: *«transformación completa a las ocho horas del contagio»*.

Iba a irse cuando algo llamó su atención. Se acercó a la pared de metacrilato y miró detenidamente al que fuera su compañero de laboratorio. Un escalofrío recorrió su cuerpo al contemplar aquella mirada glauca que la observaba fijamente.

El Dr. Widman tenía razón, el virus seguía evolucionando, y lo que vio la doctora en los ojos del infectado era el resultado, la más poderosa de las armas: el odio.

NOTA A LOS LECTORES

Primero de todo agradeceremos que hayáis elegido este libro de entre todas las opciones. Espero que os haya gustado y sobre todo entretenido, que es en definitiva el primer valor de un libro. Seguidamente querría haceros una petición. No sabéis lo que agradecemos vuestras valoraciones mediante estrellas y comentarios en Amazon, por eso os pido que perdáis unos minutos en hacerlo. Opiniones tanto favorables como desfavorables nos ayudan a mejorar.

*Querría informaros también de que pronto aparecerá la tercera parte de la trilogía, titulada «**Fubarbundy: Isla Cuarentena**». Espero que disfrutéis tanto al leerla como yo al escribirla, y que viváis la aventura que se desarrolla en sus páginas con la misma intensidad que la viví yo. Aquí os dejo una pequeña sinopsis:*

Menorca ha sido escenario de una de las batallas más cruentas de la historia pero por fin es segura. El día a día en la isla sigue siendo duro, pero los supervivientes creen haber encontrado allí un lugar donde comenzar de nuevo.

La calma durará poco. Una misión llevará de nuevo a Madrid a nuestros protagonistas y les meterá de lleno en la boca del lobo.

Mientras, un enemigo más terrible que los infectados amenaza todo aquello que han logrado conseguir.

El valor y la solidaridad se pondrán a prueba como nunca, en una lucha desesperada, a contrarreloj, y sin cuartel.